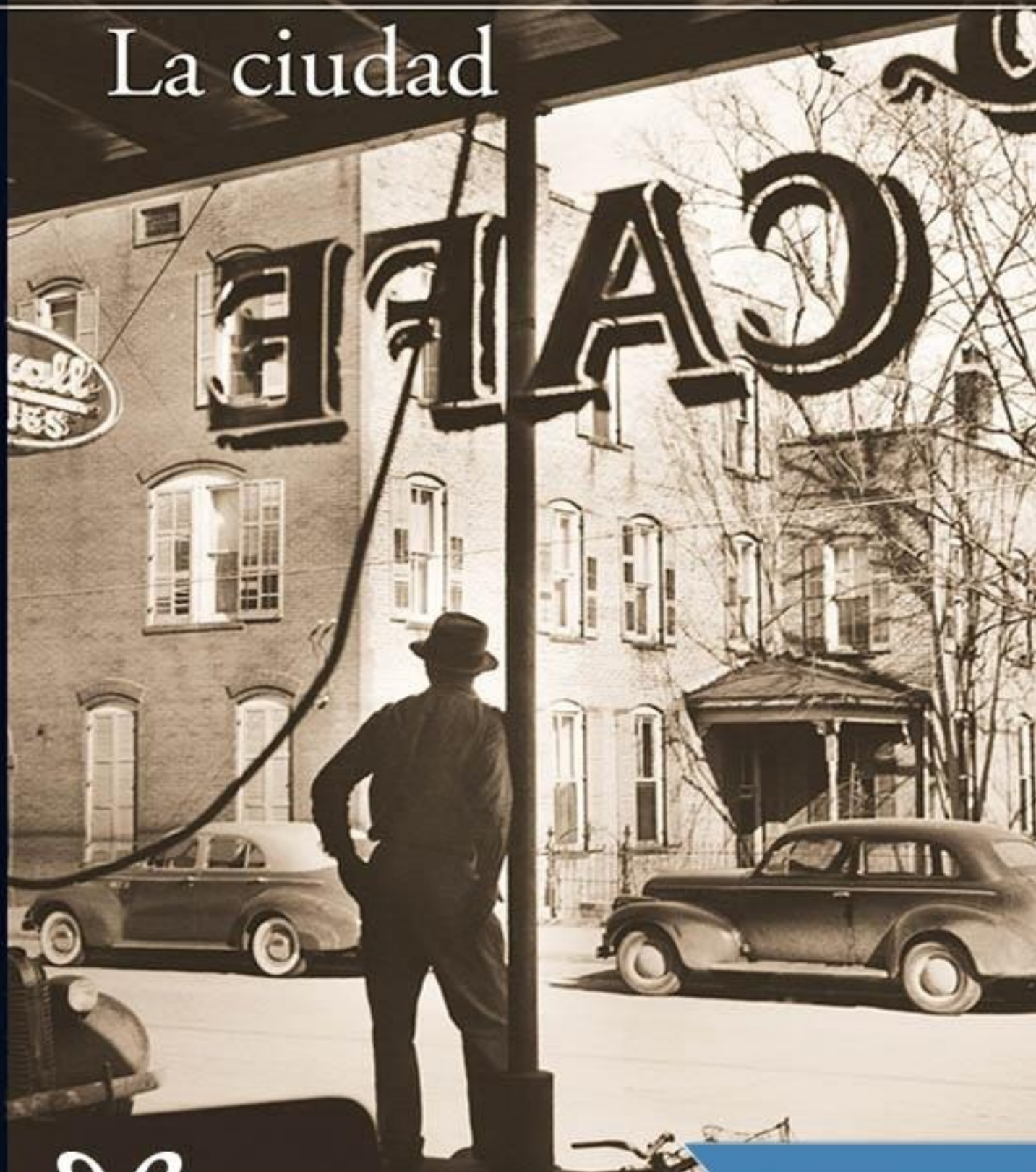


William Faulkner

La ciudad



se

Lectulandia

Pocas obras producen tan plena sensación de encontrarse ante lo que, en los aledaños de lo absoluto, puede llegar a ser la verdadera literatura.

Del análisis de la sexualidad y el deseo a la trágica aceptación del destino, de la formación del carácter individual a la conciencia, Faulkner ofrece una altura literaria que afecta por igual a las peripecias de la trama y a esos rasgos de estilo identificadores de actitudes y personajes que constituyen uno de sus logros mayores.

En *La ciudad*, segunda parte de la «Trilogía de los Snopes», iniciada por *El villorrio* y que concluye con *La mansión*, el autor sigue el desarrollo de los Snopes a través de tres puntos de vista. El primero de ellos es el de K. V. Ratcliff, vendedor de máquinas de coser que había aparecido ya en *Sartoris* y *Mientras agonizo*. El segundo es el de su amigo Gavin, en buena medida contrapunto del buen juicio del anterior. Y, por fin, el de Charles Mallison, encarnación de la esperanza en las virtudes de un nuevo Sur de los Estados Unidos, y protagonista de su propia historia de iniciación.

Lectulandia

William Faulkner

La ciudad

Trilogía de los Snopes - 2

ePub r1.0

Titivillus 09.06.16

Título original: *The Town*
William Faulkner, 1957
Traducción: José Luis López Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Phil Stone

*Reímos a medias
durante treinta años*

I. Charles Mallison

Yo no había nacido aún, de manera que fue primo Gowan quien estuvo allí, con edad suficiente para ver y recordar y contármelo después a mí cuando ya era lo bastante mayor para entenderlo. Es decir, fue primo Gowan más tío Gavin o quizá tío Gavin más primo Gowan. Primo Gowan tenía trece años. Su abuelo era el hermano del abuelo, de forma que cuando el parentesco llegó hasta nosotros, ni él ni yo sabíamos en qué grado éramos primos. Así que él nos llamaba «primo» o «prima» a todos menos al abuelo, y todos nosotros, excepto el abuelo, hacíamos lo mismo con él, y así nos arreglábamos.

La familia del primo Gowan vivía en Washington, donde su padre trabajaba para el Departamento de Estado, y de repente lo mandaron durante dos años a China o a la India o algún otro sitio así de lejano; su madre también se fue, de manera que enviaron a Gowan a vivir con nosotros y a que fuera al colegio de Jefferson hasta que volvieran. «Nosotros», por entonces, eran el abuelo, padre, madre y el tío Gavin. Así que esto es lo que Gowan supo del asunto hasta que yo nací y crecí lo suficiente para enterarme también. Y cuando hablo de «nosotros» y digo «creímos» me refiero en realidad a Jefferson y a lo que Jefferson pensaba.

Al principio creímos que el depósito de agua era sólo el monumento a Flem Snopes. Estábamos así de poco enterados. Pero más adelante comprendimos que aquel objeto a poca altura en el cielo por encima de Jefferson, en el Estado de Mississippi, no era un monumento sino una huella.

Un día de verano Flem Snopes entró en la ciudad por el sudeste en una carreta de dos mulas que contenía a su mujer y a su hijita y una reducida cantidad de mobiliario y accesorios domésticos. Al día siguiente se hallaba tras el mostrador de un pequeño restaurante a trasmano que pertenecía a V. K. Ratliff. Bueno, sólo a medias, porque tenía un socio. Ratliff se pasaba la mayor parte del tiempo en una calesa (eso fue antes de que comprara el Ford modelo T) recorriendo el condado con una máquina de coser de cuya marca era representante y con la que hacía demostraciones. Es decir, creíamos que Ratliff era aún el otro socio hasta que vimos al desconocido con el delantal manchado de grasa detrás del mostrador: un individuo rechoncho y nada comunicativo con una diminuta corbata de lazo, ojos opacos y una sorprendente nariz, pequeña y ganchuda, como el pico de un halcón diminuto; una semana después Snopes había instalado una tienda de lona detrás del restaurante y él, su mujer y la niña vivían allí. Y fue entonces cuando Ratliff le dijo a tío Gavin:

—Déle un poco de tiempo. Déle seis meses y también sacará de ese café a Grover Cleveland (Grover Cleveland Winbush había sido su socio).

Aquél fue el primer verano, el primer Verano de los Snopes, lo llamaba tío Gavin, que estaba en Harvard por entonces, preparando su licenciatura. Después continuaría

estudios de derecho en la universidad de Mississippi, dispuesto a convertirse en socio del abuelo, aunque a decir verdad ya pasaba las vacaciones ayudándole en sus tareas como fiscal municipal; apenas había tenido ocasión de ver a la señora Snopes, de manera que no sólo no sabía aún que iría a Alemania para estudiar en la universidad de Heidelberg, sino que ni siquiera estaba enterado de que alguna vez tendría ganas de hacerlo: tan sólo se trataba de una idea agradable que acariciar o utilizar como tema de conversación.

Ratliff y tío Gavin hablaban con frecuencia. Porque si bien Ratliff nunca había estudiado en ningún sitio mucho tiempo seguido y se pasaba la vida recorriendo el condado Para vender máquinas de coser (o vender o hacer trueques con cualquier otra cosa, si vamos al caso), tío Gavin y él se interesaban por la gente..., al menos eso es lo que decía tío Gavin. Porque a mí siempre me pareció que estaban interesados en la curiosidad. Hasta ese momento, quiero decir. Y es que para entonces habían superado con mucho la simple curiosidad. Para entonces estaban ya muy asustados.

Empezamos a saber de Snopes o, más bien, de los Snopes, por medio de Ratliff. Mejor dicho: hubo un Snopes en la unidad del coronel Sartoris en 1864: en el destacamento cuya misión era hacer incursiones en las avanzadillas yanquis en busca de caballos. Sólo que en aquella ocasión fue una patrulla confederada quien le sorprendió —a aquel Snopes— llevándose caballos de la Confederación y, según se creía, lo ahorcó. Lo que, evidentemente, tampoco era cierto, ya que (Ratliff se lo contó a tío Gavin) hacía cosa de diez años Flem y un hombre mayor que parecía ser su padre salieron de repente un día de la nada y alquilaron una pequeña granja al señor Will Varner, que era prácticamente el propietario de todo el término y distrito de Frenchman's Bend, a unos treinta kilómetros de Jefferson. Era una granja pequeña y pobre y ya tan exprimida que únicamente los agricultores más desheredados de la fortuna aceptarían cultivarla, e incluso así sólo para quedarse un año. Sin embargo, Ab y Flem la alquilaron y evidentemente (palabras de Ratliff) él o Flem o ambos juntos lo encontraron...

—¿Encontraron qué? —preguntó tío Gavin.

—No lo sé —dijo Ratliff—. Lo que fuera que tío Billy y Jody habían enterrado allí y creían que estaba a salvo —porque aquel invierno Flem se convirtió en el dependiente del almacén del tío Billy. Y lo que encontraron en aquella granja tuvo que ser algo muy bueno, o quizá muy pronto dejaron de necesitarlo; quizá Flem encontró algo que los Varner creían que estaba escondido y a salvo bajo el mostrador del almacén mismo. Porque al cabo de un año el viejo Ab se mudó a Frenchman's Bend para vivir con su hijo y otro Snopes salió de no se sabe dónde para quedarse en la granja alquilada; y al cabo de dos años más otro Snopes era el herrero oficial de la herrería del señor Varner. De manera que en Frenchman's Bend había tantos Snopes como miembros de la familia Varner; y cinco años más tarde, es decir, el año en que Flem se mudó a Jefferson, había incluso más Snopes que Varner, ya que una Varner se había casado con un Snopes y estaba dando de mamar a otra Snopes recién nacida.

Porque lo que Flem encontró esa última vez se hallaba en casa del tío Billy. Eula era su única hija y la más joven de todos, y no sólo la belleza local sino la más hermosa de todo el distrito. Y no únicamente en razón de las tierras y el dinero del viejo Will. Porque yo también la vi y sé de qué hablo, aunque fuese ya una persona de cierta edad, casada y con una hija mayor que yo, y yo sólo tuviera once, doce y trece arios. («Claro», dijo tío Gavin. «No creas haber sido el primer hombre que, incluso a los doce años, ha pasado momentos amargos por una razón como ella»). Y no es que fuese demasiado grande, heroica; no es que, como suele decirse, fuera demasiado parecida a la diosa Juno. Es sencillamente que había demasiado de todo en ella para que lo pudiera contener y sustentar un solo envoltorio humano del sexo femenino: demasiada blancura, demasiada feminidad, quizá, simplemente, demasiada gloria, no lo sé: pero al verla por primera vez se sentía una especie de estremecimiento de gratitud por el simple hecho de estar vivo y de ser varón coincidiendo con ella en el tiempo y en el espacio, y a continuación, en el instante siguiente, y después para siempre una especie de desesperación al descubrir que nunca habría bastante de un solo varón para igualarla, retenerla y merecerla; amargura para siempre, porque nunca nada menos perfecto resultaría aceptable.

Eso fue lo que Flem encontró esta vez. Una mariana, según Ratliff, Frenchman's Bend supo que la noche anterior Flem Snopes y Eula Varner habían cruzado la línea divisoria con el condado inmediato, que habían comprado una licencia y contraído matrimonio; el mismo día, también según Ratliff, Frenchman's Bend se enteró de que tres jóvenes, tres de los antiguos pretendientes de Eula, habían abandonado el condado repentinamente y de noche, camino de Texas, se decía, o hacia el oeste; en cualquier caso lo bastante lejos hacia el oeste para estar más allá del sitio que tío Billy o Jody Varner habrían podido alcanzar si se hubieran propuesto perseguirlos. Luego, un mes más tarde, Flem y Eula salieron camino de Texas (esa meta de nuestra época, dijo tío Gavin, para los que tienen las manos manchadas, para los insolventes o para los que aún conservan la esperanza), y volvieron al verano siguiente con una niña un poco más crecida de lo que cabría esperar al cabo de tan sólo tres meses...

—Y los caballos —dijo tío Gavin. Porque eso sí lo sabíamos, quizá debido a que Flem Snopes no había sido el primero en importarlos. Todos los arios, más o menos, alguien regresaba al condado con una reata de caballos sin domar, procedentes de algún lugar del oeste, y los subastaba. Esta vez los caballos llegaron conducidos por un hombre que era evidentemente de Texas, al mismo tiempo que el señor y la señora Snopes regresaban a casa procedentes de ese Estado. Los animales de aquella reata, sin embargo, parecían ser desacostumbradamente salvajes, puesto que la dispersión resultante de caballos con manchas multicolores, sin domar y sin posibilidades de llegar a estarlo, no se limitó a Frenchman's Bend, sino que afectó también a toda la mitad este del condado. Pero incluso al final nadie afirmó taxativamente que Snopes fuese su propietario.

—No, no —dijo tío Gavin—. Tú no fuiste uno de aquellos tres que salió huyendo

del olor de la escopeta de Will Varner. Y no me digas que Flem te cambió uno de esos caballos por la mitad del restaurante porque no me lo creeré. ¿Qué fue lo que pasó?

Ratliff siguió allí sentado con su rostro moreno, afable, perfectamente afeitado y su pulcra camisa azul sin corbata, pero sin que sus ojos cordiales, inteligentes y astutos mirasen del todo a tío Gavin.

—Fue aquella casa vieja —dijo. Tío Gavin esperó—. La casa del Viejo Francés —tío Gavin siguió esperando—. El dinero enterrado —entonces tío Gavin entendió: En todo Mississippi, o incluso en todo el Sur, ni una sola de las antiguas plantaciones anteriores a la guerra civil carecía de su leyenda sobre el dinero y la vajilla de plata escondidos en el jardín para salvarlos de los ladrones yanquis. En este caso particular se trataba de la mansión en ruinas que en los viejos tiempos había dominado y dado su nombre a toda la zona conocida como Frenchman's Bend, ahora propiedad de los Varner—. Henry Armstid tuvo la culpa, por tratar de desquitarse con Flem del caballo que el tejano le vendió y que le rompió la pierna. No —dijo Ratliff—; yo tuve tanta culpa como el que más. Y es que me empeñé en averiguar qué hacía Flem como propietario de aquella casa vieja que todo el mundo se daba cuenta de que no valía nada. No me refiero a por qué la compró Flem. Me refiero a por qué la aceptó cuando tío Billy se la dio a él y a Eula como regalo de boda. De manera que cuando Henry se aficionó a seguir y a vigilar a Flem y finalmente lo sorprendió aquella noche cavando en lo que había sido el jardín, calculo que no tuvo que hacer grandes esfuerzos para convencerme de que le acompañara al día siguiente y viera yo mismo cavar a Flem.

—De manera que cuando Flem dejó por fin de cavar y se marchó, Henry y tú salisteis de entre los matorrales y también cavasteis —dijo tío Gavin—. Y lo encontrasteis. Encontrasteis algo. Lo bastante. Exactamente lo justo para ir a cambiarle a Flem Snopes tu mitad del restaurante por la mitad de la casa del Viejo Francés casi antes de que amaneciera. ¿Cuánto tiempo seguisteis cavando Henry y tú antes de dejarlo?

—Yo lo dejé después de la segunda noche —dijo Ratliff—. Cuando se me ocurrió mirar el dinero.

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. El dinero.

—Eran dólares de plata lo que habíamos encontrado. Algunos de ellos bastante antiguos. Uno de los de Henry llevaba casi treinta años acuñado.

—Una mina de oro amañada —dijo tío Gavin—. Una de las estafas más viejas del mundo, y tú picaste. No Henry Armstid: tú.

—Sí —dijo Ratliff—. Casi tan vieja como aquel pañuelo que dejó caer Eula Varner. Casi tan vieja como la escopeta del tío Billy Varner —eso fue lo que dijo entonces. Porque ya había pasado otro año cuando Ratliff paró a tío Gavin en la calle y le dijo—: Con el permiso del tribunal, abogado, quisiera presentar una objeción. Me gustaría cambiar el pasado a presente.

—¿Cambiar qué pasado a qué presente? —preguntó tío Gavin.

—El año pasado dije «Aquel pañuelo que dejó caer la señora Snopes». Quiero

cambiar aquel «dejó caer» por «sigue dejando caer». Me consta que hay un tipo que todavía anda tras él.

Porque, al cabo de seis meses, Snopes, además de eliminar al socio del restaurante lo había abandonado él mismo, reemplazado detrás del grasiento mostrador y también dentro de la tienda de campaña por otro Snopes añadido desde Frenchman's Bend al vacío dejado por el ascenso del primero, gracias a la misma especie de ósmosis con la que, según Ratliff, habían ocupado Frenchman's Bend sin romper la cadena, con cada Snopes ya presente subiendo un escalón y dejando el hueco vacío al principio de la escalera para el siguiente Snopes que apareciera de la nada y lo llenase, lo que sin duda ya habría hecho, aunque Ratliff no hubiera tenido aún tiempo de ir allí a comprobarlo.

Y ahora Flem vivía con su mujer en una casita alquilada en una calle a trasmano casi en las afueras, y era superintendente de la central que suministraba el agua a la ciudad y producía la energía eléctrica. Nuestra indignación fue sobre todo sorpresa; no porque Flem consiguiera el empleo (no habíamos llegado aún tan lejos) sino por no haber sabido hasta entonces que existiera el puesto; que hubiera en Jefferson el cargo de superintendente de la central eléctrica. Porque la central —las calderas y las máquinas que hacían funcionar la bomba y la dinamo— estaba a cargo del antiguo maquinista de una serrería llamado Harker, y de las dinamos y del tendido eléctrico de toda la ciudad se ocupaba un electricista contratado por el municipio, situación que había sido completamente satisfactoria desde que el agua corriente y la electricidad se incorporaron a la vida de Jefferson. Pero de repente, y sin aviso previo, necesitábamos un superintendente. Y de manera tan repentina y simultánea, y con la misma falta de aviso previo, un campesino que aún no llevaba dos años viviendo en la ciudad y que (suponíamos) probablemente no había visto la luz eléctrica en su vida hasta aquella primera noche dos años antes cuando entró en Jefferson con su carreta, era quien ocupaba ese cargo.

Aquella fue la única sorpresa. No que el campesino fuese Flem Snopes. Porque para entonces todos habíamos visto ya a la señora Snopes: las pocas veces que la veíamos, y que solía ser detrás del mostrador del restaurante con otro grasiento delantal, friendo hamburguesas, huevos y jamón y filetes como suelas en la parrilla de queroseno incrustada de grasa, o quizá una vez a la semana en la plaza, siempre sola; sin ir, hasta donde se nos alcanzaba, a ningún sitio: simplemente moviéndose, andando rodeada por aquella atmósfera de decoro y modestia y soledad diez veces más inmodesta y cien veces más turbadora que cualquiera de los trajes de baño que las jóvenes empezarían a ponerse hacia la década de 1920 más o menos, como si en el segundo inmediatamente anterior a que uno la mirase, su ropa hubiera logrado en una frenética y atropellada carrera, alcanzarla y cubrirla. Pero sólo por un momento porque en el instante siguiente, si uno la seguía el tiempo suficiente, la ropa se marchitaba a consecuencia de su simple y normal manera de andar, y la señora Snopes se desprendía de ella como se desprende la rueda de una constelación de los

girones y de la pegajosidad de unas insignificantes nubes arrastradas por el viento.

Al alcalde, al comandante De Spain, lo conocíamos desde antes. Jefferson, Mississippi, todo el Sur en realidad, aún estaba lleno por entonces de hombres con el tratamiento de general, coronel o comandante porque sus padres o abuelos habían sido generales o coroneles o comandantes o quizá sencillamente soldados rasos en los ejércitos de la Confederación, o habían contribuido económicamente a las campañas electorales de gobernadores triunfantes. Pero el padre del comandante De Spain había sido de verdad comandante de la caballería confederada, y De Spain en persona un alumno de West Point que marchó a Cuba como alférez con mando de tropa y regresó a casa con una herida: una larga cicatriz que desde el pelo le cruzaba la oreja y llegaba hasta la mandíbula, y que podía haber sido producida por el sable o la baqueta con que lógicamente, suponíamos, algún español en orden de batalla le había golpeado, o por el hacha utilizada por un sargento durante una partida de dados, según lo que la táctica política impulsó a sus contrincantes a afirmar durante la campaña electoral para la alcaldía.

Porque aún no llevaba mucho tiempo en casa ni hacía mucho tiempo que se había quitado el uniforme azul del ejército yanqui cuando comprendimos que Jefferson y él se llevaban irremediablemente mal, que uno de los dos tendría que ceder, y que no sería él quien cediera: De Spain no abandonaría Jefferson ni trataría de cambiar para acomodarse a Jefferson, sino que, por el contrario, se esforzaría por dominarla hasta que la ciudad se plegara a él, algo que los jóvenes vivían con la esperanza de que lograra antes o después.

Hasta entonces Jefferson era como todas las demás pequeñas ciudades del Sur: no había sucedido nada desde que los últimos politicastos del Norte se rindieron y volvieron a casa o fueron asimilados, convirtiéndose en habitantes no regenerados de Mississippi. Teníamos el típico alcalde y los típicos concejales que, a ojos de los jóvenes, parecían estar ocupando sus cargos a perpetuidad desde el Arca de Noé o, por lo menos, desde que el último indio chickasaw salió camino de Oklahoma en 1820, tan viejos entonces como ahora e incluso no de más edad ahora: el viejo señor Adams, el alcalde, de lengua barba patriarcal, a quien los jóvenes como primo Gowan consideraban probablemente más viejo que el mismo Dios, hasta el punto de creerle en realidad el primer hombre; tío Gavin decía que había otras personas, además de los chicos de doce y trece años como Gowan, que se referían a él mediante el apellido, pero suprimiendo la última «s», y a su anciana y gorda esposa como la señorita «Eve Adam», libre desde hacía ya mucho tiempo del peligro de incitar a una serpiente o a cualquier otra alimaña o tentarla.

De manera que nos preguntábamos qué hacha utilizaría el teniente De Spain para cortarle las esquinas a Jefferson y lograr que se acomodara a él. Y un día la encontró. El electricista de la ciudad (el que mantenía en funcionamiento los generadores, las dinamos y los transformadores) era un genio. Una tarde de 1904 salió del patio trasero de su casa a la calle en el primer automóvil que habíamos visto nunca,

completamente hecho a mano, motor incluido, desde la bobina de la magneto hasta la biela, y llegó a la plaza en el momento en que el coronel Sartoris, su simón y los dos purasangres idénticos que tiraban de él la estaban cruzando camino de su casa. Aunque ni el coronel Sartoris ni el cochero resultaron heridos y los caballos, cuando se logró capturarlos, no tenían ni un rasguño y el electricista se ofreció a reparar el simón (se dijo que se ofreció incluso a ponerle un motor de gasolina), el coronel Sartoris apareció en persona en la siguiente reunión del ayuntamiento, y en ella se aprobó un edicto que prohibía la circulación de vehículos a motor por las calles de Jefferson.

Aquella fue la oportunidad que esperaba De Spain. Pero no era solamente suya. Era también la que esperaban todos los varones de su edad —no ya en Jefferson sino por doquier— que habían visto en aquel maloliente, ruidoso, autopropulsado, diminuto cacharro de fabricación casera que el señor Buffaloe (el electricista) había fabricado con pedazos sueltos en el patio de atrás en sus ratos libres, no un simple fenómeno sino todo un augurio, una promesa del destino que esperaba a los Estados Unidos de América. De Spain no precisó siquiera hacer campaña para que lo eligieran alcalde: todo lo que necesitó fue anunciar su candidatura. Y los viejos padres de la ciudad, aunque atrincherados en sus cargos, también lo comprendieron, y ése fue el motivo de que recurrieran, desesperados, al expediente de crear o exhumar o repetir (fuera lo que fuese) la historia de la partida de dados en Cuba y del hacha del sargento. Y De Spain se afirmó aquella vez y para siempre como alguien por encima incluso de la política; el mismo César no podría haberlo hecho con más limpieza. Fue una mañana a la hora del correo. El alcalde Adams y su hijo menor Theron, más joven que De Spain, pero no más corpulento, aunque sí más alto, salían de la oficina de Correos cuando el candidato de la oposición se los encontró. Es decir, él ya estaba allí con un buen grupo, y se tocaba la cicatriz con el dedo cuando el señor Adams lo vio.

—Buenos días, señor alcalde —dijo—. ¿Qué es lo que oigo sobre una partida de dados con hacha incluida?

—Eso es lo que a los electores de la ciudad de Jefferson les gustaría preguntarle a usted, caballero —dijo el señor Adams—. Si sabe usted de alguna prueba en contra más cercana que Cuba, le aconsejaría que la presentara.

—Sé de un sistema más rápido que ése —dijo De Spain—. Su señoría está demasiado entrado en años, pero Theron es lo bastante corpulento. Él y yo podemos acercarnos un momento a la ferretería de McCaslin, conseguir un par de hachas y descubrir ahora mismo si tiene usted razón.

—Pero, teniente..., —dijo Theron.

—Eso no importa —respondió De Spain—. Yo pagaré por las dos.

—Buenos días, caballeros —dijo Theron. Y eso fue todo. En junio eligieron alcalde a De Spain. Fue una victoria aplastante y supuso un triunfo histórico. Los nuevos tiempos habían llegado a Jefferson; él era simplemente su campeón, el

Godofredo de Bouillon, el Tancredo, el Ricardo Corazón de León de Jefferson en el siglo veinte.

Llevaba bien el manto. No: no era un manto, sino un estandarte, una bandera, y él la llevaba siempre consigo, bien visible, antes de que Jefferson supiera incluso que estábamos preparados para ello. De Spain hizo Electricista Municipal al señor Buffaloe con un sueldo en mensualidades, aunque su primer acto oficial tuvo que ver con el edicto del coronel Sartoris contra los automóviles. Nosotros pensábamos, por supuesto, que él y sus nuevos concejales lo habrían abrogado simplemente por ser el resultado de que un viejo retrógrado como el coronel Sartoris le hubiera dicho a otro retrógrado como el alcalde Adams que lo aprobara, y el retrógrado número dos así lo había hecho. Pero no fue eso lo que pasó. Como he dicho, la victoria electoral del nuevo alcalde resultó aplastante; fue como si el enfrentamiento con el viejo alcalde Adams y Theron delante de la oficina de Correos aquella mañana por la cuestión del hacha se hubiera convertido en una antorcha para todos los demás jóvenes de Jefferson. Me refiero a los que todavía no eran propietarios de almacenes y desmotaderas ni tampoco abogados y médicos ya establecidos, sino tan sólo dependientes y oficinistas de los almacenes, desmotaderas y despachos, que procuraban ahorrar lo suficiente para casarse, porque fueron ellos quienes trabajaron para elegir alcalde a De Spain. Pero hicieron otras cosas además: antes de que se dieran cuenta o se lo propusieran, habían desalojado a los viejos concejales atrincherados y ellos mismos pasaron a ocupar el puesto de padre de la ciudad cabalgando sobre los faldones de la levita de Manfred De Spain y por lo menos sobre su hacha. De manera que cualquiera hubiera pensado que lo primero que harían sería abolir para siempre la ley contra los automóviles. Se limitaron en cambio a copiarla en un trozo de pergamino como un diploma o una mención honorífica, enmarcarla y colgarla, dentro de una caja de cristal iluminada, en el vestíbulo del palacio de justicia, a donde muy pronto empezó a acudir la gente en automóvil desde sitios tan remotos como Chicago para reírse de ella. Porque tío Gavin decía que se vivía aún en la fabulosa y legendaria época en que no existía contradicción entre automóvil y alegría, antes de que todo americano tuviera que tener uno, y antes de que los automóviles mataran más personas que las guerras.

De Spain hizo todavía más: trajo personalmente a la ciudad el primer automóvil de verdad, un dos plazas rojo de la marca E.M.F., y vendió los caballos de la caballeriza de alquiler que le había dejado su padre, deshizo las cuadras, los pesebres y los cuartos donde se guardaban los arreos y las sillas de montar y fundó el primer garaje y agencia de automóviles de Jefferson, de manera que a partir de entonces todos sus concejales y el resto de los jóvenes a los que ninguno de los bancos prestaba un céntimo para comprar un vehículo a motor, por muy solventes que fueran, también pudieran tenerlos. ¡Ah, sí; la edad del motor había llegado a Jefferson! y De Spain abría la marcha con sus dos plazas rojo: el vehículo exótico y jovial, tan invencible e irrevocablemente polígamo como su propietario, que nunca

dejaría de serlo, y que vivía solo en la gran casa de madera de su difunto padre, con una cocinera y un criado de chaqueta blanca. De Spain abría el cotillón anual y era el primero en la lista del baile que organizaban las señoras para presentar a las debutantes; si se hubiera inventado ya la sociedad de los frecuentadores de cafés de moda —no las personas cuyos nombres aparecen en Quién es quién ni las que forman parte de Los Cuatrocientos^[1]— De Spain la hubiera presidido también; de no haber nacido una generación demasiado pronto, lo habrían ordenado por aclamación como sacerdote del nuevo culto religioso nacional de las fotografías sugerentes y con poca ropa, al mismo tiempo que se incorporaba a las Grable, Harlow y Monroe, todavía vivas, al rango de querubines americanas.

De manera que cuando vimos por vez primera a la señora Snopes cruzar la plaza dando la terrible impresión de que al cabo de un segundo su misma piel quemaría la ropa que llevaba, sin dejar siquiera un velo de cenizas entre ella y la luz del día, nos pareció que estábamos viendo con nuestros propios ojos al Destino, un destino del que ella y el alcalde De Spain eran las víctimas. Nunca supimos cuándo se encontraron, cuándo se vieron por primera vez. No nos hacía falta. En cierta manera, no queríamos saberlo. Dábamos por sentado, claro está, que De Spain introduciría a la señora Snopes en su casa de noche por algún medio o método tortuoso, pero tampoco teníamos certeza de ello. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona, algunos de nosotros —algún chico o chicos o jóvenes— se habrían emboscado para descubrirlo. Pero no tratándose de él. Estábamos, por el contrario, de su parte. No queríamos saberlo. Éramos sus aliados, sus cómplices; toda nuestra ciudad era la encubridora de aquellos cuernos: de unos cuernos que, por lo que a las pruebas se refiere, nos los habíamos inventado nosotros de cabo a rabo; unos cuernos que dábamos por sentado cuando veíamos a De Spain y a Snopes pasear amigablemente juntos mientras (aunque nosotros no lo supiéramos aún) el alcalde creaba, planeaba cómo crear, aquel cargo de superintendente de la central eléctrica que ni siquiera sabíamos que no existía y menos aún que necesitábamos, y cómo nombrar luego al señor Snopes para ocuparlo. Y no era porque estuviésemos en contra del señor Snopes; aún no habíamos leído las seriales y portentos que deberían habernos avisado, prevenido, que deberían habernos hecho saltar unidos en frenético acuerdo para defender nuestra ciudad. Como tampoco estábamos realmente en favor del adulterio, del pecado: estábamos simplemente en favor de Eula Snopes y De Spain, por lo que tío Gavin denominaba el valor sagrado de la simple lujuria inmortal sin adulteraciones ni inhibiciones que ellos dos representaban; estábamos a favor de las dos personas que habían encontrado en la otra su personal destino prefijado; que habían encontrado en la otra la definitiva horma de su zapato; y a nosotros nos correspondía el orgullo de que Jefferson les proporcionase el campo de batalla.

Incluso tío Gavin; tío Gavin también, que le preguntó a Ratliff:

—Esta ciudad no es tan grande. ¿Por qué Flem no los ha pillado todavía?

—No quiere —dijo Ratliff—. Todavía no le hace.

Luego nos enteramos de que la ciudad —el alcalde, el concejo, quienquiera que fuese o como quiera que se hiciese— había creado el cargo de superintendente de la central eléctrica y nombrado a Flem Snopes para ocuparlo.

Por la noche llevaba la central el señor Harker, el veterano maquinista de la serrería, con Tomey's Turl Beauchamp, el fogonero negro, que alimentaba las calderas todo el tiempo que el señor Harker estaba allí para vigilar los manómetros, cosa que Tomey's Turl no quería o no podía hacer, negándose sencillamente a establecer la menor relación entre el fogón debajo de la caldera y la sucia y diminuta esfera de reloj que ni siquiera daba la hora, por añadidura. De día el otro fogonero negro, Tom Tom Bird, llevaba la central solo, aunque el señor Buffaloe, por pura costumbre, echara una ojeada de cuando en cuando, puesto que Tom Tom no sólo alimentaba las calderas, sino que era tan capaz como Buffaloe y Harker de leer los manómetros y mantener el motor con la debida presión y las dinamos limpias y engrasadas: un arreglo perfectamente satisfactorio por cuanto Harker era lo bastante viejo para que no le importara o incluso prefiriese el turno de noche, y Tom Tom — un hombre grande como un toro que pesaba cerca de cien quilos y que a pesar de sus sesenta años aparentaba cuarenta y se había casado hacía dos años con su cuarta mujer: una joven a la que mantenía en la estricta reclusión celosa propia de un turco en una cabaña a unos tres kilómetros de la central siguiendo la línea férrea— se negaba a considerar otra cosa distinta del turno de día. Aunque para cuando primo Gowan se unió a Harker en el turno de noche, el señor Snopes había aprendido a leer los manómetros e incluso a llenar también las tazas lubricadoras.

Esto sucedía unos dos años después de que lo nombraran superintendente. Gowan había decidido esforzarse para entrar aquel otoño en el equipo de fútbol y se le ocurrió, imagino que ni él mismo supo cómo, que un trabajo de fogonero en el turno de noche de una central eléctrica sería el perfecto y exacto entrenamiento para regatear o derribar a los jugadores del equipo contrario. Madre y padre no estaban de acuerdo hasta que tío Gavin intervino. (Licenciado por Harvard, había terminado los cursos de derecho en la universidad de Mississippi y aprobado el examen para el ejercicio de la profesión de abogado, por lo que, como el abuelo cada vez trabajaba menos, tío Gavin era realmente el fiscal municipal; había pasado todo un año: estábamos en junio, tío Gavin acababa de volver a casa de la universidad y todavía no había visto a la señora Snopes aquel verano, dado que habló incluso de Heidelberg como un agradable tema de conversación).

—¿Por qué no? —dijo—. Gowan casi ha cumplido los trece: ya es hora de que empiece a pasar fuera noches enteras. ¿Y qué mejor sitio que la central eléctrica, donde el señor Harker y el fogonero se encargarán de mantenerlo despierto?

De manera que Gowan consiguió el empleo como ayudante de Tomey's Turl, e inmediatamente Harker empezó a mantenerlo despierto hablándole de Flem Snopes, hablando de él con un asombro tan ajeno a toda idea moral como el de alguien que contara el espectáculo de la colisión de dos planetas. Según Harker, la cosa empezó el

año anterior. Una tarde Tom Tom había terminado de limpiar los fogones y estaba sentado en la pasarela fumando su pipa, con la presión alta y la válvula de seguridad de la caldera central pitando, cuando apareció el señor Snopes y se quedó allí un rato, masticando tabaco y mirando la válvula que silbaba.

—¿Cuánto pesa ese pito? —dijo.

—Si se refiere usted a la válvula, unos cuatro quilos —dijo Tom Tom.

—¿Todo latón? —preguntó el señor Snopes.

—Todo, excepto ese agujerito que es por donde sale lo que usted llama silbido —dijo Tom Tom. Y eso fue todo por entonces, dijo Harker; pero dos meses más tarde, cuando él, Harker, llegó a trabajar una noche, se encontró con que habían desaparecido las tres válvulas de seguridad de las calderas y con que los agujeros estaban cubiertos con tapones roscados de acero de centímetro y medio, capaces de soportar una presión de quinientos quilos, mientras Tomey's Turl seguía echando paletadas de carbón a los fogones porque aún no había oído ningún silbido.

—Y en la cabeza de cualquiera de las tres calderas se podía abrir un agujero con una paja para beber refrescos —dijo Harker—. Cuando vi el manómetro de la primera nunca creí que llegara vivo hasta el inyector.

«De manera que cuando por fin le metí a Turl en la cabeza que aquel 100 en la esfera del manómetro significaba no sólo dónde Turl perdería su empleo, sino dónde lo perdería tan a conciencia que nadie los encontraría nunca más ni a él ni al empleo, me tranquilicé lo suficiente para interesarme por averiguar dónde habían ido a parar las válvulas de seguridad.

»—El señor Snopes se las llevó —dijo.

»—¿Para qué demonios?

»—No lo sé. Sólo le estoy diciendo lo que Tom Tom me contó. Dijo que el señor Snopes le explicó que el flotador de cierre del depósito de agua no pesa lo suficiente. Que el depósito empezará a salirse algún día, de manera que iba a añadir las tres válvulas al flotador para que pesase más.

»—Quieres decir —empecé. No pude llegar más que hasta ahí—.Quieres decir...

»—Eso es lo que cuenta Tom Tom. Yo no sé nada de todo eso.

»En cualquier caso habían desaparecido; tanto si estaban en el depósito de agua como si no, era demasiado tarde para averiguarlo. Hasta esa noche Turl y yo nos tomábamos el trabajo con bastante calma, porque cuando se terminaba la carga las cosas se tranquilizaban bastante. Pero puedes estar seguro de que esa noche no dimos ni una cabezada. Nos pasamos todo el tiempo encima del montón de carbón porque desde allí podíamos vigilar los tres manómetros al mismo tiempo. Y a partir de media noche, cuando se terminó la carga, nunca tuvimos suficiente vapor en las tres calderas juntas para hacer funcionar un tostador de cacahuets. E incluso cuando ya me había acostado en casa no pude dormir. Cada vez que cerraba los ojos empezaba a ver un manómetro del tamaño de un barreño, con una aguja roja tan grande como una pala de carbón subiendo hacia los cincuenta quilos, y entonces me despertaba gritando y

sudando.

»Hasta que por fin hubo bastante luz como para ver; y no creas que mandé a Turl: trepé hasta allí yo mismo para ver el flotador. Y tampoco estaban las válvulas para hacer peso y quizá tampoco había sido intención de Snopes colgarlas allí para que el primer tipo que mirase dentro pudiera llevárselas. Y aunque ese depósito tiene trece metros de hondo, yo podía haber abierto la espita y vaciarlo. Sólo que trabajo allí, el señor Snopes era el superintendente, ya estábamos en el turno de día y Tom Tom podría contestar a todas las preguntas que Joe Buffaloe quisiera hacerle en caso de que apareciera por allí y viera los tapones roscados capaces de soportar quinientos quilos de presión donde teóricamente tenían que estar las válvulas de seguridad.

»Así que me fui a casa y la noche siguiente apenas conseguí que Turl hiciera subir la aguja de los manómetros lo bastante para que girase el pistón de baja presión y no digamos nada de mover las dinamos; ni tampoco la noche que vino después ni la otra, hasta que pasaron unos diez días y nos llegó una caja por correo urgente; Tom Tom se había quedado esperando y él y yo la abrimos (decía C. R. en grandes letras negras, pero la etiqueta misma había sido arrancada. “Sé donde la ha tirado”, explicó Tom Tom), quitamos los tapones roscados de los orificios de salida y pusimos de nuevo las tres válvulas de seguridad; y claro está que Tom Tom encontró la etiqueta arrugada: Señor Flem Snopes, Central Eléctrica, Jefferson, Mississippi, Contra Rembolso, veintitrés dólares y ochenta y un centavos».

Pero todavía quedaba otra parte de la historia que Harker mismo ignoraba hasta que tío Gavin se la transmitió después de que Tom Tom se la contara a él; cómo una tarde Tom Tom estaba fumando una pipa en el montón de carbón cuando apareció el señor Snopes con algo en la mano que a Tom Tom le pareció al principio una herradura para mula del número tres, hasta que el señor Snopes se fue a un rincón detrás de las calderas donde se había acumulado un montón de accesorios desechados —válvulas, varillas, pernos y cosas por el estilo— probablemente desde que en Jefferson se encendió la primera luz eléctrica; y arrodillándose (el señor Snopes) comprobó una a una todas las piezas y las colocó en dos montones en el pasillo que tenía detrás. Después Tom Tom vio cómo examinaba con el imán todas las piezas sueltas de metal que había en el cuarto de calderas, separando el hierro del latón. A continuación, Snopes le dijo a Tom Tom que reuniera todos los objetos de latón y los llevara al despacho.

Tom Tom puso el latón en una caja. Snopes le esperaba mascando tabaco. Tom Tom explicó que no dejó nunca de mascar, ni siquiera para escupir.

—¿Qué tal os lleváis Turl y tú? —preguntó.

—Yo me ocupo de mis asuntos —dijo Tom Tom—. Lo que Turl haga con los suyos no es cosa mía.

—Turl no piensa así —dijo el señor Snopes—. Quiere que le dé el turno de día que tú tienes. Se queja de que está cansado de alimentar las calderas por la noche.

—Cuando haya echado al fuego tanto carbón como yo, se puede quedar con mi

turno —dijo Tom Tom.

—Lo que pasa es que no está dispuesto a esperar tanto —dijo el señor Snopes. Y a continuación le contó a Tom Tom cómo Turl planeaba robar hierro de la central, echar la culpa a Tom Tom y conseguir que lo despidieran. Sí. Esa es la palabra que Tom Tom le dijo a tío Gavin que el señor Snopes había empleado: hierro. Tal vez el señor Snopes no había oído hablar de imanes hasta un día antes y por eso pensó que Tom Tom tampoco sabía de su existencia e ignoraba lo que él estaba haciendo. Quiero decir que no sabía ni de imanes ni de latón y no era capaz de distinguir entre latón y hierro. O quizá se limitó a pensar que a Tom Tom, por ser negro, todo eso le daba igual. O, posiblemente, que, por ser negro, y tanto si le daba igual como si no, no querría tener nada que ver con los asuntos de un blanco. Sólo que esta parte nos la tuvimos que imaginar nosotros, por supuesto. Aunque no fue difícil: Tom Tom allí de pie, con el tamaño, la forma y el color de un toro Black Angus, mirando desde arriba al blanco. Turl, por el contrario, tenía un color como de cuero de silla de montar, e incluso empuñando una pala llena de carbón apenas llegaba a los sesenta y cinco quilos—. Eso es lo que planea —dijo el señor Snopes—. De manera que vas a llevarte esto a tu casa, vas a esconderlo y no le dirás ni una palabra a nadie. Y tan pronto como tenga suficientes pruebas contra Turl, lo despediré.

—Sé una manera mejor de hacerlo —dijo Tom Tom.

—¿Qué manera? —preguntó Snopes. Luego añadió—: No, no; eso no serviría. Si tienes una pelea con Turl os despediré a los dos. Haz lo que te he dicho. A no ser que estés cansado de tu trabajo y quieras que Turl se quede con él. Si es así, dímelo.

—Nadie se ha quejado todavía de cómo llevo las calderas —dijo Tom Tom.

—Entonces haz lo que yo te digo —insistió Snopes—. Esta noche te llevas eso a casa. Que no te vea nadie, ni siquiera tu mujer. Y si no quieres hacerlo, dilo. Supongo que encontraré a alguien que esté dispuesto.

De manera que Tom Tom se llevó el metal a casa. Y cada vez que en el montón se acumulaban accesorios desechados, veía cómo Snopes separaba otra partida de latón con el imán para que Tom Tom se la llevase a casa y la escondiera. Tom Tom llevaba alimentando calderas desde que se hizo hombre, cuarenta años ya, y en el caso de aquellas tres, las veinte que llevaban instaladas, porque fue él quien construyó los primeros fogones que se utilizaron. Al principio había alimentado una caldera y le pagaban cinco dólares al mes. Ahora se ocupaba de las tres, recibía sesenta dólares mensuales, tenía sesenta años y era propietario de la pequeña cabaña donde vivía, de un trocito de tierra sembrado de maíz y de una mula y una carreta para ir dos veces a la iglesia todos los domingos, con un reloj de oro y la muchacha que era también probablemente la última esposa joven que llegaría a tener.

Pero todo lo que Harker sabía por entonces era que el metal desechado se acumulaba lentamente en el rincón detrás de las calderas y luego desaparecía de repente de un día para otro; y llegó a convertirse en su chiste de todas las noches entrar en la central con su aire de persona activa y muy ocupada y decirle a Turl:

«Vaya, ya veo que esa maquinita funciona todavía. Hay una buena cantidad de latón en esos cojinetes y pasadores de pistón, pero calculo que se mueven demasiado deprisa para acercarlos el imán ese de marras. Aunque supongo que tenemos suerte, después de todo. Supongo que también vendería las calderas si encontrase una manera de que tú y Tom Tom mantuvierais la presión alta sin ellas».

Fue sin embargo él, Harker, quien contó lo que vino después, y que sucedió a principios de año, cuando se revisó la contabilidad de la ciudad: «Vinieron aquí dos tipos con gafas. Examinaron los libros y miraron por todas partes, contándolo todo y anotándolo. Luego se fueron al despacho y aún seguían allí a las seis, cuando llegué yo. Parece que algo no marchaba del todo bien; parece que había algunos viejos accesorios de latón apuntados en los libros, pero el latón en cuestión faltaba o algo por el estilo. Estaba en los libros sin duda alguna, y las válvulas nuevas y demás cosas para sustituirlo también estaban allí. Pero no había manera de encontrar ni uno solo de los viejos accesorios excepto un grifo reventado que se había extraviado, quedando fuera del radio de acción de los imanes, por así decirlo, bajo una mesa de trabajo de una forma u otra. Era francamente extraño. De manera que volví con ellos y sostuve la luz mientras miraban de nuevo por todos los rincones, añadiendo una buena cantidad de hollín, grasa y polvo de carbón a las camisas blancas que llevaban. Pero en cuanto al latón era exactamente como si nunca hubiera existido. De manera que se marcharon.

»Y volvieron a la mañana siguiente. Esta vez venía con ellos el contable municipal y además llegaron antes que Snopes, por lo que tuvieron que esperarle hasta que apareció con su gorra a cuadros y su tabaco de mascar, moviendo las mandíbulas y mirándolos mientras ellos carraspeaban y tartamudeaban hasta que se lo dijeron. Lo sentían mucho; carraspearon y tartamudearon una barbaridad por lo mucho que lo sentían, pero no podían hacer otra cosa que volver a verle puesto que él era el superintendente; y ¿quería detenernos a Turl, a Tom Tom y a mí en aquel mismo momento o bastaría con hacerlo al día siguiente? y él allí delante, mascando, los ojos como dos trozos de grasa lubricante sobre un puñado de masa cruda, y ellos insistiendo en decirle lo mucho que lo sentían.

»—¿Cuánto suma en total? —dijo.

»—Doscientos dieciocho dólares y cincuenta y dos centavos, señor Snopes.

»—¿Es ésa la cantidad definitiva?

»—Hemos revisado dos veces las cifras, señor Snopes.

»—De acuerdo —dijo. Se buscó en el bolsillo, sacó el dinero, pagó los doscientos dieciocho dólares y cincuenta y dos centavos en efectivo y pidió un recibo».

Al verano siguiente Gowan se convirtió en aprendiz de fogonero, de manera que vio y oyó la historia de primera mano, tal como se la contó Turl; era ya de noche cuando el señor Snopes se quedó parado de repente en la puerta del cuarto de calderas e hizo un gesto con el dedo a Turl, así que esta vez fueron Turl y Snopes frente a frente en el despacho.

—¿Qué problemas son esos que tienes con Tom Tom? —preguntó el superintendente.

—¿Problemas con quién? —dijo Turl—. Si Tom Tom cuenta conmigo para tener problemas, más le valdrá que deje de ser fogonero y se haga camarero. Hacen falta dos tipos para una pelea y como Tom Tom no es más que uno, me da lo mismo lo grande que sea.

—Tom Tom cree que tú quieres su turno —dijo el señor Snopes.

Turl miraba a todas partes sin mirar a ninguna en concreto.

—Echo al fuego tanto carbón como Tom Tom —respondió.

—Eso también lo sabe Tom Tom —dijo el señor Snopes—. Sabe que se está haciendo viejo. Pero también que tú eres el único que puedes hacerle sombra —y a continuación le contó cómo Tom Tom llevaba dos años robando latón de la central y echándole la culpa a Turl para que lo despidieran; cómo precisamente aquel mismo día Tom le había dicho a él, al señor Snopes, que Turl era el ladrón.

—Eso es mentira —dijo Turl—. Ningún negro me va a acusar de robar algo que no he robado, y me da igual lo grande que sea.

—Claro —dijo el señor Snopes—. Pero lo que hay que hacer es recuperar ese latón.

—Eso no es cosa mía —dijo Turl—. Al señor Buck Connor le pagan por hacer eso. —Buck Connor era el jefe municipal de policía.

—En ese caso, seguro que vas a la cárcel —dijo Snopes—. Tom Tom dirá que no sabía que estuviera allí. Tú habrás sido el único en saberlo. ¿Qué te imaginas que va a pensar el señor Connor? Tú habrás sido el único que sabía dónde estaba escondido, y Buck Connor no ignora que hasta un tonto tiene suficiente sentido común como para no esconder en su propia cuadra algo que haya robado. Lo único que puedes hacer es recuperar el latón. Has de ir allí durante el día, mientras Tom Tom trabaja, cogerlo, traérmelo y yo lo guardaré para usarlo como prueba contra Tom Tom. O puede que no quieras el turno de día. Dímelo, si es así. No me costará trabajo encontrar a otro.

Y es que Turl no llevaba cuarenta años alimentando calderas. No se había dedicado a ninguna ocupación durante tanto tiempo, entre otras cosas porque sólo tenía treinta. Y aunque fuera centenario, nadie podría acusarle de haber hecho ningún trabajo que, sumado, supusiera cuarenta años de actividad. «A no ser que la suma de las noches que ha pasado buscando hembras dé ese total», dijo Harker. «Si Turl tiene alguna vez la desgracia de casarse, deberá trepar por la ventana trasera de su propia casa para saber qué es lo que está buscando. ¿No tengo razón, Turl?».

De manera que, como dijo Harker, más que mérito de Turl fue error por parte de Snopes. «Que consistió», explicó Harker, «en olvidar la existencia de la nueva mujer de color chocolate que tenía Tom Tom. No se explica cómo, entre todos los negros de Jefferson, eligió a Turl, que ha asaltado, o intentado asaltar, por lo menos una vez, a todas las mozas en un radio de quince quilómetros, para que fuese a casa de Tom Tom (sabiendo como sabía que a Tom Tom lo vigilaba el señor Snopes mientras se

peleaba con el carbón hasta las seis de la tarde y que luego necesitaba andar tres kilómetros por la vía para volver a casa) con la esperanza de que Turl emplease el tiempo que pasaba allí». (Gowan hacía ahora casi todo el trabajo de la noche. No le quedaba más remedio; Turl tenía que recuperar algo de sueño en la carbonera después de medianoche. También perdía peso, cosa que podía permitirse aún menos que perder sueño), «buscando algo que no estuviera escondido en la cama de Tom Tom. Y cuando pensaba en Tom Tom peleándose con las calderas en el mismo ambiente de amistosa aceptación de los cuernos que tu tío dice que rodea a la señora Snopes y al alcalde De Spain, y robando latón para evitar que Turl le quitara el puesto, y que durante todo ese tiempo Turl estaba allí fuera, ocupándose durante el día de las tareas para casa que a Tom Tom le correspondía hacer por la noche, a veces creía que me iba a dar un ataque».

Pero se libró de esto último; todos sabíamos que no podría durar mucho más. La cuestión era adivinar qué sucedería primero: ¿cazaría Tom Tom a Turl, lo cazaría el señor Snopes o le estallaría una vena a Harker? Ganó el señor Snopes. Aquella noche estaba en la puerta del despacho cuando Harker, Turl y Gowan entraron a trabajar; una vez más hizo una señal con el dedo a Turl y una vez más estuvieron frente a frente en el despacho.

—¿Lo has encontrado esta vez? —preguntó el señor Snopes.

—¿A qué vez se refiere? —respondió Turl.

—Hoy, justo antes de que anoheciera —dijo el señor Snopes—, desde la esquina de la cuadra te vi salir del maizal y trepar por la ventana de atrás —y ahora sí que Turl miraba deprisa a todas partes sin mirar a ningún sitio—. Quizá todavía sigues buscando donde no está —dijo el señor Snopes—. Si Tom Tom escondiera el hierro en su cama ya tendrías que haberlo encontrado hace tres semanas. Sera mejor que mires una vez más. Si no lo encuentras, quizá sea mejor que le pida a Tom Tom que te ayude —Turl seguía mirando muy deprisa a todas partes sin mirar a ningún sitio.

—Me va a hacer falta disponer de tres o cuatro horas libres mañana por la noche —dijo—. Y hay que retener aquí a Tom Tom hasta que yo vuelva.

—Yo me encargo de ello —dijo Snopes.

—Quiero decir, tenerlo aquí hasta que yo llegue —dijo Turl—. Me da lo mismo lo tarde que sea.

—Yo me encargo de eso —dijo Snopes.

Excepto que ya había durado todo lo que podía durar; cuando Gowan y Harker entraron en la central la noche siguiente, este último echó una ojeada alrededor, pero incluso antes de que pudiera decir nada ya estaba el señor Snopes en la puerta del despacho, preguntando: «¿Dónde está Tom Tom?». Porque no era Tom Tom quien esperaba para hacer el relevo con los del turno de noche: era un sustituto, que alimentaba las calderas los domingos cuando Tom Tom llevaba a la iglesia a su joven esposa; Gowan dijo que Harker exclamó: «Demonios coronados», moviéndose ya, evitando al señor Snopes para entrar corriendo en el despacho y descolgar

frenéticamente el teléfono. En seguida volvió a salir, sin pararse siquiera mientras gritaba a Gowan: «De acuerdo, Otis (su sobrino o primo o algo así que había heredado la serrería y que venía a sustituirle cuando Harker quería disponer de una noche libre) estará aquí dentro de quince minutos. Hazlo lo mejor que puedas hasta entonces».

—Espere —dijo Gowan—. Yo también voy.

—Ni hablar —dijo el señor Harker, todavía corriendo—, yo me he dado cuenta primero —y salió por atrás, donde el ramal para los vagones de carbón llevaba a la línea principal que Tom Tom recorría todas las mañanas y todas las noches entre su casa y el trabajo, corriendo (Harker) a la luz de la luna porque casi había luna llena. Y todo estaba también lleno de luz de luna cuando la noche siguiente Harker y Turl aparecieron tranquilamente a la hora normal para reemplazar el sustituto de Tom Tom.

—Como lo oyes —Harker le dijo a Gowan—: llegué justo a tiempo. Fue la desesperación de Turl, ¿comprendes? Iba a ser su última correría. No le quedaba otro remedio que encontrar el latón, o volver y decirle a Snopes que renunciaba; en cualquiera de los dos casos sus giras campestres se iban a terminar. De manera que llegué justo a tiempo de verle salir del maizal, cruzar hasta la ventana trasera iluminado por la luz de la luna, trepar como un gato y entrar; y luego el tiempo suficiente para llegar hasta la cama, retirar probablemente la colcha, poner la mano sobre la carne tibia de color chocolate y decir: «No te muevas, cielo. Acaba de llegar papaíto». Pero Gowan explicó cómo incluso veinticuatro horas más tarde compartió un instante la horrible sorpresa de Turl cuando apartó la colcha, convencido como estaba de que en aquel momento Tom Tom se hallaba a tres kilómetros de distancia en la central eléctrica esperando a que él (Turl) apareciera para entregarle la pala del carbón, y se lo encontró, en cambio, completamente vestido, empuñando un cuchillo de carnicero.

—Exactamente el tiempo necesario —dijo Harker—. Con tanta precisión como dos locomotoras intercambiando vagones de mercancías. Tom Tom debió saltar exactamente en el momento en que Turl se volvía para correr, así que cuando salió por la ventana, de nuevo a la luz de la luna, llevaba a Tom Tom y el cuchillo de carnicero a la espalda, de manera que parecían exactamente... ¿cómo se llaman esos tipos en los viejos libros de estampas que son mitad caballos?

—Centauros —dijo Gowan.

—... un centauro corriendo sólo con las patas traseras y tratando de alcanzarse a sí mismo con un cuchillo de carnicero de un metro de largo que empuñaba una de las patas delanteras supernumerarias, hasta que dejó de darles la luz de la luna y desaparecieron de nuevo entre los árboles. Sí señor, Turl no es ni la mitad de grande que Tom Tom, pero no hay duda de que cargó con él. Si llegas a caerte, el cuchillo de carnicero te hubiera alcanzado, tanto si Tom Tom se proponía clavártelo como si no, ¿no es cierto?

—Tom Tom es un toro de hombre —dijo Turl—. De un Tom Tom salen tres como yo. Pero cargué con él. No me quedaba más remedio. Y cada vez que miraba de reojo y veía la luz brillando en ese cuchillo de carnicero hubiera podido cargar con otros dos como él sin aflojar siquiera el paso. —Turl explicó que al principio sólo corrió; únicamente cuando se encontró (o se encontraron) entre los árboles, se le ocurrió tratar de quitarse a Tom Tom de encima con ayuda de uno de los troncos—. Pero me apretaba tan fuerte con un brazo que cada vez que trataba de golpearlo contra un árbol también me hacía daño yo. Cada vez que salíamos despedidos, volvía a ver el reflejo de la luna en la hoja del cuchillo y todo lo que se me ocurría era seguir corriendo.

»Fue por entonces cuando Tom Tom empezó a gritar para que le dejara bajarse. Se agarraba con las dos manos, y supe que habíamos dejado atrás el cuchillo. Pero había cogido demasiada carrerilla; cuando empezó a gritar para que parase y le dejara bajar, los pies me hicieron tan poco caso a mí como a Tom Tom. Entonces me agarró la cabeza con las dos manos y empezó a retorcermela como si yo fuera una mula desbocada montada a pelo, y en ese momento vi la zanja. Tenía más de diez metros de hondo y en cuanto a anchura, daba la impresión de pasar del quilómetro, pero ya era demasiado tarde. Ni siquiera aflojé la marcha. Corrí por el aire como desde aquí hasta ese montón de carbón antes de empezar a caer. Y aún seguía arañando la luz de la luna con los pies cuando Tom Tom y yo nos dimos contra el fondo».

Lo primero que Gowan quiso saber fue qué había usado Tom Tom en sustitución del cuchillo de carnicero. Turl se lo dijo. Nada. Se quedaron sentados a la luz de la luna en el fondo de la zanja y hablaron. Y tío Gavin le explicó lo que había pasado: un refugio, una súbita racionalidad que los animales, y también los seres humanos, no sólo alcanzan sino que ganan al superar estados emocionales tan insoportables como la cólera frenética o el miedo incontrolable; así que los dos se quedaron allí sentados, no sólo compartiendo el amistoso entendimiento cornúpeta de que hablaba tío Gavin sino alcanzando también una mutua y total alianza: el hogar de Tom Tom violado no por Tomey's Turl sino por Flem Snopes; la vida y las extremidades de Turl puestos en terrible peligro no por Tom Tom sino por Flem Snopes.

—Ahí es donde intervengo yo —dijo Harker.

—¿Usted? —preguntó Gowan.

—Él nos ayudó —explicó Turl.

—Nada de eso —dijo Harker—. ¿Ya os habéis olvidado de lo que os dije anoche en la zanja? Yo nunca he sabido nada, no tengo la menor intención de llegar nunca a saber nada, y ninguno de los dos conseguirá que cambie de opinión por mucho que se esfuerce.

—De acuerdo —dijo Gowan—. ¿Qué pasó luego? —Turl se lo contó: cómo volvieron a la casa, Tom Tom desató a su mujer de la silla de la cocina, los tres engancharon la mula a la carreta, sacaron el latón del granero y lo cargaron para llevárselo. Casi había media tonelada; necesitaron el resto de la noche para terminar

la operación.

—¿Llevarse a dónde? —preguntó Gowan. Pero a continuación dijo que pronto saldría el sol, aparecería Tom Tom con su fiambarrera, viniendo por el ramal desde la línea principal, para empezar el turno de día; y muy poco después ya estaba allí, con su cabeza pequeña, redonda y obstinada con forma de bala de cañón; y cuando todos se volvieron, también estaba allí el señor Snopes, en la puerta del cuarto de calderas. Y Gowan dijo que hasta Snopes parecía saber que esta vez sería una pérdida de tiempo intentar llamar a alguien haciéndole un gesto con el dedo; quizá por eso se limitó a preguntarle directamente a Turl:

—¿Por qué no lo has encontrado?

—Porque no estaba allí —dijo Turl.

—¿Cómo sabes que no estaba allí? —preguntó el señor Snopes.

—Porque Tom Tom me dijo que no estaba —respondió Turl.

Y es que ya no era cuestión de seguir perdiendo tiempo. El señor Snopes se limitó a mirar a Tom Tom durante un minuto. Luego dijo:

—¿Qué hiciste con ello?

—Lo pusimos donde usted dijo que quería tenerlo —respondió Tom Tom.

—¿Quiénes lo pusisteis? —dijo el señor Snopes.

—Turl y yo —respondió Tom Tom. Y esta vez el señor Snopes se quedó otro minuto mirando a Tom Tom. Luego dijo:

—¿Cuándo dije yo dónde quería tenerlo?

—Cuando me explicó lo que se proponía hacer con las válvulas de seguridad —dijo Tom Tom.

Aunque cuando el agua del depósito tuviera un sabor tan fuerte a latón como para que a alguien se le ocurriera vaciarlo y limpiarlo, no sería el señor Snopes quien diera la orden. Y es que ya no era superintendente, ya que dimitió «por el bien de la administración pública», como hubiera dicho el señor De Spain cuando aún era el teniente De Spain. Así que ya podía pasarse todo el día sentado en el porche de su casita alquilada, situada en una calle a trasmano, y contemplar la silueta del depósito de agua, recortada contra el cielo por encima de los techos de Jefferson: contemplar su propio monumento, podría haber pensado alguien. Excepto que no era un monumento, sino una huella. Un monumento sólo dice *Por lo menos llegué hasta aquí*, mientras que una huella dice *Aquí era donde estaba antes de dar el paso siguiente*.

—¿Ni siquiera ahora? —preguntó tío Gavin a Ratliff.

—Ni siquiera ahora —respondió Ratliff—. Seguir sin pillar a su mujer con Manfred De Spain es como esa moneda de oro de veinte dólares que alguien se cose a la camiseta, con la esperanza de visitar una casa de putas en su primer viaje a Memphis. Flem Snopes todavía no necesita descoserla.

II. Gavin Stevens

No la había descosido aún. Así que todos nos preguntábamos qué utilizaba para subsistir, qué usaba como dinero, sentado (al parecer) de la mañana a la noche, día tras día, durante el resto del verano en el endeble porche de aquella casita alquilada, contemplando el depósito de agua. Ni sabríamos nunca, hasta que el municipio decidiera vaciar el depósito y limpiarlo para quitarle el sabor al agua, exactamente cuánto latón había utilizado con uno de los fogoneros para forzar al otro a robar para él y cuál de los dos negros, aliados por un simple motivo de supervivencia, lo había metido en el depósito donde Snopes no podría, no se atrevería nunca a recuperarlo.

E incluso ahora no sabemos si aquél era todo el latón que había. Nunca sabremos exactamente cuánto robó y vendió por su cuenta (quiero decir, cuando aún no se le había ocurrido alistar a Tom Tom o a Turl para que le ayudaran) antes o después de que alguien —probablemente Buffaloe, puesto que si el viejo Harker se hubiera fijado lo bastante en aquellos accesorios desechados como para advertir su ausencia, quizá se hubiera adelantado a Snopes a la hora de llevarlos al mercado; es muy posible porque, pese a su insistencia en que sólo había disfrutado como espectador, sus verdaderos sentimientos eran de rabia por su propia ceguera— notificara lo que sucedía a algún funcionario del ayuntamiento e hiciera venir a los inspectores. Todo lo que supimos fue que un día faltaron de las calderas las tres válvulas de seguridad; tuvimos que suponer, imaginar, lo que pasó a continuación: Manfred De Spain —sería Manfred— enviaría a buscarlo y le diría: «Vamos a ver, socio», o doctor o colega o cualquier otro nombre que Manfred utilizara para dirigirse a su..., podríamos decir marido adoptivo; ¿quién sabe?, tal vez incluso superintendente: «Bueno, superintendente, esos veintitrés dólares y ochenta y un centavos de latón» — naturalmente habría mirado el catálogo antes de mandar por él— «se echaron en falta durante su administración, que, como es lógico, usted desea mantener tan inmaculada como la esposa de César: para lo cual bastaría una simple etiqueta contra reembolso dirigida a usted». Y también sabíamos que, según Harker, los dos inspectores carraspearon y tartamudearon durante dos días antes de armarse de valor para decirle la cantidad de latón que, hasta donde a ellos se les alcanzaba, había desaparecido, y que Snopes se sacó del bolsillo el dinero en efectivo y pagó.

Es decir, que, dejando a un lado su sueldo de cincuenta dólares al mes, el cargo le costó a Snopes doscientos cuarenta y dos dólares con treinta y tres centavos salidos de su bolsillo, en auténtico dinero en efectivo, por así decirlo. E incluso aunque hubiera ahorrado hasta el último céntimo de su salario, restada la pérdida de más de doscientos dólares, y suponiendo que ascendieran a otros doscientos las existencias de latón que robó con éxito durante aquel tiempo, seguía sin ser suficiente para mantener a una familia durante mucho tiempo. Y sin embargo llevaba ya dos años

sentado en aquel diminuto porche delantero, contemplando (por lo que sabíamos) el depósito de agua. De manera que se lo pregunté a Ratliff.

—Está cultivando —dijo Ratliff.

—¿Cultivando? —dije yo (de acuerdo, grité, si ustedes prefieren)—. ¿Cultivando qué? ¿Sentado en ese porche desde que sale el sol hasta que se pone mientras contempla el depósito de agua?

Cultivando Snopes, dijo Ratliff. Cultivando Snopes: toda la rigurosa jerarquía subiendo íntegra un escalón a medida que él lo desocupaba, con la excepción del heredero del restaurante, que no era un Snopes. Indudablemente y sin posibilidad de defensa no era Snopes; incluso ponerlo en tela de juicio era indefendible y escandaloso y para siempre imperdonable, aunque para ello hubiera que admitir que su madre, como su increíble cuñada una generación después, tuvo un tropezón, no le quedó más remedio que tener un tropezón, como dijo el viejo poeta bucólico, antes de casarse con el Snopes que oficialmente fuera el padre de Eck.

Así se llamaba: Eck. El que ya tenía el cuello roto cuando se presentó en la ciudad como inmediato sucesor de Flem, y llevaba un aparato ortopédico de acero y cuero. Sin la menor relación posible con un Snopes. Ratliff lo dijo; sucedió en la serrería. (Dense cuenta, hasta la familia Flem sabía que no era un Snopes: porque se libró de él mandándolo a una serrería donde incluso el propietario tenía que ser un genio financiero para evitar la bancarrota y donde no hay porvenir para un granuja porque todo lo que se puede robar es madera, y llevarse un cargamento de tablones es como llevarse una caja de caudales empotrada o un..., sí: el condenado depósito de agua sin ir más lejos).

De manera que Flem mandó a Eck a la serrería de Billy Varner (había que hacer eso o anestesiarlo o pegarle un tiro como se hace con un perro enfermo o con una mula agotada) y Ratliff contó lo que pasó: un día Eck propuso que, a dólar por cabeza, él y uno de los obreros negros (uno de los más corpulentos y desde luego el más imbécil) levantarán un tronco tremendo de ciprés y lo colocaran en la sierra. Y así lo hicieron (¿no acabo de explicar que uno de ellos no era siquiera un Snopes y el otro imbécil por naturaleza?); casi tenían el tronco instalado sin problemas cuando el negro resbaló, o algo por el estilo, el caso es que se cayó; todo lo que Eck tenía que hacer era dejar caer el extremo que sujetaba y saltar para que no le pillase debajo. Pero él no: no era lo suficientemente Snopes ni tenía el suficiente sentido común, de manera que tensó el hombro bajo el peso y sostuvo su extremo e incluso recibió el golpe cuando el extremo del negro cayó al suelo, y todavía siguió sosteniéndolo hasta que a alguien se le ocurrió sacar al negro de debajo.

Pero aún le faltó el sentido común suficiente para saltar, y no digamos nada de comportarse como un Snopes, sin comprender tampoco siquiera que Jody Varner no iba a pagarle nada por salvar a uno de sus negros: de manera que siguió allí, sujetando aquel condenado tronco él solo, con algo de sangre que ya empezaba a salirle por la boca, hasta que por fin se les ocurrió calzar el tronco aquel con otro y

llevar a Eck donde pudiera acuclillarse bajo un árbol, escupiendo sangre y quejándose de que le dolía la cabeza. («No me digas que le dieron el dólar», dije, de acuerdo: le grité a Ratliff. «¡No me digas que se lo dieron!»).

Ni por lo más remoto un Snopes: él y su mujer y su hijo vivían en la tienda de campaña detrás del restaurante, y Eck ocupó el puesto que le correspondía con el delantal grasiento y el aparato ortopédico de acero y cuero (detrás del mostrador, friendo en la parrilla encostrada los huevos y la carne, aunque, debido al rígido corsé, no viese siquiera lo suficiente para calcular si estaban hechos, cocinando, como un pianista ciego, simplemente de oído), más descentrado todavía aquí que en la serrería, puesto que allí todo lo que podía hacer era romperse los huesos mientras que aquí era una amenaza para la larga tradición de toda su familia de lenta e incontenible rapacidad debido a la misma increíble e inocente suposición de que todo el mundo se comporta valerosa y honestamente por la simple razón de que si no lo hicieran todo el mundo se desconcertaría y asustaría; por lo que un día llegó a decir, no en la intimidad, sino en voz alta donde media docena de personas corrientes que no eran siquiera familia política de los Snopes, le oyeron: «¿No se supone que hacemos las hamburguesas con carne de vaca? No sé qué carne es ésta exactamente, pero desde luego no es de vaca».

De manera que lo despidieron; al utilizar la tercera persona del plural me refiero a los Snopes, pero cuando en Jefferson se menciona a «los Snopes» se habla en realidad de Flem Snopes. Tuvieron que hacerlo; no podían tolerarlo allí. Sólo que, por supuesto, la cuestión se planteó inmediatamente: ¿en qué lugar de Jefferson, no en la economía de Jefferson sino de los Snopes (sí, claro, cuando se dice Snopes en Jefferson se está hablando de Flem Snopes), no resultaría Eck intolerable, dónde ponerlo para dejar a la familia a salvo? Ratliff también estaba al corriente de aquello. Quiero decir que lo supo todo el mundo en Jefferson porque antes de veinticuatro horas el comentario sobre las hamburguesas era vox populi y se daba por sentado que habría que hacer algo con Eck Snopes y pronto y, por consiguiente (como estaban interesados), supieron lo antes posible, casi tan pronto como lo supo el mismo Flem, qué y dónde. Quiero decir que me lo dijo el mismo Ratliff. No: más bien no tuvo que ser Ratliff quien me lo dijera: Ratliff con su condenada cara perfectamente afeitada y sus condenados ojos astutos, cordiales, inocentes y llenos de inteligencia; demasiado inocentes y demasiado llenos de inteligencia:

—Está de vigilante nocturno en el depósito de queroseno de Renfrow, en la estación. Un sitio donde no tendrá problemas con el cuello, porque no necesitará mirar hacia abajo para ver qué es lo que huele a quemado. Tampoco tendrá que mirar hacia arriba para ver si el depósito sigue allí; le bastará con acercarse y tocarlo. O incluso sentarse a la puerta y mandar al chico para que mire. El chico de los caballos —dijo Ratliff.

—¿El chico de qué? —dije, grité.

—Ese chico de los caballos —repitió Ratliff—. El hijo de Eck. Wallstreet Panic.

El día que el tipo de Texas subastó los caballos salvajes de Snopes yo estaba allí. Ya era casi de noche, habíamos terminado de cenar en casa de la señora Littlejohn y me estaba desnudando para acostarme cuando Henry Armstid, Eck y ese chico suyo entraron en el corral para coger sus caballos; Eck tenía dos: el que le regaló el tipo de Texas para empezar la subasta, y el otro, por el que pensó que no le quedaba más remedio que pujar después de que le hubieran regalado el primero, y que acabó comprando. Así que cuando Henry Armstid dejó el portón abierto y toda la manada salió de estampida por encima de él y abandonó el corral, imagino que el problema más difícil que ha tenido Eck en toda su vida fue decidir en un instante cuál de los dos caballos perseguiría: el que le había regalado el tipo de Texas, que representaba el mayor beneficio neto si lo capturaba, o aquel en el que ya había invertido cinco o seis dólares de su dinero; es decir, ¿valía más el ciento por ciento extra de un caballo gratis que el simple ciento por ciento de un caballo de seis dólares? Es decir, ¿hasta qué punto es rentable perder un caballo del que, consigas por él el precio que consigas, tendrás que restar seis dólares de esa cantidad, para dedicarte a capturar a otro que supondrá un beneficio neto?

»O quizá decidió que su chico y él persiguieran uno cada uno mientras él se lo pensaba. En cualquier caso, cuando quise darme cuenta, después de haberme quitado los pantalones y mientras me asomaba por la ventana en camisa para ver qué estaba pasando, oí un ruido detrás de mí, volví la cabeza y vi uno de los caballos en la puerta, mirándome; y en el pasillo, detrás de él, estaba ese chico de Eck con un cabo de cuerda para el arado. Creo que los dos empezamos a movernos en el mismo momento: yo salté por la ventana y el caballo dio la vuelta para seguir corriendo por el pasillo; cuando me fijé en que no llevaba los pantalones, eché a correr alrededor de la casa hacia la entrada principal más o menos al mismo tiempo que el caballo tropezaba en el porche de atrás con la señora Littlejohn, que llevaba un montón de ropa sucia en una mano y la tabla de lavar en la otra; aseguran que dijo “sal de aquí hijo de puta”, que le rompió la tabla de lavar en la cabeza y luego le tiró los dos trozos sin cambiar siquiera de mano, con lo que el caballo dio media vuelta otra vez, galopó por el pasillo justo cuando yo llegaba a los escalones delanteros y saltó, sin rozarle ni un pelo, por encima del chico que seguía en el pasillo con el cabo de cuerda; al salir al porche delantero, me vio y no se detuvo en lo más mínimo: torció, galopó hasta el extremo del porche y saltó por encima de la barandilla para caer de nuevo en el corral, como si fuera un enorme halcón de colores abigarrados, planeando a la luz de la luna y cruzando de nuevo el corral en poco más de dos saltos hasta llegar al portón que a nadie se le había ocurrido cerrar todavía; yo le oí aún una vez más cuando llegó al puente de madera antes del camino que lleva a casa de Bookwright. Luego ese chico salió también, aún con el cabo de cuerda. “¿Qué tal, señor Ratliff?” —dijo—. “¿Por dónde se ha marchado?”. Sólo que está usted equivocado».

El chico de los caballos, o de los perros, los gatos, los monos, o los elefantes:

cualquier cosa menos el chico de los Snopes. Y luego imaginar, únicamente imaginar; imaginar y echarse a temblar; alejado una generación de Eck Snopes y su inocencia; una generación más para que aquella inocente y escandalosa fe en que la valentía y el honor eran cosas prácticas tuviera tiempo de borrarse y enfriarse de manera que quedase únicamente la costumbre de la valentía y el honor; añádase a eso entonces la herencia natural en esa generación de fría rapacidad tan instintiva como el respirar, y echarse a temblar ante semejante perspectiva: la costumbre de la valentía y el honor multiplicada por la rapacidad o la rapacidad elevada a la enésima potencia por la valentía y el honor: en lugar del chico de los caballos, el chico de los leones o de los tigres: Gengis Kan o Tamerlán o Atila en medio de la indefensa e indefendible Jefferson. Luego Ratliff me estaba mirando. Quiero decir que siempre me estaba mirando. Quiero decir que descubrí con una especie de terror que por un segundo lo había olvidado.

—¿Qué? —dije—. ¿Qué acabas de decir?

—Que está usted equivocado. Sobre el trabajo de Eck como vigilante nocturno en el depósito de queroseno. Esta vez no ha sido Manfred De Spain. Han sido los masones.

—¿Cómo? —dije, grité.

—Como lo oye. Eck era uno de los masones más importantes de tío Billy Varner en Frenchman's Bend. Fue tío Billy quien pidió a los de Jefferson que le encontraran un trabajo ligero para alguien con el cuello roto.

—¿Así de mal? —dije—. ¿Así de mal? ¿El siguiente en la progresión resulta tan escandaloso y portentoso y aterrador que Will Varner en persona ha tenido que usar su influencia a treinta quilómetros de distancia para salvar Frenchman's Bend? — porque el siguiente después de Eck detrás del mostrador del restaurante fue I. O., el herrero, maestro de escuela y bígamo todo en una pieza, o herrero y maestro multiplicado por la bigamia: un individuo enteco y bajito, locuaz, con cara de comadreja, que lanzaba sin descanso un torrente de gastadas máximas y refranes que de ordinario carecían de relación entre sí y de aplicación a cualquier otra cosa, y que incluso con el martillo en la mano no hubiera pesado tanto como el yunque que él abrogó y desahució, y que (según Ratliff por supuesto, siempre Ratliff) entró en Frenchman's Bend hablando ya, o más bien una mañana apareció hablando ya en la herrería propiedad de Varner que un sujeto llamado Trumbull había regentado durante cincuenta años de juventud y madurez.

Pero I. O. tampoco era herrero. Simplemente disfrutaba del beneficio. Era el otro, nuestro Eck, su primo (fuera cual fuese la relación, a no ser que el simple hecho de ser los dos Snopes bastara hasta que uno de ellos demostrase ser indigno, como sucedería con Eck, al igual que dos masones, juramentados para siempre, desde aquel momento hasta una apostasía como la de Eck, a presentar un frente unido), quien hacía el trabajo. Hasta que un día, una mañana, quizá no estaba allí el coadjutor, Eck, o quizá simplemente se le ocurrió al párroco, al gran sacerdote, por vez primera, que

le pertenecía el derecho y era suya la autoridad para celebrar un servicio eucarístico y nadie pudo en realidad evitarlo: ni Jack Houston aquella mañana con su semental, semental de reposados andares hasta que Snopes le avivó el paso con el primer clavo; momento en el que Houston levantó a Snopes y lo arrojó con martillo incluido a la tina para enfriar las herraduras y consiguió de algún modo sujetar al caballo corcoveante y arrancar la herradura y el clavo al mismo tiempo, sacar fuera al caballo, atarlo, volver a entrar y arrojar otra vez a Snopes a la tina.

Ni tampoco maestro. No se limitó a usurparlo como un puesto entre extraños, sino que de hecho se lo robó como vocación a los de su misma sangre. Aunque en Frenchman's Bend aún no lo sabían. Supieron tan sólo que apenas salido de la herrería (o apenas seco después de salir de la tina donde lo arrojó Houston) ya había tomado posesión del cargo de maestro (en Frenchman's Bend se llamaba «profesor» al maestro con tal de que, por supuesto, llevase pantalones) en la escuela de una sola habitación que era parte integrante del principado del viejo Varner, no porque ni tío Will ni ninguna otra persona de Frenchman's Bend considerase que la educación de la juventud cubriera un vacío o una necesidad comunitaria real, sino simplemente porque el pueblo necesitaba una escuela en funcionamiento para estar completo, de la misma manera que un tren de mercancías necesita un furgón de cola.

Así que ahora I. O. Snopes era el maestro de escuela; poco después se casó con una de las beldades de Frenchman's Bend, y antes del año él paseaba por el pueblo un cochecito de fabricación casera y su esposa estaba nuevamente encinta; en este caso, habría dicho cualquiera, nos encontramos con un hombre no simplemente asentado, sino condenado a la inmovilidad, pero he aquí que un día del tercer año una enorme mujer de color gris pero todavía joven, acompañada por un enorme niño de color gris y cinco años de edad, se detuvo ante el almacén de Varner en una calesa...

—Era su mujer —dijo Ratliff.

—¿Su mujer? —dije, grité—. Pero yo creía...

—También nosotros —dijo Ratliff—. Porque ya paseaba otra vez el cochecito de fabricación casera con dos gemelos, llamados Bilbo y Vardaman, y distintos del primero, Clarence. Sí señor; tres chicos mientras esperaba que la primera mujer le alcanzara con el otro; y él era un tipo chupado, no mucho más grande que una quisquilla, y aunque la otra mujer, no, me refiero a la que tenía entonces en Frenchman's Bend cuando la número uno se presentó, tampoco era una muchacha grande..., sobrina política, por cierto, de la hermana de la mujer de Vernon Tull, I. O. también fabricó con ella el mismo tipo de niños enormes de color gris, semejantes al que iba en la calesa cuando su mamá se paró delante del almacén y dijo a quienquiera que estuviese sentado en el porche en aquel momento: "Oigo dentro a I. O." (Era cierto. Todos le oíamos). "Tenga la amabilidad de entrar y decirle que ha llegado su mujer".

«Eso fue todo. Pero fue suficiente. Cuando llegó al pueblo aquel mismo día tres años antes tenía una gran maleta de tela, y en aquellos tres años había acumulado

probablemente algunas propiedades más; quiero decir aparte de los tres chicos. Pero no se paró ni un momento para recoger nada. Sencillamente salió por la puerta de atrás del almacén. Y ya hacía mucho tiempo que Flem había devuelto Trumbull a Varner como herrero, pero ahora iban a necesitar además un profesor nuevo tan pronto como I. O. lograra doblar la primera esquina a cubierto de vistas para empezar a atajar campo a través. Cosa que evidentemente hizo; nadie comunicó nunca la presencia en ningún sitio de una nube de polvo que viajara de prisa por una carretera. Aseguran que dejó incluso de hablar, aunque yo lo dudo. En algún momento hay que decir “hasta aquí hemos llegado”, ¿no le parece?».

Así es, efectivamente. Aunque I. O. no lo hizo. Es decir, ya estaba hablando cuando, llegado el momento, apareció detrás del mostrador del restaurante con un delantal grasiento, escuchando lo que pedían los clientes y preparándolo mal o cocinando otra cosa distinta no porque trabajara muy deprisa sino simplemente porque nunca dejaba de hablar el tiempo suficiente para que alguien lo corrigiera o detuviera, siempre farfullando aquel continuo torrente de metáforas y refranes confusos y mutilados que no tenían relación con nada ni iban a ninguna parte.

Y la esposa, me refiero a la número uno, a la que se podría llamar la esposa original, con el número uno en el reparto de personajes aunque luego fuese la número dos en salir a escena. Porque la otra, la número dos en el reparto aunque número uno en escena, la esposa que era sobrina de la hermana de la mujer de Tull, la que parió la segunda colección de lo que Ratliff llamaba los chicos de color gris, Clarence y los gemelos Vardaman y Bilbo, siguió en Frenchman's Bend. Fue la esposa original, la que apareciera en Frenchman's Bend sentada en una calesa, para marcharse poco después en la misma calesa, siempre sentada, quien apareció en Jefferson cinco años después todavía sentada, trasladada, no sabemos cómo, y sin intervalo visible, desde la calesa donde Ratliff la había visto a treinta kilómetros cinco años antes, a la mecedora del porche delantero de la pensión donde la veíamos ahora, conservando el mismo ángulo recto que encerraba su regazo, como si careciera de articulación movable en las caderas: una mujer que daba la impresión de una densidad e inmovilidad específicas, como plomo o uranio, de manera que la fuerza, cualquiera que fuese, que la había transportado de la calesa a aquella silla no podía ser meramente humana, ni siquiera la de diez I. O.

Porque ahora Flem movía con rapidez sus peones escalones arriba. El Snopes del que estamos hablando —I. O., su enorme esposa sedente de color gris y el enorme chico también gris (que se llamaba Montgomery Ward)— ni siquiera hizo una pausa en la tienda de campaña detrás del restaurante donde seguían viviendo Eck, su mujer y sus dos hijos. («¿Por qué no?», dijo Ratliff. «Hay un montón de cosas que se pueden hacer sin necesidad de mirar, además de freír una hamburguesa»). Ellos —la familia de I. O.— la evitaron por completo, la esposa sentada ya en la mecedora del porche delantero de la pensión —un edificio cuadrado de grandes dimensiones, más o menos sin pintar, al lado de la plaza, donde vaqueros itinerantes y tratantes de

caballos y mulas se detenían y donde se aislaba, alojaba y daba de comer a los jurados y principales testigos durante las sesiones de la judicatura—, donde ella se sentaba meciéndose sin hacer nada en particular, sin leer ni ocuparse especialmente de quién salía o entraba por la puerta ni de quién cruzaba por la calle: tan sólo meciéndose durante los siguientes cinco años mientras el sitio se transformaba (y también después de que eso sucediera) de pensión en una especie de colmena, con una tabla de pino clavada a uno de los postes del porche delantero con estas dos palabras horriblemente escritas a mano:

HOTEL SNOPEs

Y ahora Eck, cuya inocencia u honradez, o las dos cosas, le habían apartado hacía mucho tiempo del restaurante desplazándolo a una silla de vigilante nocturno junto al depósito de queroseno de la estación, había sacado a su mujer y a sus hijos (Wallstreet Panic: sí, claro, yo era como Ratliff, tampoco me creía ese nombre, aunque el del pequeño, Almirante Dewey, nos lo creyéramos los dos) de la tienda de campaña. De hecho el restaurante no se vendió completo junto con la buena voluntad, sino que se extrajo íntegro y se mudó intacto, clientes incluidos, y sin cerrar siquiera un solo día, a la nueva pensión donde la mujer de Eck era ahora patrona: trasladado intacto más allá de la figura meciéndose en el porche que continuó balanceándose allí hasta superar la simple leyenda y convertirse en un hito como esas efigies delante de las antiguas tabernas inglesas, de manera que a la gente del campo que llegaba a la ciudad y preguntaba por el hotel Snopes se les decía simplemente que siguieran en aquella dirección hasta que dieran con una mujer meciéndose, y eso bastaba.

Y finalmente apareció aquel a quien I. O. Snopes había usurpado si no la vocación sí al menos la designación de su vocación. Se trataba del verdadero maestro dentro del clan Snopes. No; solamente parecía ser maestro de escuela. No; parecía John Brown^[2] pero con un defecto no corregible e imposible de ocultar. Un hombre alto y demacrado con una levita sucia, corbata de lazo y ancho sombrero de político, de fríos ojos furiosos y barbilla saliente de hablador: no la diarrea verbal de su primo (cualquiera que fuese su relación familiar con I. O.; ninguno de ellos parecía tener ningún parentesco con los demás; eran simplemente Snopes, como las colonias de ratas o de termites no son nada más que ratas o termites) sino una especie de don infalible para razonar de una manera perversa y rastrera en las discusiones, y para entender correctamente a las personas con quienes trataba: las dotes de un demagogo capaz de utilizar a las personas al servicio de sus apetitos, todo ello desfigurado por un barniz de cultura y religión; los nombres mismos de sus hijos, Byron y Virgil, más que ejemplos eran advertencias.

Y tampoco es que fuera maestro de escuela. Es decir, a diferencia de su primo, no estuvo con nosotros el tiempo suficiente para tener que probar que no lo era. O quizá, por aparecer entre nosotros en verano y marcharse antes de acabar el verano, tal vez

se hallara simplemente entre dos trabajos. O tal vez se tomaba un día de fiesta laborable de unas vacaciones también laborables. O quizá entraba y salía de la pensión y se paseaba por la plaza en los breves intervalos de su auténtica vocación bucólica cuyo escenario y decorado eran las desperdigadas iglesias rurales, los arroyos y las charcas para abreviar caballos donde durante los calurosos domingos de verano se celebraban servicios evangélicos y ceremonias bautismales: él mismo decidía la melodía (tenía una buena voz de barítono y probablemente el último diapasón todavía utilizable del norte de Mississippi) y elegía la letra, hasta que un día un grupo de indignados padres lo sorprendió a él y a una chica de catorce años en un almacén de algodón vacío, le untaron de brea, lo emplumaron y lo echaron del condado. Se habló también de castración, pero algún tímido conservador disuadió a los más exaltados, manteniendo la promesa de hacerlo en caso de que reapareciera.

Así que no quedaron de él más que los dos hijos, Byron y Virgil. Y tampoco Byron estaba ya con nosotros, porque se había ido a Memphis para aprender contabilidad; nos enteramos con incredulidad de que el mismo coronel Sartoris estaba detrás de aquello, el coronel Sartoris en persona en la habitación trasera, convertida en despacho, que ocupaba en el banco; nos enteramos con una incredulidad que pedía, que exigía la investigación al recordar lo que algunos de nosotros, los de más edad, mi padre entre ellos, no habían olvidado: el primer Ab Snopes, el patriota o el simple cuatrero (según el lado en que uno se colocara) que había sido ahorcado (no por un capitán preboste federal sino confederado, según el tenor de la vieja historia) cuando era miembro de la unidad de caballería del primer coronel Sartoris, el auténtico coronel, padre de nuestro actual banquero y coronel honorario que sólo había sido ayudante de campo sin rango de oficial en el estado mayor de su padre, durante el desesperado crepúsculo de 1864-1865 en que otras personas además de los individuos apellidados Snopes tuvieron que elegir no la supervivencia con honor, sino simplemente entre honor vacío y una supervivencia casi igual de vacía.

El caballo que volvió a casa a descansar^[3]. Sí, claro, todos lo dijimos, rebosantes de ingenio: no podíamos desperdiciar la oportunidad. No es que lo creyéramos ni lo dejáramos de creer; se trataba simplemente de defender la memoria del viejo coronel, diciendo nosotros los primeros en voz alta lo que creíamos que toda la tribu de los Snopes se decían entre sí riendo a escondidas desde hacía largo tiempo. Evidentemente, ningún capitán preboste confederado cambió en nada a aquel primer Ab Snopes, pero los mismos Snopes lo habían inmolado en aquel esqueleto, para colgar, por así decirlo, el sambenito a un descendiente del comandante de Ab tan pronto como su linaje produjera algo provechoso para los Snopes, en este caso el nuevo banco que nuestro coronel Sartoris fundó hace unos cinco años.

No es que realmente creyéramos eso, por supuesto. Me refiero a que no era necesario hacer chantaje a nuestro coronel Sartoris con un esqueleto. Porque todos nosotros en nuestro país, incluso medio siglo después, hablábamos con sentimentalismo de los héroes de nuestro espléndido desastre, perdido, irrevocable e

irreparable, y aquellos héroes eran efectivamente nuestros porque eran nuestros padres, abuelos, tíos y tíos abuelos en la época en que el coronel Sartoris organizó su unidad aquí mismo y en los condados limítrofes. Y ¿quién con más derecho a ponerse sentimental que nuestro coronel Sartoris, cuyo padre había sido el coronel Sartoris que formó y entrenó la unidad, y salvó la vida de sus componentes en la batalla cuando le fue posible e incluso los defendió o por lo menos los liberó de sus simples apetitos y vicios humanos cuando estaban ociosos entre combates? Byron Snopes no era el primer descendiente de los antiguos apellidos integrados en compañías, batallones y regimiento que disfrutaba de la liberalidad de nuestro coronel Sartoris.

Pero el caballo que finalmente volvía a casa a descansar sonaba mejor. No ingenioso, sino más bien un frente inmediato y unido, irrevocablemente despreciativo de lo que la palabra Snopes iba a significar para nosotros y que se aplicaba a todas las demás personas, sin importar quiénes fueran, que por la simple yuxtaposición con ese apellido quedarían irrevocablemente manchadas y contaminadas. En todo caso, él (el caballo vuelto a casa a descansar) apareció en el momento oportuno, armado y ceñido con su título de profesor mercantil; lo veíamos a través, más allá, de la reja que defendía nuestro dinero y los complicados libros de contabilidad cuyo custodio era el coronel Sartoris, inclinado (él, Snopes, Byron) sobre el pupitre de contable en una actitud no realmente de oración, de homenaje; no realmente de humildad ante el brillo, el resplandor ciego del ciego dinero, sino más bien de algo así como una insistencia respetuosa pero nada humilde, una invencible curiosidad y un deferente deseo de información sobre los mecanismos para anotarlo; no era tanto que hubiese entrado arrastrándose ante el resplandor de un misterio, como que, sin llamar la atención sobre sí mismo, trataba discretamente de levantarle un extremo de la falda.

Utilizando, dado que era el último hombre en la posición más baja de aquella jerarquía, una larga caña hasta que pudiera acercarse lo bastante como para servirse de la mano; utilizando, para mezclar de verdad, para hacer realmente confusa nuestra metáfora, una humilde caña salida del mismo carcaj que había contenido la superintendencia de la central eléctrica, puesto que el coronel Sartoris formó parte del grupo original de cazadores de osos y ciervos encabezado por el viejo comandante De Spain, cuando éste creó su campamento anual de caza en el Big Bottom poco después de la guerra; porque cuando el coronel Sartoris fundó su banco hace cinco años, Manfred De Spain utilizó el dinero de su padre para convertirse en uno de sus primeros accionistas y directores.

Claro que sí: el caballo finalmente de vuelta a casa y metido en la cuadra. Para, a su tiempo, por supuesto (no teníamos más que esperar, siempre sin saber cómo, aunque vigiláramos estrechamente, pero sí al menos en qué momento aproximadamente), convertirse en dueño de la cuadra, con el coronel Sartoris privado de su establo y almiar cuando le llegara la vez como les sucediera a Ratliff y Grover Cleveland Winbush con su restaurante. Sin que supiéramos cómo, por supuesto, dado que eso no era de nuestra incumbencia, aunque de hecho no hubiera ni uno entre

nosotros que no quisiera saberlo, al mismo tiempo que, conscientes ya de que nunca defenderíamos Jefferson de los Snopes, estábamos dispuestos a regalar, a entregar Jefferson a los Snopes, banquero alcalde concejales iglesia y todo de manera que, al defenderse de los Snopes, los mismos Snopes tuvieran necesariamente que defendernos y protegernos también a nosotros, sus vasallos y propiedades.

El carcaj colgaba de la espalda de Manfred De Spain, pero las flechas las sacaba siempre otra mano distinta, siempre la misma, la de aquella increíble y maldita mujer, la Helena de Frenchman's Bend, la Semíramis..., no: ni Helena ni Semíramis: Lilit: la que precedió a la misma Eva y a quien el Creador de la tierra tuvo, en persona y a la fuerza, movido por la desesperación y el asombro, que borrar, eliminar, tachar, para que Adán pudiese crear una descendencia que poblara el mundo; y ahora estábamos en mi despacho sin que yo hubiera mandado a buscarle ni tampoco le hubiese invitado: se había limitado a seguirme, a entrar, a sentarse al otro lado de la mesa con su pulcra camisa azul sin corbata, el rostro moreno, bien afeitado, cordial, y los ojos que me contemplaban, demasiado astutos, demasiado inteligentes.

—También usted se reía de ellos —dijo.

—¿Por qué no? —respondí—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Por supuesto tú eres quien más se divierte: ya no tienes que volver a freír hamburguesas. Pero dales tiempo; quizá tengan a uno que esté haciendo un curso de derecho por correspondencia. Entonces ya no tendré que volver a ser fiscal municipal en funciones.

—He dicho «al principio» —replicó Ratliff.

—¿Cómo? —dije yo.

—Al principio también usted se reía de ellos —dijo—. ¿O quizá estoy equivocado y le estoy viendo reírse ahora? —mirándome, vigilándome, demasiado astuto, demasiado inteligente—. ¿Por qué no lo dice?

—¿Decir qué? —pregunté.

—Sal de mi despacho, Ratliff —dijo él.

—Sal de mi despacho, Ratliff —repetí yo.

III. Charles Mallison

Quizá madre supo casi al mismo tiempo que Ratliff cuál era el problema de tío Gavin porque eran hermanos gemelos.

Por entonces todos vivíamos con el abuelo. Quiero decir que el abuelo vivía aún y que tío Gavin y él ocupaban un lado de la casa (el dormitorio del abuelo y la habitación que todos llamábamos el despacho en el piso bajo, y arriba y en el mismo lado el cuarto de tío Gavin, con una escalera exterior que él había hecho construir de manera que pudiera entrar y salir por el patio lateral) y madre y padre y primo Gowan al otro lado; por entonces Gowan iba al instituto de Jefferson, en espera de comenzar los cursos preparatorios en Washington para pasar después a la universidad de Virginia.

Aquella vez madre estaba sentada en una cabecera de la mesa (la que solía ocupar la abuela), y el abuelo en la otra; padre a un costado y tío Gavin y Gowan (yo aún no había nacido y aunque lo hubiera hecho estaría aún comiendo en la cocina con Aleck Sander) al otro, y, según contó Gowan, tío Gavin ni siquiera fingía seguir comiendo: estaba allí sentado, hablando de los Snopes como llevaba haciendo en todas las comidas durante las dos últimas semanas. Era casi igual que hablar consigo mismo; era como si le hubieran dado cuerda y no se acabara nunca, ni tampoco se detuviera, aunque haciendo pensar al mismo tiempo que no había nadie ni nada con más deseos de parar que él mismo. No eran gruñidos, Gowan no sabía lo que era. Era algo que tío Gavin tenía que decir, pero resultaba muy divertido que su mayor trabajo al contarlo fuese evitar que resultara tan divertido como realmente era, porque si alguna vez permitía que fuese tan divertido como realmente era, todo el mundo, él incluido, reirían tan fuerte que nadie le oiría. Y en aquel momento madre tampoco comía: se limitaba a seguir sentada perfectamente inmóvil, mirando atentamente a tío Gavin, hasta que por fin el abuelo se sacó la servilleta del cuello y se puso en pie; padre, tío Gavin y Gowan también se levantaron, y el abuelo le dijo a madre, como todos los días:

—Gracias por la comida, Margaret —dejando la servilleta sobre la mesa. Gowan se colocó junto a la puerta, como tendría que hacerlo yo después de nacer y de crecer lo suficiente, mientras salía el abuelo, y hubiera tenido que seguir allí hasta que salieran también madre, padre y el tío Gavin. Pero no aquella vez. Madre ni siquiera se había movido; seguía sentada y mirando a tío Gavin; y aún seguía mirándole cuando dijo a padre:

—¿Es que Gowan y tú no queréis marcharos también?

—No, señora —dijo Gowan. Porque él estaba en el despacho el día en que Ratliff entró y dijo:

—Buenas noches, abogado. He venido por aquí para oír las últimas noticias de los

Snopes —y tío Gavin dijo—: ¿Qué noticias? —y Ratliff dijo—: ¿O quiere usted decir simplemente qué Snopes? —y también se sentó allí mirando a tío Gavin, hasta que finalmente preguntó—: ¿Por qué no va y lo dice? —y tío Gavin dijo—: ¿Decir qué? —y Ratliff dijo—: Sal de mi despacho, Ratliff —así que Gowan dijo—: No, señora.

—En ese caso, quizá me permitas marcharme a mí —dijo tío Gavin, dejando la servilleta en la mesa. Pero madre siguió sin moverse.

—¿Quieres que vaya a visitarla? —dijo.

—¿Visitar a quién? —preguntó tío Gavin. E incluso Gowan notó que lo decía demasiado de prisa. Porque hasta padre comprendió entonces. Aunque yo no estoy muy seguro de que tardara tanto. Si yo hubiera estado allí, incluso sin ser mayor que Gowan, habría sabido que con tener alrededor de veintiún años, o quizá incluso menos, cuando la señora Snopes atravesó por primera vez la plaza, no sólo estaría al tanto de lo que sucedía sino que tal vez hubiera sido yo mismo tío Gavin. Pero Gowan dijo que padre sonó como si sólo entonces lo comprendiera.

—¡Caramba! —le dijo a tío Gavin—. De manera que es eso lo que te pasa desde hace dos semanas —luego le dijo a madre—: No, por Dios. Mi mujer ir a visitar a esa...

—¿A esa qué? —dijo tío Gavin, muy de prisa y con violencia. Y madre seguía aún sin moverse: sentada entre ellos, que estaban de pie.

—«Señor mío» —dijo madre.

—¿Qué? —preguntó tío Gavin.

—«¿A esa qué, señor mío?» —dijo madre—. O quizá simplemente «señor mío» con tono de interrogación.

—Di tú la palabra, entonces —le dijo padre a tío Gavin—. Sabes perfectamente cuál. Lo que toda la ciudad le llama. Lo que la ciudad entera sabe de ella y Manfred De Spain.

—¿Qué ciudad entera —dijo tío Gavin—, además de ti? ¿Tú y quién más? ¿Los mismos que probablemente también censuran con acritud a Maggie sin saber más de lo que tú sabes?

—¿Estás hablando de mi mujer? —dijo padre.

—No —dijo tío Gavin—. Estoy hablando de mi hermana y de la señora Snopes.

—Vamos, vamos, vamos —dijo madre—. Al menos, tened consideración con mi sobrino. Gowan —le dijo a mi primo—, ¿de verdad no quieres marcharte?

—No, señora —dijo Gowan.

—Al diablo con tu sobrino —dijo padre—. No voy a permitir que su tía...

—¿Todavía sigues hablando de tu esposa? —dijo tío Gavin. Esta vez madre también se puso en pie entre ellos, mientras los dos se inclinaban un poco hacia adelante, fulminándose con la mirada por encima de la mesa.

—Creo que hemos llegado al límite por el momento —dijo madre—. Los dos vais a pedirme disculpas —así lo hicieron—. Ahora disculpaos ante Gowan —Gowan dijo que eso también lo hicieron.

—Pero que me aspen si voy a consentir... —dijo padre.

—Sólo la disculpa, por favor —dijo madre—. Incluso si la señora Snopes es lo que dices que es, mientras yo sea lo que tú y Gavin estáis de acuerdo en que soy, al menos, en eso sí estáis de acuerdo, ¿a qué me arriesgo sentándome durante diez minutos en su salón? El problema con vosotros dos es que no sabéis nada de mujeres. A las mujeres no les interesa la moral. Tampoco les interesa siquiera la falta de moral. A las señoras de Jefferson no les importa lo que haga esa mujer. Lo que no le perdonarán nunca es el aspecto que tiene. Mejor dicho: cómo la miran los caballeros de Jefferson.

—Lo dirás por tu hermano —dijo padre—. Yo no la he mirado nunca.

—En ese caso mucho peor para mí —dijo madre—, por tener a un topo por marido. No: los topos tienen sangre caliente; un pez de la Cueva del Mamut...

—Vaya, ésta sí que es buena —dijo padre—. ¿De manera que es eso lo que quieres? ¿Un marido que se pase las noches de los sábados en Memphis persiguiendo mujeres entre Gayoso y Mulberry Street?

—Ahora os vais a marchar, tanto si queréis como si no —dijo madre. Así que tío Gavin subió las escaleras camino de su cuarto, madre tocó la campanilla para llamar a Guster y Gowan se puso de nuevo al lado de la puerta para dejar pasar a mis padres; luego madre y Gowan salieron al porche delantero (era octubre y el tiempo lo bastante templado para sentarse fuera al mediodía), ella cogió otra vez el cesto de las labores y padre volvió a aparecer con el sombrero puesto.

—Así que la mujer de Flem Snopes —dijo— entrará en la sociedad de Jefferson de la mano de la hija del juez Lemuel Stevens —y salió camino del almacén; a continuación salió tío Gavin y dijo:

—¿Lo harás, entonces?

—Claro que sí —dijo madre—. ¿Tan grave es la situación?

—Me propongo que no llegue a serlo —dijo tío Gavin—. Incluso aunque no seas más que una mujer, has tenido que verla. No te ha quedado más remedio.

—En cualquier caso, he visto hombres mirándola —dijo madre.

—Sí —dijo tío Gavin. No sonó como una expulsión de aliento, como hablar. Sonó como aspirar aire—: Sí.

—Vas a salvarla —dijo madre, sin mirar a tío Gavin esta vez: con la vista fija en el calcetín que zurcía.

—¡Sí! —dijo tío Gavin, de prisa, precipitadamente: no aspirando, y a tanta velocidad que casi dijo el resto sin poder contenerse, y todo lo que madre tuvo que hacer fue decirlo por él:

—... de Manfred De Spain.

Pero tío Gavin se había recuperado para entonces; su voz volvía a ser seca.

—Tú también —dijo—. Tú y tu marido. Las mejores personas, las puras, las que están libres de toda sospecha. Charles, que, según él mismo afirma, no la ha mirado siquiera una vez; tú, de acuerdo con la misma afirmación, no ya hija del juez Stevens

sino esposa de César.

—Se puede saber... —dijo madre, pero Gowan dijo que se calló y se le quedó mirando—. ¿No querrías marcharte un rato? ¿Como favor personal? —le preguntó.

—No, señora —respondió Gowan.

—Tú tampoco lo puedes evitar, ¿no es cierto? —dijo ella—. También tú tienes que ser un hombre, ¿no es así? —luego habló únicamente con tío Gavin—: ¿Se puede saber qué es lo que no soportas en todo este asunto? ¿Que tal vez la señora Snopes no sea casta, o la posibilidad de que haya elegido renunciar a la castidad con Manfred De Spain?

—¡Sí! —exclamó tío Gavin—. ¡Quiero decir no! Son todo mentiras..., habladurías. Es todo...

—Sí —dijo madre—. Tienes razón. Probablemente no es más que eso. La tarde del sábado no es la mejor para ir a la barbería, pero piensa en ello cuando pases por delante.

—Gracias —dijo tío Gavin—. Pero si voy a embarcarme en esta cruzada con alguna esperanza de éxito, lo menos que puedo hacer es parecer lo bastante frenético y desgredado para que me crean. ¿Lo vas a hacer, entonces?

—Por supuesto —dijo madre.

—Gracias —dijo tío Gavin. Acto seguido se marchó.

—Supongo que ahora me puedo ir —dijo Gowan.

—¿Y ahora para qué? —dijo madre, que seguía mirando a tío Gavin, mientras recorría el camino del jardín hacia la calle—. Tendría que haberse casado con Melisandre Backus —dijo. Melisandre Backus vivía con su padre y una botella de whisky en una plantación a unos diez kilómetros de la ciudad. No quiero decir que el padre fuese un borracho. Era un excelente agricultor. Simplemente, tanto en el porche durante el verano como en la biblioteca durante el invierno, pasaba su tiempo libre con la botella, leyendo a los poetas latinos. La señorita Melisandre y madre habían estudiado juntas en el instituto y en la universidad, aunque la señorita Melisandre iba siempre cuatro años detrás de madre—. En una ocasión pensé que quizá Gavin se casara con ella; yo estaba un poco en la inopia por entonces.

—¿El primo Gavin? —dijo Gowan—. ¿Casarse el primo Gavin?

—Claro que sí —dijo madre—. Sólo que todavía es demasiado joven. Es el tipo de hombre condenado a casarse con una viuda que ya tenga hijos crecidos.

—Aún podría casarse con la señorita Melisandre —dijo Gowan.

—Es demasiado tarde —dijo madre—. Ni siquiera reparaba en ella cuando la tenía delante.

—La ve todos los días que viene a la ciudad —dijo Gowan.

—Se pueden ver las cosas sin miraras, de la misma manera que se puede oír sin escuchar —dijo madre.

—Seguro que no hizo eso cuando vio aquel día a la señora Snopes —dijo Gowan—. ¿Quizá esperará a que tenga otro hijo además de Linda y a que crezcan los dos?

—No, no —dijo madre—. Con Semíramis no se casa uno, sino que se comete alguna forma de suicidio. Sólo caballeros con tan poco que perder como el señor Flem Snopes se arriesgan a casarse con Semíramis... Es una lástima que también tú seas tan mayor. Hace unos años te habría llevado a visitarla sin preguntarte. Pero ahora tendrás que reconocer abiertamente que quieres venir; incluso decir «por favor».

Pero Gowan no lo hizo. Era sábado por la tarde, había un partido de fútbol y aunque todavía no formaba parte del equipo titular, nunca se podía saber cuándo alguno de los elegidos se rompería una pierna o tendría una apoplejía o incluso una simple enfermedad en aritmética. Dijo además que madre no necesitaba en absoluto de su ayuda, dado que contaba con toda la ciudad; Gowan explicó cómo a la mañana siguiente aún no habían llegado a la plaza, camino de la iglesia, cuando la primera señora con la que se encontraron exclamó con tono radiante:

—¿Qué es lo que acabo de oír acerca de ayer por la tarde? —y madre respondió exactamente con el mismo tono:

—¿De verdad? —y la segunda señora con la que se encontraron (pertenecía a la Sociedad Byron y al Club del Cotillón por añadidura) dijo:

—Siempre he opinado que todos seríamos mucho más felices si no creyéramos en nada que no viésemos con nuestros propios ojos, y aun sólo la mitad de eso —y madre repitió con el mismo tono radiante:

—¿De veras?

Los dos (la Sociedad Byron y el Club del Cotillón, unidos cuando era posible por supuesto, pero cualquiera de ellos por separado en caso de necesidad) parecían ser la prueba más palpable. Y ahora tío Gavin dejó de hablar de los Snopes. Me refiero a que Gowan dijo que tío Gavin dejó de hablar por completo. Era como si ya no tuviese tiempo para concentrarse en hablar con el fin de elevar esa función al nivel de conversación, de arte, como él creía deber de todo el mundo. Era como si no tuviera tiempo de hacer nada que no fuese esperar, porque quería algo para lo que no conocía otro camino que la espera. Más aún que eso, más que el simple esperar: no sólo no desaprovechaba ninguna oportunidad de hacer algo por madre, sino que incluso inventaba pequeñas ocupaciones en beneficio suyo, de manera que, incluso cuando hablaba un poco, era como si estuviera matando dos pájaros de un tiro.

Porque cuando hablaba ahora, en repentinas rachas y estallidos que a veces no tenían la menor conexión con todo lo que padre, madre y el abuelo habían dicho un minuto antes, no era ni siquiera lo que él llamaba conversación estilo escopeta de aire comprimido. Solían ser los elogios más desmedidos, elogios tan desmedidos que incluso Gowan a sus trece años se daba cuenta. Elogios de señoras de Jefferson que madre y él conocían de toda la vida, de manera que cualquiera de los dos sabía de memoria todo lo que el otro pudiera decir. Sin embargo, de repente, cada pocos días durante todo un mes, tío Gavin dejaba de masticar y sacaba a una nueva de los pelos, por así decirlo, en medio de lo que fuese que el abuelo, madre y padre estaban

comentando, y no para dirigirse al abuelo o a padre o a Gowan, sino para decirle a madre lo buena, o bonita o inteligente o ingeniosa que era alguna dama con la que madre había crecido o que, en cualquier caso, conocía de toda la vida.

Sí, por supuesto; todas ellas miembros tanto de la Sociedad Byron como del Club del Cotillón o de uno de los dos (probablemente sólo madre sabía que tío Gavin trabajaba para el Club del Cotillón) si no quedaba más remedio, de manera que mis familiares sabían que otra dama había visitado a la señora Snopes hasta que Gowan empezó a preguntarse cómo tío Gavin se enteraba siempre de cuándo se producía una nueva visita, cómo borraba a la señora en cuestión de la lista de las que todavía no o la añadía al grupo de las que ya sí o cualquiera que fuese el sistema que seguía. Así que Gowan llegó a la conclusión de que quizá tío Gavin vigilaba la casa de la señora Snopes. Y ya estaban en noviembre por entonces, tiempo excelente para cazar, y, puesto que Gowan había renunciado definitivamente al equipo de fútbol, lo lógico era que él y Top (Top era el hermano mayor de Aleck Sander, sólo que Aleck Sander tampoco había nacido aún. Quiero decir que era hijo de Guster y también a su padre lo llamaban Top, de manera que el padre se quedó con Big Top y su hijo con Little Top) dedicaran el tiempo libre, después de clase, a buscar conejos con los perros de caza que tío Gavin les había regalado. Pero Gowan, en cambio, se pasó todas las tardes durante casi una semana en la gran zanja detrás de la casa de la señora Snopes, no para vigilar la casa, sino para ver si tío Gavin también estaba escondido en la zanja, comprobando quién visitaba a la señora Snopes. Porque Gowan sólo tenía trece años entonces; vigilaba únicamente a tío Gavin; sólo más adelante comprendió que si se hubiera esforzado más o durante más tiempo, quizá hubiera sorprendido al señor De Spain entrando o saliendo por una ventana trasera como la mayoría de los habitantes de Jefferson estaban convencidos de que hacía, ya que en ese caso podría haber vendido la información por un dólar o dos a un montón de gente de la ciudad.

Pero si tío Gavin estaba escondido en algún sitio de aquella zanja, Gowan no le sorprendió nunca. Y, mejor aún, tío Gavin nunca pilló a Gowan espiándole. Porque si madre hubiera descubierto que Gowan se escondía en la zanja detrás de la casa de la señora Snopes porque pensaba que tío Gavin también estaba escondido allí, Gowan no sabía lo que podría haber hecho con tío Gavin pero tenía completa certeza sobre lo que le sucedería a él. Y aún peor: que el señor Snopes hubiera llegado a descubrir que Gowan pensaba que tío Gavin podía estar escondido en aquella zanja espiando su casa. O todavía peor: que la ciudad descubriera que Gowan se escondía en aquella zanja porque pensaba que tío Gavin también lo hacía.

Porque cuando sólo se tienen trece años se carece del sentido común suficiente para darse cuenta de lo que uno está haciendo y echarse a temblar. Y es que incluso ahora recuerdo algunas de las cosas, por ejemplo, que hicimos Aleck Sander y yo sin pensarlas dos veces, y me pregunto cómo algún chico vive lo suficiente para llegar a persona mayor. Recuerdo que tenía doce años; tío Gavin acababa de regalarme la escopeta; eso fue después (así es como padre lo decía) de que la señora Snopes lo

mandara a Heidelberg para terminar su educación y hubiera estado en la guerra y volviera a casa y lo eligieran por derecho propio fiscal del condado; éramos cinco; yo y otros tres chicos blancos y Aleck Sander, cazando conejos un sábado. Hacía frío, una de las peores rachas de frío que hemos tenido nunca; cuando llegamos, el arroyo Harrykin estaba completamente helado y empezamos a hablar de lo que tendrían que darnos para tirarnos dentro. Aleck Sander dijo que lo haría si cada uno de nosotros le daba un dólar, de manera que dijimos que sí y, naturalmente, antes de que pudiéramos pararlo, Aleck Sander se apartó de nosotros y saltó al arroyo, rompiendo el hielo, sin quitarse la ropa ni nada por el estilo.

Así que lo sacamos del agua, hicimos fuego mientras se desnudaba, lo envolvimos en nuestras chaquetas de cazar mientras intentábamos secarle la ropa antes de que también se le helara por completo, y finalmente conseguimos vestirlo de nuevo. Y entonces fue y dijo: «De acuerdo. Ahora pagadme lo que me debéis».

No habíamos pensado en eso. Por aquel entonces ningún chico negro de Jefferson, Mississippi, o, que yo supiera, de ningún otro sitio del estado, había tenido muchas veces un dólar entero, y no digamos nada de cuatro al mismo tiempo. De manera que tuvimos que hacer un trato. Buck Connors y Aleck Sander fueron los primeros en ponerse de acuerdo: si Buck Connors rompía el hielo saltando, Aleck le perdonaría el dólar. Así que Buck lo hizo y mientras lo secábamos dije:

—Si es eso lo que tenemos que hacer, vamos a saltar todos juntos y acabemos de una vez —y ya nos dirigíamos hacia el arroyo cuando Aleck Sander dijo No, dijo que todos nosotros éramos chicos blancos que nos aprovechábamos, porque era negro, al pedirle que nos dejara hacer lo mismo que había hecho él. De manera que tuvimos que negociar de nuevo. Ashley Holcomb era el siguiente. Trepó a un árbol hasta que Aleck Sander dijo que estaba lo bastante alto, y que cerrara los ojos y saltase, y Aleck le perdonó el dólar. Después iba yo, y alguien dijo que como la madre de Aleck Sander era nuestra cocinera y él y yo más o menos habíamos vivido juntos desde que nacimos, probablemente me lo pondría muy fácil. Pero Aleck Sander dijo No; también él lo había pensado y por esa misma razón iba a tener que ser más duro conmigo que con Ashley y por tanto el árbol desde el que tuve que saltar estaba encima de unos arbustos de brezo: fue como saltar sobre un fuego frío que me señaló las manos y la cara y me rasgó los pantalones; la chaqueta de caza, en cambio, que estaba prácticamente nueva (tío Gavin me la había mandado por correo desde Alemania el día que recibió el telegrama de madre anunciándole mi nacimiento; todo el mundo dijo que era la mejor chaqueta de caza que había en Jefferson cuando por fin crecí lo suficiente para ponérmela), no se desgarró, si se exceptúa un bolsillo.

De manera que ya sólo quedaba John Wesley Roebuck y quizá de pronto Aleck Sander se dio cuenta de que se le iba el último dólar, porque John Wesley sugirió todo lo imaginable, pero Aleck seguía diciendo No. Al final John Wesley se ofreció a hacerlo todo: saltar rompiendo el hielo, tirarse del árbol de Ashley y a continuación del mío, pero Aleck Sander aún dijo No. De manera que finalmente se pusieron de

acuerdo como diré a continuación, aunque en cierta manera tampoco aquello fue justo, porque el viejo Ab Snopes ya le había pegado un tiro en la espalda una vez unos dos años antes, de manera que John Wesley estaba acostumbrado, lo que puede haber sido una de las razones que contribuyeron a que aceptase el trato. La cosa fue como sigue. John Wesley me pidió prestada la cazadora para ponérsela encima de la suya porque ya habíamos comprobado que la mía era la más resistente, y le pidió prestado el suéter a Ashley para envolverse la cabeza y el cuello; luego contamos veinticinco pasos, Aleck Sander metió un cartucho en su escopeta y alguien, quizá yo, contó Uno, Dos, Tres, despacio, y cuando quienquiera que fuese dijo Uno, John Wesley echó a correr y cuando quienquiera que fuese dijo Tres, Aleck Sander disparó contra la espalda de John Wesley y luego John nos devolvió a mí y a Ashley el suéter y la cazadora y, como era tarde para entonces, nos volvimos a casa. Excepto que yo tuve que correr todo el camino de vuelta (hacía mucho frío, la racha de tiempo más frío que yo recuerdo nunca) debido a que fue necesario quemar la cazadora porque iba a ser más fácil explicar su desaparición que llevarla a casa con la espalda llena de perdigonadas del número seis.

Luego nos enteramos de cómo tío Gavin averiguaba quién hacía la siguiente visita. Era mi padre quien llevaba la cuenta por él. Y no es que padre fuese el espía de tío Gavin. Lo último que padre trataba de hacer era ayudar a tío Gavin, contribuir a tranquilizarle. Tal vez estaba incluso más en contra de tío Gavin de lo que había creído estarlo aquel primer día con motivo de la anunciada visita de madre a la señora Snopes; era como si tratara de vengarse tanto de madre como de tío Gavin: de tío Gavin por querer que madre visitase a la señora Snopes, de madre por decir inmediatamente en voz bien alta delante de tío Gavin y de Gowan que no sólo iba a hacerlo sino que no veía nada de malo en ello. De hecho, Gowan dijo que quien ahora parecía tener más en la cabeza a la señora Snopes era mi padre. Casi en cualquier momento podía entrar en la habitación frotándose las manos y canturreando estribillos de canciones pegadizas, y los demás miembros de la familia sabían que acababa de ver a la señora Snopes por la calle o había oído que otro miembro del Club del Cotillón o de la Sociedad Byron había ido a visitarla; si por entonces se hubieran inventado ya los silbidos de admiración, padre los habría utilizado.

Luego llegó el mes de diciembre; madre acababa de contar cómo finalmente el Club del Cotillón había decidido, después de someterlo a votación, invitar al señor y a la señora Snopes al baile de Navidad y el abuelo se puso en pie, dejó la servilleta y dijo «Gracias por la comida, Margaret»; Gowan se levantó para sujetar la puerta mientras salía, y entonces padre dijo:

—¿Baile? ¿Y si resulta que no sabe? —y Gowan dijo:

—¿Es que le hace falta? —y esta vez todos se quedaron quietos; Gowan dijo que todos se detuvieron exactamente al mismo tiempo y le miraron; y dijo que si bien madre y tío Gavin eran hermanos, uno era hombre y la otra mujer y que padre no era familia de ninguno de los dos. Pero dijo que los tres le miraron exactamente con la

misma expresión. Entonces padre le dijo a madre:

—Sujétalo mientras le miro otra vez los dientes. Me dijiste que no tenía más que trece años.

—¿Qué es lo que he dicho? —preguntó Gowan.

—Sí —dijo padre—. ¿Qué estábamos diciendo? Ah, sí, bailar, el cotillón de Navidad —ahora hablaba con el tío Gavin—. Vaya, vaya, eso te coloca un punto por encima de Manfred De Spain, ¿no es cierto? Es huérfano y no tiene hermanos; tampoco tiene una esposa o hermana gemela que sea una de las fundadoras de los clubs literarios o sociales de Jefferson; todo lo que puede hacer por la mujer de Flem Snopes es... —Gowan dijo cómo hasta ese momento madre estaba siempre entre padre y tío Gavin, con una mano en cada pecho para mantenerlos aparte. Pero entonces madre y tío Gavin se volvieron los dos contra padre, con madre tapándole la boca a padre con una mano y con la otra buscando los oídos de Gowan, y tanto ella como tío Gavin dijeron lo mismo, aunque tío Gavin utilizó otras palabras:

—¡No te atreverás!

—Vamos. Dilo.

Así que padre no lo dijo. Pero ni siquiera él adivinó lo que tío Gavin trató de hacer a continuación: quiso convencer a madre para que el comité del Cotillón no invitara al baile al señor De Spain.

—Demonios coronados —dijo padre—. No puedes hacer eso.

—¿Por qué no podemos? —preguntó madre.

—¡Es el alcalde! —exclamó padre.

—El alcalde es un servidor de la ciudad —dijo madre—. Es el jefe de la servidumbre, por supuesto: el mayordomo. Pero no se invita a un mayordomo a una fiesta porque sea mayordomo. Se le invita a pesar de serlo.

Pero también el alcalde De Spain recibió su invitación. Tal vez la razón de que madre no lo impidiera, como tío Gavin quería que hiciese, fue simplemente la que ya había dado, explicado, descrito: que ni ella ni el Club del Cotillón tenían que invitarle porque fuese alcalde, y por lo tanto lo invitaron precisamente para demostrarlo, para probarlo. Pero padre no pensaba que fuese ésa la razón.

—Nada de eso —dijo—. No creáis, mujeres del demonio, que nos engañáis ni a mí ni a nadie. Queréis jaleo. Queréis que pase algo. Os gusta. Queréis tener a dos gallos con la cresta bien roja pavoneándose, con tal de que una de vosotras, gallinas, sea el motivo. Y si se os ocurre algo más para empujarlos uno contra otro hasta llegar a derramar sangre en defensa propia, también lo haréis porque cada gota de esa sangre o cada ojo morado o cuello de camisa rasgado en público o pantalones rotos o embarrados es otro elemento más de la venganza contra esa raza de varones que os tiene esclavizadas día tras día las veinticuatro horas, sin nada que hacer entre las comidas excepto intercambiar habladurías por teléfono. Apostaría cualquier cosa —dijo—, que si ningún club fuese a dar un baile de Navidad dentro de dos semanas, todas vosotras lo organizaríais para invitar a la señora Snopes y a Gavin y a Manfred

De Spain. Excepto que esta vez estás malgastando tu tiempo y tu dinero. Gavin no sabe cómo armar jaleo.

—Gavin es un caballero —dijo madre.

—Claro que sí —dijo padre—. Eso es lo que he dicho: no es que no quiera armar jaleo, es simplemente que no sabe cómo hacerlo. No; no quiero decir que no lo intente. Lo hará lo mejor que sepa. Pero no sabe cómo armar el tipo de jaleo que un hombre como Manfred De Spain se toma en serio.

Si bien el señor De Spain hizo todo lo que estuvo en su mano para enseñar a tío Gavin cómo. Empezó el día que se enviaron las invitaciones y él recibió por fin la suya. Cuando compró aquel E. M. F. rojo, lo primero que hizo fue instalar un escape libre que se manejaba desde el asiento del conductor, y hasta que lo eligieron alcalde por primera vez, se le oía por todo el camino hasta la plaza desde el momento en que salía de casa. Y poco después de aquello Lucius Hogganbeck encontró a alguien (fue el señor Roth Edmonds y quizá también el señor De Spain, dado que el padre de Lucius, el viejo Boon Hogganbeck, había sido montero, encargado de los perros de caza y hombre para todo del padre del señor Roth, McCaslin Edmonds, de su tío, Ike McCaslin, y del viejo comandante De Spain en la época del antiguo campamento de caza del comandante De Spain) que firmara un aval para comprar un Ford del modelo T y poner en marcha el negocio del transporte colectivo de pasajeros, y él también dispuso de un escape libre, de manera que los domingos por la tarde la mitad de los hombres de Jefferson dejaban a sus mujeres y se iban a un trozo recto de carretera a unos tres kilómetros de la ciudad (incluso a tres kilómetros de distancia, se les oía en Jefferson cuando la dirección del viento era favorable) y el señor De Spain y Lucius echaban carreras. Lucius cobraba cinco centavos a sus acompañantes por participar en la carrera, pero el señor De Spain llevaba a los suyos gratis.

Aunque lo primero que hizo el señor De Spain cuando lo eligieron alcalde fue aprobar una ordenanza para que no se pudiera utilizar el escape libre dentro de la ciudad. De manera que desde hacía años no se escuchaba ninguno. Hasta que una mañana lo oímos de nuevo. Quiero decir que lo oímos nosotros —el abuelo, madre, padre, tío Gavin y Gowan— porque sonó justo delante de nuestra casa. Era más o menos la hora en que todo el mundo iba a clase o a trabajar y Gowan supo de qué coche se trataba incluso antes de llegar a la ventana, debido a que el Ford de Lucius hacía un ruido distinto, y además nadie excepto el alcalde se hubiera atrevido a usar el escape libre con la ordenanza contra su utilización todavía vigente. Era él: el automóvil rojo perdiéndose a lo lejos y el escape libre enmudecido tan pronto como nuestra casa quedó atrás; y tío Gavin todavía sentado a la mesa terminando el desayuno como si no se hubiera oído nada.

Y cuando Gowan llegó a la esquina, volviendo a casa del colegio a mediodía, lo oyó de nuevo; el señor De Spain se había apartado varias manzanas de su recorrido habitual para pasar en segunda a todo gas frente a nuestra casa con el escape libre bien abierto; y de nuevo mientras madre, padre, el abuelo y tío Gavin estaban

terminando de comer, con mi madre inmóvil y sin mirar a nada y padre mirando a tío Gavin y tío Gavin moviendo el café como si no se oyera ningún ruido en ningún sitio, con la excepción, tal vez, del que hacía su cucharilla dentro de la taza.

Y de nuevo hacia las cinco y media, al atardecer, cuando tenderos, médicos, abogados, alcaldes y otras personas parecidas volvían a casa al final de la jornada para cenar, todos en silencio y pacíficamente, ausentándose de la ciudad hasta la mañana siguiente; y esta vez Gowan vio incluso cómo tío Gavin escuchaba el escape libre cuando pasó frente a nuestra casa. Quiero decir que a tío Gavin no le importó esta vez que le vieran oírlo, levantar un poco la vista e inmovilizar el periódico que estaba leyendo mientras continuaba el ruido, hasta que el señor De Spain alcanzó el extremo de nuestro jardín y levantó el pie; los dos, tío Gavin y el abuelo, alzaron la vista mientras pasaba el coche, aunque todo lo que el abuelo hizo fue fruncir un poco el ceño y tío Gavin ni siquiera eso: tan sólo se limitó a esperar, con tranquilidad casi absoluta, de manera que Gowan casi le oyó decir: *Por fin se acaba. Tenía que pasar por cuarta vez para volver a casa.*

Y eso fue todo durante la cena y cuando pasaron después al despacho, donde madre se sentaba en la mecedora siempre cosiendo algo, aunque la mayoría de las veces no fuese más que zurcir los calcetines y las medias de Gowan, y el abuelo y padre se sentaban a los dos lados de la mesa del despacho jugando a las damas y a veces también entraba tío Gavin con un libro cuando no le apetecía tratar una vez más de enseñar a madre a jugar al ajedrez, hasta que al año siguiente nací yo y a la larga crecí lo bastante para que tratara de enseñarme a mí. Y después pasó el momento en que aparecían los que iban al cine, y los hombres que volvían a la ciudad después de cenar para perder el tiempo en el *drugstore* de Christian o para hablar con los viajantes de comercio en el vestíbulo de Holston House o para tomar otra taza de café en el café, y cualquiera habría pensado que ya estaban a salvo. Sólo que esta vez ni siquiera fue padre. Fue el abuelo en persona quien dio un respingo y dijo:

—¿Qué demonios sucede? Es la segunda vez que oigo hoy ese ruido.

—Es la quinta vez —dijo padre—. Se le ha escurrido el pie.

—¿Cómo? —dijo el abuelo.

—Trataba de pisar a fondo el freno para cruzar en silencio por delante de casa —dijo padre—. Pero se le ha resbalado el pie y ha pisado en cambio el escape libre.

—Telefonea a Connors —dijo el abuelo. Hablaba del señor Buck Connors—. No estoy dispuesto a consentirlo.

—Eso es cosa de Gavin —dijo padre—. Es el fiscal municipal en funciones cuando está usted ocupado con una partida de damas. Es él quien debe hablar con el jefe de policía. O, mejor aún, con el alcalde. ¿No estoy en lo cierto, Gavin? —y Gowan dijo que todos miraron a tío Gavin, y que él mismo se avergonzó, no de tío Gavin: de nosotros, del resto de la familia. Dijo que fue como ver caérsele los pantalones a alguien que tiene las dos manos ocupadas tratando de sostener el techo: uno siente que sea divertido, se avergüenza de tener que estar allí viendo a tío Gavin

que no había recibido el menor aviso de que necesitara esconder la desnudez de su rostro cuando el escape libre empezara a funcionar y el automóvil cruzara otra vez lentamente en segunda por delante de la casa, cuando cualquiera habría opinado que tenía derecho a creer que la vez antes de cenar sería la última por lo menos hasta el día siguiente, con el escape libre a toda pastilla y sonando exactamente como una carcajada, todavía sonando como una carcajada incluso después de que el coche llegara a la esquina en que el señor De Spain siempre retiraba el pie del escape libre. Porque eran risas: era padre, desde su lado del tablero de damas, mirando a tío Gavin y riéndose.

—¡Charley! —dijo madre—. ¡Basta! —pero ya era demasiado tarde. Tío Gavin se levantó muy deprisa, se dirigió hacia la puerta dando la impresión de no verla con claridad, y salió inmediatamente.

—¿Qué demonios pasa? —dijo el abuelo.

—Ha salido corriendo para telefonar a Buck Connors —dijo padre—. Como era ya la quinta vez, habrá decidido que al conductor no se le ha resbalado el pie.

Ahora madre estaba encima de padre con la media y el huevo de zurcir en una mano y la aguja en la otra como si fuera un puñal.

—¿Vas a hacer el favor de callarte, querido? —dijo—. ¿Vas a hacerme el favor de cerrar esa maldita boca tuya?... Lo siento, papá —le dijo al abuelo—. Pero es que... —de nuevo vuelta hacia padre—: ¿Vas a hacerme ese favor?

—Claro que sí, muchacha —dijo padre—. Yo también estoy totalmente a favor de la paz y el silencio.

Madre se marchó en seguida y muy pronto fue hora de acostarse y luego Gowan contó cómo vio a tío Gavin sentado en el salón a oscuras, si se exceptúa la luz que llegaba del corredor, de manera que no podía leer aunque quisiera. También es cierto, como Gowan explicó, que no lo intentaba: sólo estaba allí medio a oscuras, hasta que madre bajó las escaleras en bata y con el pelo suelto y dijo:

—¿Por qué no te acuestas? Vamos, vamos —y Gowan dijo:

—Sí, señora —y ella entró en el salón, se colocó junto a la silla de tío Gavin y dijo:

—Voy a telefonarle —y tío Gavin dijo:

—¿Telefonar a quién? —y madre volvió a salir y dijo:

—Vamos, vete ahora mismo —y esperó a que Gowan subiera las escaleras delante de ella. Cuando ya se había acostado y apagado la luz, madre se acercó a la puerta y dijo buenas noches y que todo lo que tendrían que hacer ya sería esperar y nada más. Porque incluso aunque cinco fuese un número impar e hiciera falta una cifra par para completar la noche de tío Gavin, no era posible que se retrasara mucho, ya que el *drugstore* cerraba en cuanto terminaba la película, y cualquiera que siguiese en el vestíbulo de Holston House después de que los viajantes de comercio se marcharan a la cama tendría que explicárselo a Jefferson antes o después, por muy soltero que fuese. Y Gowan dijo que pensó en que, por lo menos, tío Gavin y él

tenían su agradable casa familiar, caliente y cómoda, para esperar, aunque tío Gavin lo hiciera levantado, en el salón a oscuras y solo, en lugar de utilizar el hotel o el *drugstore* para retrasar lo más posible el volver a casa.

Y esta vez Gowan dijo que el señor De Spain abrió el escape libre tan pronto como salió de la plaza; se le oyó por todo el camino, cada vez más fuerte a medida que doblaba las dos esquinas para llegar a nuestra calle, el estruendo intenso y escarnecedor, pero por lo menos no en segunda esta vez, a toda velocidad por delante de la casa y del salón a oscuras donde se hallaba tío Gavin, y a continuación doblando las dos esquinas que tenía que dejar atrás para volver a la calle que le correspondía, perdiéndose a lo lejos finalmente hasta que sólo se oyó la noche y luego los pies de tío Gavin subiendo calmosamente las escaleras. Después se apagó la luz del Pasillo y eso fue todo.

Todo por aquella noche; quiero decir Por aquel día. Porque ni siquiera tío Gavin esperaba que fuera el final. De hecho los demás descubrieron en seguida que tío Gavin no tenía intención de que se acabara; a la mañana siguiente durante el desayuno fue él quien alzó primero la cabeza y dijo: «Ahí va Manfred de nuevo a nuestra mina de sal». Y a continuación a Gowan: «El señor De Spain se divierte con ese automóvil casi tanto como te vas a divertir tú cuando tu primo Charley compre uno, ¿no es cierto?». —Si es que eso sucedía alguna vez, porque padre dijo casi antes de que tío Gavin terminase de hablar:

—¿Yo propietario de uno de esos cacharros ruidosos y malolientes? No me atrevería. Demasiados clientes míos utilizan caballos y mulas para ganarse la vida — pero Gowan dijo que si padre compraba uno mientras él estaba allí, encontraría sin duda alguna ocupación mejor que pasar arriba y abajo por delante de casa con el escape abierto.

Y de nuevo mientras regresaba a mediodía para almorzar, y una vez más cuando aún estaban sentados a la mesa. Y no fue Gowan únicamente quien descubrió que tío Gavin no estaba dispuesto a que las cosas quedaran así, porque madre sorprendió a Gowan casi antes de que tío Gavin volviera la espalda. Gowan no supo cómo lo hizo. Aleck Sander decía siempre que su madre veía y oía a través de la pared (cuando se hizo mayor decía que Guster le olía el aliento por teléfono), de manera que quizá todas las mujeres que ya son madres o que hacen ese papel, como madre mientras Gowan vivió con nosotros, tienen esa misma facultad y por eso se enteró ella: saliendo del salón justo en el momento en que Gowan se metía la mano en el bolsillo.

—¿Dónde está? —preguntó madre—. Lo que Gavin acaba de darte. Era una caja de tachuelas; ¿no era una caja de tachuelas? ¿Para esparcirlas por la calle y que el automóvil las pise? ¿No era eso? Comportándose como un adolescente. Debería casarse con Melisandre Backus antes de desprestigiar a toda su familia.

—Creía que usted había dicho que era demasiado tarde para eso —dijo Gowan—. Que la que se case con primo Gavin tendrá que ser una viuda con cuatro hijos.

—Quizá quise decir que era demasiado pronto —respondió madre—. Melisandre

ni siquiera tiene marido todavía —luego se olvidó de Gowan—. Que es exactamente como se está comportando Manfred De Spain —añadió—. Como un adolescente —Gowan dijo que le miraba directamente a la cara, pero sin verle, y de repente Gowan aseguró que estaba muy bonita, que parecía ni más ni menos que una muchacha—. No: exactamente como nos estamos comportando todos —y ahora ya le veía otra vez—. Pero no se te ocurra hacerlo de manera que yo te vea, ¿me oyes? ¡No se te ocurra!

—Sí, señora —dijo Gowan. No era difícil. Todo lo que Top y él tenían que hacer era repartirse las tachuelas después de salir de clase y tontear un poco en medio de la calle como si estuvieran decidiendo en qué ocupar el tiempo a continuación, mientras se les caían las tachuelas sobre las huellas de los neumáticos; el señor De Spain había pasado ya nueve veces para entonces, y Gowan aseguró que casi había hecho rodadas. Sólo que él y Top tenían que estar fuera pasando frío porque querían verlo. Top decía que cuando reventaran las ruedas reventaría todo el automóvil. Gowan pensaba que no, pero tampoco lo sabía y quizá Top tuviera razón en parte, la suficiente en cualquier caso para que mereciese la pena verlo.

Así que tuvieron que colocarse detrás del gran arbusto de jazmín, pero empezó a oscurecer y cada vez hacía más frío y Guster abrió la puerta de la cocina y se puso a gritar llamando a Top hasta que al cabo de un rato fue a la puerta principal y gritó llamándolos a los dos; cuando por fin vieron las luces que se acercaban era ya noche cerrada y hacía mucho frío; se colocaron en la esquina del patio y el escape libre empezó a sonar y el automóvil pasó despacio y haciendo mucho ruido y los dos escucharon y miraron pero no sucedió nada, nada en absoluto; el coche siguió adelante y el escape libre dejó de sonar. Gowan dijo que tal vez haría falta un poco de tiempo para que las tachuelas hicieran efecto y las ruedas reventaran, y siguieron esperando, pero no sucedió nada. Y muy pronto había pasado ya el tiempo suficiente como para que De Spain estuviera en casa.

Y después de la cena, todos otra vez en el despacho, pero en esta ocasión nada en absoluto, ni la más mínima cosa cruzó la calle, así que Gowan pensó que tal vez las ruedas no habían reventado hasta después de que De Spain estuviera en su casa y tío Gavin no sabría ya nunca cuándo podría salir con tranquilidad del salón a oscuras y subir a acostarse; de manera que él, Gowan, se acercó como por casualidad a tío Gavin y le susurró al oído: «¿Quiere que vaya a su casa y mire?». Sólo que padre dijo:

—¿Cómo? ¿De qué le hablas al oído? —así que aquello no sirvió. Y a la mañana siguiente tampoco sucedió nada: el escape libre rugiendo lentamente por delante de la casa, como si la vez siguiente fuese a aparecer cruzando el comedor. Y dos veces más al mediodía; y cuando aquella tarde Gowan llegó a casa del instituto Top le hizo un gesto con la cabeza y los dos se fueron al sótano; Top tenía un viejo rastrillo al que sólo le quedaba un poco de mango, de manera que hicieron una hoguera detrás de la cuadra y quemaron el mango, y cuando fue lo bastante de noche Gowan se puso a vigilar los dos lados de la calle mientras Top abría una zanja perpendicular a las

rodadas de los neumáticos y colocaba allí el rastrillo con las púas hacia arriba y a continuación extendía hojas por encima para que no se viera; después se quedaron otra vez a vigilar detrás del arbusto de jazmín mientras pasaba el automóvil armando estruendo. Pero tampoco sucedió nada, aunque cuando desapareció el coche vieron con sus propios ojos el sitio donde las ruedas habían pasado sobre el rastrillo.

—Vamos a intentarlo una vez más —dijo Gowan. Lo hicieron a la mañana siguiente y no sucedió nada. Por la tarde Top trabajó un rato en el rastrillo con una vieja lima y luego Gowan trabajó otro rato, incluso después de que los dos se dieran cuenta de que aún estarían haciéndolo cuando el Club del Cotillón planeara el baile de Navidad del año siguiente.

—Necesitamos una piedra de afilar —dijo Gowan.

—Tío Noon —dijo Top.

—Cogeremos la escopeta como si fuésemos a cazar conejos —dijo Gowan. Así lo hicieron: hasta llegar a la herrería de tío Noon Gatewood en las afueras de la ciudad. Tío Noon era voluminoso, de tez amarilla, y con una rodilla deformada que parecía responder exactamente al ángulo entre la caña y la cuartilla de un caballo; tío Noon levantaba la pata trasera de un caballo, encajaba la pezuña en la rodilla, extendía una mano para agarrarse al poste más cercano y si el poste no cedía, el caballo podía dar tirones y corcovear todo lo que quisiera, porque tío Noon y el caballo se balanceaban de acá para allá, pero la pezuña no se movía. El herrero les dejó usar su piedra de afilar y, mientras Tom sostenía e inclinaba la lata del agua, Gowan apretaba las púas una a una contra la piedra hasta que estuvieron en condiciones de atravesar prácticamente cualquier cosa que chocara con ellas, y por supuesto una cubierta de automóvil.

Gowan dijo que esa vez sí que tuvieron que esperar a que fuese de noche. De noche y además tarde, para asegurarse de que nadie iba a verlos. Porque si el rastrillo afilado funcionaba, quizá el coche no reventara tan deprisa como para que el señor De Spain no tuviera tiempo de preguntarse cuál había sido la causa, empezara a buscar alrededor y encontrara el rastrillo. Y al principio parecía una buena cosa que dispusieran además de una larga noche de diciembre, porque el suelo estaba tan duro por la helada que, en lugar de un agujero para meter el rastrillo, tuvieron que cavar una verdadera zanja, lo bastante larga para atarle una cuerda y luego tirar de él y ocultarlo en el patio cuando reventara la rueda y antes de que el señor De Spain empezara a investigar la causa. Pero Gowan dijo que afortunadamente al día siguiente era sábado, dispondrían de todo el día para colocar el rastrillo y podrían estar detrás del arbusto de jazmín y verlo todo con luz de día.

De manera que eso fue lo que hicieron: ya estaban detrás del seto con el rastrillo en posición y Gowan sujetando el extremo del cordel cuando lo oyeron venir y después lo vieron; en seguida el escape libre empezó a sonar y pasó ante la casa estruendosamente, como si dijera Jajajajaja, y ya pensaban que también esta vez habían fallado cuando una rueda hizo BANG y Gowan dijo que no tuvo tiempo de

tirar del cordel, porque salió disparado, escapándosele de la mano y enroscándose en el seto de jazmín como el rabo de una serpiente, mientras el automóvil decía Jajajajaclankjajajajaclank cada vez que el rastrillo que parecía estar pegado a la rueda golpeaba de nuevo contra el guardabarros, hasta que por fin el señor De Spain detuvo el coche. Luego Gowan dijo que se abrió la ventana del salón que tenían detrás, se asomaron madre y padre y al cabo de un momento madre dijo:

—Tú y Top salid a ayudarle y así los dos aprenderéis algo para cuando tu primo Charley se compre un automóvil.

—¿Comprar yo uno de esos cacharros ruidosos y malolientes? —dijo padre—. Ni hablar, perdería todos los clientes de caballo y mula que tengo...

—Tonterías —dijo madre—. Comprarías hoy mismo uno si creyeras que papá lo consentiría... No —le dijo a Gowan—. Ayuda tú solo al señor De Spain. Necesito a Top en la casa.

Así que Top entró en casa y Gowan se acercó al coche. El señor De Spain se hallaba de pie junto a la rueda deshinchada con el rastrillo en la mano, examinándolo con calma y dando la impresión de silbar una melodía para sus adentros, dijo Gowan. Luego alzó la vista para mirar a Gowan, sacó la navaja, cortó el cordel, se guardó el rastrillo en el bolsillo del abrigo y empezó a enrollar el cordel, contemplándolo mientras salía a saltos de nuestro patio, dando siempre la sensación de seguir silbando para sus adentros. En seguida apareció Top. Se había puesto la chaquetilla blanca que usaba cuando madre intentaba enseñarle cómo servir a la mesa y traía una bandeja con una taza de café, una jarrita de leche y un azucarero.

—La señorita Maggie dice que si quiere usted una taza de café mientras descansa a la intemperie —dijo.

—Muy agradecido —respondió el señor De Spain. Terminó de enrollar el cordel, cogió la bandeja, la colocó sobre el guardabarro y después le dio a Top el cordel enrollado—. Un buen sedal para pescar —explicó.

—No es mío —protestó Top.

—Ahora ya lo es —respondió el señor De Spain—. Te lo acabo de dar —de manera que Top cogió el cordel. A continuación el señor De Spain le dijo que se quitara la chaquetilla limpia, luego abrió la trasera del automóvil, enseñó a Gowan y a Top el gato y las herramientas para cambiar la rueda y se bebió el café mientras Top se arrastraba para meterse debajo del coche y colocar el gato en su sitio; después Gowan y él levantaron la rueda. Entonces el señor De Spain dejó la taza vacía, se quitó el abrigo y se acuclilló junto a la rueda deshinchada con una de las herramientas. Sólo que a partir de aquel momento Gowan dijo que lo único que Top y él aprendieron fueron algunas palabrotas que no habían oído nunca, hasta que el señor De Spain se incorporó, tiró la herramienta contra la rueda y dijo, esta vez dirigiéndose a Gowan:

—Corre y telefona desde la casa a Buck Connors para que traiga volando a Jabbo.

Sólo que para entonces también padre estaba allí.

—Quizá te sobran expertos —dijo—. Entra y tómate una copa. Ya sé que es muy temprano, pero estamos en navidades.

Así que todos entraron en la casa y padre telefoneó al señor Connors para que trajera a Jabbo, que era el hijo de tío Noon Gatewood. También él iba para herrero hasta que el señor De Spain se presentó con el automóvil rojo en la ciudad y, como decía tío Noon, «lo echó a perder». Aunque Gowan decía que nunca entendió muy bien por qué decía eso, dado que Jabbo se emborrachaba y terminaba en la cárcel tres o cuatro veces al año cuando no era todavía más que aprendiz de herrero, mientras que ahora, desde que los automóviles habían llegado a Jefferson, Jabbo era el mejor mecánico del condado, y aunque seguía emborrachándose y yendo a la cárcel igual que siempre, nunca se quedaba más que una noche porque en seguida le necesitaba alguien con la suficiente urgencia para pagar la multa.

Luego entraron en el comedor, donde madre había preparado la botella con tapón de cristal y las copas.

—Espera —dijo padre—. Llamaré a Gavin.

—Se ha marchado ya —respondió madre muy de prisa—. Ahora sentaos Y tomad el ponche.

—Quizá no se haya ido aún —dijo padre, saliendo de todas formas.

—Por favor, no los esperes —le dijo madre al señor De Spain.

—No me importa esperar —dijo el señor De Spain—. Es demasiado temprano para empezar a beber.

Padre regresó en seguida.

—Gavin dice que le disculpemos —explicó—. Parece que tiene ardor de estómago^[4] últimamente.

—Dile que para el ardor de estómago va bien la sal —dijo el señor De Spain.

—¿Cómo? —dijo padre.

—Dile que venga —respondió el señor De Spain—. Dile que Maggie colocará un salero entre los dos —y no pasó nada más. El señor Connors llegó con un rifle y Jabbo esposado y todos fueron a donde estaba el coche; Connors le pasó el rifle a Jabbo para que lo sostuviera mientras él sacaba la llave y le quitaba las esposas; luego volvió a hacerse cargo del rifle. A continuación Jabbo cogió las herramientas y sacó la rueda en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Por qué no...? —dijo padre—, si pudieras algo así como embalsamar un poco a Jabbo..., ya sabes: lo bastante para que no pasara hambre ni frío..., atarlo a la trasera del coche como si fuera una rueda de repuesto o un motor, cada vez que tuvieras un pinchazo y el coche no arrancara, todo lo que tendrías que hacer sería desatar a Jabbo, ponerlo de pie y desembalsamarlo..., ¿es ésa la palabra? ¿Desembalsamar?

—Cuando la hayas arreglado —le dijo el señor De Spain a Jabbo—, tráela a mi despacho.

—Sí, señor —respondió Jabbo—. El señor Buck puede llevar también el papel de la multa.

—Dale las gracias a tu tía por el café —le dijo el señor De Spain a Gowan.

—Es mi prima —dijo Gowan—. Y por el ponche.

—Iré andando a la ciudad contigo —dijo padre al señor De Spain. Estábamos a sábado. El baile del club iba a ser el miércoles. El lunes, el martes y el miércoles Jefferson conoció la mayor demanda de flores de toda su historia, superando incluso a la que provocó la muerte del viejo general Compson, que, además de general de brigada confederado, había sido gobernador de Mississippi durante dos días. El señor De Spain no se enteró por ninguno de nosotros de lo que tío Gavin se proponía hacer, pero en cualquier caso decidió que a él, al señor De Spain, le convenía hacer lo mismo. Y sería estupendo suponer que a los dos se les ocurrió la misma idea al mismo tiempo. Pero eso sería mucho suponer.

De manera que debió de decírselo la señora Rouncewell, que llevaba la floristería, y no, explicó tío Gavin, porque le gustaran las flores ni tampoco porque le gustase el dinero, sino porque le encantaban los funerales; ella personalmente había enterrado a dos maridos, y con el dinero del seguro de vida del segundo abrió la tienda y suministró flores para todos los funerales de Jefferson a partir de entonces; tuvo que ser ella quien explicó al señor De Spain que tío Gavin quería enviar un ramillete a la señora Snopes para que lo luciera en el baile, hasta que madre le dijo que la señora Snopes ya tenía marido y que no podía enviarle un ramillete a ella sola y cómo tío Gavin dijo «de acuerdo, ¿acaso quieres que le mande otro al señor Snopes?». Y madre dijo que tío Gavin sabía perfectamente lo que ella quería decir y tío Gavin dijo «de acuerdo, mandaré uno a todas las señoras del Cotillón». Así que el señor De Spain tuvo que hacer lo mismo, con lo que no sólo la señora Snopes sino todas las damas del Club del Cotillón iban a recibir dos ramilletes por cabeza.

Por no decir nada del resto de la ciudad: no sólo los maridos y pretendientes de las señoras del Club, sino los maridos y pretendientes de todas las demás señoras invitadas; de manera especial quienes ya estaban casados, puesto que no habrían tenido que enviar ramilletes a sus esposas, dado que ellas no esperaban que lo hicieran, de no ser por tío Gavin y el señor De Spain. Pero sobre todo por culpa de tío Gavin, puesto que él empezó todo el asunto; al oírlos en la barbería mientras se cortaban el pelo para el baile, y en la sastrería del señor Kneeland alquilando los trajes de etiqueta, cualquiera habría pensado que iban a lincharlo.

Y algunos estaban haciendo algo más que maldecir a tío Gavin: más concretamente el señor Grenier Weddel y la señora Maurice Parsons. Pero eso fue más adelante y sólo nos enteramos el día después del baile. Todo lo que sabíamos por el momento era la enorme demanda de flores en la tienda de la señora Rouncewell, lo que padre denominó el pánico Rouncewell. («No tuve más remedio que inventar esa expresión», dijo padre. «Aunque le correspondía hacerlo a Gavin por derecho; debería haberla inventado él pero la verdad es que en aquel momento tenía aún

menos sentido del humor que esa frase». Porque también él maldecía a tío Gavin, ya que tendría que enviar a madre un ramillete, puesto que tío Gavin se lo iba a enviar, cuando no había sido intención suya hacerlo, con lo que ascenderían a tres los que madre recibiría..., es decir, si el resto de los varones que pensaban asistir al baile no se dejaban dominar por el pánico y decidían enviar a todas las asociadas otro ramillete). Porque cuando llegó la noche del lunes, a la señora Rouncewell no le quedaba una sola flor; y cuando el martes por la tarde pasó el tren en dirección norte, todas las ciudades de los alrededores de Jefferson a ambos lados de la carretera se habían quedado sin flores; de manera que a primera hora del miércoles un automóvil, alquilado especialmente, hizo un viaje de urgencia desde Memphis con flores suficientes para que la señora Rouncewell estuviera en condiciones de empezar a entregar los ramilletes a tiempo, utilizando a su propio mozo y el coche colectivo de Lucius Hogganbeck, e incluso alquilando el carretón de fabricación casera con el que la señorita Eunice Habersham vendía hortalizas, de manera que también en nuestra casa aparecieron cinco ramilletes que todos creyeron que eran para madre hasta que ella leyó los nombres de los paquetes y dijo:

—Este no es para mí. Es para Gavin.

Todos miraron a tío Gavin mientras él se quedaba inmóvil contemplándolo, con la mano ya levantada y luego detenida también a mitad de camino. Hasta que por fin rompió el cordel, levantó la tapa, apartó el papel de seda y entonces —Gowan dijo que todo fue de repente, pero que tampoco lo hizo de prisa— volvió a poner en su sitio el papel de seda, colocó otra vez la tapa y guardó la caja.

—¿No nos vas a dejar verlo? —preguntó madre.

—No —respondió tío Gavin. Pero Gowan lo había visto ya. Era el rastrillo, con dos flores como formando un ramo, y todo ello atado con una cinta o tira de algo que Gowan sabía que era goma muy fina pero que aún tardó uno o dos años, hasta que creció lo bastante y se hizo mucho mayor, en reconocer con precisión; y al mismo tiempo que se daba cuenta de lo que era, dijo que comprendió también que estaba usado; y al mismo tiempo supo cómo se suponía que tío Gavin tenía que creer que había sido utilizado, ya que ésa era la razón de que el señor De Spain se lo hubiera enviado: porque tanto si tío Gavin acertaba como si no, ya nunca estaría seguro y perdería la paz para siempre.

Y Gowan no tenía más que trece años; hasta aquel baile nunca se le habría ocurrido que nadie pudiera pagarle lo suficiente para lograr que fuera, o incluso que pudieran llevarlo a rastras a un Baile de Cotillón. Pero dijo que ya había visto mucho para entonces; y que tenía que estar allí por si pasaba algo más, aunque no podía imaginar qué, después de todo lo sucedido; ¿qué más podía pasar en un simple baile? Así que se puso el traje azul de los domingos y vio a madre, muy bien peinada y con los pendientes de brillantes de la abuela, tratando de lograr que padre le dijera cuál de los cuatro ramilletes debía llevar: el que le había regalado él o, de los tres restantes, el que, según ella, iba mejor con su vestido; luego Gowan cruzó hasta la habitación de

tío Gavin, que sacó otra corbata blanca de lazo como la suya y se la puso a Gowan y también una flor en el ojal y finalmente bajaron todos, montaron en el coche de alquiler que les estaba esperando, atravesaron el frío nocturno hasta la plaza y hasta el edificio de la Ópera donde los demás coches de alquiler, y de vez en cuando un automóvil, se detenían para que los otros invitados se apearan con plisados y rizos, chalets y pendientes y perfume y guantes blancos hasta el codo, como los de madre, o con chaqué y camisas almidonadas y corbatas blancas de lazo y cortes de pelo del día anterior, como padre y tío Gavin y (al menos la corbata blanca) Gowan, junto con los mirones y los chicos negros, y también blancos, que holgazaneaban cerca de la puerta para oír la música cuando empezase a tocar la orquesta.

Era el profesor Handy, de la calle Beale de Memphis. Su orquesta tocaba en todos los bailes del norte de Mississippi y Gowan contó que todo el salón estaba decorado para navidad y las señoras del Club del Cotillón, con sus acompañantes, alineadas para recibir a los invitados; dijo que se olían los ramilletes incluso antes de empezar a subir las escaleras y que cuando se entraba en el salón de baile se tenía la impresión de ver incluso el olor que despedían, como se ve la neblina sobre un pantano en una mañana fría. Y también contó que el señor Snopes estaba allí, con un chaqué alquilado, y cómo la ciudad de Jefferson pensó probablemente que aquel traje no era más que la segunda huella, hasta que llegaron a darse cuenta de que no lo era, de la misma manera que el depósito de agua tampoco era un monumento: que se trataba en realidad de una bandera roja. Mejor dicho: de esa señal en los pasos a nivel que dice Cuidado con la Locomotora.

Y Gowan contó cómo, puesto que madre era la presidenta del Club aquel año, todo el mundo (porque una vez que la señora Rouncewell tomó conciencia finalmente de la mina de oro floral que le había tocado en suerte, no quedaba nadie en Jefferson que siguiera *in albis* acerca del señor De Spain, tío Gavin y la señora Snopes) esperaba que le concediera a Gavin el primer baile con la señora Snopes. Pero no lo hizo. Mandó a Grenier Weddel, que también era soltero. E incluso después mantuvo el equilibrio entre tío Gavin y el señor De Spain hasta que el alcalde lo estropeó todo. Porque era soltero. Me refiero a lo que decía tío Gavin: que hay algunos hombres que son incorregible e invenciblemente solteros prescindiendo de las veces que se casen, de la misma manera que hay otros que son maridos condenados y castrados aunque no encuentren nunca una mujer que cargue con ellos. Y el señor De Spain era uno de éstos. Quiero decir que pertenecía al primer grupo: soltero incorregible e invencible y también amenaza, le sucediera lo que le sucediese, porque, al decir de tío Gavin, a las personas como el señor De Spain no les suceden cosas ni les afectan circunstancias y situaciones; las personas como él afectan e influyen en circunstancias y situaciones.

En esta ocasión contó con ayuda. Yo no estaba allí para ver y ahora sé que Gowan tampoco entendió lo que estaba viendo. Porque después de algún tiempo nació yo, y más adelante fui lo bastante mayor para ver a la señora Snopes y muy pronto crecí lo suficiente para sentir lo que tío Gavin y el señor De Spain (y todos los restantes

varones de Jefferson y de Frenchman's Bend y de cualquier otro sitio que llegaran a verla, imagino, incluidos los hombrecillos cautelosos que no eran tan valientes y desafortunados como tío Gavin ni tan valientes y afortunados como el señor De Spain, aunque probablemente ellos hablaran de ser razonables) sentían sólo con mirarla. Y al cabo de algún tiempo más, cuando ya había muerto y el señor De Spain abandonó la ciudad llevando públicamente luto por ella como si hubiera sido su mujer, y finalmente Jefferson dejó de hablar de ella, apuesto cualquier cosa a que había otros en Jefferson, además de mí mismo, que recordándola aún lo sentían y se afligían. Quiero decir que lamentaban que su hija no tuviera lo que fuese que la madre poseía; hasta que uno se daba cuenta de que no lamentaba que la hija no lo tuviera ni que ya no lo tuviéramos, sino que nunca más lo tendríamos: que ni siquiera toda la ciudad de Jefferson llena de hombrecillos débiles, insignificantes y asustados podría haber soportado más de una señora Snopes a lo largo de un siglo. Y supongo que al principio hubo incluso un segundo o dos en los que hasta el señor De Spain tuvo ocasión de asustarse. Imagino que hubo un segundo en el que incluso él dijo Párate ahí; ¿no me habré tropezado quizá con algo no sólo más puro que yo sino incluso más valiente que yo, más valiente y más resistente que yo porque es más puro y está más limpio que yo? Porque eso era lo que sucedía.

Gowan dijo que fue la manera en que la señora Snopes y el señor De Spain se pusieron a bailar. Es decir, la manera en que de repente el señor De Spain empezó a bailar con la señora Snopes. Hasta entonces, dijo Gowan, tío Gavin y el señor De Spain y los otros caballeros que madre enviaba para apuntar sus nombres en el carné de la señora Snopes se habían turnado tranquila y pacíficamente. Luego, de pronto, Gowan dijo que todos los demás dejaron de bailar y se apartaron, y que vio a la señora Snopes y al señor De Spain bailando juntos dentro de un círculo de personas horrorizadas. Y cuando yo fui lo bastante mayor, de catorce o quince o dieciséis años, supe lo que Gowan había visto sin saber lo que veía: el segundo en que el señor De Spain sintió asombro, desconcierto, incredulidad y también miedo de sí mismo por lo que se descubrió haciendo sin saber siquiera que lo iba a hacer: bailar de aquella manera con la señora Snopes para vengarse de tío Gavin por haberle asustado lo bastante como para recurrir a trastadas de adolescente al estilo del escape libre y del rastrillo y el chisme de goma ya usado en un ramillete; miedo de sí mismo al descubrir que no podía ser únicamente lo que él había creído ser durante todos aquellos años, puesto que se encontraba en una situación anímica que le empujaba a realizar trastadas como aquéllas; mientras que la señora Snopes permitía que el señor De Spain la hiciera bailar en público de aquella forma sencillamente porque estaba viva y no se avergonzaba como quizá en aquel momento, o incluso durante las dos últimas semanas, el señor De Spain y tío Gavin se habían avergonzado; porque ella era lo que era, tenía el aspecto que tenía, no se avergonzaba de ello, ni le asustaba ni le avergonzaba alegrarse de ello, ni hacer aquello para demostrarlo, puesto que el hecho de no asustarse ni avergonzarse parecía ser el único modo de demostrarlo, de

que aquellas gentecillas insignificantes que se habían apartado mudas y horrorizadas formando un círculo de consternación en torno a ellos, lo entendieran; mientras todos los otros insignificantes maridos casados y sin casar, cobardes, mezquinos y sin salvación posible, adoptaban expresiones de horror y dignidad ofendida con el fin de ocultarse mutuamente que, en realidad, lo que querían era echarse a llorar, llorar a lágrima viva porque no eran tan valientes, sabedores de que, aunque no hubiera ningún otro hombre sobre la tierra, prescindiendo de aquel salón de baile, tampoco ellos habrían podido sobrevivir, y mucho menos igualar o enfrentarse con aquel esplendor, con aquella espléndida desvergüenza.

Debería de haber sido el señor Snopes, por supuesto, ya que él era el marido, el acompañante, el protector en el ritual oficial. Pero fue tío Gavin, sin ser marido, acompañante, caballero, defensor o protector de nadie excepto simple y precipitadamente de sí mismo: a quien en realidad tampoco le importaba hasta qué punto la señora Snopes resultara golpeada y magullada en aquel asunto con tal de que, cuando finalmente acabara a pisotones con la última chispa de vida del señor De Spain, quedara lo suficiente. Gowan contó cómo se adelantó, cogió por el hombro al señor De Spain y tiró, e inmediatamente se produjo una especie de sonido y dijo que después todos los hombres corrían por el salón hacia la escalera de atrás que llevaba al callejón y las señoras gritaban con toda el alma sólo que Gowan dijo que muchas de ellas corrían también detrás de los hombres de manera que él tuvo que hacerse una especie de túnel entre faldas y piernas, para bajar por la escalera de atrás; dijo que, a través de las piernas, vio a tío Gavin levantándose del suelo del callejón y que él, Gowan, avanzó a empujones hasta colocarse delante y volvió a ver a tío Gavin levantándose con la cara llena de sangre y dos hombres ayudándole o por lo menos tratando de hacerlo, porque los apartó y corrió de nuevo hacia el señor De Spain; y cuando fui mayor también entendí aquello: que tío Gavin ni siquiera trataba ya de destruir o incluso de herir al señor De Spain porque para entonces ya había descubierto que no podía. Y es que tío Gavin ya era otra vez él mismo. Lo que hacía no era más que defender con su sangre el principio de que, tanto si existen como si no, hay que defender la castidad y la virtud de las mujeres.

—¡Ya está bien! —gritó el señor De Spain—. Sujételo alguno de ustedes, muchachos, y déjenme que me vaya.

Así que padre sujetó a tío Gavin y alguien trajo el sombrero y el abrigo del señor De Spain, que se marchó inmediatamente; y Gowan dijo que en aquel momento tuvo la seguridad de que volvería a oírse el escape libre pero no fue así. No pasó nada: tan sólo tío Gavin de pie, limpiándose la sangre de la cara, primero con su pañuelo y luego con el de padre.

—Estúpido —dijo padre—. Sabes perfectamente que no puedes pelear. Nunca has aprendido.

—¿Se te ocurre otro aprendizaje mejor que el que acabo de intentar? —respondió tío Gavin.

Y también en casa, en su cuarto de baño, donde pudo quitarse el chaleco y el cuello y la corbata y la camisa y tenía puesta una toalla húmeda sobre las heridas cuando entró madre, que traía en la mano una flor, una rosa roja de uno de los ramilletes.

—Ten —dijo—. Te la manda la señora Snopes.

—Mientes —dijo tío Gavin—. Eso es cosa tuya.

—¡Vete al diablo! —dijo madre—. ¡Te la manda la señora Snopes!

—No —dijo tío Gavin.

—¡Pues debiera haberlo hecho! —respondió madre; y Gowan dijo que ahora madre estaba llorando, abrazando a medias a tío Gavin y a medias golpeándole con los puños mientras lloraba:

—¡Estúpido, más que estúpido! ¡No te merecen! ¡No te llegan ni a la suela del zapato! ¡Ninguno de ellos, por mucho que se den aires y actúen como una..., como una maldita casa de putas! ¡Ninguno de ellos! ¡Ni uno solo!

Aunque esa noche el señor Snopes dejó en Jefferson más huellas que aquéllas; dejó otra nariz sangrando y dos ojos morados. El cuarto ramillete que madre recibió aquella noche se lo mandó Grenier Weddel, que también era soltero, como el señor De Spain. Quiero decir que era el tipo de soltero que tío Gavin decía que siempre seguiría siéndolo prescindiendo de con quién y cuántas veces se casara. Tal vez Sally Hampton rompió con él por esa razón. En cualquier caso, le devolvió el anillo y se casó con Maurice Parsons, de manera que cuando tío Gavin y el señor De Spain comenzaron aquel día lo que padre denominó el pánico de la señora Rouncewell, Grenier vio el cielo abierto y envió a la señora Parsons lo que padre llamaba no un ramillete del tamaño de un pánico corriente sino triple. Quizá fuera ése el motivo de que la señora Parsons no lo llevara aquella noche al baile: era demasiado grande. En cualquier caso no lo llevó, pero cuando tío Gavin y el señor De Spain dejaron libre el callejón, Grenier y Maurice Parsons ocuparon su sitio: Grenier salió con un ojo morado y Maurice volvió a casa sangrándole la nariz; a la mañana siguiente, cuando Sally apareció por la ciudad era ella quien tenía otro ojo morado. Y tal vez no lució el ramillete en público, pero sí aquel ojo. No sólo estuvo paseándose por la ciudad toda la mañana, sino que volvió por la tarde para que todo el mundo en Jefferson tuviera ocasión de verlo o al menos de oír hablar de su ojo. Gowan dijo que cualquiera habría pensado que incluso estaba orgullosa de él.

IV. V. K. Ratliff

Lo estaba. Su tía (no sus dos tíos ni su abuelo, pero sí cualquiera de las mujeres de su parentela) podría haberle explicado por qué: orgullosa de tener todavía un marido capaz de amararle un ojo y que de hecho se lo amaratava; orgullosa de que su marido tuviera una mujer en condiciones de impulsarle a hacerlo.

Tampoco es cierto que Flem fuese el primer Snopes que apareció por Jefferson. El primero fue Mink, que se pasó ocho meses en la cárcel de Jefferson en espera de trasladarse a su residencia definitiva en el penal de Parchman por matar a Jack Houston. Y además fue víctima de una equivocación durante esos ocho meses.

No quiero decir que se equivocara al matar a Houston. Sabía lo que se proponía al hacerlo. Jack, en primer lugar, era un hombre orgulloso, pero también solitario: una mala combinación; solitario porque ya había perdido a su joven esposa que, para empezar, tardó mucho en conseguir, y antes de haber vivido un año entero con ella la perdió; y demasiado orgulloso para tratar de superarlo incluso después de cuatro años. O quizá fuera ésa la razón: los seis o siete meses que fue su esposa, comparados con los seis o siete años, o los que fueran, que tardó en conseguir que se casara con él. E incluso entonces tuvo que perderla de manera violenta, especialmente dura: muerta a coces en la cuadra precisamente por el padre del semental de pura sangre del que Mink se propuso derribarle a tiros aquella mañana cuatro años después..., y que hizo a Houston un poco más taciturno al concederle aquellos cuatro años de soledad para seguir acordándose de lo sucedido. De manera que su orgullo, en primer lugar, y su soledad y melancolía, después, le hicieron un tanto autoritario. Pero como la mayoría de la gente de los alrededores de Frenchman's Bend sabía que era orgulloso y lo mucho que tuvo que trabajar para convencer a las personas que criaron a Lucy Pate de que la dejaran casarse con él, no le habría sucedido nada de todas formas si no llega a ser por Mink Snopes.

Porque Mink Snopes era atravesado. El único Snopes decididamente atravesado que tuvimos que sufrir. Había entre ellos incendiarios de graneros con muy mal genio como el viejo Ab; estaban los mansos e inocentes como Eck que no sólo no era un Snopes, dijera lo que dijese su madre, sino que resultaba tan exótico que hubiera nacido en un nido de Snopes como que un gorrión vea la luz en un nido de halcones; y había quienes eran pura y simplemente necios, como I. O. Pero nunca nos habíamos encontrado con un Snopes que fuese atravesado sin esperanza de provecho ni ningún otro tipo de esperanza.

Quizá sea ésa la razón de que Mink fuera el único Snopes atravesado: la ausencia de esperanzas de provecho. Sólo que o estaba predestinado o quizá debió tocarle también un poco de la necedad de su primo I. O., porque de lo contrario no se habría equivocado como se equivocó. No me refiero a la equivocación de disparar contra

Houston sino del momento que eligió, cuando Flem estaba todavía disfrutando de su luna de miel en Texas. Sabía de sobra que Flem no había vuelto aún. O quizá la noche antes recibió por el tam-tam de los Snopes la noticia que estaba esperando, la noticia de que Flem llegaría a Frenchman's Bend al día siguiente, y fue sólo entonces cuando cogió aquella vieja escopeta de dos cañones y de gran calibre que ya era casi una pieza de museo, se escondió en el bosquecillo y desmontó a Houston cuando pasaba por allí. Aunque en realidad no estoy seguro. Quizá para entonces lo único que le importaba era ver a Houston en el punto de mira de la escopeta y sentir después el terrible culatazo contra el hombro.

En cualquier caso, eso fue lo que hizo. Y, probablemente, sólo cuando Houston estaba tumbado en el barro del camino y cuando el semental espantado, de riendas sueltas, silla vacía y estribos ondeantes, iba ya camino del almacén de Varner a todo galope para difundir la noticia, se dio cuenta, con horror, de que había hecho demasiado pronto algo que, a partir de entonces, era demasiado tarde para reparar. Razón por la que trató de esconder el cuerpo y luego tiró la escopeta en aquella ciénaga y más tarde se presentó en el almacén, rondando por allí todos los días mientras el *sheriff* aún trataba de encontrar a Houston, y no para saber si el *sheriff* estaba tan cerca de descubrir la verdad que se quemaba, sino esperando a que Flem volviera de Texas y lo salvara; hasta el momento en que el perro de Houston les condujo hasta el cuerpo y un grupo de gente que pescaba a mano encontró en la ciénaga la escopeta que todo el mundo sabía suya porque nadie más que él podía tenerla.

Fue entonces cuando la rabia y el agravio y la injusticia y la traición debieron resultarle insoportables; fue entonces cuando decidió o comprendió, o lo que fuera, que Flem tenía ya que haberse enterado de lo sucedido y se mantenía aposta alejado de Frenchman's Bend, o quizá de todo Mississippi, para no tener que ayudarlo, para no tener que sacarle del atolladero. Ni siquiera desesperación: simplemente indignación y cólera; y la voluntad de demostrar a Flem Snopes que a él tampoco le importaba nada lo que hiciera; esposado y en el birlocho del *sheriff* camino de la cárcel, cogió la oportunidad al vuelo, metió el cuello muy apretado en el ángulo formado entre dos de los soportes que sujetaban el fuelle y, aunque lograron evitarlo, trató de arrojar piernas y cuerpo fuera del vehículo.

Sin embargo, se trataba tan sólo de la indignación y el dolor y la desilusión inicial, que no podían durar. Y quizá es probable que su sentido común le dijera que no duraría, y probablemente se alegró en cierto modo de haberse librado, y de llegar a recuperar el sentido común y la calma. Como así sucedió, ya que ahora todo lo que tenía que hacer era estar lo más cómodamente posible en la cárcel y esperar a que Flem Snopes volviera a casa, ya que ni siquiera Flem Snopes podía seguir sin volver eternamente, aunque se tratara de Texas y de su luna de miel.

De manera que eso fue lo que hizo. Se quedó allí arriba, en el piso alto de la cárcel (dado que se trataba de un auténtico asesino de primera clase, no tuvo que salir

a trabajar en las calles como un simple negro jugador de dados), sin impacientarse incluso durante una larga temporada: allí de pie, con las manos en los barrotes, en un sitio desde donde vigilaba la calle y la acera por la que Flem llegaría a pie desde la plaza; sin impacientarse durante todo el primer mes y ni siquiera preocupado en el segundo, una vez que el gran jurado confirmó la acusación: tan sólo llamando de vez en cuando a gritos a alguien que pasaba para preguntarle si Flem Snopes no había vuelto aún; siempre tranquilo hasta el final del segundo mes, cuando empezó a pensar que quizá Flem no había vuelto aún y pedía a gritos a los que pasaban por debajo que avisaran a Will Varner en Frenchman's Bend para que fuese a Jefferson a verle.

De manera que sólo cuando ya no quedaban más que dos semanas para el juicio y no se habían presentado ni Will Varner ni ningún otro, Mink llegó tal vez a la conclusión de que no era posible que Flem Snopes no hubiera vuelto a Frenchman's Bend; pero tampoco podía creerlo; no se atrevía a creerlo: tan sólo que las personas mayores a las que había suplicado a gritos desde la ventana de la cárcel nunca habían transmitido su mensaje, por lo que ahora tampoco dormía mucho, así que (la celda del piso alto detrás de la ventana enrejada quedaba a oscuras pero, gracias a la luz de la calle que daba sobre ella, se podía ver la mancha blanca de la cara y las dos manchas de las manos agarradas a los barrotes) le sobraba tiempo para estar allí toda la noche si era necesario esperando a que pasara alguien de quien pudiera fiarse para que entregase el mensaje: algún muchacho, un chico como el sobrino de Stevens, que vivía temporalmente en casa del abogado, a quien el mundo de los adultos no había estropeado y corrompido aún para convertirlo en enemigo suyo, hablándoles en susurros hasta que se detenían y levantaban la vista hacia él; y todavía hablándoles incluso cuando ya habían echado a correr: «¡Chicos! ¡Muchachos! Vosotros, ahí. ¿Queréis ganáros diez dólares? Que se enteren en Frenchman's Bend, contadle a Flem Snopes que su primo Mink Snopes dice que se dé prisa en venir, que venga pronto...».

Y así siguió hasta la mañana misma del juicio. Tan pronto como lo trajeron, esposado, empezó a torcer el cuello, mirando todas las caras, y aún seguía examinando a la gente que entraba mucho después de que no quedaran asientos libres; y aún continuó mientras elegían el jurado, incluso trató de subirse a una silla para ver mejor hasta que le obligaron a empujones a bajarse; todavía continuó torciendo el cuello y volviendo rápidamente la cabeza mientras el escribano leía la acusación y luego le preguntaba: «¿Culpable o inocente?». Sólo que esa vez se puso en pie, antes de que pudieran impedirselo, para mirar por encima del gentío hacia las últimas caras al fondo mismo de la sala y decir:

—¡Flem!

E inmediatamente el juez empezó a dar golpes con el mazo y el abogado que había nombrado el tribunal también se levantó y el alguacil empezó a gritar: «¡Orden! ¡Orden en la sala!».

Y Mink gritó de nuevo:

—¡Flem! ¡Flem Snopes!

Pero esta vez el juez mismo se inclinó hacia adelante sobre la mesa y dijo:

—¡Usted! ¡Snopes! —y lo repitió hasta que Mink se volvió por fin a mirarle—. ¿Es usted culpable o inocente?

—¿Cómo? —dijo Mink.

—¿Mató usted a Jack Houston o no lo mató? —dijo el juez.

—No me moleste ahora —respondió Mink—. ¿No ve que estoy ocupado? —con la cabeza vuelta de nuevo hacia las caras de quienes habían acudido para ver si lo iban a colgar de todas formas, aunque algunos dijeran que estaba loco, puesto que parecía desearlo él mismo, puesto que ya lo había intentado una vez y por tanto la Ley no estaría haciendo otra cosa que darle gusto; con la cabeza vuelta y diciendo:

—¡Alguien ahí detrás! ¡El dueño de uno de esos automóviles! ¡Que vaya deprisa al almacén de Varner y traiga a Flem Snopes! Les pagará..., la tarifa que sea y cualquier cantidad extra..., diez dólares..., veinte dólares...

El verano pasado el abogado Stevens quería hacer algo, pero no sabía qué. Ahora tenía que hacer algo, fuera lo que fuese. Ni siquiera creo que se dedicara especialmente a buscarlo. En mi opinión, no hizo más que extender la mano y agarrar lo primero que encontró, lo que estaba más cerca, y dio la casualidad de que fue el consabido latón de la central eléctrica que desaparecía tan deprisa y que todo el mundo en Jefferson, incluido Flem Snopes —sin la menor duda Flem Snopes incluido—, había estado tratando, por pura y simple cortesía, de olvidar.

Cuando en su calidad de fiscal municipal, el abogado Stevens preparó el pleito contra la compañía de caución del alcalde De Spain, acusándole de actos delictivos en el ejercicio del cargo y de connivencia para delinquir o como quiera que se digan esas cosas, todo el mundo pensó, como es lógico, que su único propósito era entrar en el despacho del alcalde y dejarle los papeles sobre la mesa. Pero se equivocaban; le interesaba tan poco conseguir algo de Manfred De Spain como la noche del baile de Navidad en el callejón, cuando su cuñado le dijo que no podía pelearse porque nunca había sabido cómo hacerlo..., cosa que el abogado Stevens sabía de sobra, puesto que llevaba veintidós o quizá veintitrés años conviviendo consigo mismo. No quería nada de Manfred De Spain porque sólo supo que De Spain poseía algo que él quería cuando se lo dijo su padre aquella última tarde.

De manera que el abogado Stevens presentó pleito. Y la primera consecuencia fue la aparición del agradable joven de la compañía de caución con su elegante traje de ciudad, que se apeó del tren de la mañana con su elegante maleta ciudadana, diciendo: «Ahora, muchachos, vamos a echar un trago del excelente whisky de esta ciudad y a ver si podemos ponernos de acuerdo en este asunto», para luego pasar un día lleno de horror y apresuramiento, empleado casi todo en conferencias telefónicas después de hablar con los dos fogoneros negros, Tom Tom Bird y Tomey's Turl

Beauchamp, mientras esperaba a que Flem volviera de una repentina visita al condado vecino.

De manera que al tercer día llegó un nuevo representante de la compañía de caución que era lo bastante importante como para tener el pelo gris y viajar en primera clase con pantalón a rayas, cadena de oro en el chaleco lo bastante gruesa para levantar troncos, gafas con montura de oro y hasta mondadientes de oro, además de frac y sombrero de copa (con lo que al atardecer no se podía conseguir siquiera un vaso de agua en el hotel Holston, dado que todos los botones y camareros deambulaban alrededor de su puerta para atenderle, y al día siguiente podría haber sido también dueño de todos los demás negros de Jefferson si hubiera sabido qué hacer con ellos), y que no se cansaba de repetir: «Caballeros, caballeros, caballeros». Y el alcalde, que apareció cuando todos estaban sentados en torno a la mesa, y se quedó de pie riéndose de ellos durante un rato hasta que finalmente dijo:

—Tendrán ustedes que disculparme. Incluso el alcalde de un sitio como Jefferson, Mississippi, tiene que trabajar un poco de cuando en cuando.

Y el abogado Stevens sentado allí tranquilo y pálido y exactamente con el mismo aspecto que la noche en que le dijo a su cuñado: «¿Se te ocurre mejor manera de aprender a pelear que la que acabo de intentar?».

Flem Snopes, por su parte, no había vuelto aún, y de hecho ni siquiera se logró localizarlo, porque evidentemente había emprendido un viaje de acampada por el bosque en sitios donde no había teléfono; y el gran jefe número uno, el del chaleco blanco y el mondadientes de oro, dijo: «Estoy seguro de que el señor De Spain estaría dispuesto a dimitir. ¿Por qué no le permitimos dimitir y olvidamos este desagradable asunto?». Y el abogado Stevens dijo: «Es un buen alcalde. No queremos que dimita». Y chaleco blanco dijo: «Entonces, ¿qué es lo que usted quiere? Tendrá que probar que el delegado de nuestro cliente robó latón y no tiene otra prueba que la palabra de esos dos negros, dado que el señor Snopes se ha ausentado de la ciudad».

—El depósito de agua no se ha marchado de la ciudad —dijo el abogado Stevens—. Podemos vaciarlo.

De manera que convocaron una reunión extraordinaria de la junta de concejales. Pero lo que consiguieron fue algo así como una de esas reuniones masivas para elegir una reina de belleza entre dos candidatas, con la campana del tribunal tocando desde las ocho de la mañana, como si de verdad hubiera un juicio por la noche, y la gente saliendo de las calles para reunirse en la plaza, riendo y gastando bromas, hasta que se dieron cuenta de que el despacho del alcalde no serviría ni para empezar, y se trasladaron a la sala del tribunal, como si realmente se tratara de una audiencia pública.

Porque todavía estábamos en enero; apenas hacía tres semanas del baile de Navidad. E incluso cuando los espectadores se colocaron a un lado u otro seguía siendo una simple diversión, porque la mayoría había ido sólo a ver y a escuchar; incluso cuando alguien golpeó sobre la mesa con el mazo del juez y dejaron de reírse

y de gastar bromas y se callaron y uno de los concejales dijo:

—No sé lo que costará vaciar el depósito, pero, por lo que a mí se refiere, que me aspen...

—Yo lo sé —dijo el abogado Stevens—. Me he informado. Costará trescientos ochenta dólares montar un depósito auxiliar el tiempo suficiente para vaciar y volver a llenar el otro, y después desmontar el auxiliar y retirarlo. Y en cuanto a que alguien baje al interior del depósito para mirar, no costará nada, porque yo mismo estoy dispuesto a hacerlo.

—Muy bien —dijo el concejal—. De todas maneras que me aspen...

—De acuerdo —dijo el abogado Stevens—. En ese caso lo pagaré yo de mi bolsillo —y el representante de más edad de la compañía de caución, el del chaleco blanco, intervino para decir:

—Caballeros, caballeros, caballeros —y el joven, el primero, se puso en pie y gritó:

—¿No lo comprende usted, señor Stevens? ¿No comprende que si encuentra latón en ese depósito, no constituirá ningún delito, porque ya pertenece al municipio?

—También he pensado en eso —dijo el abogado Stevens—. El latón pertenece a la ciudad aunque no vaciemos el depósito. Sólo que, ¿dónde está? —y el representante menos importante de la compañía de caución intervino:

—¡Espere, espere! No es eso lo que quería decir. Quiero decir que si el latón no ha desaparecido, no hay delito porque nunca fue robado.

—Tom Tom Bird y Tomey's Turl Beauchamp dicen que lo robaron ellos —respondió el abogado Stevens. Ahora fueron dos los concejales que hablaron al mismo tiempo:

—¡Esperen un momento! ¡Esperen un momento! —hasta que finalmente el que más gritaba, Henry Best, ganó:

—Entonces, ¿a quién estás acusando, Gavin? ¿Es que esos negros están también incluidos en el seguro de caución de Manfred?

—¡Pero es que no existe delito alguno! Sabemos que el latón está en el depósito porque es ahí donde los negros han dicho que lo pusieron —el representante de menos categoría gritaba ya y mientras tanto el más importante, el del chaleco blanco, repetía una y otra vez: «Caballeros, caballeros, caballeros», como un gran bombo situado muy lejos al que nadie prestase la menor atención; hasta que Henry Best gritó:

—Esperen, maldita sea —tan alto que todos se callaron, y entonces continuó—: Esos negros han confesado que robaron el latón, pero no habrá pruebas hasta que vaciemos el depósito. De manera que, por el momento, no han robado nada. Pero si vaciamos ese condenado depósito y encontramos latón, eso querrá decir que lo robaron y son culpables. Sólo que tan pronto como encontremos el latón, será como si nunca lo hubieran robado, porque estará una vez más en poder del municipio sin haber dejado nunca de estarlo en realidad. Maldita sea, Gavin, ¿es eso lo que estás

tratando de decirnos? Entonces, ¿qué demonios es lo que quieres? ¿Se puede saber qué es lo que quieres?

Y el abogado Stevens sentado allí, tranquilo y quieto, con la cara todavía tan blanca como el papel. Porque quizá seguía aún sin aprender a luchar. Pero tampoco sabía de ninguna regla contra intentarlo.

—Eso es cierto —dijo—. Si hay latón en ese depósito..., objetos de valor del municipio, ilegalmente introducidos allí con la connivencia y condonación de un empleado de la ciudad, se ha cometido un delito. Si encontramos latón en el depósito..., objetos de valor del municipio, ilegalmente introducidos allí con la connivencia o condonación de un empleado de la ciudad, aunque se recupere, un empleado de la ciudad ha condonado un intento delictivo. Pero el depósito *per se* y el latón que esté o deje de estar *per se* en él, es lo de menos. El motivo de que hayamos convocado a tan digna compañía de caución es el siguiente: exactamente, ¿qué hecho delictivo ha cometido nuestro honorable alcalde? Exactamente, ¿qué delito, cometido por quién, ha condonado el primer servidor de nuestra ciudad? —porque tampoco él sabía lo que quería. E incluso cuando al día siguiente su padre le dijo lo que su comportamiento hacía pensar que quería y aunque durante un minuto hasta el mismo abogado creyera estar de acuerdo, tampoco era eso en realidad.

Porque de momento no se consiguió nada más, puesto que aquel asunto no podía resolverlo, así por las buenas, un puñado de aficionados como la junta de concejales. Era un asunto para un profesional, para un juez en plena forma: tanto si era eso lo que se proponían como si no, habían llegado lo bastante lejos como para convocar un juicio. Aunque yo no supe que el juez Dukinfield estaba entre el gentío hasta que Henry Best se puso de pie, miró hacia nosotros y gritó: «Juez Dukinfield, ¿está todavía aquí el juez Dukinfield?», y el juez, que estaba en el fondo de la sala, se levantó y dijo:

—¿Qué hay, Henry?

—Me parece que vamos a necesitar su ayuda, juez —dijo Henry—. Imagino que ha oído usted lo mismo que nosotros, y confiamos en que consiga aclararlo un poco mejor...

—Está bien; de acuerdo —dijo el juez Dukinfield—. Celebraremos la vista aquí en mi despacho mañana por la mañana a las nueve. No creo que ni el demandante ni el acusado necesiten más asesores de los que ya están aquí esta noche, pero no hay inconveniente en que acudan con algún subalterno, si así lo desean..., ¿o debíamos decir padrino?

Luego todos se levantaron para marcharse, todavía riendo y hablando y haciendo chistes de aquí para allá, todavía sin tomar partido sino más bien disfrutando simplemente con todo ello, poniéndose en principio del lado contrario al de aquellos dos forasteros de la compañía de caución por la sencilla razón de que eran forasteros, sin prestar siquiera la menor atención a la hermana gemela del abogado Stevens, ahora de pie a su lado hasta que casi se la podía oír diciéndole a Henry Best: «Ya

estarás satisfecho; quizá ahora puedas dejarlo solo»; sin prestar siquiera atención cuando un chico —no me di cuenta de quién era— se abrió camino hasta llegar a la mesa y ofreció algo al abogado Stevens que este último cogió; sin que, hasta el día siguiente, nadie se diera cuenta de que había sucedido algo entre aquella reunión y la mañana siguiente que nunca se supo y que, en mi opinión nunca se llegará a saber, y se limitaran a volver a casa o a ocuparse de sus asuntos hasta que la plaza quedó vacía, con la excepción de la luz en el despacho del abogado y del juez Stevens encima de la ferretería, donde estaba solo..., con tal de que fuese él, por supuesto, y con tal de que estuviese solo..., ¿cómo lo dice el tipo ése?, ¿tentando a su alma^[5]?

V. Gavin Stevens

Los poetas se equivocan, por supuesto. Según ellos, yo tendría que haber sabido que la nota estaba en camino y, por supuesto, quién la enviaba. En realidad, ni siquiera después de leerla supe de quién era. Y es que los poetas se equivocan casi siempre en lo que a hechos se refiere. Y ello obedece a que no les interesan los hechos, sino sólo la verdad: por lo que la verdad que pregonan es tan verdadera que incluso exalta y aterra a aquellos que detestan a los poetas por puro instinto natural.

No: eso no es cierto. Se debe a que no nos atrevemos a esperar, nos da miedo esperar. No nos asusta la enormidad de la esperanza de la que somos capaces, sino que cada uno de nosotros —la tenue telaraña de carne y hueso que tiene atrapado al frágil aspirante temerario, ilimitado e insomne de sueños y esperanza— no pueda estar a su altura; como Ratliff diría: «Sabiendo siempre que nunca serás lo bastante hombre para hacer todo el mal y todo el daño que harías si lo fueras..., y (podría añadir él, o quizá lo hago yo en su lugar) y dando gracias a Dios por ello». Sí, dando gracias a Dios por ello o dando gracias a cualquier otra cosa que nos devuelva un poco de paz cuando ya es demasiado tarde; paz con la que mimar tanto a la telaraña como a su insomne angustia atrapada poniéndonoslas en las rodillas y musitando: Ea, ea, no hay que preocuparse; sé que eres valiente.

Lo primero que hice al entrar en el despacho fue encender todas las luces; si no hubiéramos estado en enero, con el termómetro muy cerca del cero, habría puesto una cuña en la puerta para mantenerla también abierta, para ampliar así aún más la tierna preocupación de un caballero de Mississippi por el buen nombre de una dama. Acto seguido pensé *Dios mío, todas las luces encendidas para que las vea la ciudad entera*, porque ahora estaba tan seguro de ver a Grover Winbush (el policía del turno de noche) escaleras arriba como si lo hubiera mandado llamar, ya que sólo con la habitual lámpara de mesa encendida, Grover habría pensado que estaba trabajando y me dejaría en paz, pero con todas las luces encendidas acudiría sin duda, no para sorprender al intruso, sino para tomar parte en la conversación.

De manera que debería haberme precipitado a apagarlas, sabiendo que una vez que me moviera, que soltara los brazos del sillón, probablemente me iría, huiría, volvería corriendo a casa, a Maggie, que ha tratado siempre de ser una madre para mí desde que nos quedamos huérfanos y que quizá algún día lo consiga. De manera que seguí allí sentado, pensando cómo sugerir —si dispusiera de tiempo y medios de comunicar—, incluso cómo proyectar sobre ella, donde quiera que estuviese en aquel momento entre su casa y mi despacho, las suelas de goma para el silencio y la capa y chal oscuros que armonizaran con la noche para la invisibilidad; y, a continuación, en el segundo siguiente, pensando cómo la simple sugerencia de calzado silencioso y manto ocultador abrogaría y anularía la necesidad de cualquiera de las dos cosas,

puesto que aunque yo pudiera aún seguir siendo yo, ella se convertiría para siempre en un ser inferior y despreciable, vulnerable ante los viles insultos del secreto, la pusilanimidad y el silencio.

Así que cuando oí sus pasos en la escalera ni siquiera pensé *Por amor del cielo, quítese los zapatos o al menos suba de puntillas*. Lo que pensé fue *Cómo puede usted moverse y hacer tan poco ruido, crear tan sólo el sonido de unos triviales pies humanos cuando debería moverse como Wagner: no con la onda sonora de la tormenta y de la música de los cobres sino en ella, incluso las mismas extremidades moviéndose al compás en un sonido de viento armonizado y tormenta y poderosas arpas*. Pensé *Puesto que concertar esta cita más o menos secreta para reunirse conmigo aquí a esta hora de la noche es idea suya, por lo menos tendrá que mirarme*. Algo que la señora Snopes aún no había hecho, si es que alguna vez me había visto mientras yo estaba demasiado ocupado para darme cuenta, haciendo el tonto por causa suya, haciendo el payaso por ella, jugando con tachuelas en la calle como un muchacho depravado, no utilizando siquiera un honesto soborno sino mi propia adolescencia retrasada y depravada para explotar la natural y normal ferocidad (además de la curiosidad; no hay que olvidarlo) de un auténtico adolescente..., ¿para lograr qué?, ¿para qué?, ¿qué quería yo, qué era lo que estaba intentado?: como el niño que enciende cerillas en un henil al mismo tiempo que tiembla de terror no sea que llegue a presenciar el holocausto.

¿Ven ustedes? Terror. Por mi parte no había dedicado tiempo alguno a preguntarme qué demonios quería ella de mí: sólo el terror desde el momento en que el chico me puso la nota en la mano y encontré la soledad necesaria para abrirla y leerla y todavía terror en el valor, la desesperación —llámeselo como se quiera y fuera lo que fuese donde lo encontrase— para llegar hasta la puerta, abrirla y pensar, como siempre cada vez que estaba así de cerca, ya fuera para bailar con ella o simplemente para desafiar y dar diez o quince quilos de ventaja a alguien que negara su honor: *Cómo, no es posible que sea tan pequeña, tan insignificante*, en apariencia tan sólo unos centímetros por debajo de mi metro ochenta, y sin embargo pequeña, insignificante; demasiado pequeña para haber desplazado tanta parte de mi paz, sustituyéndola por tanto insomnio, para haber desbaratado en tan gran medida lo que yo al menos creía que era paz. En realidad podría haber dicho que sus ojos estaban casi a la altura de los míos si me hubiera mirado el tiempo suficiente, cosa que no hizo: tan sólo un rápido aunque tranquilo envolverme en azul (sus ojos eran de color azul oscuro) y nada más; no tuvo necesidad de mirarme con detenimiento —si alguna vez lo había hecho—, tan sólo captarme con una sola percepción total, para la que el adjetivo total resultaba tan trivial como el adjetivo húmedo para el mismo mar azul; aquella única mirada para sumarse y luego restar y luego retirarse como si aquel tranquilo azul sin prisa me hubiera apresado entero para palparme por delante, por detrás y por los lados y volver a depositarme después. Pero ella no se sentó. Ni siquiera se había movido aún. Luego advertí de repente que se limitaba a examinar el

despacho como las mujeres examinan una habitación que no han visto nunca.

—¿No quiere sentarse? —dije.

—Sí —respondió. Y, al acomodarse en aquella silla ordinaria al otro lado del escritorio, aún seguía siendo demasiado pequeña para recoger, para abarcar sin que estallaran las costuras todo aquel insomnio, toda aquella angustia en la amargura del poeta que no era sólo mi amargura sino la de todos los varones de Jefferson o, más bien, Por delegación, de todos los varones de la tierra, la angustia que era el destino de todos los hombres que han ganado o merecido el derecho a llamarse hombres; demasiado pequeña, demasiado insignificante para contener, para soportar aquellos... La había visto, tuve que verla por lo menos hace cinco años aunque fuese únicamente el verano pasado cuando la miré; digamos que sólo desde el verano último, ya que hasta entonces estuve demasiado ocupado con los exámenes que facultan para el ejercicio de la abogacía y no tuve tiempo de tumbarme boca arriba y boca abajo y obtener el adecuado grado de abandono; tal vez unas doscientas, en números redondos, de junio a enero con algunos descansos (no muchos) para dormir..., doscientas noches de febril proyección de mi manto de hermano para defender y salvar su honor contra su violador.

¿Se dan cuenta? Aún no se me había ocurrido preguntarle qué quería. Y tampoco esperaba a que ella me lo dijera. Esperaba simplemente a que aquellas doscientas noches culminaran como yo había deseado que sucediera, por lo menos durante algunas o alguna pequeña parte de ellas, cuando llegase este momento, si llegaba, aunque llegaría, era inevitable: yo me vería arrebatado como por una tormenta, huracán o tornado y zarandeado y retorcido y descoyuntado y consumido, la última liviana envoltura, definitiva, insensible, exhausta, flotando lenta y etérea, aún por un momento durante el largo y vacío resto de la vida, y después la nada.

Sólo que no sucedió así, no hubo destrucción que me retorciera, descoyuntara y consumiera hasta la última envoltura definitiva, orgullosa, indestructible y agradecida, sino más bien una destrucción como la del embalsamador que destruye dejando intacto lo que aún es vida, lo que aún era vida aunque fuera sólo la del gusano vivo. Porque no es que examinara el despacho de nuevo, sino que me di cuenta entonces de que en ningún momento había cesado de hacerlo, examinándolo rápidamente una vez más con aquella mirada femenina que lo abarcaba todo.

—Se me ocurrió que este sitio sería perfecto —dijo—. Mejor aquí.

—¿Aquí? —dije yo.

—Hacerlo aquí. En su despacho. Puede usted cerrar la puerta, y no creo que haya nadie en un sitio lo bastante alto a esta hora de la noche para ver algo por la ventana. O quizá... —porque ya se había levantado y probablemente durante un momento yo no podría haberme movido, tan sólo contemplarla mientras se acercaba a la ventana y empezaba a bajar la persiana.

—¿Aquí? —dije otra vez, como un papagayo—. ¿Aquí? ¿En este sitio? —ahora me miraba por encima del hombro. Así es. Ni siquiera se volvió; únicamente la

cabeza, el rostro para mirarme por encima del hombro, las manos todavía bajando la persiana, con pequeños tirones finales para terminar de ajustarla. No: no mirándome de nuevo. No me había mirado en ningún momento excepto al entrar. Simplemente se enfrentó conmigo por encima del hombro con aquella envoltura azul como el mar, sin preguntar ni esperar, como el mismo mar tampoco necesita preguntar o esperar sino ser el mar—. Ah —dije—. Y darnos prisa, apresurarnos también tal vez puesto que usted no dispone de mucho tiempo, puesto que en realidad debería estar en la cama en este momento con su marido, ¿o es una de las noches de Manfred? —y ella todavía observándome, aunque vuelta ahora, de pie, quizá apoyándose un poco contra el alféizar que tenía detrás, contemplándome con mucha seriedad, y con un poquito de curiosidad—. Claro está que sí —dije—. Naturalmente que es una de las noches de Manfred puesto que es a Manfred a quien está usted salvando y no a Flem... No, espere —dije—. Quizá me equivoque; quizá sean los dos; quizá la envían los dos: ambos así de asustados, así de desesperados; tan terribles las crisis y el miedo que comparten como para justificar incluso esta última jugada desesperada de su mujer..., ¿de la mujer que comparten entre los dos? —y aún seguía sin hacer otra cosa que contemplarme: el tranquilo e insondable azul que esperaba serenamente, sin contar conmigo: tan sólo con el tiempo—. No quería decir eso —continué—. Ya sabe usted que no. Sé que es Manfred. Y sé que no la ha enviado él. Él menos que nadie —ahora podía levantarme—. Diga primero que me perdona.

—De acuerdo —dijo. Entonces fui y abrí la puerta.

—Buenas noches —dije.

—¿Me está diciendo que no quiere? —dijo.

Ahora ya podía reírme.

—Creí que era eso lo que quería —dijo. Y ahora me miraba—. ¿Para qué lo ha hecho?

Sí, claro que sí, podía reírme, con la mano en la puerta abierta y la fría oscuridad metiéndose en la habitación como una nube invisible, y si Grover Winbush estuviera ahora en la plaza (lo que no sucedería con aquel frío puesto que no era un necio tan indiscriminado) no necesitaría sencillamente ver todas las luces. Ah, sí, ahora me estaba mirando: el mar que al cabo de un momento más me destruiría, no mediante una ola consciente, deliberada y calculada, sino simplemente al arrollarme a su paso sin darse cuenta. No: tampoco aquello era cierto. Porque empezó a moverse.

—Cierre la puerta —dijo—. Hace frío —dirigiéndose hacia mí, sin prisa—. ¿Cree que he venido aquí por esa razón? ¿A causa de Manfred?

—¿Y no es así?

—Quizá sí —vino hacia mí, sin prisa—. Tal vez al principio. Pero eso no importa. Quiero decir, a Manfred. Me refiero al latón. No le importa. Le gusta. Está disfrutando con ello. Cierre la puerta antes de que haga mucho frío.

La cerré y me volví rápidamente, alejándome un poco.

—No me toque —dije.

—De acuerdo —dijo ella—. Porque usted no puede... —pero incluso ella se detuvo; incluso el mar insensible también compasivo, aunque para entonces también yo era capaz de soportarlo; incluso de decirlo por ella:

—A Manfred realmente no le importaría porque no puedo herirle, hacerle daño, ningún tipo de daño; a Manfred no, por tratarse de mí, prescindiendo de lo que yo haga. Le da exactamente lo mismo dimitir que no dimitir y el único motivo de que no lo haga es demostrarme que no le puedo forzar. De acuerdo. Lo acepto. Como eso ya está claro, ¿por qué no se vuelve a casa? ¿Qué quiere usted?

—Usted es desgraciado —dijo ella—. No me gustan las personas que no son felices. Causan problemas. Especialmente cuando eso puede...

—Sí —dije, grité—, así de fácil, con muy poco coste. Cuando nadie lo echará de menos, y menos que nadie Manfred, puesto que ambos estamos de acuerdo en que Gavin Stevens no está en condiciones de herir a Manfred De Spain ni siquiera poniéndole los cuernos con su amante. De manera que ha venido usted sólo por compasión, por piedad: ni siquiera por un miedo comprensible o incluso por simple respeto. Tan sólo compasión. Tan sólo piedad —entonces lo vi todo con claridad—. No sólo para probarme que conseguir lo que creo que quiero no me va a hacer feliz, sino para demostrarme que lo que yo pensaba que quería ni siquiera merece que uno se sienta desgraciado por ello. ¿Es tan poco lo que vale para usted? No me refiero a Flem: ¿incluso con Manfred? —dije, grité—: No me diga ahora que Manfred la ha enviado por ese motivo: ¡acabar con una molestia!

Pero ella se limitó a seguir allí, mirándome y envolviéndome en azul con su terrible serenidad.

—Invierte usted demasiado tiempo en esperar —dijo—. No espere. Usted simplemente existe, necesita, ha de conseguir y por tanto actúa. Eso es todo. No pierda el tiempo esperando —moviéndose de nuevo hacia mí, donde me hallaba atrapado no sólo por la puerta sino también por la esquina de la mesa.

—¡No me toque! —dije—. De manera que si hubiera tenido el sentido común suficiente para dejar de esperar, o mejor aún, si nunca hubiese esperado, si no hubiera soñado nunca; si hubiera tenido la sensatez suficiente para decir *existo, necesito, lo voy a conseguir y me lanzo...* Si hubiera hecho eso, ¿podría haber sido yo en lugar de Manfred? Pero, ¿no lo comprende? ¿No lo ve? ¿Que no habría sido yo en ese caso? —No: ni siquiera me escuchaba: me miraba tan sólo; el insoportable e insondable azul, meditativo y sereno.

—Quizá sea porque usted es un caballero y no he conocido a ninguno antes.

—¡También lo es Manfred! —dije—. Y aquel otro, el primero..., el padre de su hija... —*el único además de Manfred* en el que pensaba porque, sí, naturalmente, ahora lo sabía: Snopes era impotente. Lo dije incluso—: El único aparte de Manfred. El de Frenchman's Bend, del que me habló Ratliff, que rechazó a cinco o seis hombres que les tendieron una emboscada cuando iban en el coche aquella noche, que los rechazó con la fusta y una mano, porque tenía que utilizar la otra para

protegerla a usted, que los dispersó a todos a fustazos incluso con un brazo roto, ¿mientras que yo no fui capaz de terminar la lucha que empecé con un solo adversario? —pero seguía sin moverse: de pie delante de mí, de manera que lo que yo olía no era sólo a mujer sino aquella manera de envolverme, terrible y asfixiante—. Los dos iguales —dije—. Pero distintos de mí. Los tres caballeros pero sólo dos hombres.

—Cierre la puerta —dijo ella—. Ya he echado la persiana. Deje de tener miedo de las cosas —dijo—. ¿Por qué tiene miedo?

—No —dije, grité. Pude golpearla..., la hubiera golpeado con el brazo extendido, pero había sitio: era posible salir de la trampa e incluso dar la vuelta alrededor hasta alcanzar el pomo de la puerta y abrirla. Sí, claro, ahora lo sabía ya—. Quizá le compre Manfred, pero no voy a comprarle Flem —dije—. Porque se trata de Flem, ¿no es cierto? —pero sólo tenía delante la envoltura azul y el Wagner que se desvanecía, trompeta y tormenta y el cálido sonido de los cobres en *diminuendo* hacia el brazo que se esfumaba, la mano y el anillo fundiéndose en el arco iris—. Usted me ha dicho que no espere: ¿por qué no lo intenta usted? Todos hemos comprado Snopes aquí, tanto si queríamos como si no; usted debería saberlo mejor que nadie. Yo no sé por qué los hemos comprado. Quiero decir por qué hemos tenido que hacerlo: qué moneda hemos gastado tan insensatamente y con tanta falta de previsión, y dónde y cuándo, para que ahora tengamos también que quedarnos con los Snopes. Porque lo cierto es que hemos de hacerlo. Pero nada que se rechaza puede hacer daño, ni siquiera un Snopes que roba latón. Y ninguna cosa que no cueste tiene valor, así que quizá valore usted esta negativa de acuerdo con mi valoración de lo que a mí me cuesta —entonces se movió y sólo entonces me di cuenta de que evidentemente no había traído nada: nada de esa diversidad de guantes, bolsos, velos y demás zarandajas con que las mujeres entran en una habitación, de manera que el primer minuto de su despedida se convierte en un problema semejante a hurgar en la basura para encontrar cosas útiles—. No se preocupe por su marido —dije—. Digamos que represento a Jefferson y que, por lo tanto, Flem Snopes es algo con lo que también yo tengo que cargar. Compréndalo, lo menos que puedo hacer es ponerme a la altura de usted: valorarlo tanto como el hecho de haber venido aquí demuestra que usted lo valora. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo. La fría nube invisible se asomó de nuevo. Y de nuevo le cerré la puerta.

VI. V. K Ratliff

Así que a la mañana siguiente lo primero que oímos fue que el juez Dukinfield se había declarado incompetente, designando al juez Stevens, padre del abogado, para presidir en su lugar. Y esta vez no les quedó más remedio que hacer sonar la campana del tribunal, porque aunque la noche anterior no se sabía si se trataba de una cuestión de interés y urgencia para la comunidad, ahora ya no quedaban dudas. Pero tenía que celebrarse en un despacho del edificio del tribunal, y lo que el juez Dukinfield llamaba su despacho no era lo bastante grande. De manera que todo lo que hicimos esta vez fue situarnos como por casualidad en la plaza, en las puertas del almacén o mirando desde las ventanas de los médicos y otras por el estilo en los pisos altos mientras el viejo Job, que había sido el ordenanza del juez Dukinfield durante más tiempo del que nadie recordaba en Jefferson, incluidos Job y el juez Dukinfield, con un viejo frac del juez ya desechado, que se ponía los domingos, entraba y salía apresuradamente de la casita de ladrillo detrás del tribunal a la que el juez Dukinfield llamaba su despacho, limpiándola y sacudiendo el polvo hasta que la consideró en un estado satisfactorio para dejar pasar a los participantes.

Luego vimos cómo el juez Stevens cruzaba la plaza desde su despacho y franqueaba la puerta; a continuación salieron del hotel los dos representantes de la compañía de caución, que cruzaron la plaza con sus maletitas de abogado; el más joven llevaba personalmente la suya, mientras que Samson, el conserje del hotel, iba detrás del de más edad y chaleco blanco, llevándole la suya, y el mozo menos importante a las órdenes de Samson detrás de él llevando, doblado, lo que imagino era el periódico de Memphis que el del chaleco blanco había estado leyendo mientras desayunaba, y también ellos entraron, aunque sin Samson y su mozo. Luego apareció el abogado Stevens solo y entró y, como era de esperar, antes de que pasara mucho tiempo oímos el automóvil, apareció el alcalde conduciéndolo, se apeó y dijo:

—Buenos días, caballeros. ¿Alguno de ustedes me buscaba? Discúlpenme unos instantes mientras paso a saludar a nuestros huéspedes forasteros, y en seguida me tendrán a su disposición.

Acto seguido entró también y eso fue todo prácticamente: el juez Stevens sentado detrás de la mesa con las gafas puestas y el periódico abierto entre las manos, y los dos representantes, en silencio, corteses y preocupados, sentados frente a él, el abogado a un extremo de la mesa y Manfred De Spain que ni siquiera se sentó: tan sólo se apoyó contra la pared con las manos en los bolsillos y aquella expresión suya característica de que todo le traía sin cuidado a punto de transformarse en carcajada, aunque aún no hubiera movido un músculo. Hasta que el juez Stevens dobló el periódico lenta y pausadamente, lo puso a un lado, se quitó las gafas, las plegó, juntó las manos, las puso sobre la mesa y dijo:

—El demandante ha retirado la acusación con fecha de hoy así como su exposición de los hechos. El pleito..., si era un pleito..., ha dejado de existir. Los litigantes, demandante, acusado y detenido, si es que había un detenido, quedan en libertad. El tribunal pide disculpas a los caballeros de Saint Louis por haberles estropeado su estancia entre nosotros y expresa su esperanza y su confianza de que no sucederá lo mismo la próxima vez. Se levanta la sesión. Caballeros, buenos días —y los dos representantes de la compañía de caución se levantaron y estuvieron algún tiempo dando las gracias al juez Stevens, hasta que, después de coger sus maletitas, puede decirse que se marcharon de puntillas; y ya sólo quedaba el abogado, todavía sentado con la cara tan blanca como el papel y un poco inclinada hacia adelante, y el juez Stevens también sentado y sin mirar aún a nada en particular y Manfred De Spain apoyado contra la pared con los pies cruzados y la cara llena de la carcajada que aún seguiría esperando un rato. Luego el juez Stevens se le quedó mirando.

—Manfred —dijo—. ¿Quieres dimitir?

—Ciertamente, señor juez —dijo De Spain—. Lo haré con mucho gusto. Pero no por la ciudad, sino por Gavin. Quiero hacerlo por Gavin. Todo lo que tiene que hacer es decir Por favor.

Pero el abogado siguió sin moverse: continuó sentado allí con la cara tan blanca como el papel, convertido en un bloque de hielo y con las manos sobre la mesa: no apretadas una contra otra como las de su padre, sino puestas sobre la mesa. Luego Manfred empezó a reírse, no muy fuerte, y ni siquiera de prisa: sin moverse, riendo con los pies todavía cruzados y las manos aún en los bolsillos, tan sólo riendo incluso cuando se dio la vuelta, cruzó la habitación hasta la puerta, la abrió, salió y la cerró tras él. Con lo que no quedaron más que el abogado y su padre y fue entonces cuando el abogado terminó por decirlo.

—De manera que no quieres que deje de ser alcalde —dijo el juez Stevens—. En ese caso, ¿qué es lo que quieres? ¿Que no exista? ¿Es eso lo que quieres?

Fue entonces cuando el abogado Stevens lo dijo:

—¿Qué debo hacer ahora, papá? ¿Qué puedo hacer?

Así que sucedió algo en algún sitio entre la reunión de la junta de concejales y la audiencia extraordinaria del tribunal a la mañana siguiente. Excepto que si alguna vez se llegaba a saber qué había sido lo que pasó, no sería por culpa del abogado. Quiero decir que podíamos habernos enterado o por lo menos tener una buena idea de lo que sucedió y de dónde sucedió mientras estuvieron encendidas las luces en el despacho del piso alto después de que los demás habitantes de Jefferson se hubieran ido a acostar; quizá algún día el mismo abogado lo contara, tal vez lo hiciera, tendría que contárselo a alguien para quedarse un poco más tranquilo. Pero no sabríamos cómo sucedió exactamente. Porque cuando el abogado llegara a contarlo, no tendría que decir lo que sucedió: tendría que contar algo, sin que importara qué, hablar de ello con alguien, con cualquiera que le escuchara, sin que importase mucho quién.

El único de los tres que la entendía era Flem. Porque ni la necesidad ni la

esperanza de entenderse mutuamente se había planteado nunca entre la señora Snopes y Manfred De Spain. Todo el entendimiento mutuo que necesitaban consistía, por así decirlo, en ponerse de acuerdo sobre cuándo y a dónde irían la próxima vez y el tiempo que tendrían que dejar pasar hasta entonces. Pero aparte de eso, no necesitaban perder más tiempo entendiéndose del que necesitan el sol y el agua para fabricar lluvia. Como tampoco necesitaron nunca más excusas para unirse que el sol y el agua. A decir verdad, a Manfred De Spain le había hecho ya casi todo el trabajo aquel muchacho, McCarron, en Frenchman's Bend, quien, si se exceptúa la circunstancia de que llegó primero, podría haber sido incluso el hermano menor de Manfred; y es que se trataba de una persona que no vivió nunca en Frenchman's Bend y a quien nadie en Frenchman's Bend había visto ni nadie había oído hablar de él antes de aquel verano, como si alguien lo hubiera enviado a cruzar por el pueblo en el momento exacto para verla, de la misma manera que cabría decir que se envió a Manfred De Spain para que cruzara la plaza mayor de Jefferson en el momento preciso con ese mismo fin.

Y también McCarron se encontró con una gran parte del trabajo ya hecho, puesto que fue ella quien lo hizo: la noche en que los cinco muchachos de Frenchman's Bend se apostaron y los asaltaron cuando iban en el coche, con intención de obligarlo a bajar y quizá darle una paliza o por lo menos asustarlo para que no volviera por la aldea. Y poco a poco llegó a saberse cómo, incluso con un brazo roto, McCarron los había rechazado a todos, había dado la vuelta al vehículo y devuelto a Eula a casa, sana y salva, si se exceptúa el natural desmayo doncellil. Lo que no es del todo cierto. Porque los cinco muchachos (yo conocía a dos) nunca contaron la verdad, lo que en buena ley es prueba suficiente. Después de que los asaltantes le rompieran el brazo, fue Eula quien utilizó la empuñadura de la fusta y acabó con el último o quizá los dos últimos, y Eula quien dio la vuelta al coche y lo sacó de allí. Alejándolo únicamente lo suficiente; sin volver todavía a casa: sólo lo bastante lejos; para, como dice el tipo ése, coronar el triunfo sobre el escenario, todavía caliente, de la victoria; allí mismo en el suelo en medio del camino a oscuras porque alguien tenía que sujetar todavía al caballo asustado, con el caballo encima y Eula probablemente teniendo que ayudar a McCarron para mantenerlo levantado, sin apoyarse en el brazo roto; no exactamente la primera vez sino la vez que concibió a la niña. Porque la gente dice que no suele suceder la primera vez pero entre lo que sucedió y lo que debió suceder, nunca me cuesta trabajo distinguir.

Pero el abogado Stevens nunca la entendió y nunca podría haberla entendido: nunca entendió que no era sólo Manfred De Spain con quien tenía que vérselas; que se enfrentaba con una fuerza de la naturaleza que se repetía y repetiría a sí misma, con el pretexto del nombre de Manfred De Spain o de Hoake McCarron o del que fuera, a cada pausa o hueco en su respiración, mientras Eula siguiera respirando; y que él no sería nunca uno de ellos. Como tampoco se dio cuenta de que ella le entendía, porque Eula no encontró manera alguna de decírselo debido a que ignoraba

cómo lo hacía. Puesto que las mujeres alcanzan a los dos o tres años, para olvidarlo luego, el autoconocimiento con el que un hombre tropieza por casualidad cuarenta y pico años más tarde con el mismo tipo de desconcertado asombro con que se descubre una moneda de veinticinco centavos en unos pantalones viejos que se iban a desechar. Mejor dicho, no es que lo olviden: se limitan a guardarlo hasta que diez, o veinte, o cuarenta años después descubren que lo necesitan, extienden la mano, lo cogen y lo utilizan y luego vuelven a colgarlo, acordándose tan poco de lo que usaron como se acuerdan hoy de cuál fue el dedo con el que se rascaron ayer: sólo que cuando quizá mañana vuelvan a tener picores no dejarán de encontrar algo que les sirva para rascarse.

O, vaya usted a saber, quizá el abogado Stevens lo entendió todo y quizá consiguió lo que quería. Quiero decir, no lo que quería sino lo que sabía que podía lograr, la posibilidad número dos, de la misma manera que algo es mejor que nada, incluso aunque ese algo sea tan sólo una cualquiera de las posibilidades número dos. Porque también había otros hombres en torno a las Helenas, Julietas, Isoldas y Ginebras además de los Lanzarotes y Tristanes y Romeos y Parisés. Estaban los otros cuyos nombres no figuran en los libros de poesía, los números dos que también sudaron y jadearon. Y ser el número dos después de París es también un número dos, pero no uno de los números dos malos. No todo el mundo tuvo a Helena, pero también es cierto que no todo el mundo la perdió.

Y sucedió que yo estaba en la estación el día en que el colectivo de Lucius Hogganbeck se paró allí para que se apeara el abogado Stevens con sus maletas y su baúl y el billete hasta el empalme de Mottstown para coger el expreso de Memphis a Nueva York y subir después a bordo del buque que lo llevaría a la universidad alemana de la que llevaba dos años diciendo que sería una idea excelente ir allí con tal de que uno quisiera ir a Alemania a una universidad como aquélla; hasta la mañana del día anterior, o quizá fuera un día antes, cuando le dijo a su padre: «¿Qué debo hacer ahora, papá? ¿Qué puedo hacer?». Aún hacía frío, así que entró con su hermana en la sala de espera y luego salió para hablar conmigo.

—Bien —dijo, todo lo decidido y enérgico que pueda desearse—. Confiaba en verte antes de marcharme, para depositar la antorcha en esa mano tuya tan activa. Ahora tendrás tú que defender el fuerte. Tendrás que soportar la carga.

—¿Qué fuerte? —dije— ¿Qué carga?

—Jefferson —dijo—. Los Snopes. ¿Podrás ocuparte de ellos hasta que regrese?

—Ni yo ni cien como yo —dije—. La única solución sería suprimirlos por completo, abolirlos.

—No, no —dijo—. Supongamos que de pronto aparece una manada de tigres en el condado de Yoknapatawpha; ¿no sería mucho mejor encerrarlos en un corral de mulas donde por lo menos pudiéramos vigilarlos, no perderlos de vista, incluso aunque te arranquen un brazo o una pierna cada vez que te acerques a menos de tres metros, que tenerlos paseándose en libertad por toda la zona? No; ahora los tenemos;

son nuestros; no sé qué pecado pudo cometer Jefferson, en el momento que fuera, para merecer este castigo, obtener este derecho, lograr este privilegio. Pero así fue. De manera que es asunto nuestro arreglárnoslas, resistir; nos corresponde aguantar y (si podemos) sobrevivir.

—Pero, ¿por qué yo? —dije—. ¿Por qué elegirme a mí entre todo Jefferson?

—Porque eres la única persona de Jefferson de la que me puedo fiar —dijo el abogado.

Excepto que quien se encuentra en esa situación jamás pierde realmente a Helena, porque durante el resto de su vida Helena nunca termina de librarse de él. Y probablemente sea porque no quiere hacerlo.

VII. Charles Mallison

Recuerdo cómo Ratliff dijo en una ocasión que las Helenas del mundo nunca pierden del todo a los hombres que las amaron y las perdieron; probablemente porque no quieren perderlos.

Yo no había nacido aún cuando tío Gavin se marchó a Heidelberg, de manera que, por lo que a mí respecta, ya peinaba canas cuando lo vi por vez primera. Porque, si bien yo había nacido ya cuando regresó de Europa a mitad de la guerra para prepararse y volver al campo de batalla, no me acordaba de él. Tío Gavin dijo que hasta el último momento estuvo convencido de que tan pronto como terminase el doctorado trabajaría de camillero para el ejército alemán; hasta el último momento antes de reconocer en su fuero interno que la Alemania que podría haber amado con pasión murió en algún sitio entre los fuertes de Lieja y Namur en el año 1848. O, más bien, que no amaba a la Alemania surgida en 1848 entre las fortalezas belgas, porque ya no era la Alemania de Goethe, Bach, Beethoven y Schiller. Dijo que eso fue lo que le dolió, lo que le costó trabajo admitir incluso después de llegar a Amsterdam y estar en condiciones de preguntar sin cortapisas por el American Field Service del que había oído hablar.

Pero contó cómo nosotros —los Estados Unidos— aún no nos habíamos acostumbrado a las guerras europeas y nos las tomábamos en serio; y estaba por otra parte el hecho de que había estudiado durante dos años en una universidad alemana. Pero los franceses eran diferentes: para ellos la guerra con Alemania era la repetición de la misma vieja molestia de siempre; Francia era una nación de pesimistas prácticos y practicantes, dispuestos a permitir que cualquiera que lo deseara, prescindiendo de sus ideas políticas, hiciera lo que quisiese..., sobre todo si se trataba de alguien dispuesto a hacerlo gratis. De manera que tío Gavin pasó esos cinco meses en la retaguardia con su camilla muy cerca de Verdún y poco después tuvo que guardar cama en un hospital americano hasta que se curó de la neumonía y pudo volver a casa, a Jefferson, esperando, dijo, a que los Estados Unidos entraran en guerra, lo que no tardaría mucho en suceder.

Tenía razón: ya se habían marchado a Inglaterra, a las Fuerzas Aéreas Británicas, los Sartoris, los nietos gemelos del coronel Sartoris, y después llegó abril y cuando tío Gavin recibió su nombramiento como secretario de la Y.M.C.A.^[6] para volver a Francia con las primeras tropas americanas, apareció de repente Montgomery Ward Snopes, el primero de los que Ratliff llamó «enormes niños de color gris de I. O.», cuya mamá aún se mecía junto a la ventana delantera del hotel de los Snopes porque hacía demasiado frío para volver al porche. Y para entonces Jackson McLendon había organizado en Jefferson su compañía, lo habían elegido capitán y Montgomery

Ward podría haberse incorporado a ella. Pero lo que hizo fue ir a ver a tío Gavin, para que le llevara a Francia con él en la Y.M.C.A.; y Ratliff dijo entonces aquello de que a veces los hombres que amaron y perdieron a Helena de Troya sólo creyeron que la habían perdido. Aunque podría haber añadido, Y lo mismo sucede con toda su parentela. Porque eso fue lo que pasó con tío Gavin. Quiero decir que se hizo cargo de Montgomery Ward.

—Caray, abogado —dijo Ratliff—. Es un Snopes.

—Ciertamente —dijo tío Gavin—. ¿Se te ocurre mejor sitio para un Snopes en el día de hoy que el noroeste de Francia? ¿Lo más al oeste de Amiens y de Verdún que sea posible situarlo?

—Pero, ¿por qué? —dijo Ratliff.

—También he pensado en eso —respondió tío Gavin—. Si hubiera dicho que quiere defender a su país, se lo habría mandado a Hub Hampton para que lo metiera en la cárcel esposado de pies y manos y se sentara encima de él mientras yo telefoneaba a Washington. Pero lo que dijo fue: «Dentro de poco van a aprobar una ley para alistarnos a todos, queramos o no, y si voy con usted, en las condiciones en que usted va, llegaré antes y tendré tiempo de echar una ojeada alrededor».

—Echar una ojeada alrededor —dijo Ratliff. Tío Gavin y él se miraron. Ratliff parpadeó dos o tres veces.

—Sí —dijo tío Gavin. Ratliff volvió a parpadear dos o tres veces.

—Echar una ojeada alrededor —dijo.

—Sí —dijo tío Gavin. De manera que se llevó a Montgomery Ward Snopes consigo y fue exactamente entonces cuando Ratliff habló de los tipos que creían haber perdido definitivamente a Helena de Troya. Porque Gowan aún vivía con nosotros; quizá debido a la guerra en Europa el Departamento de Estado no dejó regresar a sus padres de China o de donde fuera; y por lo menos una vez a la semana al cruzar la plaza camino de casa se tropezaba con Ratliff, casi como si Ratliff le estuviera esperando, y Gowan le contaba las noticias que llegaban de tío Gavin, hasta que Ratliff le dijo un día:

—Dile que no se distraiga. Dile que, por mi parte, lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—¿Qué es lo que está haciendo lo mejor que puede?

—Vigilar y aguantar —dijo Ratliff.

—¿Qué es lo que tiene que vigilar y aguantar? —volvió a preguntar Gowan. Y luego explicó que fue entonces cuando se fijó en que uno apenas advertía la existencia de Ratliff hasta que de repente ya no era así o, al menos, eso fue lo que le pasó a Gowan. Y a partir de entonces empezó a buscarle. Porque la vez siguiente Ratliff dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete —dijo Gowan.

—Entonces seguro que tu tía te permite tomar café —dijo Ratliff—. ¿Qué te

parece...?

—No es mi tía, es mi prima —dijo Gowan—. Claro que tomo café. No me gusta demasiado. ¿Por qué?

—A mí me gusta tomarme un helado de cucurucho de cuando en cuando —dijo Ratliff.

—¿Qué hay de malo en eso?

—¿Qué te parecería si tú y yo entrásemos en el *drugstore* y nos tomáramos un helado de cucurucho? —dijo Ratliff. De manera que eso fue lo que hicieron. Gowan contó que Ratliff siempre lo pedía de fresa, y que ahora estaba casi seguro de encontrárselo todas las tardes, y señaló que no le quedaba otro remedio, que tendría que tomarse el helado tanto si quería como si no, mientras la invitación siguiera en pie, hasta que finalmente Ratliff dijo, ya con el cucurucho, rebosante de helado color rosa, en la mano muy tostada por el sol:

—Voy a confesarte que no sé de otra invención más placentera que la que ahora tengo en la mano. Es tan agradable que comprendo que un tipo no quiera exponerse a quedar ahíto. No se me ocurre peor tragedia que cansarse del helado de fresa por comer demasiado. ¿Qué te parece si hacemos de esto una costumbre semanal y las demás veces nos limitamos a intercambiar noticias?

Así que Gowan estuvo de acuerdo, y después de eso se veían de pasada, y Gowan le transmitía el último mensaje de tío Gavin: «Dice que le diga que lo está haciendo lo mejor que puede, pero que tenía usted razón: con uno solo no basta». «¿Un solo qué?», preguntó Gowan. «¿Y para qué no basta?». Si bien para entonces Gowan tenía diecisiete años y algunas otras ocupaciones, lo creyeran o no las personas mayores, aunque transmitía de buen grado los mensajes que madre decía que tío Gavin mandaba en sus cartas para Ratliff las veces que se tropezaba con él, o habría que decir más bien cuando Ratliff lo veía o le echaba el guante, lo que al parecer sucedía prácticamente todos los días, hasta el punto de que Gowan llegó a preguntarse cómo encontraba tiempo para ganarse la vida. Pero no siempre escuchaba todo lo que Ratliff le contaba, así que más adelante no era capaz de decir siquiera cómo o cuándo Ratliff le había dado la idea (y él llegó incluso a interesarse por ella como si se tratara de un juego, de un concurso o hasta de una batalla, una guerra) de que había que vigilar constantemente a los Snopes porque eran algo parecido a una invasión de serpientes o gatos monteses y que tío Gavin y Ratliff lo hacían o trataban de hacerlo porque nadie más en Jefferson parecía darse cuenta del peligro. Así que aquel invierno, al llamar finalmente a quintas a Byron Snopes y sacarlo del banco del coronel Sartoris, Gowan sabía exactamente de qué hablaba Ratliff cuando dijo:

—No sé cómo lo hará, pero me apostaría un millón contra uno a que nunca sale de los Estados Unidos; apostaría cien a uno a que si sale de Mississippi no llegará más allá del campamento de Arkansas donde los mandan al principio; y once contra diez a que estará de vuelta en Jefferson dentro de tres semanas.

Gowan no aceptó, pero más adelante dijo que lo sintió, porque Ratliff hubiera

perdido por dos días, el tiempo de más que Byron tardó en volver. Aunque no supimos cómo lo había hecho e incluso Ratliff no se enteró hasta después de que robara el banco y huyera a México, porque Ratliff dijo que la razón de que los Snopes tuvieran éxito obedecía a que todos ellos se confederaban unánimemente para convertir el hecho de ser un Snopes de simple categoría zoológica en una situación social uno de cuyos componentes era el éxito mediante la sencilla regla y normativa y juramento sagrado de nunca decirle a nadie cómo. El método que empleó Byron fue el de acostarse todas las noches con un trozo de tabaco de mascar sujeto a la axila izquierda con esparadrapo, hasta que el corazón le latía tan de prisa que los médicos del ejército lo dieron finalmente por inútil y lo mandaron a casa.

De manera que por fin había noticias frescas de los Snopes que mandar a Francia, y entonces Ratliff se dio cuenta de que tío Gavin llevaba meses sin mencionar a Montgomery Ward. Si bien, cuando llegó la respuesta de tío Gavin, No volváis a mencionar ese nombre. No estoy dispuesto a hablar de él, teníamos más noticias frescas de los Snopes para enviarle.

Esta vez se trataba de Eck.

—Tu tío tenía razón —dijo Ratliff.

—Ya le he dicho que es mi primo —respondió Gowan.

—Está bien, está bien —dijo Ratliff—. Eck no era un Snopes. Ésa es la razón de que haya muerto. Es como si en realidad no hubiera sitio de verdad en el mundo para los Snopes y ellos se hubiesen fabricado uno mediante esa pura y simple confederación mutua, y la primera vez que uno tiene un desliz o desfallece o falla en su condición de Snopes, ni siquiera hace falta el resto de la manada, como en el caso de los lobos, para acabar con él: simplemente, el medio ambiente, que está esperando su oportunidad, la aprovecha.

Eck era el que usaba un aparato ortopédico de acero, debido a que un tronco le rompió una vez el cuello, y el vigilante nocturno del depósito de queroseno situado en la estación; de eso me enteré directamente porque casi había cumplido ya los cuatro años para entonces. Anochece; estábamos cenando cuando se oyó una explosión tremenda, el ruido más fuerte jamás escuchado en Jefferson de una sola vez, tan fuerte que comprendimos que sólo podía tratarse de la bomba alemana que todos aguardábamos —el alcalde De Spain más concretamente— desde que los alemanes hundieron el *Lusitania* y tuvimos que entrar en la guerra. Quiero decir que el alcalde De Spain estudió en West Point y había sido teniente en Cuba, y cuando empezó esta guerra también quería intervenir en ella. Pero quizá no pudo, así que trató de organizar una compañía de la Guardia Nacional, sólo que nadie excepto él se lo tomó muy en serio. Pero por lo menos había creado un sistema de alarma para tocar la campana del tribunal cuando llegara el ataque.

De manera que cuando escuchamos aquel ruido tan tremendo y la campana empezó a tocar, supimos de qué se trataba y estábamos esperando a que cayera la siguiente bomba, hasta que la gente que salió corriendo a la calle dando gritos de

«¿Por qué lado ha sido?» descubrió que el ruido procedía de la estación.

Era el depósito de queroseno. Se trataba de un gran depósito redondo, de unos diez metros de ancho y más de tres de hondo, colocado sobre unos soportes de ladrillo. Quiero decir que había estado allí, porque ya no quedaba nada, ni siquiera los soportes. Luego, más o menos al mismo tiempo, lograron que la señora Nunnery dejara de gritar el tiempo suficiente para contar lo que había pasado.

La señora Nunnery era la mamá de Cedric, que tenía unos cinco años. Vivían en una casita en lo alto de la colina por encima de la estación, y finalmente lograron que la buena señora se sentara y alguien le dio un trago de whisky; entonces dejó de gritar y contó cómo hacia las cinco de la tarde no lograba encontrar a Cedric por ningún sitio, así que bajó a donde el señor Snopes estaba sentado en su silla delante de la casita, del tamaño aproximado de un excusado, a la que llamaba su despacho, y donde vigilaba de noche el depósito, para preguntarle si había visto a Cedric. No lo había visto, pero se levantó de inmediato para ayudarla a buscarlo por todos los furgones de la vía muerta y en el almacén de mercancías y por todas partes, gritando el nombre de Cedric de aquí para allá; sólo que la señora Nunnery no recordaba cuál de los dos pensó primero en el depósito. Probablemente fue el señor Snopes, dado que era él quien sabía que estaba vacío, aunque cabe que la señora Nunnery también hubiera visto la escalera de mano apoyada contra él, por la que el señor Snopes había trepado para abrir la boca de acceso en lo alto con el fin de que entrara aire fresco e hiciera salir el gas.

Y cabe que para entonces el señor Snopes pensara que ya había salido todo el gas, aunque, cuando él decidió meterse en el depósito, ambos, probablemente, debieron calcular que aún quedaba lo bastante para acabar con Cedric. Porque la señora Nunnery contó que allí era donde los dos creían que estaba Cedric y que ya había muerto; la señora Nunnery estaba tan segura que ni siquiera pudo soportar la espera para comprobarlo, de manera que ya corría —no yendo a ningún sitio, corriendo simplemente— cuando el señor Snopes salió de su diminuto despacho con el farol encendido, siguió corriendo mientras Eck trepaba por la escalera de mano y aún corría cuando él metió el farol por la boca de acceso; es decir que, según ella, aún corría en el momento en que la explosión (dijo que no la había oído, que no oyó nada en absoluto, o de lo contrario se hubiera parado) la tiró al suelo y todo el aire a su alrededor se llenó con el zumbido de los trozos del depósito, como un enjambre de abejorros. Y el señor Harker, de la central eléctrica, que fue el primero en llegar y encontrarla, dijo que intentó echar a correr de nuevo tan pronto como la incorporó, gritando y chillando y revolviéndose mientras la sujetaban, hasta que se sentó y bebió el whisky y los demás empezaron a buscar entre los ladrillos desperdigados, tratando aún de encontrar algún rastro de Cedric y del señor Snopes, hasta que Cedric apareció a galope tendido por la vía, procedente de una atarjea a cosa de un quilómetro, donde estaba jugando cuando oyó la explosión.

Del señor Snopes no encontraron nada hasta la mañana siguiente, cuando Tom

Tom Bird, el fogonero del turno de día de la central, camino de su trabajo desde su casa a unos tres kilómetros vía adelante, vio algo que colgaba de los hilos del telégrafo a unos doscientos metros del emplazamiento del depósito, buscó un palo largo y consiguió bajarlo; y al enseñárselo al señor Harker en la central, comprobaron que era el aparato ortopédico de Eck, aunque del cuero no quedase nada.

Nunca encontraron nada del señor Snopes propiamente tal, que era un hombre bueno y todo el mundo le apreciaba, y que se sentaba en la silla junto a la puerta del despacho para vigilar el depósito o paseaba alrededor cuando abría la espita para permitir que se llenaran de queroseno las latas, los bidones y los depósitos para el reparto, con la cabeza y el cuello rígidos por el aparato ortopédico que no le permitía volver la cabeza en absoluto: tenía que darse la vuelta todo él, como si hiciera girar un poste de madera. Todos los chicos de la ciudad le conocían, porque muy pronto descubrieron que siempre tenía a mano un saco para harina lleno de cacahuets sin tostar que le traían del campo y siempre los llamaba a gritos cuando pasaba alguno para darles un puñado.

Además, Eck Snopes era masón. Había sido masón tanto tiempo que estaba muy compenetrado con las ideas masónicas, aunque no hubiera ascendido mucho en la jerarquía. De manera que enterraron el aparato ortopédico en un ataúd como los demás, los masones se ocuparon del funeral y más gente de la que nadie habría imaginado mandó flores, incluso la compañía para la que trabajaba, aunque el señor Snopes hubiera hecho saltar el depósito por los aires sin motivo alguno, porque tampoco Cedric Nunnery estaba dentro.

Así que enterraron lo que tenían de él; asistieron también el predicador baptista y los masones con sus mandiles, que dejaron caer un puñado de tierra en la tumba y dijeron: «¡Ay, hermano mío!»; luego cubrieron la tierra roja con las flores (en una de las coronas podían verse los símbolos masónicos). Como el depósito estaba asegurado, cuando la compañía terminó de insultar al señor Snopes por ser una persona adulta con tan poco sentido común, le dieron incluso mil dólares a la viuda para mostrar que la acompañaban en el sentimiento aunque se hubiera casado con un necio. Es decir, le dieron el dinero a la señora Snopes porque el hijo mayor, Wallstreet, aún no había cumplido los dieciséis. Pero fue él quien lo utilizó.

Aunque eso pasó más adelante. Todo lo que sucedió entonces fue que el alcalde De Spain dispuso de mando el tiempo suficiente para dar al menos la señal de alarma, y nosotros tuvimos nuevas noticias sobre los Snopes que mandar a tío Gavin. Esta vez al decir «nosotros» me refiero a mí mismo. Los padres de Gowan habían vuelto de China o de donde quiera que vivieran y ahora mi primo estaba en Washington (era otoño) para hacer el curso preparatorio antes de entrar en la universidad de Virginia, y una tarde madre me hizo llamar para que fuese al salón, y allí estaba Ratliff con su pulcra camisa azul descolorida sin corbata y su rostro moreno bien afeitado, como si fuese una visita de cumplido (habían sacado el servicio de té y Ratliff tenía delante una taza y un sándwich de pepino y ahora sé que había muchísimas personas en

Jefferson, y no digamos nada del condado de donde Ratliff procedía, que no habrían sabido qué hacer con una taza de té a las cuatro de la tarde y quizá Ratliff tampoco había visto una en toda su vida, pero nadie lo hubiera dicho al observarle), y madre dijo:

—Tato, saluda al señor Ratliff que ha venido a visitarnos —y Ratliff dijo:

—¿Es así como lo llaman? —y madre dijo:

—No; todavía le llamamos la primera cosa que se nos ocurre —y Ratliff dijo:

—A algunos tipos que se llaman Charles les ponen Chick cuando van al colegio —luego me dijo—: ¿Te gustan los helados de cucurucho con sabor a fresa? —y yo le dije:

—Me gustan todos los helados de cucurucho —y Ratliff dijo:

—Entonces quizá tu primo... —pero se interrumpió y le dijo a madre—: Perdone, señora Mallison; me han corregido ya tantas veces que, al parecer, aún voy a necesitar un poco más de tiempo —a partir de entonces fuimos yo y Ratliff en lugar de Gowan y Ratliff, sólo que en vez de dos helados Ratliff tuvo que pagar tres, porque cuando iba a la ciudad sin mi madre siempre me acompañaba Aleck Sander. Y no sé cómo lo hizo Ratliff y por supuesto no recuerdo cuándo, porque yo no había cumplido aún los cinco años, pero lo cierto es que me metió en la cabeza la idea, igual que había hecho con Gowan, de que los Snopes se cernían sobre Jefferson como una invasión de serpientes o alimañas procedentes de los bosques, y que tío Gavin y él eran los únicos que se daban cuenta del peligro y de la amenaza que suponían, y ahora él tenía que cargar solo con todo el peso hasta que por fin parasen la guerra y tío Gavin volviera a casa a ayudar.

—Así que más vale que empieces a escuchar ya —dijo—, tanto si has cumplido los cinco años como si no. Porque aún vas a tener que oír un montón de cosas sobre este asunto antes de que seas lo bastante viejo o hayas crecido lo bastante para resistir.

Estábamos en noviembre, y un día de diario la campana del tribunal empezó a sonar de nuevo, junto con las campanas de todas las iglesias, que se lanzaron a tocar sin orden ni concierto desde los campanarios dominicales, Y también se oyeron algunos disparos de escopetas y pistolas, como hicieran los viejos excombatientes el día que se inauguró el monumento a la Confederación, sólo que esta vez los que dispararon no habían estado en ninguna guerra, de manera que quizá celebraban que la de ahora se hubiera acabado antes de que tuvieran que ir. Tío Gavin volvería a casa, y Ratliff en persona podría preguntarle qué había hecho Montgomery Ward Snopes para que no se pudiera mencionar su nombre ni hablar de él. Fue entonces cuando Ratliff me dijo: «Más vale que te acostumbres a oírlo aunque no tengas más que cinco años». Y también cuando dijo: «¿Qué te figuras tú que habrá hecho? Tu primo lleva casi diez años vigilando a los Snopes; incluso se llevó a uno hasta Francia para mantenerse informado y estar al día. ¿Qué supones que pueda haber hecho un Snopes al cabo de diez años para asombrarle y escandalizarle hasta el punto de no

querer hablar de ello?».

O quizá fuera entonces cuando lo dijo en serio, porque la primera vez que tío Gavin volvió a casa sólo se quedó dos semanas. Ya no llevaba uniforme y había dejado el ejército y la Y.M.C.A., pero acto seguido lo metieron en algún tipo de junta o comité u oficina de rehabilitación en Europa, debido a que había vivido allí todo aquel tiempo, especialmente los dos años que estudió en Alemania. Y posiblemente la única razón de que volviera a casa fue que el abuelo se murió el último año de la guerra y tío Gavin vino a vernos como se hace cuando la gente está de luto. Aunque por entonces yo creyera que la razón de su visita era decirle a Ratliff lo que había pasado con Montgomery Ward Snopes, un asunto demasiado feo para ponerlo por escrito. Y fue entonces cuando Ratliff habló de lo que yo tendría que escuchar, queriendo decir que puesto que él, Ratliff, tenía que cargar solo con todo el Peso, eso era lo menos que yo podía hacer.

Sucedió un día; a veces madre me dejaba ir solo a la ciudad. Quiero decir, si no estaba lo bastante atenta para obligarme a volver. No: quiero decir que cuando ahora se enteraba de que lo había hecho no me reñía tanto. Bueno, sucedió que un día la voz de Ratliff dijo: «Ven aquí». En lugar de la calesa y la pareja de jacos tenía ya un modelo T, y en sustitución del asiento trasero, una casita pintada con la máquina de coser dentro; lo que ahora llaman una camioneta, sólo que aquélla la habían hecho entre Ratliff y tío Noon Gatewood. V. K. estaba sentado dentro y con la portezuela abierta; subí, cerró la portezuela y fuimos muy despacio por calles a trasmano ya casi en las afueras.

—¿Cuántos años me has dicho que tenías? —preguntó. Volví a decírselo: cinco—. Bueno, supongo que no podemos evitarlo, ¿no es cierto?

—¿Qué es lo que no podemos evitar? —dije—. ¿Por qué?

—Pensándolo bien, quizá no te falte razón en eso —dijo—. Así que todo lo que tenemos que hacer ahora es darnos un paseíto. Lo que le sucedió a Montgomery Ward Snopes es que dejó el ejército y se dedicó a los negocios.

—¿Qué negocios? —pregunté.

—Al negocio de..., las cantinas. Sí, al negocio de las cantinas. Eso es lo que hacía cuando estaba con tu primo. Vivían en una ciudad llamada Chalons, sólo que tu primo tenía que vivir allí para ocuparse de la oficina, de manera que delegó en Montgomery Ward, que era quien tenía más tiempo libre, para que llevara la cantina de otra pequeña ciudad, no muy lejana, que sería más conveniente para los soldados: una especie de barraca con mostradores, semejante a una tienda, donde los soldados compran caramelos, chocolate, refrescos y calcetines hechos a mano, como tu primo nos contó esa vez la semana pasada, cuando no están en el frente, ¿no recuerdas? Sólo que al cabo de algún tiempo, la cantina de Montgomery Ward se convirtió prácticamente en la más popular que el ejército o incluso la Y.M.C.A. tenía en toda Francia o en cualquier otro sitio; llegó a ser tan popular que finalmente tu primo fue a verla en persona y se encontró con que Montgomery Ward había hecho una partición,

arreglando la parte de atrás como una sala para distraerse completamente nueva, con una puerta independiente y dentro una joven francesa conocida suya, de manera que cada vez que un soldado se cansaba de comprar calcetines o tabletas de chocolate podía adquirir un tique que le daba Montgomery Ward, entrar por la otra puerta y conseguir que lo entretuvieran un rato.

«Eso fue con lo que se encontró tu primo. Sólo que el ejército y la Y.M.C.A. tienen reglas contra ese tipo de diversión, por lo que parece; consideran que un soldado debe contentarse con comprar calcetines y refrescos en una cantina. O quizá fuera tu primo; probablemente fue él. Porque si el ejército o la Y.M.C.A. se hubieran enterado de la existencia del cuarto trasero, habrían despedido a Montgomery Ward con tanta fuerza que es muy posible que hubiera vuelto a Jefferson esposado..., si no se detenía antes en Leavenworth, Kansas. Lo que me recuerda algo que quizá le dije una vez a tu otro primo Gowan (lo más probable es que tú no estuvieras presente) acerca de cómo algunos de los tipos que perdieron a Helena de Troya tal vez algún día llegarán a desear no haberse tropezado nunca con ella».

—¿Por qué? —dije—. ¿Dónde estaba yo si no?

—Era tu primo el que estaba. Quizá Montgomery Ward hubiera ahorrado incluso lo bastante con la venta de los tiques como para salir bien librado haciendo uso del dinero. Pero no tuvo necesidad. Estaba tu primo. Montgomery Ward era el cilicio del amor perdido y de la devoción de tu primo, tanto si lo sabía como si no y tanto si le importaba como si no. O quizá fuese Jefferson. Tal vez tu primo no soportaba la idea de que Jefferson estuviese representada en la prisión de Leavenworth incluso aunque la recompensa fuese tener aquí un Snopes menos. Así que probablemente fue él quien arregló las cosas y le dijo a continuación: «No se te ocurra volver a aparecer por Francia».

»Es decir, no vuelvas a presentarte delante de mí. Porque Montgomery Ward era el cilicio; tal vez tu primo, al tener conocimiento de sus hazañas, experimentaba el mismo tipo de horror lleno de orgullo y de abyección, sumiso y triunfante, que los antiguos ermitaños sentados en una piedra bajo el sol ardiente en el desierto sentían al ver cómo se les secaba la sangre y se les apergaminaban las piernas, al mismo tiempo que no le perdía de vista desde lejos mientras Montgomery Ward incorporaba más y más señoritas a la nueva cantina que montó en París...

—En las cantinas tienen barras de chocolate y refrescos —dije—. Lo contó tío Gavin. También tienen chicle.

—Eso es en el ejército americano —dijo Ratliff—. Llevaban tan poco tiempo en la guerra que probablemente no se habían acostumbrado aún. El nuevo establecimiento de Montgomery Ward podría decirse que era una cantina francesa, y que mantenía relaciones estrictamente privadas con el ejército americano. Los franceses llevan el tiempo suficiente interviniendo en guerras para saber que la mejor manera de acabar con una es no prestarle mucha atención. De hecho quizá pensaban que el tipo de cantina que Montgomery Ward administraba esta vez era el más

solvente y económico y hasta podría decirse autoperpetuante posible, dado que, por mucho dinero que se recaude vendiendo helados, tabletas de chocolate y refrescos, aunque el dinero siga existiendo, el chocolate y los helados Y los refrescos no, porque se han consumido y se necesitará parte de ese dinero para fabricarlos y reponer existencias, mientras que en la diversión en el sentido estricto no se da un consumo destructivo que exija una reposición de existencias que comportan unos costes laborales de producción: se da tan sólo una depreciación natural, general, de conjunto, que habría tenido lugar de todas formas.

—Quizá Montgomery Ward no vuelva a Jefferson —dije.

—Yo no lo haría si fuera él —dijo Ratliff.

—A no ser que se traiga la cantina —dije yo.

—En ese caso seguro que yo no volvería —dijo Ratliff.

—¿Sigue usted hablando de tío Gavin? —dije.

—Lo siento —dijo Ratliff.

—Entonces, ¿por qué no lo dice? —pregunté yo.

—Lo siento —dijo Ratliff—. Tu tío. Fue tu primo Gowan (esta vez lo he dicho bien, ¿verdad?) quien logró confundirme, pero a partir de ahora me acordaré. Te lo prometo.

Montgomery Ward tardó dos años en volver a Jefferson. Pero yo tuve aún que crecer bastante antes de entender lo que Ratliff quería decir cuando comentó que Montgomery Ward había hecho todo lo que le permitían sus conocimientos para traer a Mississippi una versión aceptable de su cantina de París. Fue el último soldado de Yoknapatawpha que regresó a casa. A uno de los componentes de la unidad del capitán McLendon lo hirieron en la primera batalla en que tomaron parte tropas americanas, y regresó en 1918 con el uniforme y el galón por herido de guerra. Después, a comienzos de 1919, volvió el resto de la compañía, con la excepción de dos que murieron de gripe y unos cuantos que seguían en el hospital, y lucieron sus uniformes por los alrededores de la Plaza durante una temporada. En mayo uno de los dos nietos gemelos del coronel Sartoris (al otro lo habían derribado con su avión en julio del año anterior) volvió a casa después de haber servido en las Fuerzas Aéreas Británicas, aunque sin uniforme de ningún tipo: tan sólo un coche deportivo largo y de poca altura —al lado del cual el pequeño E.M.F. rojo del alcalde De Spain parecía de juguete— que se dedicaba a conducir como un poseso por la ciudad, en los ratos en que el señor Connors no lo metía en la cárcel por exceso de velocidad, pero sobre todo durante el viaje que hacía a Memphis todas las semanas mientras trataba de adaptarse de nuevo a la vida civil. Al menos eso era lo que madre decía que trataba de hacer.

Aunque lo cierto es que no daba la impresión de que pudiera hacerlo, como si también para él la guerra hubiera resultado superior a sus fuerzas. Quiero decir que tampoco Montgomery Ward Snopes parecía adaptarse lo bastante como para volver a casa, y aunque Bayard Sartoris hubiera vuelto a casa no era capaz de adaptarse, por lo

que conducía el coche a tanta velocidad entre la estación Sartoris y Jefferson que finalmente el coronel, pese a que aborrecía los automóviles casi tanto como el abuelo, y ni siquiera concedía préstamos bancarios a quien quería comprarse uno, renunció al simón y a la pareja de purasangres para ir y volver a la ciudad en el automóvil de Bayard, con la esperanza de que tal vez así su nieto redujera la velocidad antes de matarse él o de matar a otra persona.

De manera que cuando, finalmente, Bayard mató a alguien, como todos los ciudadanos adultos del condado de Yoknapatawpha suponíamos que acabaría haciendo, la víctima fue su abuelo. Porque eso tampoco lo sabíamos: que el coronel Sartoris estaba enfermo del corazón; el doctor Peabody se lo dijo tres años antes, añadiendo que no se le había perdido nada en un automóvil. Pero el coronel no se lo contó a nadie, ni siquiera a su hermana, la señora Du Pre, que era quien llevaba la casa; de manera que siguió yendo y viniendo a la ciudad todos los días para conseguir que Bayard condujera más despacio (también lograron convencer a Narcissa Bembow para que se casara con él, confiando en que quizá eso le ayudara a sentar la cabeza), hasta la mañana en que el coche pasó por un cambio de rasante a noventa kilómetros por hora y se encontraron delante una carreta con una familia de negros y Bayard dijo: «¡Agárrate, abuelo!», y se fue con el coche a la cuneta; no dieron una vuelta de campana ni sufrieron muchos desperfectos: sencillamente se pararon en la cuneta con el coronel Sartoris todavía sentado y con los ojos muy abiertos.

De manera que su banco se quedó sin presidente. Luego nos enteramos de quiénes eran los propietarios de las acciones: supimos que el coronel Sartoris y el comandante De Spain, padre del alcalde y ya fallecido, habían sido propietarios de dos de los tres paquetes de acciones más importantes, y que el viejo Will Varner era el dueño del otro. Por lo que se nos ocurrió que quizá no hubiera sido únicamente la unidad de caballería del padre del coronel Sartoris la responsable del empleo de Byron Snopes en el banco, y que tal vez el viejo Will Varner también tenía algo que ver con ello. Aunque nunca llegamos a creérmolo de verdad, dado que conocíamos lo bastante bien al coronel Sartoris para saber que cualquiera de aquellas legendarias incursiones de la caballería o incluso una simple noche en torno a un fuego de campamento habrían bastado.

Por supuesto, había más accionistas, otro tanto, o incluso más, repartido entre una docena de familias como los Compson, Bembow, Peabody, la señorita Eunice Habersham, nosotros, y cien más que se dedicaban a la agricultura por todo el condado. Aunque sólo cuando se eligió presidente al alcalde De Spain para suceder al coronel Sartoris (precisamente por eso, en realidad) descubrimos que, por espacio de varios años, el señor Flem Snopes había estado comprando por todas partes acciones en cantidades que iban de una a diez. Eso, añadido al paquete del señor Varner y al que el propio alcalde había heredado de su padre, habría bastado para ascenderle de vicepresidente a presidente (pasaron tantas cosas al mismo tiempo que, al desaparecer la polvareda, ni siquiera nos dimos cuenta de que también el señor Flem Snopes se

había convertido en vicepresidente), incluso aunque la señora Du Pre y la viuda de Bayard (Bayard logró por fin matarse en un aeródromo de pruebas en Ohio probando un avión en el que, según dijeron, nadie quería volar y al que el mismo Bayard tendría que haberse negado a pilotar) no hubieran votado también en favor suyo.

Porque el alcalde De Spain dimitió de su cargo, vendió el negocio de automóviles y se convirtió en presidente del banco muy a tiempo. El banco del coronel Sartoris era nacional, debido a que, como dijo Ratliff, es muy probable que el coronel Sartoris supiera que eso les parecería más seguro a gentes del campo quizá con diez dólares de más que arriesgar en un banco, por no decir nada de las viudas y de los huérfanos, puesto que las mujeres nunca tienen mucha confianza en lo que hacen los varones en ningún caso, y no digamos nada en cuestiones de dinero, incluso aunque no sean viudas. De manera que con un cambio de presidente como aquél, Ratliff dijo que el gobierno tendría que enviar a alguien a inspeccionar los libros, aunque no correspondiera aún hacer la inspección ordinaria; por lo que los dos interventores estaban esperando aquella mañana delante del banco a las ocho de la mañana a que alguien abriera la puerta y los dejara entrar, lo que de ordinario habría hecho Byron Snopes, sólo que no se presentó. Tuvieron que esperar a que apareciera el siguiente que te nía una llave: el señor De Spain, más concretamente.

Y para las ocho y cuarto, es decir, unos trece minutos después de que los interventores decidieran empezar con los libros que Byron tenía a su cargo, el señor De Spain se enteró por el hotel Snopes de que nadie había visto a Byron después del tren de las veintiuna y veintidós en dirección sur, y para el mediodía todo el mundo estaba al corriente de que Byron se hallaba en Texas, aunque probablemente no llegaría a México hasta el día siguiente. Y aún tuvieron que pasar dos días hasta que el interventor jefe se atrevió a decir cuánto dinero faltaba aproximadamente; para entonces se había convocado una reunión del consejo de administración del banco e incluso el señor Varner, que no aparecía por Jefferson ni una vez cada doce meses, acudió y escuchó al interventor jefe por espacio de un minuto, más o menos, antes de decir: «Al demonio con la policía. Manden a alguien que vaya a mi casa por la pistola y luego díganme por dónde se ha marchado».

Lo que no fue nada comparado con el alboroto que estaba organizando el señor De Spain en persona, con todo Jefferson observando y escuchando constantemente, hasta que al tercer día Ratliff dijo, aunque por entonces yo no me enterase de lo que quería decir: «Ha sido esa cantidad, ¿no es cierto? Por lo menos ya sabemos exactamente cuánto vale la señora de Flem Snopes. Ahora tu tío no tendrá que preocuparse por averiguar cuánto ha perdido cuando vuelva a casa Porque sabrá lo que se ha ahorrado hasta con el último decimal». Y es que el banco no tenía ningún problema. Era un banco nacional, así que el dinero que Byron hubiera robado estaba garantizado, tanto si lo detenían como si no. Lo que nosotros hacíamos era vigilar al señor De Spain. Dado que el dinero de su Padre había ayudado al coronel Sartoris a fundarlo y el mismo señor De Spain había sido vicepresidente, creíamos que insistiría

en reponer hasta el último céntimo, incluso aunque no lo hubieran ascendido a presidente inmediatamente antes de que los interventores decidieron inspeccionar los libros de Byron Snopes. Lo que esperábamos oír era que había hipotecado su casa, y al no confirmarse la noticia, supusimos que existía un dinero que desconocíamos, producto de la agencia de automóviles, que De Spain había ahorrado e invertido. Porque nunca pensamos que pudiera hacer otra cosa; así que cuando al día siguiente convocaron otra reunión del consejo de administración y un día después se anunció que el dinero robado se había recuperado gracias al desinteresado esfuerzo personal del presidente, ni siquiera nos sorprendimos. Como dijo Ratliff, estábamos tan curados de espanto que pasaron dos o tres días antes de que alguien pareciera darse cuenta de que habían anunciado simultáneamente el nombramiento del señor Flem Snopes como vicepresidente.

Y ahora, cuando ya era otro año, los dos últimos soldados de Jefferson regresaron definitivamente o al menos para una buena temporada: tío Gavin volvió de rehabilitar a la destrozada Europa para ser elegido fiscal del condado y, unos meses más tarde, también reapareció Montgomery Ward Snopes, que sólo se quedó una buena temporada, como Bayard Sartoris. Tampoco llevaba uniforme, sino un traje negro, un sobretodo igualmente negro sin mangas, una cosa negra en la cabeza que le colgaba hacia un lado como una vejiga de vaca vacía, pero hecha de terciopelo negro, y una larga corbata de lazo de extremos caídos; también se había dejado el pelo largo y llevaba barba y además abrió otro negocio Snopes en Jefferson. Tenía un nombre en el escaparate que Ratliff no conocía, y cuando subí al despacho donde tío Gavin esperaba el primer día del año para empezar a ser fiscal del condado y se lo dije, estuvo completamente inmóvil durante un par de segundos antes de levantarse y echar a andar.

—Enséñamelo —dijo.

De manera que volvimos a donde Ratliff nos estaba esperando. Era una tienda en una esquina junto a un callejón, con una segunda puerta más pequeña que daba al callejón; el pintor estaba terminando el rótulo en la luna del escaparate:

ATELIER MONTY

y dentro, del otro lado de la luna, se hallaba Montgomery Ward, todavía con el gorro francés (tío Gavin nos explicó que era una boina vasca) pero en mangas de camisa. Porque en aquella ocasión no entramos; tío Gavin dijo:

—Vámonos. Que lo acabe primero —aunque Ratliff no se mostró de acuerdo, porque dijo:

—Quizá pueda ayudarle —pero tío Gavin me cogió del brazo.

—Si *atelier* no quiere decir más que estudio —dije—, ¿por qué no lo llama así?

—Sí —respondió tío Gavin—. Eso es lo que yo quisiera saber.

Y aunque Ratliff entró, tampoco vio nada. Y parecía preguntarse exactamente lo

mismo que yo.

—Me pregunto por qué no lo llama estudio —dijo.

—A tío Gavin también le gustaría saberlo —dije.

—Ya me doy cuenta —dijo Ratliff—. Yo no se lo estaba preguntando a nadie todavía. Me limito a mirar alrededor, por así decirlo, buscando un sitio para saltar —se me quedó mirando. Parpadeó dos o tres veces—. Estudio —dijo—. Es cierto, aún no has llegado tan lejos. Un estudio fotográfico —parpadeó otra vez—. Pero, ¿por qué? Su hoja de servicios durante la guerra ya ha demostrado que no es un tipo que se sienta satisfecho con cualquier mediocridad aburrida, corriente y moliente, como ésas a las que nosotros, los que nos hemos quedado en casa en el condado de Yoknapatawpha, estamos acostumbrados.

Pero eso fue todo lo que llegamos a saber por entonces. Porque al día siguiente Montgomery Ward había tapado la luna del escaparate con periódicos, no se veía lo de dentro, cerró la puerta con llave y sólo la abría el tiempo suficiente para meter los paquetes de Sears y Roebuck que recogía en la oficina de correos y que eran lo único que veíamos.

Hasta que un jueves, cuando salió el *Clarion*, casi la mitad de la primera página era el anuncio de la apertura oficial, diciendo *Se invita especialmente a las señoras*, y debajo: *Té*.

—¿Cómo? —dije yo—. Creía que iba a ser un estudio.

—Lo es —dijo tío Gavin—. Pero con taza de té incluida. Sólo que está malgastando el dinero. Todas las mujeres de la ciudad y la mitad de los hombres irán una vez para ver por qué lo tenía cerrado con llave —y es que madre ya había anunciado que iría.

—Por supuesto tú no vas a aparecer por allí —le dijo a tío Gavin.

—De acuerdo —dijo él—. Buena parte de los hombres, en ese caso —no le faltaba razón. Montgomery Ward tuvo que tener abierto todo el día para atender a la gente que acudió. Hubiera tenido que atender a sus invitados por grupos aun con el local tan vacío como lo alquiló. Pero ahora apenas cabía una docena de personas al mismo tiempo, tan lleno estaba de cosas y de cortinas negras en las paredes que llegaban hasta el suelo. Montgomery Ward explicó que, al correrlas con una especie de polea, sería como si se estuviera mirando por una ventana a un paisaje, uno de los cuales era la vista de conjunto de París, y los otros el río Sena con los puentes y los qués (sean lo que sean), la torre Eiffel y Notre Dame También había sofás con cojines negros y mesas con jarrones y tazas y algo quemándose dentro que daba un olor agradable; así que al principio apenas se percataba uno de la cámara. Pero al final sí nos fijamos en ella, y también en una puerta situada al fondo y Montgomery Ward dijo, lo dijo de prisa y también dio la impresión de moverse de prisa, como si ya hubiera empezado a moverse antes de tener tiempo de decidir que quizá mejor no:

—Eso es el cuarto oscuro. Todavía no está abierto.

—¿Perdón? —dijo tío Gavin.

—Es el cuarto oscuro —repitió Montgomery Ward—. Todavía no está abierto.

—¿Se espera que supongamos que un cuarto oscuro tiene que abrirse al público? —preguntó tío Gavin. Pero Montgomery Ward le estaba sirviendo ya otra taza de té a la señora Rouncewell. Sí, claro, también había un jarrón con flores; en el anuncio del *Clarion* se decía *Flores de Rouncewell*, y yo le dije a tío Gavin, ¿en qué otro sitio de Jefferson se pueden conseguir flores aparte de la tienda de la señora Rouncewell? y él dijo que probablemente pagaba la mitad del anuncio, más un jarrón con seis rosas demasiado abiertas sobrantes de otro funeral, que probablemente se cobraría con trabajo. Luego añadió que se refería a su trabajo y que esperaba estar en lo cierto. Después contempló la puerta del fondo durante un minuto, y a continuación observó cómo Montgomery Ward llenaba la taza de la señora Rouncewell—. Empezando con té —dijo.

Nos marchamos entonces. No nos quedaba otro remedio, porque había que hacer sitio a los que seguían llegando.

—¿Cuánto le va a costar seguir invitando a té? —dije.

—Dejará de hacerlo después de hoy —respondió tío Gavin—. Eso no era más que cebo, cebo para las señoras. Ahora te voy a hacer yo una pregunta: ¿por qué quería que todas las señoras de Jefferson fuesen juntas a conocer ese antro suyo? —y ahora sonaba exactamente igual que Ratliff, que dio la impresión de salir por casualidad de la ferretería cuando pasábamos nosotros.

—¿Aún no has ido a tomar el té? —preguntó tío Gavin.

—Té —dijo Ratliff. No lo preguntó. Se limitó a decirlo. Parpadeó en dirección a tío Gavin.

—Sí —dijo tío Gavin—. Nosotros también. El cuarto oscuro aún no está abierto.

—¿Debería estarlo? —preguntó Ratliff.

—Eso hemos pensado nosotros —dijo tío Gavin.

—Tal vez pueda enterarme —dijo Ratliff.

—¿Te parece probable? —preguntó tío Gavin.

—Quizá oiga algo —dijo Ratliff.

—¿Te parece probable? —dijo tío Gavin.

—Quizá alguien averigüe algo y tal vez yo esté en el sitio adecuado para oírle —dijo Ratliff.

Y eso fue todo. Montgomery Ward no volvió a invitar a té, pero al cabo de algún tiempo empezaron a verse fotografías en el escaparate, rostros que nos resultaban familiares: señoras con y sin niños pequeños, promociones que terminaban sus estudios en el instituto, las chicas más bonitas con sus togas y sus birretes el día de la entrega de los diplomas y, de cuando en cuando, una pareja de pueblerinos recién casados con aspecto un poco tieso e incómodo y un poquito desafiantes y él con una estrecha raya blanca entre el corte de pelo y el moreno de la piel; y también de cuando en cuando una pareja que llevaba cincuenta años de matrimonio y que siempre habíamos sabido sin darnos cuenta del todo hasta ahora lo mucho que se

parecían, y no digamos nada de mostrarse sorprendidos, no se sabe si de que los fotografiaran o simplemente de llevar casados tantos años.

Más adelante, cuando empezamos a darnos cuenta de que no sólo las mismas caras sino las mismas fotografías de esas caras llevaban sin moverse del escaparate más de dos años, como si de repente, tan pronto como Montgomery Ward abrió su atelier, la gente hubiera dejado de graduarse o de casarse o incluso de seguir casada, también descubrimos que Montgomery Ward seguía con el negocio, ya fuera haciendo nuevas fotografías que no ponía en el escaparate o quizá vendiendo copias nuevas de las antiguas para pagar el alquiler y mantener abierta la tienda. Porque la tienda continuaba funcionando y quizá se tratara sobre todo de trabajo en el cuarto oscuro, ya que por entonces empezamos a darnos cuenta de que realizaba de noche la mayor parte de sus actividades, como si la oscuridad le fuera imprescindible; también daba la impresión de que sus clientes eran hombres en su mayor parte, que la habitación principal donde se había celebrado la inauguración permanecía a oscuras, y que los clientes entraban y salían por la puerta lateral que daba al callejón; y todos ellos pertenecientes a la clase de hombres que nunca han pensado en hacerse una fotografía. Y además, el negocio prosperaba; durante el segundo verano nos enteramos de que otras personas —hombres, el mismo tipo de hombres más bien jóvenes que formaban su clientela de Jefferson— empezaban a acudir de las ciudades más cercanas para dejar o recoger sus copias o sus negativos o lo que fuera, de noche y por la puerta que daba al callejón.

—No, no —le dijo tío Gavin a Ratliff—. No puede ser eso. Simplemente no es posible hacer eso en Jefferson.

—Hay quien hubiera dicho que tampoco se podía robar un banco en Jefferson —dijo Ratliff.

—Pero tendría que comer —dijo tío Gavin—. Tendría que sacarla de vez en cuando aunque sólo fuese para tomar el aire y hacer un poco de ejercicio.

—¿Sacar de dónde? —pregunté yo—. ¿A quién tendría que sacar?

—No puede ser alcohol —dijo Ratliff—. Por lo menos esa primera posibilidad que usted sugirió habría hecho poco ruido, cosa que no puede decirse de vender whisky.

—¿Qué primera posibilidad? —pregunté yo—. ¿A quién tendría que sacar?

Porque no se trataba ni de whisky ni de juego; a Grover Cleveland Winbush (dueño de la mitad del café de Ratliff hasta que el señor Flem Snopes lo echó también, y ahora encargado de mantener la ley y el orden por la noche) también se le había ocurrido. Fue a ver a tío Gavin antes de que a tío Gavin se le ocurriera mandar por él o por el señor Buck Connors, y le dijo a tío Gavin que se había pasado buena parte de las noches examinando y vigilando y comprobando lo que sucedía en el estudio y estaba completamente convencido de que ni se bebía ni se vendía whisky ni se jugaba a los dados ni a las cartas en el cuarto oscuro de Montgomery Ward; que todos estábamos orgullosos del buen nombre de nuestra ciudad y que todos

estábamos decididos, y nadie más que él, a mantenerla limpia hasta de la más leve sombra de corrupción o fechorías al estilo de las grandes ciudades. Hasta el punto de que por la noche, cuando podría haber estado cómodamente sentado durante horas en su silla en la comisaría de policía esperando el momento de hacer la siguiente ronda, se había dedicado a vigilar el estudio sin oír ni una sola vez nada que le hiciera pensar en juegos de dados o en consumición de bebidas alcohólicas ni poder comprobar que los clientes de Montgomery Ward salieran de allí oliendo a whisky ni con aspecto siquiera de haber tomado una copa. Incluso, dijo Grover Cleveland, de día, en una ocasión, cuando no sólo tenía el derecho sino la obligación para con su trabajo de estar en su casa durmiendo, exactamente igual que estaba renunciando en aquel instante a su descanso para volver a la ciudad y presentar su informe a tío Gavin como fiscal del condado, aunque no tenía una orden de registro, y prescindiendo de que estrictamente era una tarea que correspondería a Buck Connors en persona, él — Grover Cleveland— se presentó ante la puerta principal con el propósito de llegar hasta el interior del cuarto oscuro aunque tuviera que romper la puerta para hacerlo, puesto que el motivo por el que los habitantes de Jefferson le habían nombrado para el cargo que ocupaba era luchar contra las fechorías y la corrupción de las grandes ciudades como el juego y la bebida, y cuál no había sido su sorpresa al ver que Montgomery Ward no sólo no trató de detenerle, sino que ni siquiera esperó a que se lo pidiera, abrió la puerta del cuarto oscuro en persona e invitó a Grover Cleveland a entrar y mirarlo todo.

De manera que Grover Cleveland estaba convencido, y quería que el pueblo de Jefferson lo estuviera también, de que ni se bebía ni se jugaba ni se producía ninguna otra corrupción o fechoría en aquel cuarto trasero como para justificar que los cristianos habitantes de Jefferson lamentaran la confianza que habían depositado en él al nombrarlo policía, ya que estaba siempre dispuesto a cumplir con su deber tal como había jurado, incluso aunque no se sintiera más orgulloso del buen nombre de Jefferson que cualquier ciudadano corriente, y en cualquier ocasión que pudiera hacer cualquier otra cosa por tío Gavin en la línea de las obligaciones que había jurado, tío Gavin no tenía más que mencionarlo. Luego se marchó, parándose lo bastante en la puerta para decir, antes de irse:

—¿Qué tal, V. K.?

Después Ratliff terminó de entrar.

—Ha cruzado la plaza a toda prisa y ha subido las escaleras como si supiera algo —dijo Ratliff—. Pero más bien diría que no. No creo que Montgomery Ward haya tenido más problemas echándole de ese estudio de los que tuvo Flem Snopes para desalojarlo del resto de nuestro café.

—No —dijo tío Gavin. Y luego añadió—: ¿Qué le gustaba a Grover Cleveland por aquel entonces en su tiempo libre?

—¿Para divertirse? —dijo Ratliff. Luego añadió—: Bueno. Le gustaban las emociones.

—¿Qué clase de emociones? —preguntó tío Gavin.

—La emoción de hablar de ellas —dijo Ratliff.

—¿De hablar de qué? —dijo tío Gavin.

—De hablar de las emociones —dijo Ratliff. No me miraba del todo. No: no se puede decir que no me mirase del todo. No, eso tampoco es cierto, porque incluso vigilándole estrechamente no se podía decir que hubiera dejado de mirar a tío Gavin. Parpadeó dos veces—. De las emociones que proporcionan las mujeres —dijo.

—Entiendo —dijo tío Gavin—. ¿Cómo?

—Ésa es la cuestión —dijo Ratliff—. ¿Cómo?

Porque yo no tenía más que ocho años, camino de nueve, y si tío Gavin y Ratliff —que tenían tres veces más y uno de ellos había hecho todo el camino de ida y vuelta hasta Europa y el otro probablemente había dejado por lo menos la huella de un pie en todas las carreteras secundarias, caminos y senderos entre campos cultivados del condado de Yoknapatawpha— no supieron lo que era hasta que llegó alguien y se lo dijo, no tiene nada de extraordinario que tampoco se me ocurriera a mí.

Ahora había además en la ciudad otra de las que Ratliff llamaba industrias Snopes, aunque tío Gavin se negara a denominarla así, porque seguía sin creer que Eck hubiera sido nunca un Snopes. Se trataba del chico de Eck, Wallstreet Panic, y por la manera en que empezó a comportarse tan pronto como llegó a Jefferson, echó una ojeada alrededor y descubrió, supongo, por primera vez en su vida que no era estrictamente necesario comportarse como un Snopes para respirar, cabe afirmar que tanto si su padre era un Snopes como si no, él, Wallstreet, desde luego no lo era.

Porque contaban (tenía unos doce años cuando su familia abandonó Frenchman's Bend) cómo, nada más llegar a la ciudad y descubrir la escuela, no sólo logró que sus padres le dejaran ir sino que se llevó con él a su hermano, Almirante Dewey, que sólo tenía seis años, y los dos empezaron juntos en el jardín de infancia al que las madres llevaban a sus hijitos que no eran lo bastante mayores para estar en un sitio más de unas pocas horas, con Wallstreet sobresaliendo en medio de ellos como un caballo en un estanque para patos.

Porque no se avergonzó de empezar en el jardín de infancia: sólo de seguir en él, y de hecho no pasó mucho más de medio día, porque al cabo de una semana estaba en primer grado y para navidades en segundo y en seguida la señorita Vaiden Wyott que enseñaba segundo grado empezó a ayudarlo, explicándole lo que significaba Wallstreet Panic y que no tenía que llamarse así, de manera que después de que le ayudara a aprobar el tercer grado haciéndole estudiar con ella el verano siguiente, al empezar cuarto grado aquel otoño su nombre era simplemente Wall Snopes, porque la señorita Wyott le dijo que Wall era un buen nombre de pila en Mississippi, puesto que incluso un general lo había llevado y que ni siquiera tenía que conservar el Street si no quería. Y desde el primer día, cuando la gente le preguntaba por qué tenía tanto

interés en ir al instituto, decía y siguió después repitiéndolo: «Quiero aprender a contar dinero», de manera que cuando lo oyó, tío Gavin dijo:

—¿Lo ves? Eso prueba exactamente lo que yo dije: ningún Snopes quiere aprender a contar dinero porque no lo necesita, porque ya lo harás tú por él..., por la cuenta que te tiene.

Él, me refiero a Wall, necesitaba aprender a contarlo. Ya durante el primer invierno mientras estudiaba dos cursos tenía un empleo. El establecimiento vecino al café Snopes, y a la tienda de campaña detrás de él donde vivían, era una tienda de comestibles aproximadamente de la misma categoría que el café Snopes. Todas las mañanas Wall se levantaba antes de la hora de ir al colegio para encender la estufa de hierro y barrer la tienda, aunque a medida que los días se acortaron tuvo que hacerlo cuando aún era de noche, y en cuanto terminaba las clases por la tarde se convertía además en repartidor, para lo que utilizaba una carretilla, hasta que por fin el dueño de la tienda le compró una bicicleta de segunda mano y fue quitándole unos centavos de su paga todas las semanas.

Y los sábados y los días de fiesta también trabajaba en la tienda como dependiente, e hizo lo mismo durante todo el verano en que la señorita Wyott le ayudó a preparar el tercer grado; e incluso eso no era bastante: consiguió suficientes recomendaciones en la plaza y sus alrededores para quedarse con el reparto de uno de los periódicos de Memphis, sólo que para entonces estaba tan ocupado con sus otros trabajos que le pasó el encargo a su hermano menor. Y al otoño siguiente, mientras estaba en cuarto grado, consiguió también repartir un periódico de Jackson y tuvo a otros dos chicos además de Almirante Dewey trabajando para él, de manera que poco después cualquier comerciante o ganadero o predicador evangelista o candidato que quería repartir octavillas siempre acudía a Wall porque ya contaba con una organización.

Sabía contar dinero y también ahorrarlo. Así que cuando tenía dieciséis años y el tanque de queroseno vacío hizo saltar a su padre por los aires y la compañía le dio los mil dólares a la señora Snopes, cosa de un mes después supimos que la viuda había comprado la mitad de la tienda de ultramarinos y Wall, que ya se había graduado en el instituto, era socio del establecimiento. Pero aún se levantaba antes de amanecer en las mañanas de invierno para encender la estufa y barrer. Luego cumplió los diecinueve y su socio vendió el resto de la tienda a la señora Snopes para retirarse, y aunque debido a la edad de Wall el negocio no podía estar a su nombre, sabíamos a quién pertenecía en realidad, con un empleado que llegaba todavía de noche en las mañanas de invierno a encender la estufa y a barrer.

Y aún había otra más, aunque no sería exacto llamarla también industria Snopes en este caso, porque no producía beneficios. No; eso no es cierto; trabajamos muchísimo en ella, y tío Gavin dice que cualquier cosa en la que la gente trabaja con

tanta intensidad como todos nosotros lo hicimos en este caso tiene un beneficio, se hace por el beneficio, tanto si es convertible en dólares y centavos como si no, y prescindiendo de que sea eso lo que se busque.

El último Snopes que trajeron a Jefferson no consiguió aclimatarse del todo. Quiero decir que llegó hasta un sitio desde donde ya se veía el reloj de la plaza y se negó a seguir adelante; incluso, cuentan, amenazó con volverse a Frenchman's Bend, como una vaca vieja o una mula que finalmente llega hasta la puerta del corral abierta, pero no da ni un paso más.

Se trataba del viejo. Algunas personas decían que era el padre del señor Flem Snopes, pero otros decían que no era más que tío suyo: un viejo achaparrado, corpulento y sucio, de ojos feroces bajo unas cejas enmarañadas, y con un cuello que podía empezar a hincharse y a ponerse rojo antes de que, como Ratliff decía, se hubiera tenido tiempo de intercambiar con él la primera palabra. De manera que le compraron una casita a cosa de quilómetro y medio de la ciudad, donde vivía con una hija solterona y con los gemelos Vardaman y Bilbo que pertenecían a la otra mujer de I. O. Snopes, la esposa que tío Gavin llamaba número dos, distinta de la número uno que se mecía de la mañana a la noche en el porche del hotel.

La casa tenía un trocito de tierra que el viejo Snopes convirtió en huerta y sandiar. El sandiar era la industria. No, eso no es cierto. Quizá quiero decir que la industria se puso en marcha debido a la existencia del sandiar. Porque era como si el viejo no cultivase en realidad las sandías para venderlas o simplemente para comérselas, sino como cebo por el placer, o deporte o competición o quizá tan sólo la enorme indignación, de pillar a chicos robándoselas; como si plantara, cultivara e hiciera crecer sandías para poder esconderse con una escopeta cargada detrás de una enredadera de maravilla en el porche de atrás, y disparar desde allí cuando oía ruidos en el sandiar.

Hasta que una noche de claro de luna vio lo suficiente y alcanzó a John Wesley Roebuck con una carga de perdigones para ardilla, y a la mañana siguiente el señor Hub Hampton, el *sheriff*, se acercó a la casa y dijo al viejo Snopes que, si volvía a apretar el gatillo, le quitaría la escopeta y lo metería en la cárcel por añadidura. Así que después de aquello el viejo Snopes no se atrevió a usar la escopeta. Todo lo que hacía era distribuir montones de piedras en diferentes sitios a lo largo de la cerca y ocultarse detrás de la enredadera con un bastón muy recio y una linterna.

Ése fue el comienzo de la industria. El señor Hampton hizo correr la voz por la ciudad para que todas las madres y padres dijeran a sus hijos que no se acercaran al condenado sandiar; que cuando no pudieran resistir el deseo de comerse una sandía, él, el *sheriff*, les compraría una, porque si seguían encolerizando tanto al viejo Snopes, el día menos pensado le estallaría una vena, se moriría y acabaríamos todos en la cárcel. Pero el viejo Snopes no se enteró de eso porque Vardaman y Bilbo no se lo contaron. Esperaban a que estuviera dentro de la casa, tumbado quizá descabezando un sueñecito después del almuerzo, para entrar corriendo y despertarle,

chillando, gritando que había unos chicos en el sandiar, y él se levantaba aullando y maldiciendo, cogía la garrota de roble y salía disparado hacia el sandiar, sin encontrar a nadie con la excepción de Vardaman y Bilbo en la esquina de la casa muertos de risa, y luego haciendo regates y corriendo sin dejar de reír mientras el viejo trepaba a uno de sus montones de piedras para tirárselas.

Porque nunca caía en la cuenta. No, eso tampoco es cierto: siempre caía en la cuenta. El problema era que no se atrevía a hacer nada cuando entraban gritando: «¡Abuelo, abuelo! ¡Chicos en el sandiar!», porque podía ser verdad. Tenía que levantarse, coger la garrota y salir disparado, sabiendo de antemano que probablemente no encontraría a nadie excepto a Vardaman y Bilbo en la esquina de la casa, sabiendo que no podía alcanzarlos con las piedras, pero tirándoselas y maldiciéndolos hasta que se quedaba sin aliento y las soltaba, allí de pie resoplando y jadeando con el cuello tan rojo como un moco de pavo y sin fuerza para otra cosa que susurrar maldiciones. Eso era lo que nosotros —todos los chicos de Jefferson entre los seis y los doce años y a veces incluso de más edad— íbamos a ver escondidos detrás de la cerca. Nunca habíamos visto estallarle una vena y morirse a nadie y queríamos estar presentes cuando sucediera y ver el aspecto que tenía.

Eso fue después de que tío Gavin regresara definitivamente a casa de rehabilitar a Europa. Cruzábamos la plaza cuando ella se cruzó con nosotros. No sé si miró a tío Gavin, aunque sé que a mí nunca me miró y mucho menos saludarnos al pasar. Pero, después de todo, era lo normal; yo no esperaba ni dejaba de esperar que lo hiciera; algunas veces hablaba conmigo y otras no hablaba con nadie y ya estábamos acostumbrados. Como hizo en aquella ocasión: pasar a nuestro lado exactamente como lo hace un pointer inmediatamente antes de inmovilizarse señalando la posición de la pieza. Luego me di cuenta de que tío Gavin estaba parado y se había vuelto para mirarla. Entonces recordé que llevaba ausente desde 1914, que habían pasado ocho años y que ella sólo tenía cinco o seis la última vez que la vio.

—¿Quién es? —dijo.

—Linda Snopes —respondí—. Ya sabes, la hija del señor Flem Snopes —él seguía mirándola—. Anda igual que un pointer —dije—. Me refiero a un pointer cuando está...

—Sé lo que quieres decir —respondió tío Gavin—. Sé exactamente qué es lo que quieres decir.

VIII. Gavin Stevens

Sabía exactamente lo que Chick quería decir. Aunque venía hacia nosotros con paso regular, consciente de nuestra presencia, no nos había mirado ni una sola vez, y más que dureza o inmovilidad lo que había en sus ojos era intensidad y olvido del mundo exterior; Linda miraba atentamente y sin parpadear algo más allá de nosotros, detrás de nosotros, como un pointer joven pasa por encima de ti, si no te quitas de en medio, durante los últimos metros antes de inmovilizarse definitivamente, puesto que ya no necesita la pista torpe y como a tientas del olor, dado que ahora mira directamente a la nidada apiñada, lista para el gatillo. Se cruzó con nosotros avanzando aún con pasos elásticos, como la joven pointer hembra, doncella por supuesto, la hembra virgen, inmune en su virginidad, sin desdeñar ni espolear la tierra, porque la necesitaba para seguir avanzando inmune: sencillamente ajena a la tierra y a nosotros, sin arrogancia pero tampoco realmente inconsciente; tan sólo inmune para la intensidad y la ignorancia y la inocencia, como el sonámbulo queda momentáneamente inmune de la angustia y sufrimiento de la respiración.

Debía de tener trece, tal vez catorce años, y la razón de que no la reconociera y de que no hubiera podido reconocerla no obedecía a los ocho años que llevaba sin verla ni a que las hembras de la raza humana cambien de manera tan drástica entre los diez y los quince años. La razón estaba en su madre. Era como si yo —quizá también usted— estuviera convencido de que una mujer como ella tenía que producir una réplica exacta de sí misma, de que no le quedaba otro remedio. Porque Eula Varner..., ¿se da cuenta? Eula Varner. Nunca Eula Snopes, aunque yo los había visto, había tenido que verlos juntos en la cama. No podía ser nunca Eula Snopes simplemente porque no, simplemente porque yo me negaba a que fuese así..., porque Eula Varner debía por lo menos eso al elemental apetito masculino que ella transformaba en llamaradas de angustia por el hecho de ser, de existir, de respirar; por el hecho de haber venido al mundo, de haber nacido, de convertirse en parte del mundo en movimiento; ese apetito que ella nunca podría saciar puesto que no había más que una Eula con que responder a tanta acumulación de hambre. Y aquella una irrepetible, condenada a marchitarse; por el hecho de su mortalidad condenada a no saciar, pero tampoco a negar el hambre; condenada a no borrar nunca la angustia y el hambre del mundo en movimiento ni siquiera mediante el acto personal de salir del mundo y llenar de esa forma con su propia ausencia el doloroso vacío donde antes resplandecía su forma incandescente.

Eso es lo que uno pensaba al principio, por supuesto: que tenía que repetirse necesariamente, duplicarse si es que llegaba a reproducirse. Porque inmediatamente después se daba uno cuenta de que evidentemente no cabía la duplicación, no era posible hacerlo: la misma Naturaleza no permitiría que ocurriese, impediría la

existencia de dos como ella en un lugar tan reducido como Jefferson, Mississippi, en el mismo siglo, y menos aún superpuestas, en el angustiado horizonte de una sola generación. Porque incluso la Naturaleza, aun siendo tan amante como es del tumulto y la excitación concupiscente, insiste en que ellos mismos engendren nuevo pasto para el tumulto y la excitación. Y para eso hace falta tiempo, el tiempo que requiere producir esa nueva cosecha de pasto, dado que ella —Eula Varner— había agotado, consumido, quemado la que le correspondía. Momento en que yo recordaría lo que Maggie dijo a Gowan una vez, en un tiempo largamente desaparecido y muerto, cuando yo sufría los dolores de mi aprendizaje para el holocausto: «Nadie se casa con Helena ni con Semíramis: se suicida por ellas».

Porque la otra —la hija— no se parecía en absoluto a la madre. Y a continuación, en el mismo segundo, supe a quién se parecía exactamente. Tiempo atrás, en la época de mi tardía y bufonesca adolescencia (tampoco menos intensa por ser las dos cosas), recuerdo cómo nunca era capaz de decidir cuál de las dos insoportables posibilidades era la menos insoportable; cuál de las dos amarguras (como dice el poeta) era la menos amarga. Es decir, si Manfred De Spain había seducido a una esposa casta o simplemente había sido capturado de pasada por una hembra en continua búsqueda de machos. Ése era el motivo de mi angustia. Si lo primero era cierto, ¿qué cualidades masculinas tenía Manfred de las que yo carecía? Si era verdad lo segundo, ¿qué golpe de fortuna infame y ciego era el que había caído sobre Manfred De Spain que no debiera, que no pudiera derribar igualmente a Gavin Stevens? Incluso (sí, sí, fue así de intenso en una ocasión, así de cómico) habría llegado a compartirla si no quedaba otro remedio, si no hubiera podido conseguirla de ninguna otra forma.

Y entonces (hablo de estar pensando en por qué no había ocupado yo el puesto de Manfred para detener el vaivén ocioso y fatal de su mirada aquel día, en el momento en que se hubiera producido) decidí que la señora Snopes tenía que ser casta, tenía que ser una fiel esposa libre de toda sospecha. Y pensé también *Es esa condenada hija, esa maldita niña*: la inocente criatura que, por el simple hecho inocente de ser, de respirar, de existir, me laceraba, me excoriaba y me robaba la paz: ¡si por lo menos no existiera el problema de la paternidad!; o, mejor aún, ¡si no existiera la niña en absoluto! En ese caso mejoraría un tanto el problema de morderme las uñas, puesto que iba a necesitar los dedos para contar. Ratliff me había explicado cómo salieron para Texas inmediatamente después de casarse y cómo la niña andaba ya cuando regresaron doce meses más tarde. Cosa que no me creí (me refiero a que anduviera ya), no en razón de la angustia, los celos, la desesperación, sino simplemente por tratarse de Ratliff. De hecho fue Ratliff quien me dio la tregua de esperanza —o, si se prefiere, tregua en la angustia; de acuerdo: lágrimas también, lágrimas tranquilas pero lágrimas, que son la bisutería del bufón comediante de la adolescencia tardía— que me permitió respirar. Porque incluso aunque la niña no tuviera más que un día de edad, Ratliff por tratarse de él, habría inventado que ya andaba. De hecho, si no hubiera existido aún la criatura, Ratliff la habría inventado, una que anduviera ya, sin

otra razón que su propio sentido de la paradoja y del humor, a salvo como se hallaba de la comprobación de esos datos por los muchos kilómetros y tiempo entre Frenchman's Bend y Jefferson dos años después. Por entonces yo prefería creer que era la hija del propio Flem; mejor profanación por parte de Manfred De Spain que promiscuidad de Eula Varner; después de lo cual sólo necesitaba paladear la nueva amargura para descubrir que cualquier otra —cualquiera— resultaría menos amarga: mejor aceptar a todos los Manfred De Spain de la tierra y rechazar a Gavin Stevens que aceptar a un Flem Snopes y seguir rechazando a Gavin Stevens.

Así que ya ven ustedes los muchos esfuerzos que puede realizar un hombre y los problemas que inventa para protegerse y defenderse contra el aburrimiento de la tranquilidad de espíritu. O más bien quizá la historia del depravado que deliberadamente se llena de piojos, no por el simple placer de librarse después de ellos, puesto que incluso en la locura de la juventud sabemos que nada dura; sino porque tememos incluso que quizá en esa locura durará la Nada, que quizá la Nada dure para siempre, y cualquier cosa es mejor que Nada, incluidos los piojos. De manera que ahora, como canta otro poeta, Esa Ilusión me dejó atrás Y nada permanecerá; lo que, los dioses sean loados, es una absurda mentira, ya que, ¡loados seáis, oh, dioses! la Nada no puede permanecer en ningún sitio dado que la nada es vacío y el vacío es una paradoja e insoportable y no queremos saber nada de ello, incluso aunque pudiéramos, la Nada del poeta loco y maldito constante y perennemente llena de angustias perennemente nuevas y perennemente renovadas con las que medir mi estatura contra lo que quiera que sea que necesito para asegurarme de que también yo soy el mundo en movimiento.

Porque la segunda premisa era mucho mejor. Si no iba a ser mía, Flem Snopes no debía haberla tenido nunca. Así que en lugar de las palabras del poeta: «La Ilusión me dejó atrás» y «Nada permanecerá», es la Permanencia lo que durará para siempre, sin vaciarse nunca por completo de la antigua angustia. De manera que por mucho que la sangre circule más despacio y el recuerdo se vuelva más hiriente, la sangre al menos recordará siempre que en un tiempo tenía esa capacidad, la capacidad al menos de angustiarse. Así que aquella niña-muchacha no era en absoluto de Flem Snopes, sino mía; hija y nieta mía al mismo tiempo, puesto que el joven McCarron que la engendró (ah, sí, también soy capaz de creer a Ratliff cuando me conviene) en aquel tiempo ya perdido, era Gavin Stevens en aquel tiempo perdido; y, puesto que la permanencia debe durar o dejar de ser permanencia, Gavin Stevens queda para siempre detenido por su propia hija en aquella época y en aquel momento. Y puesto que el hijo es padre del hombre, McCarron, detenido para siempre como Gavin Stevens y fuera del tiempo en aquel joven muerto, es ahora necesariamente el hijo de la misma edad de Gavin Stevens, y la hija de McCarron es la nieta de Gavin Stevens.

Tanto si Gavin Stevens se proponía ser ese padre-abuelo como si no, claro está. Como tampoco soñó nunca que aquella mirada ociosa de Eula Varner, que ni siquiera lo marcó al deslizarse sobre él, le confiriese la calidad de tío adoptivo de todos los

condenados Snopes que quisieran reclamársela, miembros de la maldita parentela que Eula había adquirido al casarse con uno de ellos. Me refiero a la calidad de tío adoptivo en el sentido de que la simple indignación y escándalo y obsesión *per se* se cuidan de los suyos de la misma manera que la simple pobreza *per se* y (según dicen) la virtud lo hacen con los suyos. Pero tío adoptivo sólo para *él*, nunca para *ella*. Así que no me percaté entonces por primera vez de que, al parecer, todos los Snopes son varones, como si el mero y simple accidente de la divinidad de la mujer suprimiera la posibilidad de ser Snopes y la convirtiera en paradoja. No: era más bien como si Snopes fuese un profundo e incontrovertible principio hermafrodita para el fomento de una raza, de una especie, principio siempre concedido físicamente al varón, con órganos anónimos de concepción o gestación atraídos hacia ese círculo para concebir y engendrar, repitiendo el principio varón para luego desaparecer; la hembra Snopes incapaz de producir un Snopes y por lo tanto inofensiva como el mosquito vector del paludismo, con el que sólo la hembra está armada y transmite eficazmente, sólo que al revés. O incluso un principio divino más simplemente natural: la mano siempre vigilante de Dios, infatigable y constante, porque de lo contrario se habrían apoderado ya de toda la tierra, y no digamos nada de Jefferson, Mississippi.

Porque ahora Flem Snopes era vicepresidente del que todavía llamábamos banco del coronel Sartoris. Sí, claro; nuestros bancos tienen vicepresidentes igual que los bancos de cualquier otro sitio. Sólo que hasta entonces nadie en Jefferson había prestado la menor atención al simple vicepresidente de un banco; el vicepresidente de un banco era como alguien que había obtenido el privilegio de hacerse llamar comandante o coronel por contribuir con tiempo, dinero o influencias a la elección de un gobernador, a diferencia de quien había heredado con pleno derecho el título de un padre o abuelo que se había lanzado a caballo contra un soldado yanqui, como en el caso de Manfred De Spain o nuestro coronel Sartoris.

De manera que Flem era el primer vicepresidente de un banco al que habíamos visto tomarse su cargo en serio. Supimos que se había convertido en heredero de la vicepresidencia cuando Manfred De Spain subió un escalón, y también por qué: el paquete de acciones de tío Billy Varner y los retazos que (nos enteramos entonces) el mismo Flem había ido recogiendo aquí y allá durante algún tiempo, con el añadido de Manfred De Spain en persona. Todo lo cual era perfectamente correcto y ya estaba hecho; demasiado tarde para evitarlo; estábamos acostumbrados a nuestra propia raza o variedad jeffersoniana de vicepresidentes de banco y ni siquiera en el caso de un Snopes esperábamos otra cosa que la simple adaptación al modelo establecido.

Después, para sorpresa nuestra, vimos que trataba de ser lo que él —un Snopes o por lo menos un Flem Snopes— pensaba que era o debería ser un vicepresidente de banco. Empezó pasando la mayor parte del día allí. No en el despacho de atrás donde el coronel Sartoris solía instalarse y que ahora ocupaba Manfred De Spain, sino en la entrada, de pie a cierta distancia de la ventanilla viendo ir y venir a los clientes para depositar su dinero o retirarlo, todavía con la gorra de paño y la corbata de lazo, que

se fijaba por detrás con un automático, con las que había llegado a la ciudad trece años antes, y con la mandíbula moviéndose aún de manera apenas perceptible pero sin descanso, como si estuviera mascando algo, aunque, a decir verdad, yo nunca le había visto escupir en esos trece años.

Luego un día, siempre en su sitio a la entrada, no logramos reconocerlo. Seguía en el mismo lugar, sin ser una molestia para llegar hasta la ventanilla pero convenientemente situado para vigilarla (no sabíamos si para averiguar cuánto dinero entraba o cuánto salía; ignorábamos si quizá lo que le tenía allí fascinado era la simple solvencia del banco que, en cierta manera —por delegación, por poderes— era ahora su banco, su orgullo: el hecho de que por mucho dinero que la gente sacara de allí, siempre había otra persona que acababa de depositar a tiempo el primer dólar por encima de cero; o si en realidad temía que llegara el inevitable momento en que De Spain, o a quien le correspondiera realizar esa tarea, se acercara a la ventanilla desde dentro y dijera: «Lo siento, amigos, no pueden sacar más dinero porque se ha acabado», y él, Flem, simplemente quería demostrarse a sí mismo que estaba equivocado).

Pero aquella vez no le reconocimos. Aún llevaba la diminuta corbata de lazo y seguía moviendo la mandíbula imperceptible y constantemente, pero ahora se tocaba con un sombrero nuevo de fieltro, del tipo de ala ancha que utilizaban los predicadores rurales y los políticos. Y al día siguiente se hallaba dentro de la jaula donde se encontraba el dinero y donde la puerta de acero daba a la cámara acorazada que servía para guardarlo de noche; y nos dimos cuenta de que ya no vigilaba el dinero; había aprendido todo lo que tenía que aprender sobre aquel asunto. Ahora se interesaba por la contabilidad, por cómo se llevaban los libros.

Y nosotros —algunos de nosotros, unos pocos— creíamos que se estaba preparando para enseñar a su sobrino o primo Byron cómo saquear de verdad un banco. Pero Ratliff (fue Ratliff, naturalmente) nos desengañó inmediatamente. «No, no», dijo, «está tratando de averiguar cómo alguien puede sentir tan poco respeto por el dinero como para permitir que un tipo con tan pocas luces como Byron Snopes se lleve algo. Vosotros, muchachos, no entendéis a Flem Snopes. Respeto y reverencia demasiado el dinero y la agudeza para ultrajar y rebajar a cualquiera de los dos robando y apoderándose toscamente del otro».

Y a medida que pasaron los días, Flem se despojó también de la chaqueta, quedándose en tirantes, como si de verdad trabajara allí, como si le pagaran un sueldo todos los sábados por estar dentro de la jaula, sólo que seguía llevando el sombrero nuevo, de pie detrás de los contables mientras se informaba directamente de cómo se llevaba un banco. Y nos enteramos de cómo siempre que la gente llegaba para abonar un pagaré o los intereses devengados, y a veces para pedir dinero prestado (excepto los antiguos clientes de genio vivo, los viejos clientes de la época del coronel Sartoris, que echaban a Flem del despacho trasero sin esperar a que lo hiciera De Spain y sin pedirle siquiera permiso para hacerlo), también estaba allí, moviendo la

mandíbula imperceptiblemente mientras observaba y aprendía; fue entonces cuando Ratliff dijo que todo lo que él —Snopes— necesitaba aprender ya era cómo redactar un pagaré para que el sujeto que recibía el dinero prestado no pudiera leer siquiera cuándo vencía y mucho menos aún la tasa de interés, tal como lo hacía el coronel Sartoris (la historia, la leyenda era que en una ocasión el coronel redactó un pagaré para un cliente rural, un granjero, que cogió el pagaré y lo miró, luego lo puso cabeza abajo y volvió a mirarlo; a continuación se lo devolvió al presidente del banco y preguntó: «¿Qué dice, coronel? No consigo leerlo», con lo que el coronel a su vez lo miró, lo puso cabeza abajo y volvió a mirarlo, y acto seguido lo rompió por la mitad, lo tiró a la papelera y dijo: «El caso es que yo tampoco, Tom. Vamos a intentarlo otra vez»), y que entonces él —Snopes— sabría todo lo que hay que saber del trabajo de los bancos de Jefferson y estaría en condiciones de graduarse.

Es evidente que también lo aprendió. Un día faltó del banco, y tampoco apareció al día siguiente, ni al otro. El día de la inauguración del banco, unos veinte años antes, la señora Jennie Du Pre, la hermana del coronel Sartoris, puso un árbol del caucho, tremendamente grande, en una esquina del vestíbulo. Era más alto que una persona y ocupaba tanto sitio como un excusado; todo el mundo se tropezaba con él y en verano no se podía abrir del todo la puerta principal por culpa suya. Pero la señora Du Pre no permitió ni al coronel ni al consejo de administración que lo quitaran, dado que estaba convencida de que cualquier habitación ocupada por personas necesita tener algo verde para absorber el veneno que se acumula en el aire. Aunque nadie sabía por qué tenía que ser aquel monstruoso árbol del caucho, a no ser que quizá la señora Du Pre creyera que sólo el caucho, y en grandes cantidades, tendría la dureza, longevidad y resistencia para aguantar el aire envenenado por la ansiedad o júbilo relacionados con las grandes cantidades de dinero que lógicamente manejaría el banco de su hermano, un Sartoris, e hijo del viejo coronel Sartoris.

De manera que cuando pasaron los días y no volvió a verse a Flem Snopes ocupando su sitio en el vestíbulo mientras contemplaba cómo se solicitaban y concedían préstamos y la entrega y retirada de fondos (o quién hacía cada operación y cuántas se hacían de cada tipo, lo que según Ratliff era la verdadera razón de su presencia allí, lo que realmente vigilaba), fue como si el árbol de caucho de la señora Du Pre hubiera desaparecido del vestíbulo, como si lo hubiese abandonado. Y cuando pasaron aún más días y nos dimos cuenta de que no volvería, fue como si el árbol hubiese sido acarreado a algún lugar y quemado, destruido para siempre; como si el único propósito y finalidad de aquella larga sucesión de circunstancias encadenadas —el banco que fundó un sentimental como el coronel Sartoris con el fin de que, como decía Ratliff, un tipo tan poco brillante como Byron pudiera robarlo y el coche de carreras que Bayard Sartoris conducía demasiado de prisa por nuestras carreteras comarcales (las señoras de Jefferson decían que era porque lamentaba tanto la muerte en combate de su hermano gemelo que también él quería matarse, aunque en mi opinión a Bayard le gustaba la guerra y ahora que ya no había más guerra en la que

intervenir, se enfrentaba con la espantosa posibilidad de tener que ponerse a trabajar) hasta que su abuelo decidió acompañarle con la esperanza de que fuese más despacio; en consecuencia de lo cual, la normal inspección necesaria para su reorganización reveló los latrocinios de Byron Snopes, con el resultado de que, para salvar el buen nombre del banco cuyo padre había ayudado a fundar, Manfred De Spain permitió que Flem Snopes se convirtiera en su vicepresidente— la consecuencia definitiva de todo ello fuese, al parecer, la desaparición de la gorra a cuadros de Flem Snopes, sustituida por el sombrero negro de político o de predicador.

Porque seguía utilizando el sombrero. Se lo veíamos todos los días en los alrededores de la plaza. Pero nunca ya en el banco, su banco, aquél en que Flem no era sólo miembro del consejo de administración sino que ocupaba en su jerarquía un sitio con designación oficial, la de segundo jefe. Ni siquiera para depositar en él su propio dinero. Ah, sí; eso lo sabíamos; Ratliff nos lo había asegurado. Ratliff tenía que estar ya al corriente de una cosa así a aquellas alturas. Después de tantos años de trabajo para establecerse y mantenerse como alguien único en Jefferson, Ratliff no se podía permitir, no podía atreverse a ir por la calle sin disponer de respuesta para todas y cada una de las situaciones que no eran asunto suyo. Ratliff sabía: no sólo que Flem Snopes no era ya cliente del banco cuya vicepresidencia ocupaba, sino que en el segundo año de su mandato había traspasado su cuenta al otro, al banco rival, el más antiguo de Jefferson.

Así que todos sabíamos a qué obedecía aquello. Quiero decir que estábamos en lo cierto desde el principio. Todos menos Ratliff, por supuesto, que nos había disuadido en contra del conjunto concertado de nuestras opiniones. Habíamos visto a Flem detrás de la reja de su banco mientras aprendía de manera autodidacta las complejidades del sistema bancario con el fin de sondear cuidadosamente el tosco e incómodo método con el que su primo o sobrino Byron se había procurado su insignificante y poco ambicioso botín; le habíamos visto dentro y fuera de la cámara acorazada mientras aprendía el ciclo de las mareas, el ascenso y descenso del dinero en efectivo hasta averiguar el mejor momento para el pillaje; ahora creíamos que, llegado el momento, Flem se las habría arreglado para que sus beneficios fueran del ciento por ciento, que arreglaba las cosas con tiempo para no tener que robar ni un céntimo olvidado de su propio dinero.

—No —dijo Ratliff—. No.

—En cuyo caso, se derrotará a sí mismo —dije yo—. ¿Qué espera que suceda cuando los demás depositantes, en especial los ignorantes que saben tan poco de bancos y los listos que saben demasiado sobre los Snopes, se enteren de que el vicepresidente del banco ni siquiera guarda dentro la calderilla?

—No, háganme caso —dijo Ratliff—. Ustedes...

—De manera que espera..., desea..., sueña con iniciar un pánico contra su propio banco, no para robarlo sino para vaciarlo, acabar con él. De acuerdo. Pero, ¿por qué? ¿Para vengarse de Manfred De Spain?

—¡No, no, háganme caso! —dijo Ratliff—. Se lo aseguro, no entienden en absoluto a Flem Snopes, están todos equivocados. Les aseguro que más que respeto siente activa reverencia por el dinero (Ratliff siempre decía «activa» en lugar de «auténtica», aunque en este caso creo que su elección era más precisa que la del diccionario). Lo último que haría sería perjudicar al banco. Porque cualquier banco, tanto si es suyo como si no, representa dinero, y la última cosa que haría Flem Snopes sería insultarlo o degradarlo manejándolo mal. Probablemente hay una sola cosa en su vida de la que se avergüenza y que nunca volverá a hacer. Y es el asunto del latón en la central eléctrica. Lo más probable es que ahora se despierte por la noche y dé vueltas y se angustie pensando en ello. No porque perdiera dinero, puesto que nadie sabe todavía ni lo sabrá nunca, si activamente perdió dinero o no dado que nadie sabe cuánto latón viejo pudo haber vendido antes de cometer la equivocación de tratar de hacerlo al por mayor con la ayuda de Tom Tom Bird y Tomey Beauchamp. Se avergüenza porque cuando ganó dinero de esa manera, se rebajó hasta ponerse a la altura de la gente que desperdicia el dinero porque, en primer lugar, lo roban y, en segundo, no tienen un sitio para ponerlo sin correr el riesgo de perderlo en cuanto vuelvan la espalda.

—Entonces, ¿qué es lo que se propone? —dije—. ¿Qué es lo que intenta hacer?

—No lo sé —dijo Ratliff. Y ahora no sólo no sonaba como Ratliff, al reconocer su ignorancia, sino que ni siquiera parecía Ratliff: el habitual rostro afable, bien afeitado, burlón, inescrutable, quizá no del todo desconcertado, pero sin duda interrogativo, serio—. No lo sé. Tenemos que pensarlo. Por eso he venido a verle: por si acaso estaba enterado. Con la esperanza de que usted lo supiera —después ya era Ratliff otra vez, humorístico, irónico, invenciblemente..., quizá la palabra que busco no sea optimista ni valiente ni esperanzado, sino más bien cuerdo o incluso inocente—. Pero, naturalmente, usted tampoco lo sabe. Maldita sea, el problema es que nunca sabemos nada con tiempo suficiente para tomarle la delantera. Es como un conejo, o tal vez una alimaña más grande, una con más veneno o por lo menos con más dientes, en un bancal o entre unas malezas: se ve el movimiento de las matas pero no se sabe qué es ni en qué dirección avanza hasta que aparece. Pero entonces sí se le puede ver, y de ordinario se llega a tiempo. Por supuesto hay que actuar de prisa cuando aparece, y el animal tiene ventaja sobre ti porque ya se está moviendo, dado que sabe hacia dónde va, y tú no te mueves porque todavía no lo sabes. Pero de ordinario se tiene tiempo.

Aquella fue la primera vez que se movieron las matas. La vez siguiente fue casi un año después; V. K. reapareció y dijo:

—Buenos días, abogado —y era Ratliff otra vez, afable, tranquilo, cortés, un poco demasiado condenadamente inteligente—. He pensado que quizá le gustara oír las últimas noticias, siendo como es un miembro de la familia por simple mala suerte y vulnerabilidad, podríamos decir. Dado que hasta el momento nadie está enterado, excepto los consejeros del banco de Jefferson.

—¿El banco de Jefferson? —pregunté.

—Efectivamente. Se trata de ese chico que no es un Snopes, el hijo de Eck, el otro no-Snopes que saltó por los aires con aquel depósito de queroseno vacío mientras usted estaba en la guerra, porque malgastó el tiempo buscando a un niño extraviado que ni siquiera se había perdido, aunque su mamá lo creyera...

—Sí —dije—. Wallstreet Panic.

Porque estaba enterado de aquello: el hijo no-Snopes de un no-Snopes que había tenido la suerte de encontrar o de que lo encontrara una buena mujer siendo aún muy joven: la maestra de segundo grado que, al reconocer sin dificultad la anomalía que le separaba de los Snopes, además de explicarle lo que significaba Wallstreet Panic, le dijo que no estaba obligado a utilizarlo si no quería; y si le asustaba un cambio demasiado violento, podía dejarlo en Wall Snopes, puesto que Wall era un buen nombre de pila, que había llevado con valentía un denodado general de Mississippi en Chickamauga y en Lookout Mountain, y si bien ella no creía que, siendo un no-Snopes, tuviera que acordarse especialmente del valor, recordarlo nunca hacía daño a nadie.

Y cómo Wall había utilizado la indemnización que la compañía propietaria del depósito pagara por la estrafalaria e innecesaria muerte de su padre, impropia de un Snopes, para comprar parte de una tienda de ultramarinos en una callecita a trasmano de la que había sido dependiente después de las clases y además chico de los recados los sábados, y cómo siguió ahorrando dinero hasta que, al morir el antiguo propietario, él, Wallstreet, se había convertido en dueño único del establecimiento. Y también estaba al tanto de cómo había llegado a casarse quien no había sido nunca un Snopes, jamás un Snopes en este mundo: predestinado, condenado, corrompido y confeso no solamente por la generosidad sino por el buen gusto; practicando una sencilla generosidad absurda inocente sin recompensa, por no decir nada del buen gusto, incluso más allá de su reputación, cuando la ciudad supo que había hecho una propuesta de matrimonio a una mujer diez años mayor.

Eso fue lo que hizo, sin esperar siquiera a graduarse —la ocasión, el momento en que con el sofocante y tieso traje nuevo de sarga avanzaría sudando entre la muda agonía de las flores cortadas, para subir a la tribuna y recibir el diploma de manos del director—, tan sólo hasta el día en que supo que había terminado en el instituto, que se hallaba para siempre jamás fuera de su radio de acción y ya no podía ayudarle ni perjudicarle (tenía diecinueve años. Siete años antes, él y su hermano de seis se habían incorporado al mismo jardín de infancia. Durante este último año sus notas fueron tales que le dispensaron de examinarse). Lo que hizo fue dejar la tienda de la que, de hecho si no de derecho, era ya propietario, justo a tiempo para estar en la esquina cuando sonó la campana que anunciaba el final de las clases, allí de pie, mientras los niños del jardín de infancia, después los de primer grado, pasaban en tropel a su lado; luego los de segundo grado; allí de pie, dejando que el flujo liliputiense se dividiera en torno a ellos como un arroyo en torno a dos garzas,

mientras sin intentar siquiera tocarla, a la vista de todo aquel Jefferson juvenil, le pidió que se casara con él y luego vio cómo, al igual que otro maestro que los observaba desde lejos, ella se le quedaba mirando, levantaba parcialmente una mano defensiva y luego se echaba a llorar, precisamente allí a plena vista de los cien niños que en cualquiera de los tres o cuatro últimos años habían sido sus alumnos de segundo grado, y para quien ella había sido mentor, autoridad, ser infalible.

Hasta que pudo alejarla un poco, llevarla al campo de juegos vacío, ocultándola él mismo mientras utilizaba su pañuelo —el de Wall— para serenarse, y luego, en contra de todas las reglas del instituto y también del decoro, volver al aula vacía con olor a tiza y a angustiosos esfuerzos mentales y a la austera inflexibilidad de los hechos, guiándole ella, pero no para el beso de esponsales, no para permitirle siquiera que la tocara ni menos aún para recordarle que siete años antes ya tenía veintidós, y que doce meses después Wall descubriría que todo Jefferson llevaba un año riéndose de él. Porque era más, mucho más, que simplemente la persona con la suficiente presciencia para ver siete años más allá de aquel pánico en Wall Street: una dama que, secas ya las lágrimas, volvió a convertirse en la señorita Wyott, o más bien señorita «Vaiden», como los chicos del Sur llamaban a su maestra, y le respondió sin dar ninguna de esas tristes razones: le dijo simplemente que ya se había prometido y que esperaba que algún día conociera a su novio porque estaba segura de que llegarían a ser buenos amigos.

Con el fin de que no supiera la verdad hasta que fuese mucho mayor y tuviese más sensatez. Para que no se enterase entonces, cuando era demasiado tarde porque no era demasiado tarde, puesto que ¿no acabo de decir que la señorita Wyott era prudente, y más aún que prudente, presciente? Recuérdese también que procedía del campo (su rama familiar seguía en posesión del vado, cruce, embarcadero más próximo, antes de que Jefferson se convirtiera en Jefferson), de manera que conocía de antemano a la chica, supo incluso qué chica, puesto que al parecer lo llevó directamente allí, antes de que transcurriera una semana, casi como si dijera «Esa es. Cásate con ella» y al cabo de un mes Wall ni siquiera supo que no había reparado en que la señorita Vaiden Wyott había renunciado a su puesto en el instituto de Jefferson donde enseñara segundo grado durante un decenio, para aceptar otro empleo en un centro docente de Bristol, Virginia, ya que cuando llegó aquel día del otoño era, desde hacía dos meses, el marido de una muchacha nerviosa, decidida, no del todo fea, con una ambición igual a la de Wallstreet y una voluntad si cabe más decidida contra el pantano, la ciénaga, el fétido borboteo del que su marido (ella así lo creía como es lógico) se había librado alzándose por los tirantes y los cordones de las botas, con ella misma de dependiente en la tienda de manera que su suegra se quedaba en casa para cocinar y hacer las tareas domésticas; con ella misma, aunque por entonces no pesaba aún los cuarenta y cinco kilos, haciendo las tareas de un aprendiz —barrer, pelearse a brazo partido con los barriles de harina y melaza, hacer el reparto con la bicicleta que se utilizaba para atender a los encargos telefónicos

hasta que tuvieron dinero para comprar un Ford modelo T de segunda mano— durante las horas en que el hermano menor, Almirante Dewey, estaba en el instituto al que ahora ella, su cuñada, le obligaba a ir tanto si quería como si no.

Sí, todos lo sabíamos; era parte de nuestro folclore, o de nuestro snopeslore, si se prefiere: cómo Flem en persona fue el segundo en advertir que allí había un hombre joven que haría dinero gracias, sencillamente, a su honradez y laboriosidad, y trató de conseguir una participación en el negocio o, al menos, prestar dinero a Wallstreet para ampliarlo; y todos sabíamos quién había rechazado la oferta. Es decir, nos gustaba creer, puesto que ya conocíamos un poco a Wallstreet, que habría dicho no de todas formas. Pero como también habíamos llegado a conocer a su mujer, estábamos convencidos de que la respuesta sería no. También era parte de nuestro folclore cómo Wall había aprendido a ser dependiente primero y socio después sin reparar en dificultades y tendría también que aprender a ser propietario trabajando mucho: y, tal como cabía esperar, cómo con el tiempo compraría más de lo que le permitían sus reservas e iría a pedir ayuda al banco del coronel Sartoris.

Y entonces nos dimos cuenta por primera vez de que Flem Snopes era de verdad miembro del consejo de administración de un banco de Jefferson. Quiero decir, que un Flem Snopes podía serlo de verdad. Claro, habíamos visto su nombre entre los otros en el informe anual del banco, encima de la reproducción de la firma ilegible del coronel Sartoris como presidente, pero habíamos llegado a la lógica conclusión de que se trataba tan sólo del delegado del viejo Will Varner para las votaciones, que se ahorraba así un viaje a la ciudad; todo lo que pensamos fue: «Eso quiere decir que Manfred De Spain dispondrá también del paquete de acciones de tío Billy en el caso de que alguna vez le haga falta».

Y evidentemente sabíamos, creíamos, que Flem había intentado de nuevo conseguir una participación en el negocio de Wallstreet, sacarle de apuros con un préstamo privado y personal antes de oponerse, como miembro del consejo de administración, al préstamo del banco. Porque creíamos que ahora lo entendíamos todo; al parecer sólo se nos había escapado el control de Flem sobre el representante para obligarle a convencer a Wallstreet de que comprara en exceso, y sobre el mayorista de St. Louis para que aceptara la venta..., muy probablemente el mismo signo o marca de mal de ojo que se proponía usar con el otro banco, el banco de Jefferson, para impedir que concediera un préstamo a Wallstreet después de que el banco del coronel Sartoris rechazara su solicitud.

Pero nunca existió la menor duda sobre cuál de los Wallstreet Snopes le había dicho a Flem que no. Todos pudimos verla aquella mañana, corriendo, delgada, más decidida que nerviosa, todavía con un peso inferior a los cuarenta y cinco kilos, con un aspecto, incluso después de seis meses de matrimonio, no tanto de ninfa como de cierva, no caminando por las aceras de la plaza como hacen los peatones, sino

atravesándola por el centro, corriendo entre los automóviles y las carretas con sus parejas de mulas, hasta llegar al banco y entrar en él (pero no supimos cómo comprendió, adivinó de inmediato que le habían negado el préstamo, aunque pensándolo bien, también eso era evidente: la simple, automática, feroz antipatía contra los Snopes que saltó tan pronto como el sentido común le advirtió que al banco no tenía por qué llevarle tanto tiempo decir «Sí», y que Flem Snopes formaba parte de su consejo de administración), correr por el vestíbulo llorando ya: «¿Dónde está? ¿Dónde está Wall?» para volver a salir de inmediato cuando le dijeron: «Se ha ido», pero no desesperaba, tan sólo decidida y con prisa, a la calle donde otra persona le dijo qué dirección había tomado su marido: la de la calle a trasmano por donde se llegaba a la casa alquilada donde vivía Flem, que carecía de despacho o de cualquier otro local de negocios, corriendo ahora hasta alcanzarlo, justo a tiempo. Y cualquiera que pasara por allí podría haber presenciado la siguiente escena: colgada de él a plena luz en una época en que ni siquiera los enamorados se abrazaban en público y nadie que fuera una señora decía en ningún momento «maldito sea», gritando (llorando también pero sin lágrimas, como si la tensa cara decidida, irreconciliable, abrasara y evaporase las lágrimas tan de prisa como aparecían sobre ella): «¡Ni se te ocurra! ¡Malditos Snopes! ¡Que Dios los confunda!».

De manera que pensamos, por supuesto, que el padre de la chica, un pequeño agricultor, pero persona ahorrativa, había encontrado el dinero de alguna manera. Porque Wallstreet salvó su negocio. Y no sólo había aprendido el valor de la solvencia como resultado de aquella experiencia, sino también algo más acerca del éxito. Un año después había alquilado (luego comprado) el establecimiento vecino, convirtiéndolo en depósito de mercancías, en almacén, de manera que era capaz de comprar lotes al por mayor por menos dinero; unos pocos años más y había alquilado la última caballeriza de Jefferson, al mismo tiempo que derribaba la pared entre las dos tiendas, y ahora tenía en Jefferson el primer autoservicio de ultramarinos que habíamos visto nunca, organizado de acuerdo con el modelo que las grandes cadenas utilizarían por todo el país; la calle a la que daba su tienda formaba una L con el callejón del viejo restaurante Snopes, de manera que la tienda de campaña donde había pasado su primera noche en Jefferson estaba exactamente detrás de su establecimiento; Wall compró o alquiló aquel solar (ahora había más automóviles en Jefferson) y lo convirtió en aparcamiento, enseñando así a las amas de casa a acudir a la ciudad en busca de sus ofertas especiales y a llevárselas a casa ellas mismas.

Es decir, que nosotros —o más bien yo— pensábamos, hasta ahora, que fue su suegro quien encontró el dinero para sacarle del apuro.

—Vaya, que me aspen —dije—. De manera que fuiste tú.

—Efectivamente —dijo Ratliff—. Todo lo que yo quería era un pagaré. Pero Wallstreet insistió en asociarme con él. Y le voy a decir otra cosa que estamos decididos a hacer. Estamos decididos a convertirnos en mayoristas.

—¿Cómo? —dije.

—Vamos a fundar aquí en Jefferson una compañía de ventas al por mayor como las grandes de St. Louis, de manera que en lugar de tener que pagar unos gastos de transporte muy elevados por una cantidad muy pequeña de mercancías o arriesgarse a comprar en exceso algún artículo perecedero para ahorrar gastos de transporte, un minorista en cualquier punto del condado podrá comprar sólo lo que necesita a buen precio sin tener que sumarle ningún gasto de transporte.

—Que me aspen si no es una gran idea —dije—. ¿Por qué no lo pensaste tú mismo hace años?

—Es cierto —dijo Ratliff—. ¿Y por qué no usted?

—Que me aspen si no es estupendo —volví a decir. Luego añadí—: Demonios coronados, ¿todavía vendéis participaciones en el negocio? ¿Puedo incorporarme?

—¿Por qué no? —dijo—. Con tal de que no se apellide usted Snopes. Quizá incluso pudiera comprar una participación con tal de no llamarse Flem Snopes. Pero antes tiene que contar con la aprobación de esa chica. Su mujer. Tiene usted que pararse allí un momento cuando le venga bien y oírle decir una sola vez: «Esos malditos Snopes». Sí, claro, todos lo hemos pensado y algunos incluso hasta lo hemos dicho en voz alta. Pero ella es diferente. Lo dice en serio. Y tampoco permitirá que Wallstreet cambie.

—Sí —dije—. He oído hablar de eso. Y me pregunto por qué no se cambian de apellido.

—No, no —dijo Ratliff—. No lo entiende usted. La chica no quiere cambiarlo. Sólo quiere refutarlo. No trata de sacar a Wall de los Snopes agarrándolo del pelo, no quiere escapar de los Snopes. Quiere purificar el mismo apellido Snopes. Tiene que ganar a los Snopes desde dentro. Pásese por allí y escúchela.

—Una compañía al por mayor —dije—. Así que por eso Flem... —pero era una tontería, como Ratliff comprendió incluso antes de que yo lo dijera.

—¿... cambió la cuenta corriente de su banco al otro? No, no. No estamos usando los bancos de aquí. No los necesitamos. Probablemente Flem fue la primera persona de Jefferson que se enteró. Wall tiene demasiado buen crédito con los grandes mayoristas y corredores con que tratamos. Tal como ellos lo ven, no perjudica el negocio particular de nadie: está ayudando a todos los negocios. No necesitamos de ningún banco. Pero pretendemos..., es decir, Wall quiere que siga siendo un negocio familiar. De manera que vaya a verle si quiere una participación.

—Lo haré —dije—. Pero, ¿qué es lo que Flem se propone? ¿Por qué sacó el dinero del banco de Manfred en cuanto lo hicieron vicepresidente? Porque todavía lo es, de manera que posee acciones. Pero no guarda ahí su dinero. ¿Por qué?

—Ah —dijo—. ¿Es eso lo que le preocupa? Bueno, todavía no estamos seguros. Todo lo que hacemos es ver cómo se mueven las matas —entre la voz y la cara había siempre dos Ratliff: el segundo ofreciéndote una honesta y sincera oportunidad de adivinar el significado de lo que el primero estaba diciendo, con tal de que uno fuese lo bastante listo. Pero esta vez el segundo Ratliff trataba de decirme algo que, por la

razón que fuera, el otro no podía expresar con palabras—. Mientras viva esa chiquilla, Flem carecerá del más mínimo ascendiente sobre Wall. De manera que Eck Snopes queda excluido. Y I. O. nunca contó, porque I. O. nunca ha tenido el menor valor ni siquiera para I. O., y menos aún para que cualquier otra persona se quede con un porcentaje del beneficio. De manera que con eso, más o menos, se agotan todos los Snopes al alcance de la mano con los que un tipo muy trabajador y aplicado podría obtener una participación forzosa en la cosecha.

—Está ese... —dije.

—De acuerdo —dijo Ratliff—. Lo diré por usted. Montgomery Ward. La galería fotográfica. Si Flem no ha participado en ese asunto desde el primer momento, es que nunca ha tenido intención de ser su socio. Y el hecho de que no haya ninguna fotografía nueva en el escaparate desde hace más de un año, y más aún el hecho de que Jason Compson cobre puntualmente el alquiler por el local de su madre a partir del segundo mes después que Montgomery Ward abriera su tienda, son prueba suficiente de que Flem comprendió desde el primer día que no merecía la pena malgastar su tiempo en ello. Así que sólo se me ocurre un objeto Snopes que todavía le quede disponible.

—De acuerdo —dije—. Has conseguido que pique.

—Aquella moneda de oro de veinte dólares.

—¿Qué moneda de oro de veinte dólares?

—¿No se acuerda de lo que le dije aquel día, acerca de cómo cuando un chico del campo hace su primer viaje de sábado por la noche a Memphis, lleva un billete de veinte dólares prendido por dentro de la camiseta para poder por lo menos volver a casa?

—Sigue —dije—. No te pares ahora.

—¿Qué hay en Jefferson que Flem no ha conseguido todavía? La única cosa que tal vez quiera. ¿Algo por lo que quizá ha estado trabajando desde que sacaron al coronel Sartoris de aquel automóvil accidentado y Flem utilizó los votos de tío Billy Varner para convertir a Manfred De Spain en presidente del banco?

—Ser él mismo presidente —dije—. ¡No! —exclamé—. ¡No puede ser! ¡No debe ser! —pero él se limitó a mirarme—. Imposible —dije.

—¿Por qué imposible? —preguntó él.

—Porque para usar lo que llamas su moneda de oro de veinte dólares tiene que utilizar a su mujer. ¿Quieres decirme que crees por un solo momento que su mujer se pondría de su lado contra Manfred De Spain? —pero se limitó a seguir mirándome—. ¿No estás de acuerdo? —dije—. ¿Cómo va a confiar en que suceda una cosa así?

Sí; seguía mirándome.

—Eso sucederá sólo cuando por fin salga de entre las matas —dijo—. Para ir a donde podamos verlo. A un claro. ¿Cuál será ese claro?

—¿Un claro? —pregunté.

—¿Un claro al que se ha acercado trabajando mucho?... Está bien —dijo ¿Qué le

ha empujado a cavar entre los matorrales para salir de ellos?

—La rapacidad —dije—. Codicia. Dinero. ¿Qué otra cosa necesita? ¿Qué otra cosa quiere? ¿Qué otra cosa le ha impulsado nunca?

Pero se limitó a seguir mirándome, y ahora pude ver cómo se esfumaba la expresión porfiada hasta quedar sólo el rostro familiar, afable, tranquilo, impenetrable y cortés. Sacó el modesto reloj que llevaba en el bolsillo del pecho, atado con un cordón de zapato al ojal de la solapa.

—Pues resulta que casi es hora de comer —dijo—. El momento justo de ponerme en camino.

IX. V. K. Ratliff

Porque se equivocaba. Se equivocaba completamente.

X. Charles Mallison

Finalmente pillaron a Montgomery Ward Snopes. Quiero decir que pillaron a Grover Cleveland Winbush. Como dijo Ratliff, cualquiera que vendiera algo ilegalmente y que tuviera tan poco sentido común como para incluir a Grover Cleveland Winbush entre sus clientes merecía que lo pillaran.

Pero tío Gavin dijo que, incluso sin la ayuda de Grover Cleveland, Montgomery Ward estaba destinado a que lo atraparan antes o después, puesto que sencillamente no había sitio en la cultura de Jefferson, Mississippi, para una vocación o pasatiempo o interés como el que Montgomery Ward había tratado de implantar entre nosotros. En Europa, sí; y quizá también entre los ricos o los bohemios de las grandes ciudades. Pero no en una zona habitada en su mayor parte por baptistas dedicados a la agricultura.

De manera que pillaron a Grover Cleveland. Fue una noche, y no demasiado tarde. Me refiero a que todas las tiendas estaban cerradas pero aún volvían a casa los espectadores de la segunda sesión del cinematógrafo; y algunos, imagino que cualquiera que pasara y mirase dentro por casualidad, vieron a los dos individuos dentro del *drugstore* de tío Willy Christian, intentando abrir el armario donde se guardaban las medicinas; y aunque eran unos desconocidos —es decir, ninguno de los que pasaban por allí los reconoció—, quienes miraron dentro y los vieron dijeron al día siguiente que no le dieron ninguna importancia, dado que no era tarde y que como Grover Cleveland, en su calidad de vigilante nocturno, no tenía otra ocupación que pasearse por la plaza y echar una ojeada a las tiendas, más pronto o más tarde tendría que verlos en el caso de que su presencia en el *drugstore* no estuviera justificada.

Eso fue todo lo que pasó hasta que a la mañana siguiente tío Willy abrió su negocio y se encontró con que alguien había entrado en la tienda y además de llevarse el dinero de la caja de caudales arrambló con toda la morfina y las pastillas para dormir que había en el armario de las medicinas que sólo se despachan con receta. Eso fue lo que causó todo el problema. Ratliff dijo que, excepto el contenido del armario de las medicinas, se podían haber llevado el dinero e incluso todo lo que había en el *drugstore*, incluido el alcohol, porque Walter Christian, el ordenanza negro, robaba el alcohol, una copa cada vez, desde que tío Willy y él eran muchachos y empezaron a trabajar juntos en la tienda, y tío Willy habría lanzado maldiciones y dado patadas contra el suelo, como es lógico, e incluso habría llamado a la policía, y eso hubiera sido todo. Pero quienquiera que tocara el armario donde guardaba la morfina provocaba un escándalo. Tío Willy era soltero, de unos sesenta años, y si alguien entraba en el *drugstore* en mal momento, hasta los niños se exponían a que los recibiera con un gruñido. Pero si se tenía la precaución de recordar cuál era el

momento oportuno, tío Willy suministraba pelotas y bates para nuestros equipos de béisbol y después del partido invitaba a helado a todos los jugadores tanto si habían ganado como si no. Bueno, hasta que un verano algunas de las beatas decidieron reformarle. Después de aquello era difícil saber cuándo se podía hablar con él y cuándo no. Luego las beatas renunciaron durante una temporada y todo volvió a ser como antes.

Aparte de eso, los inspectores federales de medicamentos llevaban años enfadándose y riñéndole porque guardaba la morfina en aquel endeble cajón de madera que cualquiera podía descerrajar con un destornillador o la hoja de una navaja o quizá incluso con una horquilla, aunque tío Willy tuviera una llave que escondía debajo de una garrafa muy grande con un letrero de *Nux Vomica*, en una estantería que nadie más que él tocaba porque estaba tan oscura que ni siquiera Walter se acercaba, puesto que tío Willy no podía saber si barría o no, incluso aunque lo hiciera; y tío Willy tenía que prometer todas las veces a los inspectores que a partir de aquel momento guardaría la morfina en la caja de caudales.

De manera que esta vez tío Willy iba a tener más problemas que nunca para explicarles por qué no había guardado la morfina en la caja de caudales como prometiera; porque recordarles que, aunque lo hubiera hecho, los ladrones se la habrían llevado de todas formas, no serviría de nada si se tiene en cuenta que, como dijo Ratliff, a los funcionarios federales no les interesaba si las cosas daban resultado o no; toda su preocupación era que se hicieran exactamente como sus reglas decían que se debían hacer.

Así que la verdadera causa de que pillaran a Montgomery Ward Snopes fue tío Willy, porque se puso como una fiera. Estuvo tan furioso durante algún tiempo que nadie averiguó cuánto le habían robado o incluso de qué estaba hablando, a pesar de que seguía entrando en la tienda gente de la calle, más para contemplar a tío Willy que para ver dónde había sido el robo; hasta que por fin alguien dijo (fue Ratliff, por supuesto):

—Tío Willy no necesita aún al *sheriff*. Primero hay que llamar al doctor Peabody.

—Tienes toda la razón —le dijo tío Gavin a Ratliff—. ¿Por qué tienes siempre que ser tú?

Tío Gavin volvió a donde Skeets Mc Gowan, dependiente y camarero de tío Willy, y otros dos muchachos, con la cabeza dentro de la caja de caudales abierta, estaban mirando el sitio de donde habían robado el dinero, lo apartó a un lado y le dijo que subiera corriendo a decirle al doctor Peabody que bajara cuanto antes. Luego tío Gavin y los demás rodearon a tío Willy manteniéndolo más o menos quieto sin llegar nunca a sujetarlo hasta que apareció el doctor Peabody con la jeringuilla en la mano, expulsó a la mayoría de los presentes, le remangó un brazo al paciente, se lo cubrió de nuevo después de pincharle, y por fin tío Willy pasó de estar furioso a simplemente enfadado.

Así que tío Willy fue el responsable de que atraparan a Montgomery Ward. O lo

fueron los dos tipos que le robaron la morfina. Para entonces ya sabíamos que varias personas que salían del cine los habían visto en la tienda, y en seguida tío Willy quiso saber dónde estaba Grover Cleveland Winbush durante todo aquel tiempo. Sí, señor; ya no estaba furioso. Sencillamente enfadado, Y tan tranquilo y sereno y decidido como un tábano. A la hora que era, las nueve de la mañana, Grover Cleveland estaría en casa durmiendo. Alguien dijo que te telefonearían para decirle que se presentase en la plaza lo más deprisa que pudiera.

—Demonios —dijo tío Willy—. Eso va a ser mucho tiempo. Iré yo mismo a su casa. Lo despertaré y vendré con él a la ciudad. No tendrá que preocuparse de la velocidad porque ya me ocuparé yo. ¿Quién tiene un automóvil?

Pero el señor Buck Connors, el jefe de policía, ya había aparecido para entonces.

—Espere un momento, tío Willy —dijo—. Hay una manera buena y otra mala de hacer las cosas. Y esto lo queremos hacer bien. Probablemente los que han entrado aquí ya han echado a perder casi todas las pruebas. Pero por lo menos podemos emprender la investigación de acuerdo con las normas de la policía. Además, Grover Cleveland ha estado de servicio toda la noche. Y hoy tendrá que volver a pasar la noche despierto. Hay que respetar su sueño.

—Exactamente —dijo tío Willy—. Exactamente. Despierto toda la noche, pero no lo bastante despierto para ver a dos condenados sinvergüenzas robando mi establecimiento delante de toda la condenada ciudad. Robándome medicinas por valor de trescientos dólares, y sin embargo Grover Winbush...

—¿Cuánto se han llevado en metálico? —preguntó el señor Connors.

—¿Cómo? —dijo tío Willy.

—¿Cuánto dinero había en la caja de caudales?

—No lo sé —respondió tío Willy—. No lo conté... Pero desde luego hay que respetar el sueño de Grover Winbush, a quien pagamos ciento veinticinco dólares al mes para que se despierte cada hora durante la noche y eche un vistazo por la plaza. Si no hay nadie que tenga un coche, que alguien llame a un taxi. Ese hijo de perra me ha costado Ya trescientos dólares; no voy a cruzarme de brazos por veinticinco centavos más.

Pero lograron sujetarlo mientras alguien telefoneaba a Grover Cleveland. Y al principio pensamos que quien le había telefoneado y despertado había aprovechado también para asustarlo a conciencia, hasta que nos enteramos de lo demás y comprendimos que, para asustarse, Grover Cleveland sólo necesitaba saber que había pasado algo por algún lugar de Jefferson la noche anterior, y que él tendría que haberlo visto si hubiera estado donde se suponía que tenía que estar o donde la gente creía que estaba. Porque muy poco después Ratliff dijo:

—Ése era él. Acabo de verlo.

—¿Dónde? —preguntó alguien.

—Acaba de esconder la cabeza a toda velocidad en aquel callejón —dijo Ratliff. Todos nos quedamos mirando el callejón, que llevaba a la plaza por una calle

secundaria a la que Grover Cleveland podía haber llegado desde su pensión a través de solares vacíos. En seguida salió del callejón, caminando a buen paso. No llevaba uniforme como el señor Connors, sino ropa corriente, con el faldón de la levita por encima de la culata de la pistola y la porra en el bolsillo trasero del pantalón, y avanzaba de prisa calle adelante, alzando los pies como un gato sobre una estufa encendida. Y si alguno de ustedes pensaba que fue el señor Connors, o incluso el *sheriff* Hampton, quien dirigió la investigación, se equivoca, porque fue tío Willy en persona. Al principio Grover Cleveland trató de echarse un farol. Luego se replegó en la mentira. Y finalmente se limitó a replegarse.

—¿Qué tal, muchacho? —dijo tío Willy—. Siento haberte despertado a mitad de la noche de esta manera, pero me gustaría que respondieras a unas cuantas preguntas. La primera es ¿dónde estabas, aproximadamente, más o menos, anoche a las diez y media exactamente, más o menos?

—¿Quién, yo? —dijo Grover Cleveland—. Donde estoy siempre a esa hora: junto a la puerta de la gasolinera, para que si alguien necesita algo después de la última sesión de cine, si, por ejemplo, alguien ha perdido las llaves del coche o se encuentra quizá con un pinchazo en una rueda...

—Vaya, vaya —dijo tío Willy—. Y sin embargo no viste una luz en mi establecimiento ni a los dos condenados sinvergüenzas...

—Espere —dijo Grover Cleveland—. Miento. Cuando vi que empezaba a salir la gente de la última sesión, me fijé en la hora, diez y media o quizá once menos veinticinco, y decidí ir a cerrar el Ganso Azul y quitarme eso de en medio mientras tenía tiempo —el Ganso Azul era un café para negros más allá de la desmotadera—. Me había equivocado —continuó Grover Cleveland—. Ahí es donde estaba.

Tío Willy no hizo el menor comentario. Se limitó a torcer la cabeza un poco y a gritar: ¡Walter! El interpelado apareció en seguida. Su abuelo había pertenecido al abuelo de tío Willy antes de la rendición en Appomatox; tío Willy y él eran casi de la misma edad y muy parecidos, excepto que, en lugar de interesarse por la morfina, Walter le daba un tiento al alcohol medicinal cada vez que tío Willy dejaba la llave y volvía la espalda y, en todo caso, Walter era un poco más irascible y corto de genio. Así que salió de la trastienda y dijo:

—¿Quién me llama?

—Yo —respondió tío Willy—. ¿Dónde estabas anoche a las diez y media?

—¿Quién, yo? —dijo Walter exactamente igual que Grover Cleveland, sólo que lo dijo como si tío Willy le hubiera preguntado dónde estaba cuando el doctor Einstein propuso por vez primera la teoría de la relatividad—. ¿Me está usted hablando de anoche? —dijo—. ¿Dónde se imagina usted que estaba? En casa, durmiendo.

—Estabas en ese condenado café del Ganso Azul, como haces todas las noches hasta que Grover Winbush, aquí presente, aparece, os echa a todos los negros y lo cierra —dijo tío Willy.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta, si lo sabe usted perfectamente? —dijo Walter.

—Está bien —dijo tío Willy—. ¿A qué hora cerró anoche el café el señor Winbush? —Walter, que siempre tenía los ojos rojos, se limitó a parpadear. Utilizaba una vieja heladora de mano para hacer los helados que vendía tío Willy en el *drugstore* y se refugiaba para ello en el sótano, un sitio fresco y oscuro con una sola puerta que daba al callejón de detrás de la tienda. Así que al pasar por delante, sentado como estaba en la oscuridad y dando vueltas a los trozos de hielo, prácticamente lo único que se veía eran sus ojos rojos, que no parecían malévolos ni salvajes, sino tan sólo peligrosos si se cometía la equivocación de salir del propio elemento y entrar en el suyo, como si se tratara de un dragón o un cocodrilo. Así que no hizo más que parpadear.

—¿A qué hora cerró Grover Winbush el Ganso Azul? —repitió tío Willy.

—Yo me fui antes —dijo Walter. Y de repente (no nos habíamos dado cuenta aún) también estaba allí el señor Hampton, observando con atención todo lo que pasaba. El señor Hampton no parpadeó como Walter. Era un hombre alto y corpulento con una gran tripa y ojillos claros de mirada penetrante que no parecían tener la menor necesidad de parpadear y que contemplaban fijamente a Grover Cleveland.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó a Walter.

—Demonios coronados —dijo tío Willy—. Desde el día en que lo abrieron nunca se ha marchado de ese maldito café antes de que apaguen las luces.

—Ya lo sé —dijo el señor Hampton. Seguía mirando a Grover Cleveland con sus ojillos claros de mirada penetrante que no parpadeaban—. También he sido durante mucho tiempo alguacil y *sheriff* aquí. ¿Dónde estabas anoche cuando la gente te necesitaba? —le preguntó a Grover Cleveland, que volvió a intentarlo; por lo menos hay que reconocerle eso, aunque es cierto que ni siquiera él se lo creía ya:

—Ah, se refiere usted a los dos individuos que estaban en la tienda de tío Willy anoche hacia las diez y media. Sí, claro que los vi. Sucede que pensé, di por sentado que eran tío Willy y Skeets. De manera que...

—¿Qué fue lo que hiciste? —preguntó el señor Hampton.

—Volví..., a meterme dentro y..., cogí el periódico de la tarde —dijo Grover Cleveland—. Sí, claro, ahí es donde estuve: sentado en la gasolinera, leyendo el periódico de la tarde de Memphis...

—Cuando Whit Rouncewell vio aquí dentro a esos dos sujetos, fue a la gasolinera en tu busca —dijo el señor Hampton—. Estuvo una hora esperando. Para entonces se había apagado la luz de la tienda, pero no vio salir a nadie por la puerta delantera. Tú no apareciste. Y Walter dice que tampoco te vieron el pelo en el Ganso Azul. ¿Dónde estabas anoche, Grover?

Ya no le quedaba ningún sitio a donde ir. Se limitó a seguir allí de pie con el faldón levantado por encima de la culata de la pistola y la porra, como un niño pequeño al que se le sale la camisa. Quizá fuera eso: Grover Cleveland era demasiado

mayor para parecer un niño. Y tío Willy y el señor Hampton y todos los demás le miramos hasta que, de repente, nos dio vergüenza seguir mirándole, nos dio vergüenza tener que averiguar lo que íbamos a averiguar. Sólo que al señor Hampton no le daba vergüenza. Tal vez ser *sheriff* tanto tiempo lo había hecho así, le había enseñado que no tenía que avergonzarse de Grover Cleveland sino de todos nosotros.

—Una noche el doctor Peabody venía de visitar a un enfermo a la una de la noche y te vio salir por la puerta trasera de eso que Montgomery Ward Snopes llama su estudio. Otra vez que yo volvía tarde a casa, hacia medianoche, te vi entrar en el mismo sitio. ¿Qué es lo que pasa ahí dentro, Grover?

Grover Cleveland tampoco se movió, y respondió casi con un susurro:

—Es un club.

Los ojos del señor Hampton y de tío Gavin se encontraron.

—No me mires a mí. Tú eres el brazo de la ley —dijo tío Gavin. Eso fue lo curioso; ninguno de los dos prestó la menor atención al señor Connors que era el jefe de policía y que tendría que estar ocupándose ya de aquel asunto. Quizá fuera ésa la razón.

—Tú eres el fiscal del condado —dijo el señor Hampton—, y tienes que decir cómo se aplica la ley antes de que yo pueda ser su brazo.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —preguntó tío Gavin.

—Quizá Grover quiera decirnos de qué se trata y ahorrar tiempo —intervino el señor Hampton.

—Ni hablar —dijo tío Gavin—. Déjalo respirar un minuto, de todas formas —y a Grover Cleveland—: Vuélvase a la gasolinera hasta que lo necesitemos.

—Puedes leer el resto del periódico de Memphis —dijo el señor Hampton—. A ti tampoco vamos a necesitarte —añadió, dirigiéndose al señor Connors.

—Nada de eso, *sheriff* —dijo el señor Connors—. Usted tiene jurisdicción sobre el condado. Lo que sucede en Jefferson me corresponde a mí. Tengo tanto derecho... —entonces dejó de hablar, pero ya era demasiado tarde. El señor Hampton le contemplaba con sus ojillos claros de mirada penetrante que no parpadeaban.

—Sigue —dijo el señor Hampton—. Tienes tanto derecho a ver lo que esconde Montgomery Ward Snopes como Gavin y yo. Pero, ¿por qué no convenciste a Grover para que te llevara al club? —el señor Connors, en cambio, todavía era capaz de parpadear—. Vamos —dijo Hampton a tío Gavin, dándose la vuelta. Tío Gavin también se puso en marcha.

—Eso te incluye a ti —me dijo.

—Los incluye a todos —dijo el señor Hampton—. Hagan el favor de dejar tranquilo a tío Willy. Tiene que preparar una lista con todo lo que falta de la tienda para los funcionarios de narcóticos y para la compañía de seguros.

De manera que salimos a la calle y vimos cómo el señor Hampton y tío Gavin se dirigían hacia el estudio de Montgomery Ward.

—¿De qué se trata? —le pregunté a Ratliff.

—No lo sé —respondió—. Bueno, supongo que sí. Tendremos que esperar a que Hub y tu tío consigan las pruebas.

—¿Qué es lo que supone usted que es? —pregunté.

Se me quedó mirando.

—Vamos a ver —dijo—. Aunque ya tengas nueve años y estés en camino de cumplir diez, imagino que todavía no desprecias los helados, ¿no es cierto? Ven. No molestaremos a tío Willy ni a Skeets. Iremos al café Dixie.

Así que fuimos allí, nos dieron dos helados de cucurucho y volvimos a la calle.

—¿De qué se trata? —insistí.

—Supongo que se trata de un paquete de postales francesas que Montgomery Ward trajo de París. Imagino que no sabes de qué estoy hablando, ¿verdad?

—No —dije yo.

—Son fotografías de hombres y mujeres juntos, experimentando entre sí. Con poca ropa encima —no recuerdo si me miraba o no—. ¿Ya sabes ahora de qué se trata?

—No —dije.

—Quizá sí —respondió él.

Y era eso. Tío Gavin dijo que Montgomery Ward tenía un álbum muy grande lleno, y que había aprendido lo bastante de fotografía para hacer diapositivas a partir de algunas de ellas y proyectarlas agrandadas con una linterna mágica sobre una sábana colgada de la pared en el cuarto de atrás. Y también contó que Montgomery Ward se rió de él y del señor Hampton. Pero al hablar se dirigía sobre todo a tío Gavin.

—Claro que sí —dijo—. No creo que Hub, aquí presente...

—Llámame señor Hampton —dijo el interpelado.

—... sepa mucho de este asunto...

—Llámame señor Hampton, muchacho —repitió el otro.

—Señor Hampton —dijo Montgomery Ward—... pero usted es abogado; ¿no pensará que me he metido en esto sin haber leído antes un poco de derecho? Pueden confiscar las postales..., todo lo que encuentren aquí; imagino que una cosa tan insignificante como la ley no le impedirá hacerlo al señor Hampton...

Fue entonces cuando el *sheriff* le dio la bofetada.

—¡No hagas eso, Hub! —gritó tío Gavin—. ¡No seas estúpido!

—Déjele que siga —dijo Montgomery Ward—. Demandar a su compañía de caución es más fácil que manejar una linterna mágica. Y también más seguro. ¿Dónde estaba? Ah, sí. Incluso aunque esas postales se hubieran enviado por correo, cosa que no ha sucedido, seguiría tratándose de un delito federal, y no veo ningún sabueso federal por estos alrededores. E incluso si tratan de inventar una acusación diciendo que he ganado dinero con ellas, ¿dónde están los testigos? Sólo cuentan con Grover Winbush, que no se atreverá a testificar, no porque vaya a costarle el empleo, ya que probablemente lo perderá de todas formas, sino porque los santos y cristianos

ciudadanos de Jefferson temerosos de Dios no se lo permitirán, dado que no les conviene que se sepa lo que hace su policía cuando se supone que está cumpliendo con su deber. Y no digamos nada del resto de mis clientes, sin mencionar apellidos distribuidos por bancos y comercios y desmotaderas y gasolineras y granjas en un radio de dos condados en todas direcciones..., claro, también he pensado en eso: vamos, póngame una multa y verán lo de prisa que se paga... —guardó silencio y luego añadió, con una especie de reprimido asombro—: Cielo santo —empezó a hablar de prisa—: Vamos, métneme en la cárcel, denme un millar de sobres con el sello puesto y en tres días sacaré más dinero del que he hecho en dos años con la condenada linterna mágica —pasó a hablar con el señor Hampton—: Quizá lo que buscaba usted desde el primer momento era la lista de clientes en lugar de las postales; dimitir del cargo de *sheriff* y dedicarse en cuerpo y alma a las recaudaciones. Mejor aún: conservar la estrella para presionar mejor a los que tarden en pagar...

Sólo que esta vez tío Gavin no tuvo que decir nada porque el señor Hampton no hizo intención de golpearle. Siguió allí con los ojillos de mirada penetrante casi cerrados hasta que Montgomery Ward dejó de hablar. Entonces le dijo a tío Gavin:

—¿Es cierto eso? ¿Necesitamos un funcionario federal? ¿No tenemos nada que podamos utilizar contra él? Vamos, piensa. ¿Algo, incluso, relacionado con la ciudad?

Y esta vez fue tío Gavin quien dijo ¡Caramba!

—La ley contra los automóviles —dijo—. La ley Sartoris —mientras el señor Hampton le seguía mirando—. ¡Colgada de la pared en un marco junto a la puerta de tu mismo despacho! ¿Es que no te has parado nunca a mirarla? Esa ley según la cual no se pueden conducir automóviles por las calles de Jefferson...

—¿Cómo? —dijo Montgomery Ward.

—Más alto —dijo tío Gavin—. El señor Hampton no te oye.

—¡Pero eso es sólo dentro de la ciudad! —dijo Montgomery Ward—. Hampton es *sheriff* del condado; no puede detener a nadie por un simple delito de ámbito ciudadano.

—Eso lo dirás tú —respondió el señor Hampton; acto seguido le puso una mano en el hombro; tío Gavin dijo que si él hubiese sido Montgomery Ward habría preferido que el señor Hampton le diera otra bofetada—. Cuéntaselo a tu abogado, no al nuestro.

—¡Esperen! —le dijo Montgomery Ward a tío Gavin—. ¡También usted tiene automóvil! ¡Y lo mismo sucede con Hampton!

—Lo hacemos por orden alfabético —dijo tío Gavin—. Ya hemos pasado las haches. Ahora estamos en la ese, y la s-n está delante de la s-t. Llévatelo, Hub.

Así que a Montgomery Ward ya no le quedaba ningún recurso, se le habían acabado todos; se quedó quieto y tío Gavin vio cómo el señor Hampton le retiraba la mano del hombro, cogía el álbum con las fotografías y los sobres donde estaban las demás, lo llevaba todo al lavabo donde Montgomery Ward revelaba de verdad

fotografías de cuando en cuando y empezaba a buscar algo entre las botellas y latas de productos para el revelado en el estante de encima.

—¿Qué buscas? —preguntó tío Gavin.

—Alcohol..., queroseno..., cualquier cosa que arda —dijo el señor Hampton.

—¿Algo que arda? —dijo Montgomery Ward—. Demonios, esas fotografías valen dinero. Escuche, hagamos un trato: devuélvamelas y me iré de su maldita ciudad en menos que canta un gallo y nunca me volverán a ver el pelo... De acuerdo —continuó—. Tengo cerca de cien dólares en el bolsillo. Los voy a dejar ahí sobre la mesa y usted y Stevens se vuelven de espaldas y me dan diez minutos...

—¿Quieres venir y arrearle otra vez? —dijo tío Gavin—. No te contengas por mí. Además, él mismo ha sugerido que nos volvamos de espaldas, de manera que todo lo que tienes que hacer es mover el brazo —pero el señor Hampton se limitó a bajar otra botella, quitarle el tapón y olerla—. No puedes hacer eso —añadió tío Gavin—. Son pruebas.

—No necesitamos más que una —dijo el señor Hampton.

—Eso depende —respondió tío Gavin—. ¿Sólo quieres que lo declaren culpable, o quieres acabar con él? —el señor Hampton se detuvo, con la botella en una mano y el tapón en la otra—. Sabes lo que el juez Long hará a la persona que tenga en su poder una sola de esas fotografías. —Long era el juez federal de nuestro distrito—. Imagina lo que hará a quien tenga una carretilla llena.

De manera que el señor Hampton dejó la botella en su sitio y al cabo de un rato llegó un agente con una maleta, metieron dentro el álbum y los sobres, la cerraron con llave y el señor Hampton la guardó en su caja de caudales para entregársela al señor Gombault, el jefe de la policía federal, cuando regresara a la ciudad; luego encerraron a Montgomery Ward en la cárcel del condado por conducir un automóvil infringiendo una ley de la ciudad de Jefferson, con Montgomery Ward maldiciendo primero un poco, amenazando después otro poco y finalmente tratando de sobornar a cualquier persona relacionada con la cárcel o la ciudad que estuviera dispuesta a aceptar dinero. Y nosotros nos preguntábamos cuánto tiempo tardaría en llamar al señor De Spain, debido a la relación que todos conocíamos. Porque sabíamos que la última persona sobre la tierra de la que podía esperar que le ayudara era su tío o primo Flem, que, después de haberse librado ya de un Snopes gracias a un asesinato, no parecía probable que se echara atrás si ahora podía librarse de otro con una simple postal obscena.

De manera que incluso tío Gavin que, según Ratliff, había convertido en algo así como una religión no permitir nunca que Jefferson se percatara de que un Snopes le había sorprendido, no esperaba al señor Flem aquella tarde cuando se presentó en su despacho, con las comisuras de la boca moviéndose muy poco pero incesantemente, como si estuviera tratando de mascar sin separar los dientes, dejó su sombrero nuevo en un extremo de la mesa y se sentó. No era posible ver qué había detrás de los ojos del señor Hampton porque tenían una mirada demasiado penetrante; resultaba

imposible pasar del otro lado por la misma razón que no se puede pasar a un caballo en un camino por donde no caben dos al mismo tiempo. Y tampoco era posible ver detrás de los ojos del señor Snopes porque en realidad no le miraban a uno en absoluto, como un charco de agua estancada tampoco mira a nadie. Tío Gavin dijo que fue ésa la razón de que tardara un minuto o dos en darse cuenta de que el señor Snopes y él estaban mirando exactamente a la misma cosa, aunque no con los mismos ojos.

—Estoy pensando en Jefferson —dijo el señor Snopes.

—Yo también —respondió tío Gavin—. En ese condenado Grover Winbush y en todos los adolescentes de medio Mississippi con edades entre los catorce y los cincuenta años y con veinticinco centavos para pagar el privilegio de echar una ojeada a ese álbum.

—Me había olvidado de Grover Winbush —dijo el señor Snopes—. No sólo perderá su empleo sino que, cuando lo haya perdido, la gente querrá saber por qué, y saldrá a relucir todo el asunto —ése era el problema del señor Snopes. Quiero decir que ése era nuestro problema con el señor Snopes: que no había nada que ver incluso cuando pensabas que te podía estar mirando—. No sé si usted lo sabe o no. Su madre vive en Whiteleaf. Todos los sábados le manda alimentos por valor de un dólar con el cartero.

—Así que salvar a uno es salvarlos a los dos —dijo tío Gavin—. Si queremos que la madre de Grover Winbush siga recibiendo tocino y melaza por valor de un dólar los sábados por la mañana, alguien tendrá también que salvar a su primo, a su sobrino de usted..., ¿cuál es el parentesco, en realidad?

Como dijo Ratliff, al señor Snopes se le escapaba probablemente gran parte de lo que la gente decía a sus espaldas, pero nunca se le escapaba lo que la gente no le decía a la cara. De todas formas, ni la ironía ni el sarcasmo entraban en ese apartado. O, al menos, no en aquella ocasión.

—Ése es el cálculo que yo he hecho —dijo—. Pero usted es abogado. Lo suyo es saber cómo calcular de otra manera.

A tío Gavin tampoco se le escapaba mucho de lo que no le decían del todo a la cara.

—Se ha equivocado usted de abogado —dijo—. Este caso se verá ante un tribunal federal. Además, no podría aceptarlo de todas formas; me pagan ya un sueldo todos los meses por estar del otro lado. Pero yo y usted —dijo (cuando no era más que fiscal de la ciudad hablaba como lo hacen en Harvard y Heidelberg. Pero después del verano en el que los dos recorrimos el condado haciendo campaña para que lo eligieran fiscal del condado, tío Gavin empezó a hablar como las personas con las que se apoyaba en las cercas o se acuclillaba contra las paredes de los almacenes rurales, y cambiaba los finales de los verbos y decía «yo y usted», en lugar de «usted y yo», igual que ellos, y hasta pronunciaba la palabra «calcular» como acababa de hacerlo el señor Snopes) podemos ir juntos en esto. Lo que quiero es mandarlo a la

penitenciaria.

Y entonces tío Gavin descubrió que el señor Snopes y él estaban mirando exactamente la misma cosa: la única diferencia era que lo hacían desde sitios distintos, porque el señor Snopes dijo, tan decidido y con tanta calma como el mismo tío Gavin: «Yo también». Y es que Montgomery Ward era tan rival suyo como Wallstreet, y se parecían en que no había sitio suficiente en Jefferson para cualquiera de los dos y además el señor Snopes. Porque según Ratliff, tío Gavin se equivocaba.

—Yo también —dijo el señor Snopes—. Pero no de esa manera. Estoy pensando en Jefferson.

—En ese caso, lo siento por Jefferson —dijo tío Gavin—. Será el juez Long quien se ocupe del caso y cuando vea una sola de esas fotografías, y no digamos nada de una maleta llena, creo que casi me dará pena el mismísimo Montgomery Ward. ¿Recuerda lo que sucedió el año pasado con Wilbur Provine?

Wilbur Provine también vivía en Frenchman's Bend. Ratliff decía que era en realidad un Snopes; que cuando la providencia se percató de que Eck iba a resultar un fracaso para su linaje y tradición, se puso a buscar rápidamente y lo encontró a él para llenar el hueco. Provine había montado una destilería en el lecho del río, junto a un manantial a algo más de dos kilómetros de su casa, y disponía de un sendero de quince centímetros de ancho, tan liso como una cinta, que iba desde su puerta trasera hasta el manantial, y que recorrió dos veces al día durante dos años hasta que lo pillaron y lo llevaron ante un tribunal federal presidido por el juez Long. Mientras el abogado le interrogaba, Wilbur se mostró tan sorprendido e inocente como si no supiera siquiera el significado de la palabra «destilería», y aseguró que no, que ignoraba por completo que hubiera una destilería a menos de quince kilómetros, y mucho menos aún un sendero que partiera de la puerta de atrás de su casa porque personalmente no había pisado el lecho del río desde hacía diez años, ni siquiera para cazar y pescar, puesto que era cristiano y en su opinión ningún creyente debe destruir criaturas de Dios, y como él se había hartado de pescado cuando tenía ocho años, no había sido capaz de volver a cometerlo desde entonces.

Hasta que el juez Long le preguntó cómo explicaba la existencia del sendero, y Wilbur parpadeó una o dos veces y dijo que no tenía ni idea, a no ser que lo hubiera hecho su mujer acarreando agua desde el manantial; y el juez Long (el apellido le iba como anillo al dedo, porque medía dos metros y tenía una nariz que parecía por lo menos la sexta parte de su estatura), inclinándose sobre la mesa con las gafas en la punta de la nariz, se quedó mirando a Wilbur durante un rato, hasta que por fin dijo:

—Voy a mandarle a usted a la penitenciaría, pero no por fabricar whisky, sino por permitir que su mujer acarree agua desde un manantial que está a más de dos kilómetros de la casa.

Ése era el juez que se ocuparía de Montgomery Ward cuando compareciera ante el tribunal, y cualquiera habría pensado que todos los habitantes del condado de Yoknapatawpha, y no digamos nada de los de Jefferson, había oído la historia para

entonces. Pero daba casi la impresión de que el señor Snopes no estaba enterado. Porque incluso los goznes de la mandíbula cesaron su movimiento casi imperceptible.

—He oído que el juez Long le condenó a cinco años —dijo—. Quizá los otros cuatro fueran por el sendero.

—Quizá —dijo tío Gavin.

—Porque fueron cinco años, ¿no es cierto? —preguntó el señor Snopes.

—Efectivamente —respondió tío Gavin.

—Dígale al chico que se vaya —dijo el señor Snopes.

—No —respondió tío Gavin.

Los goznes de la mandíbula del señor Snopes habían empezado a moverse de nuevo.

—Dígale que se vaya —repitió el señor Snopes.

—También yo pienso en Jefferson —dijo tío Gavin—. Y usted es vicepresidente del banco del coronel Sartoris. Pienso incluso en usted.

—Muy agradecido —dijo el señor Snopes. No miraba a ningún sitio. No perdió tiempo, pero tampoco se dio prisa: se puso en pie, recogió el sombrero que había dejado sobre la mesa, se lo puso, fue hacia la puerta, la abrió y ni siquiera entonces se paró del todo, tan sólo hizo algo así como cambiar de pie para alejarse de la puerta abierta al mismo tiempo que decía, sin dirigirse a nadie en particular, de la misma manera que tampoco había estado mirando a nadie en concreto: «Buenos días»; luego salió y cerró la puerta.

A continuación yo dije: «¿Qué...?», y en seguida me callé, mientras tío Gavin y yo veíamos cómo la puerta se movía de nuevo o empezaba a hacerlo, abriéndose unos treinta centímetros sin hacer el menor ruido, hasta que vimos la mejilla de Ratliff y uno de sus ojos; luego Ratliff entró del todo, moviéndose furtivamente, siempre sin hacer el menor ruido.

—¿Llego demasiado tarde o sólo demasiado pronto? —preguntó.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió tío Gavin—. Se ha parado, ha decidido que no. Ha pasado algo. Ha fallado el esquema. Empezó con toda normalidad. Ya sabes: esto no lo hago por mí, y menos aún por mi pariente. ¿Sabes lo que ha dicho?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Ratliff—. Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

—Yo le he dicho: «Usted y yo podemos ir juntos en esto. Quiero mandarlo a la penitenciaría». Y él ha dicho: «Yo también».

—De acuerdo —dijo Ratliff—. Siga. —... no por mí, ni por mi pariente» —dijo tío Gavin—. «Por Jefferson». De manera que el paso siguiente debería ser la amenaza. Pero no...

—¿Por qué la amenaza? —dijo Ratliff.

—El esquema —dijo tío Gavin—. Primero la adulación, luego la amenaza y después el soborno. Como trató de hacer el mismo Montgomery Ward.

—Aquí no se trata de Montgomery Ward —dijo Ratliff—. Si Montgomery Ward

se llamase Flem, esas fotografías nunca habrían visto Jefferson, y menos aún viceversa. No tenemos que preocuparnos de que Flem sea más listo que Montgomery Ward; lo es la mayoría de la gente por estos alrededores. Lo que tiene que preocuparnos son las otras personas de estos alrededores que quizá tampoco sean tan listas como él. ¿Qué ha pasado luego?

—Renunció —dijo tío Gavin—. Aunque había estado a punto. Me pidió incluso que hiciera salir a Chick. Y cuando le contesté que no, cogió el sombrero, dijo: «Muy agradecido», y se marchó como si sólo hubiera venido a pedir una cerilla prestada.

Ratliff parpadeó.

—Así que quiere mandar a Montgomery Ward a la penitenciaría. Sólo que no quiere que vaya de acuerdo con las circunstancias que lo encaminan ahora en esa dirección. Y luego cambió de idea.

—Por causa de Chick —dijo tío Gavin.

—Luego cambió de idea —repitió Ratliff.

—Tienes razón —dijo tío Gavin—. Fue porque sabía que al negarme a que Chick saliera del despacho también rechazaba el soborno.

—No —dijo Ratliff—. Según Flem Snopes no hay una sola persona que no pueda comprarse de alguna manera; todo lo que hace falta es encontrar esa manera. La cuestión es, ¿por qué ha cambiado de idea?

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. ¿Por qué?

—¿De qué hablaban ustedes cuando le pidió que hiciese salir a Chick?

—De la penitenciaría —dijo tío Gavin—. Te lo acabo de decir.

—Hablaban de Wilbur Provine —dije yo.

Ratliff se me quedó mirando.

—¿Wilbur Provine?

—La destilería —dije—. El sendero ése y el juez Long.

—Ah —dijo Ratliff—. ¿Y después?

—Eso es todo —dijo tío Gavin—. Él dijo: «Mande fuera al chico», y yo respondí...

—No fue eso lo que dijisteis después —intervine yo—. El señor Snopes habló sobre los cinco años, y dijo que quizá los otros cuatro fueron por el sendero, y tú dijiste quizá y el señor Snopes añadió: «Porque fueron cinco años, ¿no es cierto?», y tú dijiste: «Sí», y entonces él dijo que me mandaras fuera.

—Está bien, está bien —dijo tío Gavin. Pero miraba a Ratliff—. ¿Qué opinas? —preguntó.

—Yo tampoco lo sé —respondió Ratliff—. Todo lo que sé es que me alegro de no ser Montgomery Ward Snopes.

—Sí —dijo tío Gavin—. Cuando el juez Long vea esa maleta...

—Claro —dijo Ratliff—. Pero eso es únicamente el tío Sam. Quien tiene que preocuparle a Montgomery Ward es tío Flem, incluso aunque todavía no lo sepa. Y también a nosotros. Mientras lo que quería era únicamente dinero, por lo menos se

podía pronosticar la dirección aunque se supiera que no era posible adelantársele. Pero ahora... —nos miró a los dos, parpadeando.

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. ¿Cómo?

—¿Se refiere usted a la historia de cómo un tipo encontró el perro que se le había perdido? Todo lo que hizo fue sentarse e imaginarse dónde estaría si fuese el perro; así que se levantó, fue al sitio, lo encontró y se lo llevó a casa. De acuerdo. Somos Flem Snopes. Tenemos una oportunidad de librarnos de nuestro..., ¿cuál es la palabra?, incómodo..., de nuestro incómodo pariente mandándolo a la penitenciaría. Sólo que ahora somos el vicepresidente de un banco y no podemos permitirnos que se sepa siquiera que un sobrino nuestro dirigía un espectáculo sicalíptico a base de postales francesas. Y el juez que lo va a enviar a la penitenciaría es el mismo que le dijo a Wilbur Provine que no lo mandaba a Parchman por fabricar whisky sino por dejar que su mujer acarreará agua más de dos quilómetros —Ratliff parpadeó de nuevo—. Tiene usted razón. La cuestión no es en absoluto «qué»: tan sólo «cómo». Y dado que a usted no le interesa el dinero, y dado que Flem tiene el suficiente sentido común para no ofrecérselo a Hub Hampton, ignorábamos el «cómo». A no ser que quizá, puesto que le corresponde ser un destacado miembro de la Iglesia baptista, haya decidido confiar en la providencia.

Quizá decidiera confiar. En cualquier caso funcionó, y lo hizo a la mañana siguiente, a eso de las diez; tío Gavin y yo salíamos del despacho para ir en coche hasta el cruce Wyott, por una disputa con motivo de un pleito sobre un impuesto de desagüe, cuando entró el señor Hampton. Venía soplando entre dientes, despreocupado y tranquilo como si estuviera silbando, excepto que no hacía el menor ruido y menos aún reproducir las notas de una melodía.

—Buenos días —dijo—. Ayer por la mañana estuve buscando alcohol u otra sustancia capaz de arder en las estanterías del estudio de Montgomery Ward.

—Sí —dijo tío Gavin.

—¿A cuántas botellas o garrafas les saqué el corcho o les desenrosqué el tapón para olerlas? Tú estabas allí y me estabas mirando.

—Me parece que a todas —dijo tío Gavin—. ¿Por qué?

—Eso pensaba yo —dijo el señor Hampton—. Pero podría estar equivocado —miró a tío Gavin con sus ojillos de mirada penetrante, silbando siempre entre dientes sin hacer ruido.

—Ya nos has preparado —dijo tío Gavin—. Nos has colocado en el estado adecuado de tensión nerviosa. Ahora cuéntanoslo.

—A eso de las seis de la mañana me ha telefoneado Jack Crenshaw (el señor Crenshaw era el inspector de Hacienda que se encargaba de buscar las destilerías ilegales en nuestro distrito). Me ha dicho que fuera a ese estudio lo antes que pudiera. Dos de sus hombres ya estaban dentro. Habían hecho un registro. Dos de las garrafas que abrí y olí ayer, y en las que sólo había revelador Kodak, tenían esta mañana whisky puro de maíz, aunque, como he dicho, pude equivocarme y pasarlas por alto.

Y habían encontrado otros cinco galones más en un bidón, colocado detrás de la estufa, que no tuve ocasión de oler ayer cuando me convenciste para que lo dejara por la simple razón de que no lo vi allí, porque de lo contrario no habría empezado por oler las botellas de la estantería en busca de algo que sirviera para quemar papel. Aunque, como tú dices, podría estar equivocado.

—Como *tú* dices —rectificó tío Gavin.

—Puede que tengas razón —dijo el señor Hampton—. Después de todo, sólo llevo oliendo whisky ilegal en este condado desde la primera vez que me eligieron. Y desde 1919 tengo tanta práctica que ahora ni siquiera necesito oler: simplemente lo noto cuando estoy en un sitio donde hay cualquier cantidad de whisky que no debiera estar allí. Y no digamos nada de un bidón de cinco galones completamente lleno, colocado en un sitio donde cualquiera pensaría que tendría que haberme tropezado con él al extender el brazo para llegar a la estantería.

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. Sigue.

—Eso es todo —dijo el señor Hampton.

—¿Cómo entró? —preguntó tío Gavin.

—¿Cómo entró quién? —dijo el señor Hampton.

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. Pongamos «entraron» si lo prefieres.

—También he pensado en eso —dijo el señor Hampton—. La llave. He dicho *la* llave porque hasta un necio como Montgomery Ward no tenía más que una llave de ese sitio y la llevaba atada con una cuerda alrededor del cuello.

—Te refieres a esa llave —dijo tío Gavin.

—Así es —respondió el señor Hampton—. La dejé en el cajón donde guardo de ordinario otras cosas parecidas, además de esposas y una pistola de reserva. Cualquiera podría habérsela llevado mientras la señorita Elma (su ayudante, viuda del *sheriff* a quien el señor Hampton había sucedido en el cargo) y yo estábamos fuera.

—O incluso la pistola —dijo tío Gavin—. Creo que deberías empezar a cerrar con llave tu despacho, Hub. Algún día vas a dejar la estrella y cuando vuelvas te encontrarás con que algún niño está deteniendo a la gente por la calle.

—Quizá tengas razón —dijo el señor Hampton—. Pero lo cierto es que alguien se llevó la llave y metió el whisky en el estudio. Podría haber sido cualquiera de ellos..., cualquiera de los tipos que ese condenado Grover Winbush dice que venían por la noche desde cuatro condados de los alrededores para sudar viendo esas malditas fotografías.

—Quizá haya sido una suerte que por lo menos tuvieras bajo llave la maleta. Supongo que todavía la tienes, dado que Gombault no ha regresado aún.

—Así es —dijo el señor Hampton.

—Y a Jack Crenshaw y a su compañero les interesa precisamente el whisky, no las fotografías. Lo que significa que aún no le has entregado la maleta a nadie.

—Efectivamente —dijo el señor Hampton.

—¿Vas a hacerlo? —preguntó tío Gavin.

—¿Tú qué opinas? —dijo el señor Hampton.

—Eso es también lo que yo creo —dijo tío Gavin.

—Después de todo, el whisky es suficiente —dijo el señor Hampton—. Y en el caso de que no lo fuera, todo lo que tenemos que hacer es enseñarle al juez Long cualquiera de las fotografías antes de que dicte sentencia. Maldita sea —dijo—, se trata de Jefferson. Vivimos aquí. Jefferson viene en primer lugar, incluso por delante del placer de crucificar a ese condenado...

—Sí —dijo tío Gavin—. He oído a otras personas hablar en el mismo sentido.

Luego el señor Hampton se marchó. Todo lo que tuvimos que hacer fue esperar, y no mucho. Nunca había que preguntarse cuánto sabía Ratliff, porque siempre estaba enterado de todo. Cerró la puerta y se quedó parado junto a ella.

—¿Por qué no le ha contado lo de ayer con Flem Snopes? —preguntó.

—Porque ha dejado que Flem Snopes o quien sea se le metiera en el despacho y le robara la llave. Hub tiene ya entre manos todos los hechos delictivos que puede permitirse utilizar —dijo tío Gavin. Terminó de meter los papeles en la cartera, la cerró y se puso en pie.

—¿Se marcha? —dijo Ratliff.

—Sí —dijo tío Gavin—. El cruce de Wyott.

—¿No va a esperar a que llegue Flem?

—No volverá aquí —dijo tío Gavin—. No se atreverá. Ayer vino a tratar de sobornarme para que hiciera una cosa que de todas formas va a suceder sin necesidad de soborno. Pero no se atreverá a venir aquí para averiguarlo. Tendrá que esperar y ver, como cualquier otro. Eso lo sabe.

Pero Ratliff no se movió de la puerta.

—Nuestro problema es que siempre nos equivocamos al juzgar a Flem Snopes. Al principio cometimos el error de no valorarlo en absoluto. Luego nos equivocamos sobrevalorándolo. Ahora nos disponemos a cometer el error de subestimarlos. Cuando alguien no quiere más que dinero, todo lo que tiene que hacer para sentirse satisfecho es contarlos, ponerlos donde nadie pueda quitárselos y olvidarse de ellos. Pero esta cosa nueva tan agradable que ha descubierto funciona de otra manera. Es como estar caliente en invierno y fresco en verano, o disfrutar de paz o de libertad o sentirse satisfecho. Es una cosa que no puedes contar ni guardar en un sitio seguro ni olvidarte de ella hasta que tengas ganas de volver a mirarla. Hay que trabajar todo el tiempo y tenerla siempre presente. Ha de estar al aire libre, donde la gente la vea, porque de lo contrario no existe.

—¿Qué es lo que no existe? —preguntó tío Gavin.

—El descubrimiento que Flem acaba de hacer —dijo Ratliff—. Llámelo conciencia cívica si quiere.

—¿Por qué no? —dijo tío Gavin—. ¿Es que tú ibas a llamarlo de otra manera? —Ratliff contemplaba a tío Gavin con curiosidad, interesado; era como si esperase algo—. Sigue —dijo tío Gavin—. Estabas hablando.

Pero la expresión había desaparecido ya, fuera la que fuese.

—Ah, sí —dijo Ratliff—. Vendrá a verle. Tendrá que hacerlo, para asegurarse de que también usted lo reconoce cuando lo vea. Puede que espere hasta media tarde, cuando se haya posado el polvo. Pero volverá para entonces, de manera que cierta persona vea por lo menos todo lo que ha perdido cortándole el paso.

Así que no fuimos entonces al cruce Wyott, y esta vez fue Ratliff quien subestimó a Flem Snopes. Antes de media hora oímos sus pasos en la escalera, y a continuación se abrió la puerta y entró. Esta vez no se quitó el sombrero negro: se limitó a decir: «Buenos días, caballeros», se acercó a la mesa y dejó encima la llave del estudio de Montgomery Ward. Ya se volvía hacia la puerta cuando tío Gavin dijo:

—Le quedo muy agradecido. Se la devolveré al *sheriff*. Usted es como yo —dijo—. Le tiene sin cuidado la verdad. Lo que le interesa es la justicia.

—Es Jefferson lo que me interesa —dijo el señor Snopes, alcanzando con la mano el pomo de la puerta y abriéndola—. Tenemos que vivir aquí. Buenos días, caballeros.

XI. V. K. Ratliff

El abogado se equivocó una vez más, incluso sentado en su despacho, contemplando activamente cómo Flem libraba a Jefferson de Montgomery Ward. Y yo no se lo podía decir aún.

XII. Charles Mallison

Prescindiendo de lo que Ratliff pensara que el señor Snopes quería, no creo que lo que tío Gavin hizo a continuación facilitara mucho las cosas. Y esta vez ni siquiera contó con la señorita Melisandre Backus para que madre le echara la culpa, porque la señorita Melisandre se había casado con un forastero, con un individuo que todo el mundo, con la excepción de la señorita Melisandre (nunca supimos si su padre, sentado todo el día en el porche delantero con su vaso de whisky y agua en una mano y Horacio o Virgilio en la otra —combinación que, según palabras de tío Gavin, habría aislado de la realidad del norte rural de Mississippi a cabezas mucho más firmes que la suya—, estaba enterado o no), sabía que era un destacado contrabandista de licores que se había enriquecido en Nueva Orleans. De hecho la señorita Melisandre se negó incluso a creerlo cuando lo devolvieron a su hogar con un certero agujero de bala en medio de la frente, en un coche fúnebre blindado que encabezaba un cortejo de lujosos packards y cadillacs de los que ni el mismo Hollywood se habría avergonzado, y mucho menos Al Capone.

No; no es cierto. Nunca supimos si estaba enterada o no, incluso años después de la muerte de su marido, cuando tenía todo el dinero, los dos niños, la heredad que en su infancia había sido una simple plantación más de algodón de Mississippi pero que su difunto esposo había transformado poniéndole vallas blancas y veletas en forma de caballo, con lo que la casa parecía un cruce de club de campo de Kentucky y de hipódromo de Long Island, y numerosos amigos que se sentían en la obligación de informarla sobre el verdadero origen de todo aquel dinero; porque todavía, tan pronto como alguien intentaba sacar el tema, la señorita Melisandre —que seguía siendo una muchacha esbelta y morena, aunque fuese millonaria y madre de dos hijos, con el terrible poder de la indefensión y el desamparo que confería el título de caballero, antes de que tuviera tiempo de dar media vuelta y salir huyendo, a cualquier hombre que se ponía a tiro— desviaba la conversación y hablaba de otra cosa completamente distinta, como si nunca hubiera oído el apellido de su difunto esposo o como si, en realidad, el contrabandista de licores nunca hubiera existido.

Me refiero a que esta vez madre ni siquiera podía decir «si por lo menos se casara con Melisandre Backus, ella le libraría de todo esto», aludiendo ahora a Linda Snopes como en tiempos pasados hiciera con la señora de Flem Snopes. Pero por lo menos pensó en decirlo porque casi de inmediato dejó de estar preocupada.

—No pasa nada —le dijo a padre—. Es otra vez la misma historia: ¿no te acuerdas? Nunca se interesó realmente por Melisandre. Quiero decir..., ya sabes: interesarse de verdad. Libros y flores. Cortaba mis junquillos y mis narcisos tan pronto como florecían para mandárselos a su casa, que tenía un jardín delantero de una hectárea, lleno de junquillos; y también mis mejores rosas, para llevárselas

personalmente y sentarse en la hamaca leyéndole poesía. Estaba formándole la mente: era eso lo que Gavin quería. Y Melisandre sólo tenía cinco años menos que él, mientras que a esta otra le dobla la edad, es prácticamente su abuelo. Claro está que no se trata más que de eso.

Entonces padre dijo:

—Ja, ja, ja. Estoy de acuerdo en eso de la forma: sólo que está en la cabeza de Gavin, no de la chica También estaría en mi cabeza si no me hubiera casado ya y me diese miedo mirar. ¿Te has parado a verla alguna vez? También tú eres humana aunque seas una mujer —sí; recuerdo muchas ocasiones en que pensé que era una lástima que padre hubiera nacido demasiado pronto, antes de que se inventaran los silbidos de admiración.

—No te pongas pesado —dijo madre.

—Aunque después de todo —dijo padre—, quizá convenga salvar a Gavin de esas garras de dieciséis años. ¿Por qué no hablas con él? Dile que estoy dispuesto a sacrificarme en el altar de la familia...

—¡Déjalo ya, hazme el favor! —dijo madre—. Si por lo menos tuvieras gracia...

—Es algo mucho peor: hablo completamente en serio —dijo padre—. Ayer por la tarde estaban sentados en el *drugstore* de Christian. Gavin tenía delante una copa de helado, pero la chica estaba comiendo algo de un plato, algo que debe haber supuesto a tu hermano un desembolso de veinte o treinta centavos. Así que tal vez sepa lo que está haciendo después de todo; no se puede negar que la chica posee cierto atractivo personal, pero todavía no ha llegado al nivel de la madre: ya sabes... —utilizó las dos manos para hacer en el aire una silueta ondulante de reloj de arena mientras madre le contemplaba como una serpiente contempla a un pájaro—. Quizá se esté concentrando sólo en mejorar su forma, por así decirlo, sin preocuparse todavía demasiado de lo que suceda con su mente. Y, ¿quién sabe? Quizá algún día ella le mire incluso con el mismo interés con que miraba el plato de *banana split* o lo que fuera cuando Skeets McGowan se lo puso delante.

Pero para entonces madre se había ido. Y esta vez sin duda necesitaba a alguien como la señorita Melisandre, y a todas sus amigas (todo Jefferson, si vamos a eso) para que permanecieran alerta y le comunicaran si tío Gavin y Linda entraban en el *drugstore* de Christian después de clase para que Linda se tomara otro *banana split* o un batido de helado con gaseosa, mientras el último libro de poesía que tío Gavin había encargado para ella se manchaba de helado derretido o de coca-cola derramada sobre el mármol de la mesa. Porque supongo que Jefferson era demasiado pequeño para que un soltero de treinta y cinco años, aunque fuese licenciado por Harvard y tuviera un doctorado de Heidelberg, que ya peinaba algunas canas a los veinticinco, consumiera helados y leyera poesía con una colegiala de dieciséis. Pero si tenía que suceder, quizá treinta y cinco era la mejor edad para que un soltero le comprara helados y poesías a una chica de dieciséis. Eso fue lo que le dije a madre, que no sonó como una serpiente porque las serpientes no hablan. Pero si los tornos de dentistas

pudieran, madre habría sonado exactamente como uno de ellos.

—No existe edad buena ni segura para que un soltero entre los tres y los ochenta invite a helados a una chica de dieciséis —dijo—. Formarle la mente —dijo. Sin embargo sonaba tan dulce como la nata cuando habló con tío Gavin. Mejor dicho: no sonó de ninguna manera porque no abrió la boca. Esperó a que empezara él. No: se limitó a esperar porque sabía que tío Gavin tendría que empezar. Porque Jefferson era así de pequeño. Tampoco; quiero decir que tío Gavin había vivido en Jefferson o en sitios pequeños toda su vida, de manera que no sólo sabía lo que Jefferson estaría diciendo de él y de Linda Snopes y de los *banana split* y batidos de helado con gaseosa y de los libros de poesía a aquellas alturas, sino que madre tenía demasiadas buenas amigas para dejar de enterarse.

De manera que madre esperó. Era sábado. Tío Gavin salió y entró dos veces del despacho (todavía le dábamos ese nombre porque así lo llamaba el abuelo, excepto cuando madre estaba delante. Aunque después de algún tiempo incluso ella desistió de seguir llamándole la biblioteca) donde madre, sentada ante el escritorio, sumaba algo, tal vez las cuentas de la lavandería; tío Gavin entró y salió un par de veces sin que ella se moviera en lo más mínimo. Hasta que él dijo finalmente:

—Estaba pensando... —porque eran así. Quiero decir que yo creía que la razón de que fueran así era ser gemelos. Quiero decir que me lo imaginaba porque no conocía a otros gemelos con quienes compararlos. Madre ni siquiera dejó de sumar.

—Claro que sí —dijo—. ¿Por qué no mañana?

De manera que tío Gavin podría haberse ido entonces, ya que evidentemente los dos sabían de qué hablaba el otro. Pero dijo:

—Gracias —luego me dijo a mí—: ¿No te está esperando Aleck Sander ahí fuera?

—Tonterías —dijo madre—. Todo lo que pueda aprender de ti sobre chicas de dieciséis años será mucho más inocente de lo que aprenda algún día de las mismas chicas. ¿Telefoneo yo a su madre para que la deje venir a comer mañana, o quieres hacerlo tú?

—Gracias —dijo tío Gavin—. ¿Quieres que te hable de ello?

—¿Quieres tú hacerlo? —preguntó madre.

—Quizá sea lo mejor —dijo tío Gavin.

—¿Estás seguro? —preguntó madre. Esta vez tío Gavin no respondió. Entonces madre dijo—: De acuerdo. Te escuchamos —tío Gavin siguió sin decir nada, pero ya era otra vez él. Quiero decir que si bien hasta ese momento sonaba casi como sueño yo a veces, cuando se quedó mirando a la nuca de madre (con el pelo blanco demasiado largo, siempre necesitado de un buen corte, la boquilla manchada de la pipa de mazorca de maíz asomando por el bolsillo del pecho y unos ojos y un rostro que nunca se llegaba a saber del todo lo que iban a decir a continuación, excepto que al oírle te dabas cuenta de que era siempre verdad, aunque expresado de manera lo bastante peculiar como para que ninguna otra persona lo hubiera dicho exactamente

igual) volvió a ser él.

—Vaya, vaya —dijo—; si eso es lo que una mente con tan poca disposición para los cotilleos y la porquería como la tuya está inventando y pensando, figúrate lo que el resto de Jefferson, los expertos, habrán hecho a estas alturas. A decir verdad, hacen que me sienta joven; cuando vaya luego a la ciudad creo que me compraré una corbata roja —contempló la nuca de madre—. Gracias, Maggie —dijo—. Vamos a necesitar toda nuestra buena voluntad. Salvar a Jefferson de los Snopes es una tarea apremiante, una cuestión de urgencia, un deber. Salvar a un Snopes de los Snopes es un privilegio, un honor, un motivo de orgullo.

—Sobre todo si se trata de un ejemplar del sexo femenino y de dieciséis arios —dijo madre.

—Sí —respondió tío Gavin—. ¿Es que lo niegas?

—¿He tratado de hacerlo? —replicó madre.

—Sí que lo has intentado —se movió de prisa y le puso la mano encima de la cabeza, sin dejar de hablar—. Y bendita seas por ello. Siempre has intentado negar el condenado instinto femenino de rígida respetabilidad matrimonial que es la columna vertebral de cualquier cultura todavía no decadente, y que permanece fuerte y sin peligro de desvirtuarse tan sólo mientras sigue produciendo personas incansables e incorregibles que tienen la temeridad de atacarlo, afrontarlo y negarlo..., como tú... —y por un segundo los dos creíamos que iba a inclinarse y besarla; quizá lo pensamos los tres. Pero no lo hizo, o en cualquier caso madre dijo:

—Ya basta. Déjame en paz. Decídetes: ¿quieres que la telefonee yo, o vas a hacerlo tú?

—Lo haré yo —dijo. Se me quedó mirando—. Dos corbatas rojas: una para ti. Me gustaría que también tuvieras dieciséis arios. Lo que Linda necesita es un pretendiente.

—En ese caso, si con dieciséis arios tendría que ser su pretendiente me alegro de no tenerlos —dijo—, porque ya lo tiene, Matt Levitt. Ganó los Guantes de Oro en Ohio o en algún sitio parecido el ario pasado. Y se comporta como si aún fuese capaz de usarlos. Y además creo que le gustaría. No, muchas gracias —dije.

—¿De qué estás hablando? —preguntó madre.

—De nada —intervino tío Gavin.

—Entonces es que no le has visto boxear —dijo—. De lo contrario no le llamarías nada. Yo le he visto una vez. Con Preacher Birdsong.

—Y, exactamente, ¿cuál de tus amigos aficionados al deporte es Preacher Birdsong? —preguntó madre.

—No es un aficionado al deporte —dijo—. Vive en el campo. Aprendió a boxear en Francia durante la guerra. Matt Levitt y él...

—Déjame que se lo explique yo —dijo tío Gavin—. Ese chico...

—¿Quién? —preguntó madre—. ¿Tu rival?

—Es de Ohio —dijo tío Gavin—. Se graduó en la nueva escuela Ford para

mecánicos y la compañía lo envió aquí al garaje de la agencia...

—Es el dueño de ese coche deportivo de color amarillo —dije yo.

—¿Y Linda monta en él? —preguntó madre.

—... y como Jefferson no es demasiado grande y el chico tiene ojos en la cara —dijo tío Gavin—, más pronto o más tarde vio a Linda Snopes, probablemente en el transcurso entre su casa y el instituto; y como es varón y de unos veintiún años aproximadamente, no tardó mucho en conocerla; la reputación de los Guantes de Oro, auténtica, o inventada en algún sitio por el camino, ha eliminado al parecer a todos los posibles rivales...

—Excepto tú —dijo madre.

—Eso es todo —dijo tío Gavin.

—Excepto tú —repitió madre.

—Quizá tenga unos cinco años más que ella —dijo tío Gavin—. Yo le doblo la edad.

—Excepto tú —dijo madre—. No creo que vivas lo bastante para doblar nunca la edad de ninguna mujer, me da lo mismo quien sea.

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. ¿Qué es lo que he dicho hace un momento? Salvar a Jefferson de un Snopes es un deber; salvar a un Snopes de otro Snopes es un privilegio.

—Un honor, dijiste —respondió madre—. Un motivo de orgullo.

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. Un motivo de alegría. Entonces. ¿Ya estás contenta?

Eso fue todo, por entonces. Al cabo de un rato padre volvió a casa, pero madre apenas tenía algo que contarle que no supiera ya, de manera que no pude hacer mucho excepto echar de menos el silbido de admiración que no se había inventado aún; al menos hasta el día siguiente después de la comida.

Linda llegó poco después de las doce, más o menos a la hora a la que habría llegado de la iglesia, en el caso de que viniera de allí. Aunque quizá lo había hecho, porque llevaba sombrero. O quizá fue la señora Snopes quien le hizo ponerse el sombrero pensando en madre; lo cierto es que dobló la esquina más próxima para entrar en nuestra calle y que lo hizo corriendo. Acto seguido me di cuenta de que llevaba el sombrero un poco torcido, como si le hubieran dado un golpe o tirado de él o como si se hubiera enganchado en algo al pasar, y que se sujetaba un hombro con la otra mano. Luego me di cuenta de su gesto de indignación. También de miedo, pero sobre todo de indignación, al entrar por el portón, todavía sujetándose el hombro pero ya sin correr, tan sólo andando de prisa y con decisión, con la expresión de enfado dando paso a la de miedo. Luego las dos expresiones se congelaron para ceder el sitio a algo completamente distinto cuando pasó el automóvil, doblando la esquina a toda velocidad: tenía que ser el coche de Matt Levitt porque no había ningún otro coche deportivo a rayas, y el suyo era el único con la bocina doble de latón sobre el capó que tocaba dos notas cuando apretaba el botón; de repente me pareció oler algo, como

si durante un segundo me hubiera llegado una bocanada de algo que incluso aunque volviera a localizar no sabría si lo había olido antes o no; el coche deportivo alejándose y Linda caminando aún completamente rígida y muy de prisa, con el sombrero un poco torcido, sujetándose el hombro y jadeando ligeramente, si bien lo que más destacaba en su rostro era el miedo, hasta que llegó al porche donde madre y tío Gavin la esperaban.

—Buenos días, Linda —dijo madre—. Te has roto una manga.

—Se me ha enganchado en un clavo —respondió Linda.

—Ya lo veo —dijo madre—. Ven a mi cuarto, quítatelo y te lo arreglaré.

—No tiene importancia —dijo Linda—. Puedo apañarme con un imperdible.

—Entonces coge la aguja y hazlo tú misma mientras yo me ocupo de la comida —dijo madre—. Porque sabes coser, ¿no es cierto?

—Sí, señora —dijo Linda. De manera que subieron al cuarto de madre y tío Gavin y yo nos fuimos al despacho, y padre le dijo a tío Gavin:

—¿Alguien le ha dado una paliza antes de que llegara aquí? ¿Qué te sucede, muchacho? ¿Dónde están tu lanza y tu espada? ¿Qué has hecho con el caballo blanco? —porque Matt no había tocado la bocina de dos notas cuando pasó aquella primera vez, así que ninguno sabíamos aún qué era lo que Linda estaba esperando oír, sentada a la mesa del comedor con el hombro del vestido arreglado, pero con aspecto de que lo había hecho una niña de diez años, y todavía con expresión tensa y asustada. Porque entonces no nos dimos cuenta. Me refiero a que tuviera que hacer tantas cosas al mismo tiempo: poner cara de que disfrutaba con el almuerzo y no olvidarse de sus buenos modales en una casa que no conocía y con personas de las que no tenía ninguna razón especial para pensar que fuesen a mirarla con simpatía, mientras seguía preguntándose qué haría Matt Levitt a continuación sin dejar que nadie adivinara que eso era lo que más la preocupaba en aquel momento. Quiero decir que tenía motivos para temer lo que iba a suceder, y que, incluso mientras estaba sucediendo, tuvo que poner cara de que seguía comiendo al tiempo que decía Sí, señora, y No, señora, a las observaciones de madre, mientras el coche deportivo pasaba otra vez por la calle tocando, ahora sí, la bocina de dos notas, tocándola sin parar mientras pasaba por delante de casa, y padre levantando de pronto la cabeza e inspirando ruidosamente mientras decía:

—¿Qué es eso que estoy oliendo?

—¿Olor? —preguntó madre—. ¿Qué es lo que hueles?

—Eso —dijo padre—. Algo que no hemos olido por aquí desde..., ¿cuánto tiempo hace Gavin? —porque yo ya sabía de qué hablaba padre, incluso aunque por entonces no hubiera nacido aún y me lo hubiera tenido que contar el primo Gowan. Y madre también lo sabía. Quiero decir que se acordaba, puesto que había oído el escape libre, cuando se trataba del coche rojo del señor De Spain. Incluso aunque no supiera lo bastante para relacionar la bocina de dos notas con Matt Levitt, todo lo que tuvo que hacer fue mirar a Linda y a tío Gavin. O quizá bastase con la cara de tío

Gavin, que es lo que se consigue con tener una hermana gemela. Porque madre dijo:

—Charley —y padre dijo:

—Quizá la señorita Snopes me perdone esta vez —ahora hablaba con Linda—. Compréndalo usted, siempre que come con nosotros una chica bonita, cuanto más bonita es, más me esfuerzo en hacer chistes con la esperanza de que quieran volver. Esta vez me he esforzado demasiado. De manera que si la señorita Snopes me perdona haberme esforzado demasiado por decir cosas graciosas, yo le perdono ser demasiado bonita.

—Buen chico —dijo tío Gavin—. Aunque ese comentario tampoco tenga la suavidad del plumón, por lo menos no llevaba pinchos como el otro chiste. ¿Por qué no salimos al porche, Maggie? Estaremos más frescos.

—De acuerdo —dijo madre. Pero nos quedamos todos en el vestíbulo mirando a Linda. No era simplemente miedo lo que había en su cara, ni el hecho de ser una chica de dieciséis años que visita por vez primera la casa de unas personas que probablemente han decidido ya no darle su aprobación. Yo no supe lo que era. Pero madre sí, quizá porque era madre a quien Linda miraba con aquella expresión en la cara.

—Creo que estaremos más frescos en el salón —dijo madre—. Vamos a sentarnos allí —pero era demasiado tarde. Se oía ya la bocina, sin fallar una nota: da Da da Da da Da, cada vez más alto, hasta pasar por delante de casa, siempre sin fallar una nota, hasta perderse a lo lejos, y Linda mirando a madre con desesperanza durante uno o dos segundos más. Porque también la desesperanza acabó marchándose; quizá se transformó en desesperación durante un momento, pero luego desapareció también y su expresión pasó a ser simplemente tensa.

—Tengo que marcharme —dijo—. Discúlpenme..., tengo que... —luego, al menos, logró serenarse en cierta medida—. Gracias por la comida, señora Mallison, gracias por la comida, señor Mallison. Gracias por la comida, señor Gavin —dirigiéndose ya hacia la mesa donde había dejado el sombrero y el bolsillo. Aunque, a decir verdad, yo no esperaba que también me diera a mí las gracias.

—Deja que Gavin te lleve a casa en coche —dijo madre—. Gavin...

—No, no —respondió ella—. Es mejor..., mejor que no... —un momento después se había marchado: pasó la puerta principal y avanzó por el camino hacia la verja del jardín casi corriendo; luego cruzó el portón y en seguida corría ya, desesperada y tranquila, sin volver la cabeza. Y en seguida dejamos de verla.

—Cielos, Gavin —dijo padre—. Estás perdiendo terreno. La última vez elegiste al menos a un héroe de la guerra de Cuba que conducía un deportivo E.M.F. Ahora sólo se trata de un aficionado con los Guantes de Oro y un deportivo de fabricación casera. Ándate con ojo, compañero, o de lo contrario la próxima vez tendrás que vértelas con un *boy scout* que te desafiará a un combate a muerte en bicicleta.

—¿Cómo? —dijo madre.

—¿Qué harías —dijo padre— si fueras un mecánico de veintiún años que tiene

que trabajar hasta las seis de la tarde y supieras que un abuelo libertino de cabellos blancos se dedica a abordar a tu chica todas las tardes cuando vuelve a casa del instituto para arrastrarla hasta un tugurio donde venden refrescos y donde trata de vencer su resistencia con helados? Porque, ¿cómo podrías saber que todo lo que Gavin quiere es simplemente formarle la mente?

Sólo que ya no era todas las tardes. Ni todas las tardes ni ninguna. No sé lo que pasó, ni cómo se llevó a cabo: no sé si Linda le mandó recado de que no tratara de verla después de clase o si iba y venía por otro camino para que tío Gavin no pudiera verla o si se limitó a no ir al instituto durante una temporada. Porque Linda estaba en segunda enseñanza y yo en primera, de manera que no tenía por qué saber si seguía o no yendo a clase.

O, si vamos a eso, si seguía en Jefferson. Porque de vez en cuando veía a Matt Levitt con su coche deportivo después de que cerraran el garaje por las tardes, a la hora en que anteriormente Linda solía ir con él, y a veces de noche, yendo y viniendo de la última sesión del cine. Pero eso se había terminado. Matt iba sólo en el coche, o con otro chico o alguna persona mayor. De manera que, hasta donde se me alcanza, Matt también dejó de verla, igual que tío Gavin.

Y en cuanto a tío Gavin su actitud no permitía sacar ninguna conclusión. Antes solía verlos, camino de casa desde el instituto, en el *drugstore* de Christian tomándose un helado, y, cuando me veían, tío Gavin me hacía señas y también yo me tomaba un helado. Pero eso —el hecho de que yo ya no tuviera ninguna razón para mirar dentro del *drugstore* cuando pasaba por allí— era la única diferencia por lo que a él respecta. Hasta que un día —un viernes— tío Gavin estaba sentado dentro, esperando para llamarme cuando pasara, y aunque faltaba la segunda copa sobre la mesa pensé que Linda se habría levantado un momento, quizá para ir al mostrador de los perfumes o a las estanterías de las revistas, e incluso cuando yo ya estaba dentro y tío Gavin dijo: «El mío es de melocotón, ¿de qué lo quieres tú?», aún seguí creyendo que Linda saldría de detrás de lo que fuera que la ocultaba momentáneamente.

—Fresa —dije. Sobre la mesa estaba el último libro (se trataba de John Donne) que había encargado para ella.

—Cuesta los mismos diez centavos mandárselo por correo aquí en Jefferson que si viviera en Memphis —dijo—. Supongamos que te invito al helado y te doy los diez centavos y tú se lo llevas cuando vuelvas a casa.

—De acuerdo —dije. El señor Snopes alquiló la casa al llegar a Jefferson. Más adelante debió comprarla, porque desde que se convirtió en vicepresidente del banco empezaron a arreglarla. La había pintado y supongo que la señora Snopes hizo que colocaran el emparrado con la glicinia en el patio lateral, y al cruzar la puerta del jardín Linda me llamó y vi la hamaca debajo del emparrado. La glicinia estaba aún en flor y recuerdo el aspecto de Linda y el contraste con su pelo negro, porque los ojos tenían casi el color de la glicinia y el vestido era prácticamente igual: Linda tumbada en la hamaca, leyendo, y pensé *tío Gavin no necesitaba mandarle este libro porque*

todavía no ha terminado con el anterior. Luego vi el resto de los libros de texto en el suelo junto a la hamaca; estaba leyendo uno de geometría y me pregunté si Matt Levitt se sentiría mucho mejor sabiendo que renunciaba a salir con él para estudiar geometría en lugar de ir a tomar helados con tío Gavin.

Así que le di el libro y me volví a casa. Estábamos a viernes. Al día siguiente, sábado, fui al partido de béisbol y luego al despacho de tío Gavin para volver a casa con él. Oímos los pasos subiendo por la escalera exterior, más de una persona, haciendo un ruido como de arrastrar, e incluso oímos una respiración entrecortada y dos voces que hablaban en susurros; luego la puerta se abrió de golpe, Matt Levitt entró muy de prisa, con algo bajo el brazo, sujeto con mucha fuerza, y cerró con violencia contra quienquiera que fuese que trataba de entrar siguiéndole, sujetando la puerta con la rodilla mientras manipulaba con el pomo hasta descubrir la manera de correr el seguro y cerrarla. A continuación se volvió. Era bien parecido. No tenía una expresión divertida o feliz, pero sí lo que Ratliff llamaba alegre, la expresión alegre de un individuo que no se ha enterado aún de que se ha inventado la duda. Aunque en aquel momento su expresión no era alegre y cogió el libro —era el John Donne que yo le había llevado a Linda el día anterior— y puede decirse que lo lanzó como un disparo sobre la mesa, de manera que las páginas arrancadas y rotas se esparcieron por encima y algunas cayeron incluso al suelo.

—¿Qué le parece eso? —dijo Matt, dando la vuelta alrededor, hacia donde tío Gavin se había puesto en pie—. ¿No le apetece utilizar los puños? —dijo—. Aunque, claro está, usted siente poca afición a pelear, ¿no es cierto? Pero no importa; no le voy a hacer mucho daño de todas formas: tan sólo señalarle un poco para refrescarle la memoria. —No lo hizo, no pareció que golpeará con mucha fuerza, dio la impresión de que sus puños no avanzaban más de diez o doce centímetros, de manera que ni siquiera pareció que hacían brotar sangre de los labios ni de la nariz de tío Gavin sino, más bien, que se la estaban limpiando; dos o quizá tres golpes antes de que yo fuese capaz de moverme y agarrar el pesado bastón del abuelo que aún seguía en el paragüero detrás de la puerta y alzarlo para golpear a Matt en la cabeza con toda mi alma.

—¡Quieto, Chick! —dijo tío Gavin—. ¡No hagas eso! —pero incluso a pesar del grito, nunca habría pensado que Matt fuese capaz de moverse tan de prisa. Quizá lo hicieran los Guantes de Oro. En cualquier caso, le dio tiempo a volverse, agarrar el bastón y quitármelo de las manos antes de que me diera cuenta y, naturalmente, pensé que me iba a golpear a mí o a tío Gavin o a los dos con él, de manera que ya me había agachado para lanzarme contra sus piernas cuando adelantó la punta del bastón como si se tratara de un fusil con bayoneta, hasta apoyarlo sobre mi pecho justo debajo de la garganta, no sujetándome, sino más bien como si me hubiera recogido con la punta como se hace con un trapo o un trozo de papel.

—Mala suerte, chaval —dijo—. Casi te sale bien; pero tu tío me lo ha teleografiado muy a tiempo —tiró el bastón y me evitó para dirigirse hacia la puerta

(aunque fue sólo entonces cuando, en mi opinión, los tres nos dimos cuenta de que la persona que Matt había dejado fuera aún seguía golpeándola), descorrer el pestillo, abrirla y retroceder para dejar pasar a Linda, que entró echando llamas por los ojos; sí: ésa es exactamente la manera de describirlo, echando llamas por los ojos y, sin mirarnos siquiera a tío Gavin y a mí, giró como un torbellino sobre las puntas de los pies y abofeteó dos veces a Matt, primero con la mano izquierda y luego con la derecha, jadeando y llorando al mismo tiempo:

—¡Cretino! ¡Estúpido! ¡Patán ignorante! ¡Estúpido e ignorante hijo de perra! —era la primera vez que yo le oía decir una cosa así a una chica de dieciséis años. No: la primera vez que se lo oía a una mujer, mientras ella miraba a Matt y lloraba ya a moco tendido, como si estuviera demasiado furiosa para saber siquiera qué hacer a continuación, si volver a abofetearle o seguir insultándole, hasta que tío Gavin dio la vuelta alrededor de la mesa, y la tocó y dijo:

—No llores. Deja ya de llorar —y ella se volvió y se agarró a él, la cara contra su camisa, en el sitio manchado de sangre, todavía llorando a moco tendido y diciendo:

—Señor Gavin, señor Gavin, señor Gavin.

—Abre la puerta, Chick —dijo tío Gavin. La abrí—. Sal, muchacho —le dijo tío Gavin a Matt—. Vamos —Matt se marchó inmediatamente. Empecé a cerrar la puerta—. Tú también —dijo tío Gavin.

—¿Cómo ha dicho? —pregunté yo.

—Sal tú también —dijo tío Gavin, todavía sosteniendo a Linda, que seguía temblando y llorando apoyada contra su pecho, mientras la sangre que le brotaba por la nariz caía también sobre ella.

XIII. Gavin Stevens

—Vamos —dije—, sal tú también.

Chick se marchó y yo seguí allí sujetándola. Aunque más bien era ella quien se agarraba a mí con toda el alma, entre temblores y jadeos, llorando desconsoladamente, con la cara hundida en mi camisa, de manera que notaba cómo se me iba humedeciendo la pechera. Que era lo que Ratliff habría llamado devolver golpe por golpe, puesto que lo que los victorianos hubieran designado como el clarete de mi nariz le había manchado ya la hombrera del vestido. Así que intenté liberar una mano el tiempo suficiente para pasar por encima del otro hombro, alcanzar el pañuelo que llevaba en el bolsillo del pecho y hacer con él un pequeño trabajo de urgencia hasta que logré mantenernos separados el tiempo suficiente para llegar al grifo del agua fría.

—Deja de llorar —dije—. Deja ya de llorar —pero sólo sirvió para que lo hiciera más desconsoladamente, agarrada a mí y diciendo:

—Señor Gavin, señor Gavin, ah, señor Gavin.

—Linda —dije—. ¿Me oyes? —no contestó y me agarró con más fuerza; pero sentí que movía la cabeza afirmativamente contra mi pecho—. ¿Quieres casarte conmigo? —dije.

—¡Sí! —respondió—. ¡Sí! ¡Muy bien! ¡De acuerdo!

Esta vez conseguí ponerle una mano debajo de la barbilla y le levanté la cara a la fuerza hasta que tuvo que mirarme. Ratliff me había dicho que los ojos de los McCarron eran grises, probablemente del mismo color que Hub Hampton, con su mirada penetrante. Pero los de Linda no eran grises en absoluto, sino de un color jacinto muy intenso, como siempre imaginé que tenía que ser el mar que describe Homero.

—Escucha —le dije—. ¿Quieres casarte?

Es cierto; no necesitan tener cabeza en absoluto, excepto para conversar, para el trato social. Y he conocido algunas que, incluso en esos casos, lograban mostrarse encantadoras y tener tacto sin ser inteligentes. Porque cuando tratan con hombres, con seres humanos, todo lo que necesitan es el instinto, la intuición antes de que la maltraten y la emboten, la infinita capacidad de devoción sin las preocupaciones y la confusión que producen una fría moralidad y unos hechos aún más fríos.

—¿Quiere usted decir que no es necesario que me case? —preguntó.

—Por supuesto que no —dije—. No tienes que casarte nunca si no lo deseas.

—¡No quiero casarme con nadie! —dijo, gritó; se apretaba otra vez contra mí, el rostro hundido en la húmeda mezcla de sangre y lágrimas que parecía formar parte de la pechera de mi camisa y de mi corbata—. ¡Con nadie! —dijo—. Usted es todo lo que tengo, la única persona de quien puedo fiarme. ¡Le quiero! ¡Le quiero!

XIV. Charles Mallison

Cuando llegó a casa tenía la cara limpia, pero seguían notándosele las marcas en la nariz y en el labio y, por supuesto, no había hecho nada con la camisa y la corbata, aunque tal vez podría haberse comprado otras nuevas, porque los sábados las tiendas aún estaban abiertas. Pero no lo hizo. Quizá tampoco hubiera servido de nada con madre; tal vez sea otra de las cosas que hay que aceptar si se es hermano gemelo. Y, ¡ya lo creo que sí!, si los tornos de los dentistas hablaran, así es exactamente como habría sonado madre cuando terminó de reír y de llorar al mismo tiempo y de decir Maldito Gavin, maldito Gavin, y una vez que él subió a ponerse una camisa y una corbata limpias para la cena.

—Formándole la mente —dijo madre.

Era como si fuese capaz de soportarlo todo excepto que lo derribaran y que le hicieran sangrar por la nariz. Daba la impresión de que si el señor De Spain no lo hubiera derribado en el callejón la noche del baile de navidad, tío Gavin podría haberse olvidado de la señora Snopes sin necesidad de formar la mente de Linda. Y de que si Matt Levitt no se hubiera presentado aquella tarde en el despacho, haciéndole sangrar otra vez por la nariz, habría terminado de una vez por todas con la mente de Linda, sin volver a ocuparse de ella.

De manera que no lo dejó porque no pudo, pero al menos se libró de Matt Levitt. Eso fue en primavera. Era el último año de Linda en el instituto; iba a graduarse en mayo y, aunque todas las tardes de entresemana la veía volver de clase con unos cuantos libros bajo el brazo, si alguno de ellos era de poesía yo no estaba enterado, porque cuando llegaba al *drugstore* de Christian ni siquiera miraba hacia la puerta: se limitaba a pasar por delante con la vista fija y la cabeza ligeramente alzada, igual que el pointer al que sólo le quedan un paso o dos para inmovilizarse señalando la pieza; a andar como si viera perfectamente a la gente, a Jefferson y a la plaza, porque en aquel momento, en cualquier momento, tenía que andar entre personas y pasar por algún sitio, y daba lo mismo que fuera Jefferson y la gente de Jefferson y la plaza de Jefferson, pero eso era todo.

Porque tío Gavin ya no aparecía como por casualidad por algún lugar de los alrededores. Aunque, si bien tío Gavin no se sentaba en Christian al otro lado de una mesa de mármol viéndola tomarse una copa de helado que costaba por lo menos quince o veinte centavos, lo cierto es que también faltaba Matt Levitt. Él y su coche con el escape libre: los dos; porque el coche estaba vacío, aunque Matt lo condujera después de cerrar el garaje los días de entresemana, se arrastrase por las calles y cruzara la plaza en primera, avanzando en paralelo pero un poco más atrás cuando

Linda iba al cine con otra chica o incluso con dos o tres, la cabeza siempre alta y sin mirarle ni una sola vez, mientras el coche deportivo se arrastraba casi a la altura de su codo, con el escape libre cloqueando mansamente hasta que llegaban al cine y las dos o tres o cuatro chicas entraban. Entonces el coche salía disparado a toda velocidad, daba la vuelta a la manzana para volver al mismo sitio con el escape libre al máximo, pasar otra vez por el callejón junto al cine, cruzar de nuevo por delante, completar la vuelta a la manzana y volver al callejón, esta vez con Otis Harker (que había sustituido a Grover Cleveland Winbush como vigilante nocturno después de que Grover Cleveland dimitiera a raíz de lo que Ratliff denominaba sus problemas con la vista) esperándole en la esquina y gritando al mismo tiempo que saltaba lo bastante lejos para que Matt no lo atropellara.

Y los domingos por la plaza, con el escape libre a plena potencia y el señor Buck Connors, el jefe de policía, gritando tras él. Pero ahora Matt iba ya con una chica, una campesina que había encontrado en algún sitio, y el coche deportivo corría y rugía por las calles secundarias hasta la casa de Linda, como si el único símbolo de amor frustrado o por lo menos de deseo o quizá simplemente de frustración posible en Jefferson fuera el escape libre de un automóvil; la única manifestación que el amor o por lo menos el deseo era capaz de adoptar en Jefferson fuese apresurarse a pasar despacio delante de una determinada casa con el escape libre completamente abierto, de manera que él o ella supieran perfectamente quién estaba pasando, por mucho que se esforzaran en no mirar por la ventana.

Aunque para entonces el señor Connors había mandado llamar al *sheriff* en persona. El señor Connors dijo que su primera idea fue despertar a Otis Harker para que le ayudara, pero cuando Otis se enteró de que se trataba de detener a aquel coche deportivo, no se molestó siquiera en levantarse. Después, más adelante, alguien le preguntó a Matt si también habría atropellado al señor Hampton y Matt dijo —lloraba en aquel momento de lo enfadado que estaba—: «¿A él? ¿A Hub Hampton? ¿Salpicar mi coche recién pintado con sus condenadas tripas?». Si bien es verdad que para entonces tampoco hacía falta el señor Hampton, porque Matt salió de la ciudad, quizá para llevar a la chica a su casa; de todas formas lo cierto es que hacia la medianoche telefonearon al señor Hampton para que enviara a alguien a Caledonia donde Matt había tenido una pelea por todo lo alto con Anse McCallum, uno de los chicos de Buddy McCallum, hasta que Anse agarró un barrote de una verja o algo parecido y hubiera acabado con Matt de no ser porque la gente los cogió y los sujetó mientras alguien telefoneaba al *sheriff*, se los llevaban a la ciudad y los metían en la cárcel, y a la mañana siguiente Buddy McCallum se presentó con su pata de palo, pagó la multa de los dos, se los llevó al solar que había detrás del establo para mulas de I. O. Snopes y le dijo a Anse:

—De acuerdo. Si eres incapaz de pelear limpio y vuelves a echar mano de una barra de hierro, me quitaré la pierna de palo y te daré una zurra yo mismo.

De manera que volvieron a pelear, esta vez a puño limpio, con Buddy y unos

cuantos más viéndolos, y Anse seguía sin ser tan bueno como los Guantes de Oro de Matt, pero aguantó hasta que su padre dijo:

—De acuerdo. Ya está bien —y mandó a Anse que se limpiara la cara en la artesa y luego trajo el coche y le dijo a Matt—: Creo que también ha llegado el momento de que sigas tu camino —sólo que tampoco era necesario, porque en el garaje le dijeron que ya estaba despedido y Matt respondió:

—Despedido, ni hablar. Soy yo el que se marcha. Díganle a ese hijo de perra que venga aquí y me lo diga a la cara —para entonces también estaba delante el señor Hampton, con su elevada estatura, su tripa poderosa y sus ojillos penetrantes mirando a Matt—. ¿Dónde demonios está mi coche? —preguntó Matt.

—En mi casa —respondió el señor Hampton—. He hecho que me lo llevaran allí esta mañana.

—Vaya, vaya —dijo Matt—. Mala suerte, ¿no es eso? McCallum apareció por la cárcel y me sacó antes de que tuviera usted tiempo de venderlo y meterse el dinero en el bolsillo, ¿eh? ¿Qué dirá usted cuando aparezca por allí, me suba y ponga el motor en marcha?

—Nada, hijo —respondió el señor Hampton—. Vete cuando quieras.

—Que es ahora mismo —dijo Matt—. Y cuando salga de su... ida ciudad, abriré completamente el escape. También puede meterse eso donde quiera, aunque no creo que le quepa en el bolsillo. ¿Qué le parece?

—Nada en absoluto, hijo —respondió el señor Hampton—. Voy a hacer un trato contigo. Abre al máximo el escape por todo el camino hasta el límite del condado y luego tres metros más, y no dejaré que nadie te moleste si me prometes no volver a cruzarlo.

Y así terminó todo. Estábamos a lunes, día de mercado; y fue como si todo el condado se hubiera reunido allí, como si se hubieran presentado en la ciudad únicamente para congregarse en torno a la plaza y ver cómo Matt la cruzaba por última vez, la maleta de cartón con la que llegara a Jefferson a su lado en el asiento y el escape libre lanzando estrepitosas detonaciones; sin nadie que le dijera adiós con la mano y sin que él nos mirase a ninguno: tan sólo el tranquilo y silencioso paréntesis mientras el cochecito de llamativos colores cruzaba lenta y sonoramente, descarado y ruidoso y desafiante y sin embargo al mismo tiempo tan efímero e inocente y frágil como el juguete de un niño, un obsequio de cumpleaños, de manera que al mirarlo se sabía que probablemente nunca llegaría ni a Memphis, y mucho menos a Ohio; vimos cómo cruzaba la plaza y se dirigía hacia la calle, ya en el límite de la ciudad, que se convertiría con el tiempo en la autopista de Memphis, con el sonido del escape libre estallando y rebotando entre las paredes, multiplicado mil veces más allá del simple tamaño y volumen del frágil motor que lo producía; mientras nosotros —algunos de nosotros— pensábamos que, con toda seguridad, pasaría muy despacio y rugiendo ante la casa de Linda Snopes por lo menos una última vez. Pero no lo hizo. Siguió adelante, el cochecito cada vez más de prisa por la ancha calle, vacía en aquel

momento como si también la hubieran desocupado para dejarlo pasar, hasta más allá de donde las últimas casas de la ciudad daban paso al campo, el espacio primaveral de bosques y tierras cultivadas donde incluso la desafiante algarabía del escape libre se haría insignificante y se desdibujaría hasta desaparecer por completo.

De manera que eso fue lo que padre denominó —le dijo a tío Gavin— uno menos. Estábamos en mayo y todo el mundo sabía que Linda Snopes iba a ser la estudiante número uno del año y que pronunciaría el discurso de despedida de su promoción; tío Gavin nos hizo andar más despacio mientras nos acercábamos a Wildermark y nos llevó a la fuerza hacia el escaparate, mientras decía:

—Ese. Justo detrás del verde.

Era un estuche de viaje con todos los accesorios.

—Es de viaje —dijo madre.

—Sí —dijo tío Gavin.

—Para viajar —repitió madre—. Para marcharse.

—Sí —dijo tío Gavin—. Tiene que marcharse de aquí. Salir de Jefferson.

—¿Qué tiene Jefferson de malo? —preguntó madre. Los tres nos quedamos allí. Yo veía nuestro triple reflejo en la luna del escaparate, mirando el estuche con todos los accesorios. No hablaba en voz baja ni alta: tan sólo reposadamente—. Está bien —dijo—. ¿Qué es lo que le pasa a Linda?

Tío Gavin tampoco cambió de tono de voz.

—No me gusta que nada se desperdicie —dijo—. Todo el mundo debe tener su oportunidad de no desperdiciar nada.

—¿O su oportunidad de tener el derecho de no desperdiciar a una joven? —dijo madre.

—Tienes razón —dijo tío Gavin—. Quiero que sea feliz. Todo el mundo debe tener la oportunidad de ser feliz.

—Cosa que Linda no podrá hacer de ninguna manera si se queda en Jefferson —dijo madre.

—Así es —dijo tío Gavin. No se estaban mirando. Era como si en lugar de estar hablándose conversaran con dos vacíos reflejos en la luna del escaparate, como cuando se pone una idea por escrito en el sobre vacío, anónimo e incluso intercambiable, o quizá en la botella vacía y sellada que se arroja al mar, o tal vez dos pensamientos por escrito encerrados para siempre en el mismo momento en dos botellas lanzadas al mar para que floten y vayan a la deriva con las mareas y las corrientes hasta el refrescante fin del mundo, todavía inmunes, todavía intactas e invioladas, todavía ideas y todavía verdaderas, o incluso todavía hechos, aunque ningún ojo vuelva a verlas jamás o ninguna idea responda nunca o se oponga a ellas, y sentirse feliz por ello, o corroborado o afligido.

—La posibilidad y el deber y el derecho a procurar que todo el mundo sea feliz, independientemente de que se lo merezca o incluso de que lo desee —dijo madre.

—De acuerdo —dijo tío Gavin—. Siento haberte molestado. Volvamos a casa. Le

diremos a la señora Rouncewell que le mande una docena de heliotropos.

—¿Por qué no? —dijo madre, cogiéndole del brazo, obligándole a dar la vuelta, nuestros tres reflejos girando sobre la luna del escaparate, dirigiéndose hacia la puerta y entrando en la tienda, madre delante, camino de la sección de maletas.

—Creo que el estuche azul resultará apropiado, hará juego con sus ojos —dijo madre—. Es para Linda Snopes..., para su graduación —le explicó madre a la señorita Eunice Gant, la dependienta.

—Muy bonito —respondió la señorita Eunice—. ¿Es que Linda se va de viaje?

—Sí, sí —respondió madre—. Es muy posible. Por lo menos se irá el año que viene a una de esas universidades del Este para señoritas. Eso es lo que he oído.

—¡Estupendo! —dijo la señorita Eunice—. Siempre digo que todos los chicos y chicas jóvenes deberían salir de sus casas por lo menos un año para estudiar fuera y aprender cómo vive la otra mitad.

—Muy cierto —dijo madre—. Hasta que uno sale y ve, todo lo que hace es esperar. Hasta que uno ve las cosas por sí mismo ni renuncia ni sienta cabeza, ¿no es cierto?

—Maggie —dijo tío Gavin.

—Ah —dijo madre—, ¿quieres pagar en efectivo en lugar de cargarlo en cuenta? De acuerdo; estoy segura de que al señor Wildermark no le importará.

De manera que tío Gavin sacó dos billetes de veinte dólares de la cartera, añadió una de sus tarjetas y se lo dio todo a madre.

—Gracias —dijo ella—. Aunque probablemente la señorita Eunice tendrá otra más grande, donde quepan los cuatro nombres.

Así que la señorita Eunice le dio la tarjeta grande y madre la sostuvo hasta que tío Gavin sacó la pluma, se la dio y vimos cómo madre escribía con su letra grande y desgarbada que parecía aún la de alguien de trece años y en noveno grado:

El señor y la señora Charles Mallison

Charles Mallison, hijo

El señor Gavin Stevens

luego cerró la pluma, se la devolvió a tío Gavin, cogió la tarjeta entre el pulgar y el dedo índice de una mano, la agitó para que se secase y se la dio a la señorita Eunice.

—La mandaré esta noche —dijo la señorita Eunice—. Aunque la graduación no sea hasta la semana que viene. Como es un regalo tan bonito, ¿por qué no va a tener Linda todo ese tiempo de más para disfrutarlo?

—Sí —dijo madre—. ¿Por qué no?

Luego salimos, nuestros tres reflejos confundidos en uno que cruzaba la luna del escaparate; madre iba otra vez del brazo de tío Gavin.

—Nuestros cuatro nombres —dijo tío Gavin—. Por lo menos su padre no sabrá

que un soltero que peina canas ha enviado a su hija diecisieteñera un estuche de viaje con todos los accesorios.

—Sí —dijo madre—. Por lo menos uno de ellos no lo sabrá.

XV. Gavin Stevens

La dificultad estribaba en cómo decírselo, en cómo explicárselo. Me refiero al porqué. No al hecho, al acto mismo, sino a la razón, al *porqué* que había detrás; decirle a quemarropa, mientras consumía una de las monstruosas paradojas sintéticas que eran su pasión o al menos su elección en el *drugstore* de Christian, o tal vez en la misma calle: «Vamos a dejar de vernos porque cuando Jefferson haya asimilado todos los detalles de cómo tu amigo te siguió hasta mi despacho y me dio un puñetazo en la nariz y ocho días más tarde, después de pasar su última noche en la cárcel del condado, se sacudió para siempre el polvo de Jefferson con el ruidoso alboroto del escape libre de su automóvil..., después de eso, que sigan viéndote conmigo en las heladerías destruiría por completo lo poco que queda de tu buen nombre».

¿Se dan cuenta? De eso se trataba: de las mismas palabras *reputación* y *buen nombre*. El simple hecho de decirlas, de repetir las en voz alta, de dar reconocimiento vocal a su existencia, las mancharía y ensuciaría irrevocablemente, destruiría la integridad de las realidades mismas que representan, no ya haciéndolas vulnerables sino sentenciándolas; de la inviolable y orgullosa integridad de los principios se convertirían, quedarían reducidas a la efímera fragilidad ya predestinada y condenada de las circunstancias humanas; inocencia y virginidad se transformarían en símbolo y encarnación de pérdidas y aflicciones, eternamente lloradas, sin otra realidad que la del tiempo pretérito; la existencia del *era* y *ya no es, nunca más, nunca más*.

En eso consistía el problema. Porque el acto, el hecho mismo, resultaba bien sencillo. Por fortuna, el accidente tuvo lugar a última hora de la tarde de un sábado, lo que concedía a mi cara un margen de treinta y seis horas antes de volver a aparecer en público. (No habría necesitado tanto tiempo a no ser por la sortija del muchacho: un objeto no demasiado grande, de un metal que apenas resultaba posible distinguir del oro a no ser que alguien se acercara demasiado, y que representaba una cabeza de tigre sujetando entre sus mandíbulas lo que había sido —cabe suponer— un rubí; ausencia posiblemente deliberada porque su falta sólo había supuesto un perjuicio para mi labio).

Por otra parte, los encuentros en el *drugstore* no tenían siquiera periodicidad semanal, ni mucho menos diaria, por lo que podía incluso transcurrir toda una semana antes: 1) de que a alguien se le ocurriera que llevábamos más de siete días sin vernos; 2) de que esa persona concluyera inmediatamente que no nos habíamos visto durante todo ese tiempo porque teníamos algo que ocultar, y 3) de que el hecho de que nos hubiéramos vuelto a ver después de esperar más de una semana sirviera para probarlo.

Para entonces yo era incluso capaz de afeitarme por encima del corte en el labio. De manera que resultaba todo muy simple; muy simple de hecho y yo el más simple.

Lo había planeado de la siguiente forma: el accidente cuidadosamente cronometrado que me situaría en la puerta del *drugstore*, con (pongamos por ejemplo) la lata de tabaco de pipa todavía perfectamente visible en su trayectoria hacia el bolsillo, en el momento exacto en que pasara ella camino del instituto: «Buenos días, Linda...», dando un paso más hasta situarme a su lado y haciendo ya una pausa: «Tengo otro libro para ti. Reúnete aquí conmigo después de las clases y lo acompañaremos con una coca-cola».

Todo lo cual sería completamente necesario. Porque yo era el más simple, a quien nunca se le había ocurrido que el golpe de aquella cabeza de tigre desprovista de rubí y apenas diferenciable del oro podía también haberla marcado, aunque no le dejara un corte visible; que la inocencia es inocente no porque rechace sino porque acepta; es inocente no porque sea impermeable e invulnerable a todo, sino porque es capaz de aceptar cualquier cosa y seguir siendo inocente; inocente porque lo sabe todo de antemano y, en consecuencia, no tiene nada que temer ni de qué asustarse; la lata de tabaco en el bolsillo de mi chaqueta, ya que para entonces hasta eso resultaba evidente, con los últimos rezagados cargados de libros dirigiéndose hacia el sonido de los primeros repiques de campana del instituto, y ella todavía sin aparecer; estaba claro que se me había escapado por algún motivo: o bien no había ocupado mi sitio lo bastante pronto o Linda había tomado otro camino o quizá aquel día no iría al instituto por las razones que fueran, entre las que no figuraba el soltero de mediana edad que intentaba agradarla con Jonson, Herrick y Thomas Campion; de manera que crucé la calle finalmente libre de adolescentes y subí por la escalera exterior puesto que mañana sería siempre mañana; de hecho podría incluso usar de nuevo la lata de tabaco, con tal de que no rompiera el precinto azul necesario para la verosimilitud; abrí la puerta exterior con tela metálica y entré en el despacho.

No estaba sentada en el sillón giratorio de detrás de la mesa de despacho ni en el de cuero reservado a los clientes, sino en una silla de respaldo recto contra la estantería de libros, dando la sensación de haber huido, de haber sido empujada hasta que la pared la detuvo, volviéndose entonces, de espaldas a ella, no del todo sentada en la silla ni tampoco acurrucada porque, si bien sus piernas, sus rodillas, estaban muy juntas y rígidas y tenía las manos estrechamente entrelazadas sobre el regazo, la cabeza seguía alta, mirando primero la puerta y después a mí con los ojos con que el chico de McCarron la había marcado y que, a cierta distancia, parecían tan negros como sus cabellos hasta que te dabas cuenta que eran de un azul tan oscuro que casi resultaba violeta.

—He pensado... —dijo—. Me... me han dicho que Matt ha dejado su empleo y se ha marchado..., que se fue ayer. He pensado que quizá usted...

—Por supuesto —dije—. Siempre tengo ganas de verte —deteniéndome a tiempo para evitar *he estado ahí, en la esquina, esperando a que pasaras, hasta que ha sonado el último toque de la campana* aunque en realidad me contuve para no decir: *Levántate. Sal de aquí a toda velocidad. ¿Por qué has venido, de todas formas? ¿No*

te das cuenta de que es esto precisamente lo que me desvela por las noches desde el sábado? De manera que me limité a decir que había comprado la lata de tabaco (tendría que encontrar a alguien capaz o por lo menos dispuesto a fumar para dársela) y crear con ello la oportunidad de decir: «Tengo otro libro para ti. Se me ha olvidado traerlo, pero me acordaré a mediodía. Te espero en Christian después de las clases, y además te invitaré a un refresco. Ahora date prisa; ya se te ha hecho tarde».

No había soltado aún la puerta con la tela metálica y por tanto sólo tuve que volver a abrirla; también tuve tiempo, durante los segundos que tardó en cruzar la habitación, de desechar un millar de frenéticas indecisiones: esconderme en el despacho como si no hubiera estado allí en toda la mañana, y dejar que se fuera sola; acompañarla hasta el descansillo de la escalera y seguirla con la vista mientras la bajaba, paternal y cariñoso; acompañarla hasta el mismo instituto y esperar a que atravesara la puerta: el amigo de la familia que rescata a la hija de unos vecinos de las abundantes tentaciones para hacer novillos, devolviéndola a sus obligaciones: un amigo de familia de Flem Snopes, aunque Flem Snopes tuviera tan pocos amigos como Barbanegra o Pistol; o un amigo de Eula Varner, que tampoco había contado nunca con más amigos (a los que hombre o mujer alguno hubiera dado ese nombre) de los que tuvieran Mesalina y Helena.

Así que hice las tres cosas: esperé demasiado tiempo en el despacho, de manera que tuve que seguirla escaleras abajo a toda velocidad y luego ir por la calle a su lado, pero no lo bastante lejos como para pasar inadvertido o para ser olvidado. Después sólo quedaba sobornar a mi sobrino con el billete de dólar y el libro, no recuerdo de qué poeta; creo que nunca me di cuenta.

—Me reúno con ella en el *drugstore* de Christian después de clase, le doy el libro y le digo que usted tratará de llegar a tiempo pero que no le espere, ¿no es eso? —preguntó Chick—. Y la invito también a un refresco. ¿Por qué no le doy el libro en el instituto y ahorramos tiempo?

—Muy bien —dije—. ¿Por qué no me devuelves el dólar?

—Y la invito a un refresco —dijo él—. ¿Tengo que pagarlo con el dólar?

—De acuerdo —dije yo—. Veinticinco centavos entonces. Si pide un *banana split* puedes beber agua y sacarte cinco centavos más.

—Quizá Linda prefiera una coca-cola —dijo Chick—. En ese caso yo me tomaré otra y todavía me quedarán quince centavos.

—De acuerdo —dije.

—O supongamos que ella no quiera nada.

—¿No te he dicho que de acuerdo? —respondí—. Pero procura que tu madre no te oiga hablar de esa manera^[7].

—¿Por qué? —replicó él—. Padre y Ratliff lo dicen todo el tiempo y usted lo mismo cuando habla con ellos. Y Ratliff dice mal los tiempos pasados de algunos verbos, pero eso también lo hace usted cuando habla con gente del campo, igual que Ratliff.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Le he oído. Y Ratliff también. —¿Cómo es eso? ¿Le dijiste tú que se fijara?

—No, señor —respondió—. Fue Ratliff quien se fijó.

Mi respuesta pudo haber sido Espera a ser tan viejo como Ratliff, tu padre y yo, y entonces podrás hacerlo, pero no me acuerdo. Aunque también es cierto que en los meses siguientes me iba a descubrir haciendo montones de cosas para las que Chick resultaba igualmente demasiado joven. Lo que de todas formas no venía al caso en aquel momento, ya que sólo quedaba la tarde: el tiempo interminable hasta unos pocos minutos después de las tres y media llenos de mil indecisiones que cada feroz hostigamiento sucesivo obligaba a revisar. ¿Se dan cuenta? Linda no sólo me había incitado a concertar aquella cita con la que yo rompería, destrozaría, haría trizas, destruiría, mataría algo, sino que se me había anticipado mediante la simplicidad de la franqueza.

De manera que sólo tenía que pasar el tiempo. Es decir, hacer que pasara, conseguir olvidarlo; la ventana del despacho es tan buena para eso como cualquier otra y mejor que la mayoría, puesto que da directamente sobre la entrada del *drugstore*, de forma que sólo necesitas acechar desde allí. No oír, por supuesto, el toque de la campana para el final de las clases desde tan lejos, sino más bien verlos aparecer: los más pequeños, la afluencia y desperdigamiento infantiles de párvulos y de los primeros grados, luego los de grados intermedios, con los varones bulliciosos y haciendo payasadas; finalmente los mayores, los de los últimos cursos, serios por el peso de la responsabilidad y extraños en razón de la pubertad; y allí estaba ella, alta (no: no realmente alta, sino de la estatura adecuada; alta tan sólo como lo es una garza sobre la confusión de ranas y renacuajos), deteniéndose un fugaz segundo a la entrada del *drugstore* para una breve ojeada, quizás a la escalera vacía, y entrando luego, con tres libros en la mano, cualquiera de los cuales podría haber sido el mío y pensé: Se lo ha dado en el instituto; ese condenado diablejo me ha engañado para ganarse veinticinco centavos de más.

Pero entonces vi a Chick; también entró él, llevando el libro, y entonces se me ocurrió que, si hubiera pensado sólo en llenar un vaso de agua, en contar lentamente sesenta segundos, pongamos por ejemplo, para ocupar el tiempo que necesitaría Skeets McGowan, el camarero, en privar de su fascinante personalidad a cualquier otra estudiante de los últimos cursos y servir lo que Linda le pediría, beberme luego el agua lentamente simulando que se trataba de la coca-cola; pensando *Pero quizá haya pedido un banana split; tal vez todavía hay tiempo*, cruzando ya el despacho, abriendo la puerta de tela metálica antes de pararme a reflexionar: por lo menos no deben ver al fiscal del condado bajar corriendo las escaleras y atravesar la calle para entrar en el *drugstore* donde le espera una estudiante de dieciséis años.

Y llegué a tiempo pero justo a tiempo. Ni siquiera se habían sentado, o si lo habían hecho ella se había levantado ya, los dos de pie junto a la mesa, Linda con cuatro libros en la mano, mirándome sólo durante aquel último instante, para no

volver a hacerlo después, con los ojos que parecían de color gris oscuro o azul hasta que se estaba mejor informado.

—Siento llegar tarde —dije—. Espero que Chick te lo haya explicado.

—No importa —dijo ella—. Tengo que irme a casa de todas formas.

—¿Sin tomar siquiera una coca-cola? —pregunté.

—Tengo que irme a casa —dijo.

—En otra ocasión entonces —dije—. Como si tuvieras un vale para cuando quieras utilizarlo.

—Sí —dijo ella—. Ahora me tengo que ir a casa.

De manera que me aparté dejándola salir, hice el primer movimiento para que pasara, para que se dirigiera hacia la puerta.

—Recuerde lo que me dijo sobre los veinticinco centavos —intervino Chick.

Y también hice primero el movimiento siguiente, abriéndole la puerta de tela metálica y parándome luego, para crear así ruptura y separación mediante aquel pequeño espacio, antes incluso de que ella se diese cuenta, sin necesidad ya de hacer una pausa y mirar a medias hacia atrás para sentirse intacta y a salvo, intacta y segura y no amenazada aún, sin necesidad de decir Señor Stevens ni tampoco Señor Gavin ni Adiós ni tampoco algo que exigiera decir Le doy las gracias por, ni siquiera volver la vista entonces, aunque eso sí lo hizo.

—Gracias por el libro —dijo; y desapareció.

—¿Se acuerda de lo que me dijo sobre esos veinticinco centavos? —repitió Chick.

—Claro que sí —dije—. ¿Por qué demonios no te vas a algún sitio y te los gastas?

Ya lo creo que sí, haciendo un montón de cosas que Chick no era aún lo bastante mayor para hacer. Porque verme obligado a utilizar de nuevo aquel despreciable y mezquino látigo, para zafarme de situaciones, era divertido, estimulante. Porque ella no sabía (no debía saber, al menos no por el momento, todavía no: de lo contrario, ¿qué necesidad había de aquel despreciable y mezquino látigo?), no podía tener ninguna certeza sobre aquella tarde, aquellos uno, dos o tres minutos (los que fueran) en el *drugstore*; nunca segura de si lo que Chick le dijo era verdad: que yo iba a retrasarme y sencillamente había enviado a mi sobrino por ser el mensajero que tenía más a mano para que le hiciese compañía hasta que yo apareciera, si es que aparecía, mostrándome tan de edad avanzada y tan fatuo como para no darme siquiera cuenta del insulto que supondría darle plantón o enviar a un chico de diez años para hacerle compañía y esperar que ella, una chica de dieciséis, próxima a terminar sus estudios en el instituto, lo aceptara; o si yo lo había hecho deliberadamente: concertar la cita y luego enviar al chico de diez años en mi lugar como una manera delicada de decir *Deja de molestarme*.

Así que no podía darle siquiera la oportunidad de preguntarme con la temeridad de la desesperación cuál de esas posibilidades era la acertada. Y eso era lo divertido,

lo emocionante. Me refiero a eludirla. Era adolescencia a la inversa, puesta cabeza abajo: el joven, virgen él mismo y —¿quién podía negarlo?— quizá incluso más virgen, atraído y sintiendo terror hacia lo que le atrae, preparando mediante torpes y tímidas artimañas los encuentros accidentales en los que él nunca llegará todavía a tocar, ni siquiera esperará tocar, no querrá realmente tocar, estará de hecho demasiado aterrorizado para tocar; tan sólo respirar el mismo aire, bañarse en el mismo ambiente que baña los miembros en movimiento de la amada; para quien el guante y el pañuelo que ella ni siquiera sabe haber perdido, la flor que ella ignora haber aplastado, la misma aritmética o gramática o geografía de noveno o décimo grado que lleva su nombre escrito con su misma letra mágica en la solapa, son más terribles y emocionantes de lo que serán más adelante el brillo del auténtico hombro desnudo o la masa de cabellos sueltos sobre la almohada del lecho gemelo.

Ése era yo: no encontrarme con ella; evitarla continuamente sin que me sorprendiera haciéndolo. Compréndanlo ustedes: en una pequeña ciudad de tres mil personas como la nuestra, la única cosa que podía dar que hablar y llamar la atención más que los encuentros, dos o tres veces por semana, de un soltero de mediana edad con una doncella de dieciséis, sería una doncella de dieciséis y un soltero de mediana edad evitando tropezarse dos o tres veces por semana por el sistema de entrar precipitadamente en una tienda o desaparecer por un callejón. Un abogado de mediana edad, que precisamente era además fiscal del condado, siempre estaba en condiciones de encontrar suficientes ocupaciones, incluso en una ciudad de tan sólo tres mil habitantes, como para faltar alguna vez, incluso unas cuantas veces, pero no eternamente, de la única calle entre la casa de Linda y el edificio del instituto, en los cuatro momentos diarios (las ocho, las doce, la una y las tres y media) en que toda la población infantil de Jefferson se ponía en movimiento.

Sin embargo, era eso lo que tenía que hacer. No contaba con ninguna ayuda, compréndanlo ustedes. No podía pararla de pronto en la calle un día y decir: «Respóndeme en seguida. Exactamente, ¿en qué medida logré engañarte o no aquella tarde en el *drugstore*? Resume exactamente en una palabra tu opinión sobre aquel episodio». Todo lo que podía hacer era dejar las cosas tal como estaban aunque no estuvieran ni de lejos demasiado bien.

Así que tenía que evitarla. Tenía que preparar con anticipación no sólo mis actividades sino las del condado de Yoknapatawpha con el fin de dar esquinazo a una chica de dieciséis años. Eso fue durante la primavera. De manera que hasta el final de las clases en mayo mi tarea resultaría comparativamente simple, por lo menos durante cinco días a la semana. Pero a su debido tiempo llegarían las vacaciones, sin exigencias de horarios ni de disciplina para Linda; y la simple observación, aunque no llegara a experiencia personal, me había enseñado desde antiguo que cualquier persona de dieciséis años que no esté criando a un niño o manteniendo a una familia o cumpliendo condena en la cárcel podía encontrarse prácticamente en cualquier sitio durante todas y cada una de las veinticuatro horas del día.

De manera que llegado el momento —el verano anterior a su último año en el instituto, el año en que se graduaría—, ni siquiera quise que me enviaran primero a mí, para entregárselos después a ella, los catálogos y folletos de lejanos y desconocidos establecimientos docentes, sino que los hice llegar directamente a la señorita Linda Snopes, Jefferson, Mississippi, con Mississippi cuidadosamente deletreado sin dejar una sola letra. Porque de lo contrario la carta o paquete iría: en primer lugar, a Jefferson, Missouri; en segundo lugar, a cualquier otro estado, de los cuarenta y ocho, en los que existiera una población llamada Jefferson; y en tercero y último, a alguien en algún sitio se le ocurriría por fin que quizá hubiera alguna persona en Mississippi capaz de pensar vagamente en la posibilidad de estudiar en alguna universidad del este o del norte o capaz de tener noticias de su existencia o por lo menos, de disfrutar con las ilustraciones de los catálogos o incluso de descifrar las palabras de una sílaba, con tal de que fueran acompañadas de fotografías.

Hice que se los mandaran directamente: la hábil y zalamera propaganda para tentar a los esnobs, procedente de las instituciones docentes de Virginia hacia las que las madres sureñas parecían orientar a sus hijas por simple instinto, sin motivo aparente, excepto el de que ellas mismas no las frecuentaron, queriendo así satisfacer de forma vicaria lo que se les había negado personalmente, dado que no tuvieron madres inclinadas a realizar por tercero interpuesto lo que a ellas, a su vez, se les había negado.

Y no sólo los centros docentes de Virginia, sino también las elegantes instituciones privadas para señoritas, consagradas a la educación social, al norte de la línea de Mason y Dixon. Yo me esforzaba por ser imparcial. No: los dos éramos imparciales, ella y yo, nosotros dos, que ya no nos veíamos nunca con el fin de proteger su buen nombre, confederados y conchabados por el bien de su alma; los dos juntos diciéndole *in absentia* a su madre: *Aquí están todos, los elegantes y los esnobs. Hemos sido imparciales, te hemos dado una oportunidad. Ahora bien, éste es el sitio donde queremos ir, a donde puedes ayudarnos a ir, si no mediante tu aprobación directa, por lo menos renunciando a oponerte*; organizando las cosas para que los otros catálogos le llegaran sólo entonces: las instituciones que ni siquiera se fijarían en la ropa que llevaba ni en cómo andaba o usaba el tenedor ni en todas las demás cosas relacionadas con su aspecto y su manera de comportarse en público porque para entonces todo eso sería ya demasiado antiguo y estaría demasiado incorporado para poderlo cambiar, pero sobre todo porque no tenía importancia de todas formas, puesto que lo importante era lo que Linda hiciera y cómo se comportara en la inviolable soledad del espíritu.

De manera que finalmente —los últimos catálogos empezaron a llegarle en las navidades de su último año en el instituto— tendría que verme, necesitaría verme, no para ayudarle a decidir cuál de ellos, sino simplemente para analizar, para discutir a fondo la decisión antes de que fuese definitiva. Esperé, haciendo gala de considerable paciencia, hasta que por fin se me ocurrió que no sería ella quien diera el primer paso

para verme de nuevo. La había evitado por espacio de más de seis meses y no sólo sabía que le había dado esquinazo, puesto que en una ciudad del tamaño de la nuestra un varón no puede evitar a una hembra constantemente durante tanto tiempo de manera simplemente accidental como tampoco pueden verse durante todo ese tiempo gracias a lo que ellos crean o piensen que es discreción y comportamiento subrepticio, sino que tendría que haberse percatado para entonces de que la historia en el *drugstore* de Christian una tarde de abril no había sido un accidente provocado por la torpeza. (Sí, claro, también se me había ocurrido que Linda no tenía motivo alguno para concluir que yo la sabía en posesión de los catálogos y mucho menos para creerme instigador de su envío. Pero lo rechacé inmediatamente como lo harán ustedes si queremos que esta historia siga adelante).

De manera que tendría que dar yo el primer paso. No sería tan sencillo como solía serlo. Todos los días laborables la veía desde la ventana del despacho (si sucedía que yo estaba allí) cruzar la plaza un poco después de las tres y media, como parte del éxodo al terminar las clases. El año anterior, en realidad durante todo el tiempo precedente, estaba sola, o parecía estarlo. Pero ahora, durante el último año, especialmente desde la marcha de Matt Levitt al estilo troglodita, se la veía con otra chica que vivía en la misma calle. Luego, de repente (empezó el último invierno, hacia el día de san Valentín), en lugar de dos eran cuatro: los dos muchachos, según me explicó Chick, el chico de Rouncewell y el más joven de los Bishop, estrellas deportivas del instituto aquel año. Y ahora, comenzada la primavera, los cuatro estaban casi todas las tardes en el *drugstore* de Christian (que, al parecer, no albergaba ningún fantasma que la hiciera ruborizarse ni sentirse violenta y yo me alegraba de ello), con cocacolas y las otras espantosas porquerías (allí trabé conocimiento con ellas) que los jóvenes, y especialmente las jóvenes, consumen con aterradora ecuanimidad no sólo por la tarde sino también a las nueve y a las diez de la mañana: a quienes —los cuatro en cuestión— yo consideraba como dos pares: dos parejas a la manera estable, casi matrimonial, de los alumnos de los dos últimos años de instituto, hasta que una tarde la vi (por casualidad) dirigirse hacia el cine escoltada por los dos.

Lo que complicaría un poco las cosas. Aunque no demasiado. De hecho resultaría bastante sencillo (prescindiendo de que estábamos ya en mayo y yo no podía aguardar mucho más): esperar sencillamente alguna tarde en la que Linda apareciera sin su escolta, cuando Bishop y Rousewell tuvieran que practicar sus especialidades deportivas o quizá sencillamente cuando un profesor los retuviera después de las clases. Y así sucedió, divisándola ya a una manzana de distancia pero también a tiempo de verla torcer de repente por una calle que le permitiría evitar la plaza misma: sin duda un nuevo camino para volver a casa que Linda había adoptado las tardes en que estaba sola, ya fuera porque se había quedado sola o (quizá) porque quería estarlo.

Pero eso también era sencillo: bastaba con volver atrás una manzana y luego

torcer, al cabo de otra manzana más, hasta la esquina donde se cruzaba con la calle en la que Linda tenía que estar. Pero más rápido que ella, a más velocidad, de manera que la vi antes de que me viera, caminando deprisa junto a desperdicios, cubos de basura y zonas de carga hasta que al verme se detuvo en seco, con un rápido y huidizo movimiento de la mano a media altura. De manera que, ¿quién sabe? A esa repentina distancia, podría incluso no haberme parado, estar ya otra vez en movimiento, alzar en respuesta la mano y el brazo y continuar, atravesar el callejón, y seguir andando a buen paso, como cualquiera esperaría normalmente que un fiscal del condado anduviera por una calle secundaria a las tres y cuarenta y dos minutos de la tarde; todavía otra manzana más para mayor seguridad, y luego tranquilo ya, todavía intacto e inviolado, libre nuevamente de amenazas.

Disponía del teléfono, por supuesto. Pero resultaría demasiado próximo, quedaría demasiado cercano al callejón y a la mano levantada. Y *grüss Gott* la máquina de escribir estaba inventada; la junta de supervisores podría deducirme el importe del papel con membrete de mi próxima paga o, quién sabe, cabía incluso la posibilidad que no se dieran cuenta; la máquina y el tiempo, por supuesto, me pertenecían:

Querida Linda:

Cuando decidas cuál es la que más te gusta, hemos de charlar. He visitado algunas universidades personalmente y puedo darte más información de la que hayas conseguido gracias al catálogo. También nos tomaremos un banana split; quizá aún no hayan oído hablar de ellos en Bennington y Bard y Swarthmore, y tendrás que ser misionera además de estudiante.

Luego a lápiz, de mi puño y letra:

Te vi en el callejón la otra tarde, pero no tuve tiempo de pararme. Por cierto, ¿qué hacías en un callejón?

¿Se dan cuenta? *La otra tarde*, de manera que daba lo mismo cuándo la echara al correo: dos días o dos semanas después; dos semanas enteras para poder romperla, e incluso puse la dirección en un sobre con sellos, sabiendo como sabía que malgastaba deliberadamente dos —no, tres, comprados por separado— centavos enteros, luego rompí las dos cosas limpiamente por la mitad una vez, igualé los bordes, volví a romper los trozos por la mitad, construí cuidadosamente un pequeño tipi en el hogar apagado, encendí una cerilla, lo vi quemarse, desdoblé con un chirrido mis viejas rodillas y me sacudí los pantalones.

Porque ya estábamos en mayo; al cabo de dos semanas Linda se graduaría. Pero la señorita Eunice Gant prometió enviar el estuche de viaje ayer por la tarde y *grüss Gott* también han inventado el teléfono. De manera que una vez más (ésta sería la

última, mi último acto de acecho) he tenido que esperar hasta las ocho y media (el banco no abre hasta las nueve pero incluso aunque Flem no sea su presidente es imposible imaginarlo quedándose en casa hasta el último momento por si se presenta la oportunidad de interceptar una llamada telefónica) y descolgarlo luego:

—Buenos días, señora Snopes. Gavin Stevens. ¿Puedo hablar con Linda si todavía no ha...? Entiendo, me habré distraído. Aunque es cierto que también yo me he retrasado esta mañana... Gracias. A todos nos alegra saber que le ha gustado el estuche de viaje. A Maggie le agrada recibir la carta... Si es usted tan amable de darle el recado cuando vuelva a casa a comer. Tengo información sobre una beca para Radcliffe que quizá le interese. Eso es prácticamente como estudiar en Harvard y estoy en condiciones de hablarle acerca de Cambridge... Sí, si es usted tan amable: que esta tarde, después de las clases, la esperaré en el *drugstore*. Muchas gracias.

Y adiós. La palabra triste, incluso por teléfono. No quiero decir que sean tristes ni la palabra ni su significado, sino el hecho de que uno sea de verdad capaz de decirla, el hecho de que llegue siempre un momento en el tiempo en que se pronuncia sin dolor ni angustia, recordando aquella noche en este mismo despacho (¿cuándo fue?, ¿hace diez años?, ¿doce años?) en la que no me limité a decir simplemente Adiós a Eula Varner sino Váyase al infierno, sin que se me blanqueara el cabello, ni rompiera a llorar ni aparecieran en mi rostro gotas de sudor producidas por la angustia, y el pesar que a veces removía un poco era el pesar porque incluso si entonces hubiera tenido el valor suficiente para no decir No, incluso aquel valor carecería de importancia en este momento puesto que incluso la cobardía provocaba un pesar tan minúsculo.

Al principio pensé que entraría y me sentaría a esperarla. Después me lo pensé dos veces: ha de ser una cosa sin trascendencia pero sin dar por supuesto que no la tiene. De manera que me quedé a la entrada, pero retirado, sin entorpecer el flujo juvenil o quizá más bien para que no me atropellara. Porque no debía verme esperando a una manzana de distancia, sino de manera fortuita, aparentemente de manera accidental y por casualidad: primero los más pequeños, de primero, segundo y tercer grado; y a continuación los mayores, de los grados superiores y de bachillerato; Linda aparecería en seguida, en cualquier momento. Pero quien apareció fue Chick, con una hoja doblada.

—Tenga —dijo—. Parece que está rayado.

—¿Rayado? —pregunté.

—El disco. El gramófono. Es la misma melodía que tocaba antes, ¿no es cierto? Sólo que esta vez a la inversa —porque probablemente Linda había insistido en que leyera el mensaje antes de entregárselo. Así que yo era el segundo, sin contarla a ella.

Querido señor Stevens:

Voy a tener que retrasarme un poco; haga el favor de esperarme si es tan

amable,

LINDA

—No es exactamente lo mismo —dije—. Esta vez no oigo el sonido de ninguna moneda de dólar.

—De acuerdo —dijo—. Yo tampoco lo he oído. Supongo que no se viene usted a casa conmigo ahora mismo.

—Lo mismo supongo yo —dije. Así que entonces entré y me senté junto a una mesa; le debía aquello en cualquier caso; lo menos que podía hacer era darle la posibilidad de la venganza y que la venganza fuera completa; la plena satisfacción de ver, desde donde quiera que estuviese mirando, cómo yo seguía esperándola incluso mucho tiempo después de saber que no vendría; que sea toda una hora completa puesto que «finis» no es «adiós» y carece de motivo para afligir al manantial del dolor.

Así que cuando pasó muy de prisa ante la luna del escaparate no la reconocí. Porque no venía del instituto, sino de la dirección contraria, como si se dirigiera al instituto en lugar de volver de él. No: no era ésa la razón. Ya estaba dentro, con prisa, la puerta cerrándose ruidosamente a sus espaldas, en el mismo instante y en el mismo sentido físico corriendo y permaneciendo inmóvil, vestida no con la blusa y la falda o el vestido estampado de algodón por encima de los zapatos sin tacones de ir a clase; sino arreglada, quiero decir «vestida» con sombrero y tacones altos y medias de seda y maquillaje, ella que no lo necesitaba, mientras yo olía ya el aroma: una fracción de segundo en suspenso e inmovilizada y huida total en una extraña y paradójica panoplia de atractivos, como un halcón captado en una instantánea.

—No importa —dije. Porque todavía me quedaba suficiente presencia de ánimo como para eso.

—No puedo —dijo. Por lo menos ese grado de presencia de ánimo. No había mucha gente en el *drugstore*, pero incluso una persona habría sido demasiado, así que yo ya me había puesto en pie, avanzando hacia ella.

—Qué guapa estás —dije—. Vamos; te acompañaré un rato hacia donde vayas — y la hice girar en esa dirección, sin tocarle siquiera el brazo, hasta salir a la calle, a la acera, hablando (supongo que era yo; es lo que hago de ordinario), en el uso de la palabra: lo que quizá explique por qué ni siquiera me di cuenta de que ya había elegido dirección, y no lo comprendí de hecho hasta que se volvió al pie de la escalera que llevaba a mi despacho, y sólo entonces la toqué: el codo, sujetándoselo un momento, hasta llevarla más allá de la escalera, de manera que nadie (uno esperaba, pretendía, tenía que creer) se hubiera dado cuenta de la vacilación, por delante de lo que los escaparates de las tiendas ofrecen a final de primavera —los establecimientos de ferretería y de artículos de labranza repletos de herramientas de jardín y para trabajar la tierra, rollos de cuerda para el arado todavía sin cortar y sacos

con muestras de escorias y fertilizantes e incluso las tiendas de comestibles con cajas muy ordenadas de paquetes de semillas con llamativos e increíbles dibujos de hortalizas y flores—, hablando (oh, sí, confía en mí siempre) reposada y decorosamente: la joven adornada y perfumada para ir a donde quiera que una joven vaya a las cuatro de una tarde de mayo, y el soltero de cabellos grises, paternal y lo que los negros de avanzada edad llamarían «situado», incapaz ya de hacer daño, remansada la sangre e indiferente la carne ante la forma de muñeca o tobillo, borrosos y polvorientos y secos como recuerdos los anhelos y angustias de la juventud..., hasta que pudimos doblar una esquina y conseguir un poco de aislamiento o por lo menos espacio o algo parecido siempre que no nos detuviéramos por completo.

—No puedo —dijo.

—Ya lo has dicho antes —respondí—. ¿Qué es lo que no puedes?

—Las universidades —dijo—. Las que usted..., los catálogos. De fuera de Jefferson, de fuera de Mississippi.

—Me alegro de que no puedas —dije—. No esperaba que lo decidieras sola. Por eso quería verte: para ayudarte a escoger la más adecuada.

—Pero es que no puedo —respondió—. ¿No lo entiende? No puedo.

Entonces yo..., sí, yo..., dejé de hablar.

—Está bien —dije—. Cuéntamelo.

—No puedo ir a ninguna. Tengo que seguir en Jefferson. Iré a la Academia el año que viene.

Sí, claro que dejé de hablar. Lo de menos era lo que representaba la Academia. Ni siquiera tenía importancia que la Academia estuviera en Jefferson. El enemigo mortal era Jefferson mismo, por cuanto Jefferson era Snopes.

—Comprendo —dije—. Está bien. Hablaré con ella yo mismo.

—No —respondió ella—. No. No quiero marcharme.

—Sí —dije—. Tenemos que hacerlo. Es demasiado importante. Es demasiado importante para que ni siquiera tú lo entiendas ahora. Vamos. Iremos a tu casa y hablaré con tu madre... —dándome ya la vuelta. Pero ella me había sujetado, me agarraba por la muñeca y el antebrazo con las dos manos, hasta que me detuvo. Luego me soltó y se quedó allí con los tacones altos y las medias de seda y el sombrero que era para alguien un poco mayor que ella o quizá yo no estaba acostumbrado a verla con sombrero o tal vez el sombrero me recordaba la única vez en que la había visto con uno y que fue aquel desastroso almuerzo dominical en casa dos años antes, la primera vez que la obligué, que la forcé a hacer algo porque no sabía cómo negarse; después de lo cual dije de repente:

—Claro está que en realidad no necesito preguntártelo, pero quizá sea mejor que quede constancia. Dime que no es verdad que quieres quedarte en Jefferson. ¿No es cierto que quieres ir a una universidad del Este? —luego inmediatamente añadí—: De acuerdo, lo retiro. No te puedo preguntar eso; no te puedo pedir que digas abiertamente que estás en contra de tu madre. De acuerdo —dije—; no quieres estar

allí delante cuando hable con ella, ¿no es eso? —después añadí—: Mírame —y ella lo hizo, con aquellos ojos que no eran azules ni tampoco grises sino de color jacinto, los dos en medio de aquella tranquila manzana de casas, a plena vista de veinte discretas persianas por lo menos; mirándome incluso mientras decía, jadeaba de nuevo:

—No, no.

—Vamos —dije—. Vamos a seguir andando —y así lo hizo, con bastante docilidad—. Sabe que has venido a verme esta tarde, claro está, porque te dio mi recado telefónico... De acuerdo —dije—. Iré a tu casa mañana por la mañana, después de que te vayas a clase. Pero no tiene importancia; no es preciso que se lo digas. No tienes que contarle nada..., que decirle nada... —ni siquiera No No otra vez, puesto que no había dicho otra cosa desde el primer momento, y aún seguía diciéndolo incluso con su manera de andar y de no decir nada. Porque ahora yo sabía ya por qué la ropa, el perfume y el maquillaje tenían tan poco que ver con ella como el sombrero. Era desesperación, no para defender la ingratitud sino para paliar por lo menos la descortesía de todo ello: la madre que decía *Por supuesto, no faltes a esa cita con él. Dile que me basto y me sobro para planear la educación de mi hija, y las dos le daremos las gracias por mantenerse al margen de nuestros asuntos*; la pobre criatura desesperada tapando ella misma, tratando de ocultar la bajeza de una y la vergüenza de otra detrás de placentas de gusanos y los orines y vómitos de gatos y ballenas cancerosas—. Iré mañana por la mañana, después de que te hayas ido al Instituto —dije—. Lo comprendo. Lo comprendo. Pero se ha convertido en algo demasiado importante para que ninguno de los dos lo dejemos.

A la mañana siguiente, yo, que el día anterior creía haber puesto fin a la necesidad de acechar... Pero tenía que estar seguro. Y apareció Ratliff.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Va usted a ver a Eula porque no deja que Linda salga de Jefferson para ir a la universidad? Está equivocado.

—De acuerdo —dije—. Estoy equivocado. Y no tengo ninguna gana de hacerlo. No soy tan valiente..., como para ofrecerme a decirle a nadie, y mucho menos a una mujer, cómo educar a su hija. Pero alguien tiene que decírselo. Debe irse de aquí. Abandonar para siempre el aire en el que se ha escuchado el nombre de Snopes o que se ha utilizado para pronunciarlo...

—Pero, ¡espere, le digo! ¡Hágame caso! —exclamó—. Está equivocado...

Pero no podía esperar y no lo hice. Tan sólo lo aplacé, hice tiempo hasta que fueran por lo menos las nueve de la mañana. Porque incluso en una calurosa mañana de mayo de Mississippi, cuando la gente comienza a levantarse más o menos con el sol, no tanto en defensa propia como para contraponer la mayor cantidad posible de día a las horas que van de las doce a las cuatro, un ama de casa necesitaría algún tiempo de preparación (de su casa y de sí misma o quizá sobre todo y simplemente de su alma) para recibir a un visitante varón, inoportuno además de no invitado.

Pero la señora Snopes estaba preparada: ella misma, su casa y también su alma; si es que su alma estuvo alguna vez en su vida desprevenida ante algo que simplemente

llevara pantalones o si es que el alma de cualquier mujer necesitó nunca prepararse y armarse con anticipación contra algo con pantalones llamado Gavin Stevens; de manera que después de atravesar el pequeño portón alquilado (todavía con aire de alquilado aunque el propietario o alguien lo hubiera pintado) para dirigirme por el breve sendero alquilado hacia el pequeño porche alquilado y entrar en él, llegué incluso a alzar la mano para llamar antes de verla a través de la tela metálica de la puerta, de pie completamente inmóvil en el pequeño vestíbulo, observándome.

—Buenos días —dijo—. Entre —y luego sin tela metálica entre los dos y todavía observándome. No: mirándome tan sólo, sin descaro, pero tampoco acogedoramente; sin calificativo de ninguna clase. Luego se volvió, el cabello, cuando todas las otras mujeres de Jefferson, Maggie incluida, lo llevaban muy corto para entonces, seguía descuidadamente recogido en un pesado moño dorado sobre la nuca, el vestido que no era un vestido de mañana ni un traje para recibir ni incluso un vestido de casa, sino un simple vestido de algodón que no era más que un vestido y que, aunque Eula ya tenía treinta y cinco años; sí: treinta y seis según las cuentas de Ratliff a partir de aquel espléndido otoño—, como en el caso de aquél con que cruzó por primera vez la plaza dieciséis años antes, no daba tanto la impresión de agarrarse con desesperada urgencia al cuerpo para ocultarlo como de saltar en súplica y adulación sobre las extremidades en movimiento, con el fluir mismo de los pliegues de la tela, gritando ¡*Evoe!* ¡*Evoe!*

Sí, desde luego, era una sala de estar, exactamente igual que el vestíbulo, y las dos piezas exactamente iguales a algo que había visto ya en algún sitio pero me faltaba tiempo para recordar. Porque ella dijo: «¿Quiere usted un poco de café?», y también vi el servicio (no de plata sino del material que los anuncios no dicen que sea mejor que la plata, sino simplemente más nuevo. Nuevo: dando a entender que la plata está perfectamente y es incluso adecuada para personas todavía esclavas de la luz de gas y de los coches de caballos) sobre una mesita baja, con dos sillas preparadas ya y pensé *me habría derrotado igual* aunque me recibiera metida en un barril o vestida de saco. Luego pensé: *De manera que es realmente grave*, puesto que aquello —el café, la mesita baja, las dos sillas que creaban un ambiente de intimidación— no era un asalto glandular, ni siquiera al estómago, sino al alma civilizada o, por lo menos, al alma que se cree sedienta de civilización.

—Gracias —dije y esperé y luego me senté también—. ¿Me permite confesarle que estoy un poco desconcertado? No necesitamos un armisticio, puesto que ya he sido desarmado.

—Entonces ha venido usted a luchar —dijo, sirviendo el café.

—¿Cómo podría hacerlo, sin un arma? —repliqué, contemplándola: la cabeza inclinada con el descuidado, casi desaliñado moño, el brazo, la mano que podría haber mecido la cuna de un heroico guerrero o incluso recoger la espada caída de su padre, sirviendo el líquido trivial (probablemente tampoco sería muy buen café) de la trivial cafetera sintética y espuria..., todo ello en aquella habitación y en aquella casa;

y de repente supe dónde había visto antes la habitación y el vestíbulo. En una fotografía, una fotografía, digamos, de *Campo y ciudad* con el letrero *Interior americano*, reproducido en color en un catálogo de muebles al por mayor, con un comentario añadido: *Esto no es ni una Copia ni una Reproducción. Es nuestro propio Modelo adaptado a sus Necesidades individuales.*

—Gracias —dije—. No tomo leche. Sólo azúcar... Excepto que no se parece a usted.

—¿El qué? —dijo.

—Esta habitación. Su casa —y ésa es la razón de por qué ni siquiera creí al principio que la oía bien.

—No fui yo. Fue mi marido.

—Disculpe, pero no la he oído bien. —Mi marido eligió estos muebles.

—¿Flem? —dije, grité—. ¿Flem Snopes? —y ella mirándome, no sorprendida, ni asombrada: nada en absoluto o, en todo caso, sencillamente esperando a que mis protestas llegaran a su fin: ni tampoco era cierto que Linda hubiera heredado los ojos únicamente de McCarron, aunque sí el cabello—. ¡Flem Snopes! —dije—. ¡Flem Snopes!

—Sí —dijo ella—. Fuimos a Memphis. Mi marido sabía exactamente lo que quería. Mejor dicho, no lo sabía aún. Sólo sabía que quería algo, que lo necesitaba. ¿O cree usted que lo que digo no tiene sentido?

—Sí —respondí—. Muchísimo. Fueron a Memphis.

—Sí —dijo ella—. Ésa era la razón: encontrar a alguien capaz de decirle lo que necesitaba. Ya sabía a qué tienda ir. Lo primero que dijo fue: «Cuando una persona no tiene intención de comprarles nada, ¿cuánto le cobran sólo por hablar?». Porque no estaba haciendo un trato. Cuando se hace un trato, con tierras, ganado o lo que sea, las dos personas pueden llegar o no a un acuerdo, todo depende; no es necesario vender ni comprar; y si no se llega a hacer el trato, tal vez las personas que se separan no sean diferentes de cuando empezaron. Pero en esta ocasión, no. Se trataba de algo que mi marido necesitaba y sabía imprescindible: el problema consistía en que ignoraba lo que era y en que, además de fiarse del hombre que lo tenía para que le dijera lo que quería, tendría también que fiarse de que se lo vendiera sin estafarle ni en el precio ni el valor, porque tampoco eso lo sabía: tan sólo que lo necesitaba. ¿Entiende lo que le acabo de explicar?

—Perfectamente —dije—. ¿Y luego?

—Tenía que ser exactamente lo adecuado para una persona como Flem. Entonces el de la tienda empezó a decir: «Sí, creo que ya sé de qué se trata. Usted empezó como dependiente en una tienda de pueblo. Luego se trasladó a la ciudad y regentó un café. Ahora es vicepresidente de un banco. Un hombre que ha llegado tan lejos en tan poco tiempo no se detendrá ahí, y ¿por qué no tendría que enterarse, que verlo, las personas que visiten su casa? Sí, sé lo que usted quiere». Y Flem dijo No. «No demasiado caro», dijo el de la tienda. «Muebles que dejen traslucir su éxito». Y Flem

dijo No. «De acuerdo», respondió el otro. «Antiguos entonces», y nos llevó a una habitación y nos enseñó a qué se refería concretamente. «Puedo lograr que este mueble, por ejemplo, parezca todavía más antiguo». Y Flem dijo: «¿Para qué?», y el otro dijo: «Como antecedente. Su abuelo, pongamos por caso». Y Flem dijo: «He tenido abuelo porque todo el mundo lo tiene. Ignoro quién era pero sí sé que fuera quien fuese nunca tuvo suficientes muebles para llenar una habitación y mucho menos una casa. Además, no me propongo engañar a nadie. Sólo un tonto trataría de engañar a gente lista, y cualquiera que necesite engañar a los tontos es que también lo es». Entonces el de la tienda dijo que esperásemos mientras telefoneaba. Lo hicimos, y poco después apareció una mujer, su esposa, que me preguntó: «¿Y a usted qué le gustaría?», y yo dije: «Me da igual», y ella dijo: «¿Cómo?», y yo le repetí lo que había dicho y luego miró a Flem y vi cómo se examinaban el uno al otro durante un buen rato. Entonces la mujer dijo, no alzando la voz como su marido, sino de manera muy discreta: «Ya está», y esa vez fue Flem quien dijo: «Espere. ¿Cuánto costará?». Y ella dijo: «Usted es un hombre acostumbrado a los tratos. Haré uno con usted. Le llevaré los muebles a Jefferson y los colocaré yo misma en su casa. Si le gustan, los compra. Si no le gustan, vuelvo a cargarlos en el camión, los traigo otra vez aquí y no le costará ni un céntimo».

—De acuerdo —dije—. ¿Y después?

—Eso fue todo —respondió ella—. Se le ha enfriado el café. Le traeré otra taza... —y empezó a levantarse pero la detuve.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté.

—Hace cuatro años —dijo—. Cuando compró esta casa.

—¿Compró la casa? —dije—. ¿Hace cuatro años? ¿Cuando lo nombraron vicepresidente del banco!

—Sí —dijo ella—. El día antes de que lo anunciaran. Voy a traerle otra taza.

—No quiero café —dije, repitiendo para mis adentros *Flem Snopes Flem Snopes* hasta que dije, grité: ¡No quiero nada! ¡Tengo miedo! —hasta que finalmente exclamé: ¿Cómo ha dicho? —y ella repitió:

—¿Prefiere un cigarrillo? —y aquello también lo vi: una caja de metal igualmente sintético al que debería acompañar un encendedor sintético que hiciera juego, aunque lo que la señora Snopes sacó de la caja con el cigarrillo fuese una cerilla de cocina—. Linda dice que fuma usted en una pipa de mazorca de maíz. Fume en ella si le apetece.

—No —dije de nuevo—. No quiero nada... Pero Flem Snopes —dije—. Flem Snopes.

—Sí —dijo ella—. No soy yo quien no la deja irse de Jefferson para estudiar.

—Pero, ¿por qué? —dije—. ¿Por qué? Cuando ni siquiera Linda es su..., ni él es su... Lo siento. Pero ya ve usted que es muy urgente, que ni siquiera tenemos tiempo para...

—¿La cortesía? —dijo ella. Tampoco fui yo quien se movió: seguí sentado

contemplándola mientras se agachaba para frotar la cerilla con la suela del zapato ladeado y encender el cigarrillo.

—No tenemos tiempo para nada —dije—. Para nada que no sea ella. Ratliff ha tratado de decírmelo esta mañana, pero no le he escuchado. De manera que, ¿quizá era eso lo que me estaba usted diciendo hace un momento cuando no he querido o no he sabido escucharla? Los muebles. Aquel día en la tienda.

Flem no sabía lo que quería porque lo que quería daba lo mismo, no tenía importancia: tan sólo que lo quería, que lo necesitaba, que tenía que tenerlo, que se había propuesto tenerlo sin importarle el costo o quién saliera perdiendo o se angustiara o sufriera. Quería que fuese exactamente lo que necesitaba para que encajara exactamente con lo que iba a ser al día siguiente después de que lo anunciaran: la mujer y la hija de un vicepresidente junto con el resto del mobiliario del vicepresidente en la casa del vicepresidente. ¿Es eso lo que trataba usted de decirme?

—Algo parecido —dijo ella.

—Sólo algo parecido —dije yo—. Porque eso no basta. Ni muchísimo menos. Vamos a no mencionar el dinero porque cualquiera que haya visto alguna vez esa corbata de lazo sabe que no pagaría de su bolsillo el precio de una litera para mandar a su propia hija a estudiar, y mucho menos aún la hija... —y me detuve. Pero ella no, fumando y contemplando la punta humeante del cigarrillo.

—Dígalo —exclamó—. La hija ilegítima de otro hombre.

—Lo siento —dije.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Lo estoy intentando —dije—. Tal vez pudiera si usted colaborase. Si pareciera que está usted dispuesta. O incluso si pareciera que estaba usted dispuesta a intentarlo.

—Siga —dijo ella—. No es el dinero.

—Porque él..., usted..., podrían conseguir el dinero de tío Will probablemente, por no hablar de lo que yo pudiera aportar en concepto de beca. ¿O se trata de eso? ¿De que ni siquiera soporta ver el dinero, incluso de un enemigo mortal, como posiblemente lo es para él el viejo Will Varner, desperdiciado en enviar a alguien a estudiar fuera del estado, cuando él paga impuestos todos los años para mantener las instituciones docentes de Mississippi?

—Siga —dijo ella de nuevo—. No es el dinero.

—De manera que se trata después de todo de esa ilustración de catálogo de muebles, en colores chillones, reducida a partir de una fotografía de Charleston o Richmond o Long Island o Boston, hasta lograr la imagen que Flem Snopes considera indispensable que los habitantes del condado de Yoknapatawpha tengan de él. Cuando no era más que el propietario de un café a trasmano no había inconveniente en que todo Frenchman's Bend (y todo Jefferson y el resto del condado una vez que Ratliff y algunos otros como él difundieron la noticia) supiera que la niña que llevaba

su apellido era en realidad...

—Hija ilegítima de su mujer —dijo ella de nuevo.

—De acuerdo —asentí. Pero tampoco entonces utilicé la palabra—; e incluso cuando vendió el café obteniendo un pingüe beneficio y lo hicieron superintendente de la central eléctrica, seguía sin tener importancia. E incluso después de eso, cuando todavía no desempeñaba ningún cargo público y era sencillamente un usurero y acaparador de bienes inmuebles que se ocupaba discretamente de sus propios asuntos; prescindiendo del hecho de que ya habían pasado diez o doce años, momento en que podría haber empezado a esperar incluso que Jefferson fuese capaz de ver a una niña de doce o trece años con la suficiente simpatía como para no desquiciarle la vida con esa información innecesaria e inútil. Pero ahora es vicepresidente de un banco y un entrometido, ajeno a la familia, está persuadiendo a la muchacha para que se marche a estudiar fuera, para que pase al menos los tres meses anteriores a las vacaciones de Navidad entre personas cuyos padres no le deben dinero y no están obligados por lo tanto a mantener la boca cerrada, por lo que cualquiera de esas personas podría revelar a Linda lo que a toda costa quiere mantener secreto. De manera que es eso lo que pasa —dije, pero ella seguía sin mirarme: tan sólo fumando tranquilamente y sin interrupción mientras contemplaba las lentas ondulaciones del humo al ascender—. Así que volvemos a usted, después de todo —dije—. A Linda le ha prohibido que salga de Jefferson y a usted le ha hecho chantaje para que le apoye, amenazándola precisamente con lo que él teme: diciendo que le contará a Linda la vergüenza de su madre y su ilegitimidad. Bueno; eso es una hoja con tres filos. Pídale el dinero a su padre, o acéptelo de mí, hágala salir de Jefferson y yo mismo le explicaré quién es..., o quién no es.

—¿Espera que Linda le crea? —preguntó ella.

—¿Cómo? —dije—. ¿Creerme? Me creerá incluso sin un espejo en que mirarse, sin nada con que comparar ni necesidad de repudiar, porque todo lo que necesita es haber vivido con él durante los diecisiete años que lo ha hecho. ¿Es que puede hacer algo mejor que creerme, que creer a cualquiera, que aceptar la oportunidad de creer a cualquiera lo bastante comprensivo para asegurarle que no es hija de Flem? ¿De qué estamos hablando? ¿Qué más puede pedir Linda que el derecho a amar a la madre que gracias al amor la salvó de ser una Snopes? Y si eso no bastara, no hay nada que supere a algo que ni siquiera uno entre diez millones tiene derecho a ser, merece ser: no sólo hijo del amor, sino uno de los elegidos para compartir el lazo fraternal con los inmortales hijos del amor de todo el mundo, fruto de esa valerosa pasión virginal que no sólo es capaz sino que está condenada a considerar la tierra misma totalmente perdida para el amor, de ese amor con el que a lo largo de la historia del ser humano, esos seres débiles e impotentes y aterrados e insomnes, a los que el resto de la raza humana llama sus poetas, han soñado y se han angustiado y se han sentido llenos de júbilo y de asombro... —y ella contemplándome ahora, sin fumar, sujetando tan sólo el cigarrillo inmóvil, mientras se desvanecía la última nubecilla azul, mirándome a

través de ella.

—¿No sabe usted mucho de las mujeres, no es cierto? —dijo—. A las mujeres no les interesan los sueños de los poetas. Les interesan los hechos. Ni siquiera importa que los hechos sean ciertos o no, con tal de que encajen con el resto de los hechos sin dejar una costura demasiado visible. Nunca le creería a usted. Ni siquiera le creería a él si se lo contara. Les aborrecería a los dos..., a usted sobre todo por haberlo empezado.

—¿Quiere usted decir que Linda prefiere..., esto..., prefiere tenerlo a él mejor que nada? ¿Que renunciará a la oportunidad de estudiar fuera y a todo lo demás? No le creo.

—Lo que Linda tiene significa mucho para ella. Lo prefiere a muchas cosas. A la mayoría de las cosas.

—¡No le creo! —dije, grité o pensé que lo hacía. Pero sólo lo pensé, hasta que dije—: Entonces yo no puedo hacer nada.

—Sí —dijo. Y ahora me miraba, el cigarrillo inmóvil, sin dar siquiera la sensación de estar encendido—. Cásese con ella.

—¿Cómo? —dije, grité—. ¿Un individuo de cabellos grises que le dobla con creces la edad? ¿No se da cuenta de que me propongo librarla de Jefferson? ¿De que no quiero atarla a esta ciudad todavía más, con lazos aún más estrechos, todavía con más inconvenientes, sino hacerla libre? Y usted habla de la realidad de los hechos.

—El matrimonio es el único hecho. Lo demás sigue siendo el sueño romántico del poeta. Cásese con ella. Linda le aceptará como marido. Precisamente ahora, en medio de todo esto, no sabrá decir No. Cásese con ella.

—Adiós —dije—. Adiós.

Y otra vez Ratliff, todavía en el sillón para los clientes donde lo había dejado una hora antes.

—Traté de decírselo —me explicó—. Claro que se trata de Flem. ¿Qué razón tendrían Eula y esa chica para desperdiciar una oportunidad de dejar de verse durante nueve o diez meses para variar?

—Ahora estoy en condiciones de contártelo yo mismo —dije—. Flem Snopes es vicepresidente de un banco, y tiene una casa de vicepresidente con muebles de vicepresidente, pero parte de ese mobiliario de vicepresidente son la esposa y la hija del vicepresidente.

—No —respondió él.

—Está bien —dije—. El vicepresidente de un banco no quiere arriesgarse a que se recuerde que su mujer llevaba en el vientre la hija de otro hombre cuando se casó con ella, de manera que si Linda se va a estudiar fuera, algún desconocido que no le deba dinero le contará quién es y todo el castillo de naipes se vendrá abajo.

—No —dijo Ratliff.

—De acuerdo —respondí—. Entonces habla tú durante un rato.

—Flem tiene miedo de que se case —dijo.

—¿Qué? —dije.

—Así es —dijo Ratliff—. Cuando nació Jody, tío Billy Varner hizo testamento dejando la mitad de sus bienes a la señora Varner y la otra mitad a Jody. Cuando nació Eula hizo un nuevo testamento dejando la misma primera mitad a su mujer y dividiendo la otra en dos partes iguales, una para Jody y otra para Eula. Ese es el testamento que le enseñó a Flem el día que Eula y él se casaron, y no lo ha cambiado desde entonces. Es decir, Flem Snopes le creyó cuando le dijo que no lo iba a cambiar, aunque no hubiera nadie más que le creyera..., especialmente después de que Flem le ganara en toda la línea con el asunto de la casa del Viejo Francés.

—¿Cómo? —dije—. Esa casa fue lo que le dio a Eula como dote.

—Sí, claro —dijo Ratliff—. La historia se contó así porque tío Billy nunca ha tenido el menor deseo de rectificarla. Le ofreció la finca a Flem, pero Flem dijo que preferiría su valor en efectivo, y ése es el motivo de que Flem y Eula salieran un día más tarde camino de Texas: tío Billy y él estuvieron regateando, y tío Billy ya había reducido las pretensiones de Flem más de lo que nunca había pensado que podría hacerlo cuando su yerno cedió finalmente y aceptó aquella cifra con tal de que tío Billy le diera una opción a comprar la propiedad por ese mismo precio cuando volviera de Texas. Así lo acordaron, Flem volvió de Texas con los caballos salvajes, y cuando por fin el polvo se posó de nuevo, yo y Henry Armstid habíamos comprado la casa del Viejo Francés por mi mitad del restaurante y por el suficiente dinero en efectivo, el que puso Henry, como para comprarle la propiedad a tío Billy, que ya se había olvidado del asunto. Y ésa es la razón de que por lo menos Flem Snopes sepa que tío Billy no cambiará el testamento. Así que no quiere arriesgarse a dejar que la chica se vaya de Jefferson y se case, porque entonces Eula le abandonaría también. Fue Flem quien empezó a decir No, pero usted ha conseguido que también Eula y la chica se pongan en contra suya, hasta que Linda encuentre a la persona con la que quiere casarse. Porque a las mujeres no les interesa...

—Espera —dije—, espera. Ahora me toca a mí. La realidad es que no sé nada sobre mujeres, porque cosas como amor y moralidad y aprovechar cualquier oportunidad que se presente para no ser una Snopes son únicamente sueños románticos de poeta y a las mujeres no les interesa el romanticismo de los sueños; a las mujeres les interesa la realidad de los hechos, les da lo mismo de qué hechos se trate, y todavía les importa menos si son ciertos o no, con tal de que encajen con todos los demás hechos sin dejar un borde con demasiados picos. ¿Estoy en lo cierto?

—Bueno —dijo—; es posible que yo no lo hubiera dicho exactamente así.

—Porque yo no sé nada sobre mujeres —dije—. Así que, ¿te importaría decirme dónde demonios has aprendido tú lo que sabes?

—Quizá escuchando —dijo. Algo que todos sabíamos, porque ¿qué habitante del condado de Yoknapatawpha no había visto en alguna ocasión durante los últimos diez o quince años la caja de hojadelata con forma de casa y pintada para parecerlo, y con una máquina de coser dentro para hacer demostraciones, sujeta en otros tiempos a la

parte posterior de un coche de cuatro ruedas tirado por caballos y después al asiento trasero de un automóvil acondicionado para ello, uno u otro atados o estacionados junto al portón de acceso a miles de patios o jardines en un centenar de apartadas carreteras rurales, mientras Ratliff, con su rostro moreno, bien afeitado, inescrutable y afable al mismo tiempo, y su limpia camisa azul descolorida y sin corbata, se limitaba a escuchar, sentado en una silla de cocina, en el patio sombreado o en el porche, rodeado por un grupo de cinco o seis señoras que llegaban con cofia o sombrero de paja desde cualquier lugar a quilómetro y medio de distancia a lo largo de esa carretera? Sí, claro que sí; todos los sabíamos.

—De manera que no escucho a las que hay que escuchar —dije.

—Ni tampoco a las otras —respondió—. Nunca ha escuchado a nadie, porque para entonces ya está usted hablando otra vez.

Sí, claro, muy fácil. Todo lo que tuve que hacer fue situarme en la calle en el momento oportuno, hasta que ella me vio y se dio la vuelta, se lanzó con toda la experiencia de la huida hacia la calle lateral que le permitía librarse de la emboscada. Y entonces ni siquiera recorrer a la inversa toda la manzana, sino simplemente atravesar en línea recta el mismo *drugstore* y salir por la puerta de atrás, de manera que por muy deprisa que fuese yo llegaría antes al callejón, emboscado de nuevo tras el ángulo de la pared con tiempo sobrado para oír sus pasos precipitados y luego salir y sujetarla por el brazo justo por encima de la muñeca casi antes de que comenzara a levantarlo con el reflejo de la huida y del rechazo, sujetándole la muñeca, sin apretar, mientras ella se esforzaba débilmente por soltarse, por liberarse, diciendo: «Por favor. Por favor».

—Está bien —dije—. Está bien. Sólo tienes que decirme esto. Aquella tarde, cuando fuiste primero a casa y te cambiaste antes de venir a verme en el *drugstore*. Sé que fue idea tuya ir primero a casa y ponerte el otro vestido. Pero, ¿no es cierto que tu madre insistió en el lápiz de labios y el perfume y las medias de seda y los tacones altos? —Y ella todavía tirando y retorciendo débilmente el brazo que yo tenía sujeto, susurrando:

—Por favor. Por favor.

XVI. Charles Mallison

Esto es lo que Ratliff dijo que había pasado hasta el momento en que tío Gavin se convirtió en testigo presencial de lo que sucedía.

Estábamos en enero y hacía un día gris, aunque a causa de la niebla no hiciera frío. La vieja Het entró corriendo por la puerta principal de la señora Hait, atravesó el vestíbulo y llegó a la cocina, gritando ya con voz clara y alegre, manifestando una intensa e infantil satisfacción:

—¡Señorita Mannie! ¡Hay un mulo en el patio!

Nadie sabía exactamente la edad de la vieja Het. Nadie recordaba siquiera cuántos años llevaba en el asilo. Las personas de edad le atribuían unos setenta años, aunque según sus propias cuentas, a partir de la edad de diferentes señoras de Jefferson, desde recién casadas a abuelas, a las que aseguraba haber cuidado desde niñas, debería tener cerca de los cien y, como decía Ratliff, ser por lo menos trillizas.

Es decir, la vieja Het usaba el asilo para dormir o en cualquier caso para pasar allí la mayor parte de la noche o al menos algunas horas. Porque el resto del tiempo deambulaba por la plaza o las calles de Jefferson o por algún lugar del camino de tierra de casi tres kilómetros entre la ciudad y el asilo; las señoras de los alrededores, al verla a través de una ventana o quizá incluso sólo con oír su voz alegre, resonante y a pleno pulmón, se encerraban desde hacía por lo menos veinticinco años en el cuarto de baño. Pero incluso eso no servía de nada si no se habían acordado antes de cerrar también con llave las puertas delanteras y traseras de la casa. Porque antes o después tenían que salir del cuarto de baño, y allí estaba ella, alta, delgada, de color chocolate oscuro, locuaz, alegre, con zapatillas de tenis y el abrigo largo de color de rata, adornado con lo que cuarenta o cincuenta años atrás había sido piel, y el sombrerito morado que la anciana señora Compson le regalara hacía cincuenta años, cuando aún vivía el general Compson, colocado exactamente en lo más alto del trapo con que se cubría la cabeza (al principio Het llevaba además una bolsa de viaje del mismo color y en apariencia tan sin fondo como una mina de carbón, pero desde que llegó a Jefferson la tienda de todo a diez centavos, la bolsa de viaje había cedido el sitio a una sucesión de las bolsas de papel que regalaba ese establecimiento), instalada ya en una silla de la cocina, con lo que de inmediato incorporaba a la visita mendicante un tono amable e irremediamente social.

Así se trasladaba de casa en casa, viajando en una especie de isla volante de alarma y consternación mientras recaudaba su tasa semanal de sobras, ropa desechada y de vez en cuando unos centavos para rapé, creando a su paso un cortés alboroto y resultando tan inevitable como un recaudador de impuestos. Aunque en el último o en los dos últimos años desde la viudedad de la señora Hait, Jefferson había obtenido de ella una tregua momentánea gracias a la susodicha viuda. Pero tampoco ese respiro

era completo. Podía decirse, más bien, que la vieja Het se había limitado a establecer en la cocina de la señora Hait un centro local de operaciones o puesto avanzado para el saqueo de Jefferson a raíz de que el señor Hait y cinco mulas de I. O. Snopes murieran una noche en una curva muy cerrada, por debajo de la ciudad, arrollados por el tren rápido de mercancías en dirección norte, y de que hasta los inquilinos del asilo averiguaran que a la señora Hait le habían dado ocho mil dólares de indemnización. La vieja Het iba directamente a casa de la señora Hait en cuanto llegaba a la ciudad, pasando a veces allí toda la mañana, de manera que sólo iniciaba sus implacables rondas después de mediodía. Si el tiempo era malo, de cuando en cuando se pasaba el día entero con la viuda Hait. En esas ocasiones, sus clientes o víctimas habituales, temporalmente liberados, se preguntaban si en la casa de la mujer con carácter y lengua de varón que, como Ratliff explicaba, había vendido su marido a la compañía del ferrocarril con un beneficio del ocho mil por ciento, y que también cortaba personalmente la leña para el fuego, ordeñaba la vaca y araba y trabajaba en la huerta, se preguntaban, repito, si quizá la vieja Het ayudaba en las tareas de la casa a cambio de la hospitalidad de que disfrutaba o si aún mantenía la relación en el nivel social de invitada que acude para distraer y distraerse.

La vieja Het llevaba el sombrero, el abrigo y la bolsa de papel cuando entró corriendo en la cocina de la señora Hait, gritando ya: «¡Señorita Mannie! ¡Hay un mulo en el patio!».

La señora Hait, acuclillada delante del fuego, sacaba carbones encendidos con un hurgón para pasarlos a un cubo pequeño. No había tenido hijos en su matrimonio, y ahora vivía sola en la casita de madera pintada con pintura del mismo color de la que la compañía del ferrocarril utilizaba en sus estaciones y furgones: todos decíamos que por respeto y en memoria de la mañana, tres años atrás, en que lo que quedaba del señor Hait se había separado por fin de lo que quedaba de las cinco mulas y de varios metros de cuerda de cáñamo diseminados por la servidumbre de paso. A su debido tiempo el encargado de las reclamaciones de la compañía fue a visitarla, y a su debido tiempo la señora Hait cobró un cheque de ocho mil quinientos dólares (tío Gavin explicó que aquéllos eran tiempos de prosperidad, cuando incluso las compañías de ferrocarril consideraban sus ramas y divisiones sureñas como presa justa y legítima de todos los que vivían junto a ellas), porque si bien desde varios años antes mulas aisladas o en parejas (que a menudo pertenecían también casualmente al señor Snopes; siempre era posible distinguir las suyas porque cada vez que los trenes las arrollaban llevaban cuerdas nuevas y fuertes) tenían la costumbre de hacerse matar en la misma curva (carente de visibilidad por la noche), aquélla fue la primera vez que un ser humano se unió a ellas —así fue como tío Gavin lo expresó— en compartida apoteosis.

La señora Hait recibió el dinero en efectivo; se presentó con una bata de percal, un jersey de su difunto esposo y el mismo sombrero de fieltro (lo habían encontrado intacto) que llevaba aquella madrugada fatal, esperó en frío y hosco silencio a que

primero un empleado del banco, luego el cajero y finalmente el mismo presidente (el señor De Spain en persona) trataran de explicarle la utilidad de los bonos y de las obligaciones, de las cuentas de ahorro y por fin de una simple cuenta corriente, y procedió a guardarse el dinero en un saco para sal que escondió debajo del delantal, marchándose acto seguido; aquel mismo verano pintó la casa del color práctico y duradero que hacía juego con la estación y con los furgones, por razones al parecer sentimentales o (como Ratliff dijo) de gratitud, y en la actualidad seguía viviendo en ella, sola, con la bata de percal y con el jersey y el sombrero de fieltro que su marido había poseído y utilizado hasta que dejó de necesitarlos; los zapatos, en cambio, sí eran suyos: zapatos de hombre que se abotonaban y que el señor Wildermark encargaba especialmente para ella una vez al año, con dedos como pequeños bulbos de tulipán, y adornos arcaicos y pasados de moda.

La señora Hait se incorporó y giró en redondo, todavía con el cubo en la mano, lanzó una mirada furibunda a la vieja Het y dijo inmediatamente, con voz fuerte y bien timbrada:

—Ese hijo de perra —y sin soltar el cubo y seguida por la vieja Het con la bolsa de papel, salió de la cocina en medio de la niebla. Ese era el motivo de que no hiciera frío: la niebla; como si todo el dormir y respirar de Jefferson durante la larga noche de enero todavía siguiera allí, aprisionado entre el suelo y la bruma, impidiendo que la tierra se helara por completo, tumbado como una espuma de grasa sobre los escalones de la puerta trasera y en el remate de ladrillos y en la tapa de madera sobre las escaleras del sótano junto a la puerta de la cocina, y también sobre los tablones que llevaban desde los escalones al establo en la esquina del patio trasero donde vivía la vaca de la señora Hait; cuando llegó a los tablones, todavía empuñando el cubo de carbones encendidos, la viuda Hait patinó violentamente antes de recobrar el equilibrio. La vieja Het, que llevaba suelas de goma, no se escurrió.

—¡Tenga cuidado! —gritó alegremente—. ¡Están ahí delante! —pero uno de los cuadrúpedos no estaba delante, y la señora Hait tampoco se cayó. Ni siquiera se detuvo un momento, girando y corriendo ya hacia la esquina de la casa donde, con la silenciosa rapidez de una aparición, se materializó el mulo, que también pertenecía al señor I. O. Snopes. Me refiero a que, hasta aquella mañana tres años atrás, en que al fin desenredaron al señor Hait de las cinco mulas, nadie lo había relacionado con el negocio del señor Snopes, si bien de cuando en cuando alguien se preguntaba por qué daba la impresión de que no necesitaba hacer nada de manera estable para ganarse la vida. La explicación de Ratliff era que todo el mundo estaba demasiado interesado en saber qué demonios hacía I. O. Snopes en el negocio del ganado caballar. Aunque luego Ratliff añadió que, pensándolo bien, tal vez fuese lo lógico, dado que en sus tiempos de Frenchman's Bend I. O. había sido herrero sin razón alguna para serlo, puesto que aborrecía a caballos y mulas y les tenía un miedo cerval; que quizá fuese natural que se dedicase a otra ocupación semejante, y por la que no sentía interés y para la que carecía de aptitudes (prescindiendo del hecho de que tuviera seis u ocho o

doce veces más miedo), por cuanto ahora, en lugar de tratarse de un caballo o una mula atados a un poste y con el dueño muy a mano, tenía que vérselas a solas con ocho o diez o una docena de animales que corrían sueltos hasta que, con ayuda de una cuerda, lograba atarlos.

Porque eso fue lo que hizo, sin embargo, durante algún tiempo: comprar las mulas en el mercado de Memphis, llevarlas a Jefferson y venderlas, por lo que lograba que le dieran, a agricultores, viudas y huérfanos, negros y blancos, dispuesto a rebajar el precio hasta una última cifra irreducible; posteriormente (hasta la noche en que el mercancías atropelló también al señor Hait y Jefferson estableció la primera conexión entre él y el negocio de ganado caballar de I. O. Snopes) mulas aisladas o en parejas o en grupos (atadas siempre entre sí con la recia cuerda de cáñamo completamente nueva que Snopes siempre incluía con todo detalle en sus reclamaciones) morían atropelladas por los mercancías nocturnos en la misma curva sin visibilidad donde el señor Hait hizo su mutis definitivo; alguien (Ratliff juró que no había sido él sino el jefe de estación) terminó por enviar por correo a I. O. el horario de trenes de la zona.

Aunque después de la desgracia del señor Hait (error de cálculo, dijo Ratliff; en su opinión el jefe de estación debería haber enviado el horario de trenes al señor Hait, junto con un reloj), las mulas de Snopes dejaron de fallecer de muerte repentina en la vía del ferrocarril. Cuando el funcionario encargado de las reclamaciones fue a entrevistarse con la señora Hait, Snopes también estaba allí, lo que, según Ratliff, fue probablemente la decisión más terrible de toda su vida, porque tuvo que elegir entre la simple prudencia que le dictaba mantenerse al margen de la investigación de la compañía del ferrocarril y su conocimiento de la señora Hait, que también le indicaba que su única esperanza de obtener una parte de la indemnización sería tener como aliado a la compañía del ferrocarril.

Pero lo cierto es que fracasó. La señora Hait afirmó calmadamente que su marido era el único propietario de las cinco mulas; ni siquiera tuvo que desafiar a Snopes para que la contradijera; la única ocasión en que I. O. llegó a ver el dinero (sí, claro, estuvo en el banco y miró y se acercó hasta donde su arrojo se lo permitió) fue cuando la señora Hait lo metió en el saquito de sal y luego dobló el saquito para guardárselo debajo del delantal. Durante cinco o seis años I. O. había pasado a intervalos regulares por el pacífico y somnoliento escenario de Jefferson en medio del tumulto y de las nubes de polvo, su proximidad anunciada mediante melancólicos gritos y alaridos, su paso marcado por una amarilla nube de polvo llena de cascos y de agitadas cabezas con forma de jarra; luego, al final de todo, Snopes en persona, trotando entre jadeos, la boca deformada por los gritos de desesperación y el rostro contraído por la preocupación, el terror y el desánimo.

Cuando salió de su conferencia con el encargado de las reclamaciones, aún seguían en su rostro las expresiones de preocupación y desánimo, pero la de terror se mezclaba ya con otra de incredulidad asombrada, desesperada, desconcertada y apasionada que todavía siguió transparentándose a través de la nueva capa de

famélica esperanza que adoptó durante los tres años siguientes (de nuevo, dijo Ratliff, una decisión y un problema con los que ningún hombre debería enfrentarse: porque anteriormente Snopes tenía tan sólo que descargar las mulas en el corral de la estación y luego pagar a un negro para que se montara en la vieja yegua con esquila que las guiaba a través de la ciudad hasta el establo donde las vendía, mientras que ahora, sin ayuda de nadie, tenía que sacarlas del corral de la estación y forzarlas luego, agrupadas, a pasar por el callejón que desembocaba en el patinejo de la señora Hait, carente de valla), en los que el tumulto —la nube de polvo repleta de endemoniadas formas corcoveantes— parecía atravesar de un solo estallido las pacíficas afueras de Jefferson y llegar al patio de la señora Hait, donde los dos, la señora Hait y Snopes —la viuda empuñando una escoba o una fregona o cualquier otra arma que encontraba a mano mientras salía corriendo de la casa maldiciendo como un hombre, y Snopes, el deseo de venganza saciado por el momento o, al menos, la insoportable coronación del insoportable sentimiento de impotencia e injusticia y dolo eliminado (Ratliff dijo que probablemente largo tiempo atrás había perdido la fe en la posibilidad de arrancar ni siquiera un céntimo de aquel dinero a la señora Hait y lo único que le quedaba era una esperanza furiosa y sin fundamento), aunque después tuviera que capturar de algún modo a los animales y colocarlos detrás de una cerca—, se agachaban y hacían fintas entre las formas atronadoras en una especie de pantomima apasionada y coreográfica contra el fondo de la casa cuya misma pintura impermeable Snopes estaba convencido de haber pagado y dentro de la cual su ocupante y castellana llevaba una vida de regio y sibarítico lujo con su dinero (lo que, según Ratliff, era exactamente la causa de que la señora Hait se negara a recurrir a la justicia para evitar las molestias que le causaba Snopes: también eso era parte del precio que tenía que pagar por tan asombrosa oportunidad de cambiar a su marido por ocho mil dólares), todo ello mientras el barrio, unánime, aprendía a congregarse —las señoras con sus saltos de cama o gorros de tocador, los niños que jugaban en los patios y las gentes, negros y blancos, que pasaban por allí en aquel momento— y a contemplar el espectáculo tras discretas persianas o desde la seguridad de vecinas cercas.

Cuando lo vieron, el mulo también corría, con la cabeza muy alta por encontrarse en un sitio extraño que nunca había visto antes, de manera que al aparecer de repente saliendo de la niebla, probablemente dio la impresión de ser más alto que una jirafa mientras se precipitaba sobre la señora Hait y la vieja Het, con la cuerda que le servía de roncal bailándole entre las orejas.

—¡Ahí está! —gritó la vieja Het, agitando la bolsa de papel—. ¡Eh! ¡Lárgate! —a Ratliff le contó cómo la señora Hait giró y patinó de nuevo sobre las tablas grasientas mientras corría, paralela al mulo, hacia el establo desde cuya puerta abierta los contemplaba el tranquilo y asombrado rostro de la vaca, a quien, pacíficamente inmóvil hasta un segundo antes a la puerta del establo, rumiando y contemplando la niebla, el mulo tuvo que parecerle más alto y más increíble que cualquier jirafa, y

mucho más al dar la impresión de que se proponía atravesar el establo como si fuera paja o quizá incluso pura y simplemente un espejismo. En cualquier caso, la vieja Het contó que la vaca metió la cabeza en el establo como una cerilla que se apaga e hizo un ruido dentro, la vieja Het no sabía qué clase de sonido, sencillamente una expresión de sobresalto y alarma, como cuando se pulsa una sola cuerda de un arpa o de un banjo, mientras la señora Hait corría hacia el sonido por una especie de puro reflejo, según dijo la vieja Het, en una asociación automática de hembra con hembra en un mundo de mulos y hombres, ella y el mulo convergiendo sobre el establo a toda velocidad, la señora Hait agitando ya el cubo de carbones encendidos para tirárselo al mulo. Como es lógico no duró tanto tiempo; la vieja Het aún gritaba: «¡Ahí está! ¡Ahí está!», cuando el mulo cambió de dirección y corrió hacia ella hasta que la vieja Het blandió la bolsa de papel y el animal torció y la dejó atrás y dio la vuelta a la siguiente esquina de la casa y también se perdió en la niebla como una cerilla que se apaga.

En aquel momento la señora Hait dejó el cubo en el borde de la albardilla sobre la entrada al sótano, y ella y la vieja Het doblaron la esquina de la casa a tiempo de ver al mulo coincidir con un gallo y ocho gallinas blancas de raza leghorn que salían de debajo de la casa. La vieja Het explicó que parecía algo sacado de la biblia, o tal vez de alguna biblia de vudú para las brujas: el mulo que, para empezar, salía de la niebla como un fantasma o un duende, y luego regresaba a la niebla volando, transportado sobre una nube de pequeñas criaturas aladas. La señora Hait y ella aún corrían; la vieja Het dijo que la viuda llevaba ya el mango gastado de una escoba, aunque reconoció que no recordaba cuándo lo había cogido.

—¡Hay más delante! —gritó la vieja Het.

—Ese hijo de perra —dijo la señora Hait. Había más. La vieja Het dijo que el pequeño patio del tamaño de un pañuelo estaba lleno de mulas y de I. O. Snopes. El patio era tan pequeño que cualquier criatura con una zancada de un metro lo atravesaría en dos pasos, y sin embargo cuando lo tuvieron delante debía parecer como una gota de agua vista por el microscopio. Excepto que en esa ocasión era como estar dentro de la gota. Es decir, la vieja Het dijo que la señora Hait y I. O. Snopes se hallaban en medio, porque ella se detuvo junto a la casa, donde estaría más o menos a cubierto aunque en aquel patio diminuto no había ningún sitio seguro, y contempló cómo la señora Hait, todavía empuñando la escoba y con una especie de fe sublime en algo, quizá tal vez en su misma invulnerabilidad, aunque la vieja Het dijo que la señora Hait estaba demasiado enfadada para darse cuenta de lo que hacía, se precipitaba sobre el centro mismo de la manada, tras el mulo con la brida flotante que seguía desvaneciéndose en la niebla todavía dentro de la nube de plumas sueltas que giraban como confeti o como la estela de una lancha rápida.

Y también el señor Snopes, con todas las mulas atropellándolo, y la señora Hait y él mirándose ferozmente mientras I. O. exclamaba entre jadeos:

—¿Dónde está mi dinero? ¿Dónde está la mitad que me corresponde?

—Coja a ese hijo de perra con el ronزال —dijo la señora Hait—. Saque de aquí a ese hijo de perra —ambas, la vieja Het y la señora Hait, corriendo tan deprisa que la voz jadeante de Snopes quedaba ya tras ellas:

—¡Págueme mi dinero! ¡Págueme mi mitad!

—¡Cuidado! —la vieja Het dijo que gritó—. ¡Va de nuevo hacia la parte de atrás!

—¡Consiga una cuerda! —le gritó a Snopes la señora Hait.

—¿Y dónde demonios hay una cuerda? —gritó Snopes.

—¡En el sótano, por todos los demonios! —gritó la vieja Het, pero tampoco ella esperó—. ¡Dé la vuelta por el otro lado y córtele el paso! —dijo. Y explicó que cuando doblaron aquella esquina, allí estaba el mulo con el ronزال volador dando una vez más la impresión de flotar ingrávido sobre una nube de gallinas con las que había vuelto a coincidir, dado que estas últimas habían logrado meterse bajo la casa y recorrer por tanto el diámetro mientras el mulo hacía lo mismo con la circunferencia. Cuando doblaron la esquina siguiente estaban otra vez en el patio de atrás.

—¡Cielo santo! —gritó Het—. ¡Quiere acabar con la vaca! —luego explicó que era como un cuadro. La vaca había salido del establo hasta el centro del patio trasero; ella y el mulo se hallaban uno frente a otro como a un metro de distancia, inmóviles, con la cabeza agachada y las patas en tensión como dos sujetalibros desparejados, y Snopes mitad dentro y mitad fuera de la puerta abierta del sótano, por donde había entrado sin duda en busca de la cuerda, y sobre cuya albardilla seguía el cubo de los carbones encendidos; después la vieja Het dijo que en aquel momento pensó que la puerta abierta de un sótano no era muy buen sitio para un cubo de carbones encendidos, y quizá fuera así. Quiero decir que si ella no hubiera dicho que lo pensó, alguien se habría encargado de hacerlo, dado que a posteriori siempre hay alguien dispuesto a probar su capacidad para prever los acontecimientos gracias a los recuerdos de los demás. Aunque si las cosas pasaron tan de prisa como ella decía, no entiendo cómo ninguno de los que estaban allí tuvo tiempo de pensar en nada.

Porque todo estaba otra vez en movimiento; cuando doblaron la siguiente esquina se encontraron con I. O. que iba en cabeza, llevando la cuerda (había terminado por encontrarla), después venía la vaca, con el rabo levantado y rígido y ligeramente inclinado como el asta de una bandera en un barco, a continuación el mulo, y en último lugar la señora Hait y la vieja Het, quien explicó de nuevo que se fijó en el cubo de carbones encendidos colocado en la albardilla sobre el sótano ahora con la puerta abierta, con su acumulación de desechos humanos y de la viudedad de la señora Hait —cajas vacías para encender el fuego, papeles viejos, muebles rotos— y pensó una vez más que no era un buen sitio.

Después la esquina siguiente. Snopes, la vaca y el mulo desvaneciéndose los tres sobre la nube de gallinas frenéticas que, una vez más, habían cruzado justo a tiempo por debajo de la casa. Aunque cuando llegaron al patio delantero sólo encontraron a Snopes, caído de bruces, el faldón de la levita cubriéndole la cabeza, proyectado hacia adelante por el ímpetu de la caída, y la vieja Het juró que vio la huella de la

pezuña hendida de la vaca y también del casco del mulo en medio de su camisa blanca.

—¿Dónde han ido? —le gritó. Snopes no respondió—. ¡Toman las curvas más cerradas! —le gritó a la señora Hait—. ¡Ya están en el patio de atrás!

Así era, efectivamente. La vieja Het dijo que quizá la vaca se había propuesto volver al establo pero decidió que iba demasiado de prisa y lo que hizo fue volverse, movida por la desesperación y el valor, contra el mismo mulo. Aunque Het explicó que ella y la señora Hait no llegaron del todo a tiempo para verlo: sólo oyeron el choque y el estrépito cuando el mulo salió despedido y tropezó con la entrada del sótano. Porque cuando llegaron ellas el mulo se había ido. También había desaparecido el cubo con los carbones, pero la vieja Het aseguró que no se dio cuenta entonces: sólo de la vaca en el mismo sitio en medio del patio donde había estado antes, con las patas delanteras en tensión y la cabeza baja, como si hubiera pasado alguien y se hubiese llevado el otro sujetalibros. Y es que ella y la señora Hait tampoco se detuvieron, la viuda corriendo ya pesadamente, dijo la vieja Het, con la boca abierta y el rostro del color de la masilla y apretándose el costado con una mano. De hecho dijo que las dos estaban tan agotadas e iban tan despacio que les alcanzó el mulo y saltó limpiamente por encima: un brevísimo trueno demoníaco con el tufo amoniacal del sudor que prosiguió inmediatamente su camino (las gallinas, o bien se habían convencido por fin de que tenían que quedarse debajo de la casa o quizá estaban tan cansadas que simplemente no llegaron a tiempo); y cuando doblaron la siguiente esquina el mulo había logrado finalmente perderse en la niebla; oyeron el ruido de sus cascos, rápido, entrecortado y burlón sobre el suelo más duro de la calle, hasta perderse a lo lejos.

La vieja Het contó que se detuvo.

—Bien —dijo—. Silencio, caballeros. ¿No hemos...? —entonces lo olió. Dijo que se quedó completamente quieta, oliendo, y fue como si de hecho estuviera viendo el sótano con la puerta abierta tal como estaba cuando pasaron por delante la última vez, ausente ya de la albardilla el cubo con los carbones encendidos.

—¡Cielo santo! —le gritó a la señora Hait—. ¡Huelo a humo! ¡Corre a la casa, muchacha, y coge el dinero!

Eran las nueve de la mañana más o menos. Hacia las doce el edificio había ardido por completo. Ratliff dijo que cuando llegó la gente y el coche de los bomberos, la señora Hait —seguida por la vieja Het con su bolsa de papel en una mano y un retrato a carboncillo enmarcado del señor Hait en la otra— salía de la casa con paraguas y embutida en un abrigo del ejército que el señor Hait solía utilizar, por uno de cuyos bolsillos asomaba un tarro de confitura lleno con lo que quedaba de los ocho mil quinientos dólares (que sería la mayor parte, según lo que contaban los vecinos de la manera de vivir de la señora Hait), y empuñando con la otra un pesado revólver niquelado; en seguida cruzó la calle para entrar en casa de unos vecinos, donde, junto con la vieja Het a su lado en una segunda mecedora, estaba instalada desde entonces,

las dos balanceándose ininterrumpidamente mientras contemplaban cómo los bomberos voluntarios tiraban a la calle en todas direcciones su vajilla y sus muebles. Para entonces Ratliff dijo que había muchos espectadores lo bastante interesados como para volver a la plaza, buscar a I. O. Snopes y mantenerlo informado.

—¿Por qué me lo cuentan a mí? —dijo I. O.—. No he sido yo quien ha puesto ese cubo con carbones encendidos en donde la primera cosa que pasara iba a tirarlo dentro del sótano.

—Sin embargo fue usted quien abrió la puerta del sótano —dijo Ratliff.

—Claro —respondió Snopes—. ¿Y para qué? Para coger la cuerda, su propia cuerda, en el sitio donde ella me mandó buscarla.

—Para atar a su mulo, que había entrado ilegalmente en el patio —dijo Ratliff—. No se va a escapar esta vez. No habrá un jurado en todo el condado que no se pronuncie a favor de la señora Hait.

—Supongo que será así —dijo Snopes—. Pero únicamente porque es una mujer. Ésa es la razón. Porque es una condenada mujer. De acuerdo. Que vaya a su maldito jurado con esa historia. También yo tengo cosas que contar; calculo que hay unas cuantas cosas que podría contarle a un jurado... —Ratliff dijo que acto seguido se calló, y añadió que, de todas formas, no sonaba como I. O. Snopes, porque con todo lo que decía entremezclaba siempre tantos trozos de refranes que sus interlocutores estaban tan ocupados tratando de averiguar exactamente cuáles eran los dos o tres refranes con los que había hecho un revoltijo que no había ocasión de detectar sus mentiras hasta que ya era demasiado tarde. Pero en aquel momento Ratliff dijo que estaba demasiado ocupado y no le quedaba tiempo para refranes, y aún menos para mentiras. Ratliff dijo que todos le estaban mirando.

—¿Qué cosas? —preguntó alguien—. ¿Qué podría contar al jurado?

—Nada —dijo él—. Y la razón es que no va a haber ningún jurado. ¿Yo y la señorita Mannie Hait? Ustedes muchachos no la conocen si piensan que va a crear problemas por un simple accidente que ni yo ni nadie podía evitar. No hay una mujer más justa ni más distinguida que Mannie Hait en todo el condado de Yoknapatawpha. Me gustaría tener la oportunidad de decírselo.

Ratliff le dijo que no la dejara perder, porque la señora Hait estaba justo detrás de ellos, y la vieja Het pisándole los talones, con la bolsa de papel en la mano. Ratliff dijo que primero se limitó a mirarlos a todos de manera general. Después miró a I. O.

—Vengo a comprar ese mulo —dijo.

—¿Qué mulo? —preguntó I. O. Respondió así de rápidamente, de manera casi automática, dijo Ratliff. Porque también él estaba hablando de otra cosa. Luego Ratliff dijo que se estuvieron mirando el uno al otro alrededor de medio minuto—. ¿Le gustaría ser dueña de ese mulo? —preguntó—. Le costará ciento cincuenta, señora Mannie.

—¿Habla usted de dólares? —dijo la viuda.

—No me refiero a monedas de cinco ni de diez centavos, señora Mannie —dijo

Snopes.

—Dólares —dijo la viuda—. Las mulas no valían tanto en tiempos de Hait.

—Muchas cosas han cambiado desde entonces —dijo Snopes—. Incluidos usted y yo, señora Mannie.

—Supongo que sí —respondió ella. Acto seguido se marchó. Ratliff dijo que se volvió sin decir una palabra y se fue, seguida por la vieja Het.

—Si yo fuera usted —dijo Ratliff—, me parece que no le hubiera dicho eso último.

Y Ratliff dijo que entonces aquel rostro mezquino y acosado se encendió, echando incluso algún espumarajo por la boca.

—Me gustaría que lo hiciera —dijo—. Ella o cualquiera, me da lo mismo quién; me gustaría que presentase una demanda ante los tribunales con tal de que figurase la palabra mula y el apellido Hait —y se calló, el rostro de nuevo sosegado—. ¿Cómo ha dicho? —añadió—. ¿Qué estaba usted diciendo?

—Que no parece asustarle la posibilidad de que la señora Hait le demande por quemarle la casa —dijo Ratliff.

—¿Demandarme? —dijo Snopes—. ¿La señora Hait? Si pensara sacarme algo en los tribunales con motivo de ese fuego, ¿cree que habría venido a buscarme y a ofrecerme dinero?

Eso sucedió alrededor de la una. Hacia las cuatro (Aleck Sander y yo habíamos ido a la estación Sartoris a cazar codornices con los perros que la señorita Jenny Du Pre conservaba todavía, imagino que en espera de que Benbow Sartoris fuese lo bastante mayor para sostener una escopeta) tío Gavin estaba solo en el despacho cuando oyó las zapatillas de lona en la escalera exterior. Luego entró la vieja Het; llevaba la bolsa de la compra muy llena y comía plátanos que iba sacando de una bolsa de papel sujeta bajo el brazo, y con el plátano a medio comer en esa mano, extrajo con la otra un arrugado billete de diez dólares que ofreció a tío Gavin.

—Es para usted —dijo la vieja Het—. De parte de la señora Mannie. Ya le he dado el suyo a él —y procedió a contarlo: cómo aunque tuvo que esperar tanto en la esquina de la plaza que casi llegó a creer que se haría antes de noche, por fin se presentó Snopes; y entonces le pasó el plátano que se estaba comiendo a la mujer que tenía al lado y sacó el primer billete arrugado de diez dólares. Snopes lo cogió.

—¿Cómo? —dijo—. ¿La señora Hait le ha dicho que me lo dé?

—Por el mulo —dijo la vieja Het—. No tiene que darme ningún recibo. Yo soy testigo de que se lo he dado.

—¿Diez dólares? —dijo Snopes—. ¿Por ese mulo? Le dije ciento cincuenta.

—Eso tendrá que tratarlo usted mismo con ella —dijo la vieja Het—. Lo único que hizo fue darme esto, cuando salió por el mulo, para que se lo entregara.

—¿Por..., ha ido sola a sacar a ese mulo de mi corral? —preguntó Snopes.

—Caramba, muchacho —la vieja Het explicó que le dijo—. La señora Mannie no le tiene miedo a ninguna mula. ¿Es que todavía no se ha enterado?

—Y ahora aquí está el suyo —le dijo a tío Gavin.

—¿Por qué? —respondió tío Gavin—. Yo no vendo mulas.

—Como abogado —dijo la vieja Het—. La señora Mannie ha decidido que necesita un abogado. Dice que esté usted en su casa hacia la puesta de sol, cuando haya tenido tiempo de instalarse otra vez.

—¿Su casa? —preguntó tío Gavin.

—Donde estaba antes, corazón —dijo la vieja Het—. ¿No le apetece un plátano? Ya no me caben más.

—No, muchas gracias —dijo tío Gavin.

—No hay de qué darlas —dijo—. Vamos. Coja alguno. Si me como otro voy a desear que el buen Dios no hubiera pensado el plátano número uno en toda su vida.

—No, muchas gracias —dijo tío Gavin.

—No hay de qué darlas —dijo ella—. Supongo que no tendrá usted algo así como diez centavos de sobra para un poco de rapé.

—No —dijo tío Gavin, sacando una moneda—. Todo lo que tengo son veinticinco centavos.

—Eso es categoría —dijo ella—. Cuando se habla de cambio a personas de categoría, lo que se recibe son veinticinco centavos o medio dólar o a veces incluso una moneda de dólar. Sólo la gentuza no es capaz de ir más allá de los cinco o diez centavos —acto seguido se apoderó de los veinticinco centavos, que desaparecieron en algún sitio—. Algunas personas piensan que todo lo que yo hago es patearme esta ciudad durante todo el día desde que amanece hasta que se pone el sol, con la mano llena de déme y la boca de muchas gracias. Pero se equivocan. Yo también sirvo a Jefferson. Es más meritorio dar que recibir, como dicen las Escrituras; esta ciudad se merece que le vayan bien las cosas porque está llena de personas dispuestas a dar cualquier cosa desde cinco centavos a un sombrero viejo. Pero yo soy la única que recibe constantemente. ¿Y cómo seguiría Jefferson haciendo méritos si no estuviera yo desde que sale el sol hasta que se pone, tanto si llueve como si nieva o hace sol, dispuesta a decir muchas gracias? ¿Le digo a la señora Mannie que estará usted allí?

—Sí —dijo tío Gavin. Acto seguido la vieja Het desapareció. Tío Gavin se quedó mirando el billete arrugado que tenía delante sobre la mesa. Luego oyó otros pasos en la escalera y se quedó mirando la puerta hasta que entró el señor Flem Snopes y la cerró tras de sí.

—Buenas tardes —dijo el señor Snopes—. ¿Puede usted llevarme un caso?

—¿Ahora? —dijo tío Gavin—. ¿Esta noche?

—Sí —dijo el señor Snopes.

—Un caso esta noche —dijo de nuevo tío Gavin—. ¿Tiene algo que ver con un mulo y la casa de la señora Hait?

Y más tarde explicó cómo el señor Snopes no dijo ¿Qué casa? o ¿Qué mulo? o ¿Cómo lo sabe?, sino simplemente «Sí».

—¿Por qué acude usted a mí? —preguntó tío Gavin.

—Por la misma razón que buscaría al mejor carpintero si quisiera construir una casa o el mejor agricultor si quisiera arrendar una tierra —dijo el señor Snopes.

—Gracias —dijo tío Gavin—. Lo siento —añadió. No tuvo que tocar siquiera el billete arrugado. Dijo que el señor Snopes no sólo lo había visto al entrar, sino que estaba convencido de que supo al mismo tiempo de dónde procedía—. Como usted ha advertido ya, también trabajo para el otro lado.

—¿Va usted allí ahora? —preguntó el señor Snopes.

—Sí —dijo tío Gavin.

—Entonces no hay ningún problema —se llevó la mano al bolsillo. Al principio tío Gavin no entendió para qué; se limitó a verle sacar una cartera pasada de moda y cerrada con un automático, abrirla, separar un billete de diez dólares, cerrarla y dejar el billete sobre la mesa junto al otro arrugado, volver a guardársela y quedarse mirando a tío Gavin.

—Acabo de decirle que trabajo para el otro lado —explicó tío Gavin.

—Y yo he dicho que no hay ningún problema —replicó el señor Snopes—. En realidad no necesito un abogado, puesto que ya sé lo que voy a hacer. Sólo necesito un testigo.

—¿Y por qué yo para eso? —preguntó tío Gavin.

—Por la misma razón —dijo el señor Snopes—. Para tener el mejor testigo.

Así que fueron allí. Al mediodía la niebla había desaparecido ya, y las dos chimeneas ennegrecidas de la señora Hait se alzaban, solitarias, contra lo que quedaba del ocaso invernal; en el momento mismo de llegar el señor Snopes dijo: «Espere».

—¿Cómo? —preguntó tío Gavin. Pero el señor Snopes no respondió, y allí se quedaron, sin acercarse más; tío Gavin contó que ya se olía el jamón asándose sobre el pequeño fuego delante del establo intacto, con la vieja Het sentada en una silla de cocina recién comprada dando vueltas al jamón en la sartén con un tenedor y del otro lado del fuego la señora Hait acucillada al costado de la vaca, ordeñándola y recogiendo la leche en un cubo de hojalata también nuevo.

—Ya está —dijo el señor Snopes, y tío Gavin volvió a exclamar ¿Cómo?, porque no había visto en absoluto a I. O.: apareció allí como si se hubiera materializado de repente, como si hubiera salido de pronto de la oscuridad a la luz del fuego (había una cafetera de hierro galvanizado recién comprada sobre las cenizas cerca de las llamas y para entonces tío Gavin también notó el olor a café) para quedarse quieto mirando desde arriba la nuca de la señora Hait, pero sin ver todavía a tío Gavin y al señor Flem. La vieja Het, en cambio, sí los había visto, y empezó a hablar a tío Gavin mientras se acercaban:

—Así que el café y el jamón han conseguido traerle aunque no lo consiguieran los diez dólares —dijo—. A mí también me pasa lo mismo. Ahora me parece que llevo años sin tener apetito. Un pájaro no se mantendría con lo que yo como. Pero si me llegan juntos el olor de jamón y de café... Deje la leche un momento, corazón —

dirigiéndose a la señora Hait—. Aquí está su abogado.

Entonces I. O. los vio también, y volvió rápidamente la cara mezquina, atormentada, constantemente al borde del gruñido; tío Gavin vio al mismo tiempo el interior del establo, limpio ya, rastrillado e incluso barrido, y con una capa de heno recién cortado extendida por el suelo. Una lámpara de queroseno nueva ardía sobre una caja de madera junto a un jergón cuidadosamente extendido sobre la paja y con la cama abierta ya para la noche; a continuación tío Gavin vio una segunda caja de madera colocada junto al fuego para que sirviera de mesa, con un plato nuevo, cuchillo, tenedor y cuchara, una taza con un platillo y una barra de pan hecho con máquina y todavía sin empezar.

Tío Gavin explicó que no apareció una expresión de alarma en el rostro de I. O. al ver al señor Flem, aunque añadió que él (tío Gavin) no se había dado cuenta aún de que, sencillamente, I. O. había alcanzado esa situación en que la total desesperanza se cubre con el manto de la temeridad.

—Así que ya estás aquí —dijo I. O.—. Y has traído a tu abogado. Calculo que vienes a llevarte la lámpara y los platos nuevos y la silla y el cubo y quizá incluso la leche cuando la señora Mannie termine de ordeñar la vaca, ¿no es eso? Estupendo. Es casi de una honradez pasmosa salir a campo abierto cuando ni siquiera ha oscurecido del todo. Porque, indudablemente, tu abogado está al corriente de las restantes circunstancias relacionadas con mulas e incendios provocados; es probable que la única persona que no esté al día sea tía Het, a quien sin duda debería enseñarse cómo reconocer una situación en la que, aunque se levantara y echase a correr en este mismo minuto, lo más probable es que descubriera que se había quedado sin camisa ni pantalones para cuando llegase a su casa, puesto que una puntada a tiempo salva siete vidas incluso de un gato, como dijo el otro. Por no mencionar el hecho de que cuando cenas en Roma estás perdido si no vigilas el abrigo.

»De acuerdo entonces. Ahora bien, ¿cuánto exactamente de los ocho mil quinientos dólares con que la compañía de ferrocarril indemnizó a la señora Hait, aquí presente, por ese marido suyo y las cinco mulas mías, calcula usted que la señora Hait recibió activamente? (Tío Gavin aseguraba que también dijo activamente por actualmente, igual que Ratliff, y que además los dos tenían razón). Bueno, pues en ese caso está usted tan equivocado como lo estaban todos los demás. Sólo recibió la mitad. Y la razón es que el vicepresidente, aquí con nosotros, se ocupó de gestionarlo. Por supuesto, sin un experto en finanzas como el vicepresidente para ocuparse del asunto, tampoco hubiera conseguido más de la mitad en cualquier caso, si es que llegaba a tanto, de manera que a decir verdad la señora Hait no tiene motivos para quejarse, sin mencionar el hecho de que, en justicia, tampoco le correspondía más que la mitad de esa mitad, puesto que únicamente Lonzo Hait era suyo, dado que las cinco mulas eran mías.

»De acuerdo. Veamos ahora, ¿qué supone usted que sucedió con la otra mitad de los ocho mil quinientos dólares? En ese caso está usted tan equivocado ahora como la

primera vez. Porque el vicepresidente, aquí con nosotros, se quedó con ellos. Sí, claro, todo se hizo abiertamente y de manera legal; él se lo explicó: si la señora Hait demandaba al ferrocarril, probablemente no conseguiría más de cinco mil dólares como máximo, y tendría que darme la mitad a mí por ser el dueño de las mulas. Si ella y yo presentábamos juntos la demanda, con mi colaboración activa para obligar a los millonarios dueños del ferrocarril, gente dura y sin corazón, a hacer justicia a una mujer sola, en el momento en que yo reclamara mi parte en esas mulas, dada la mala suerte que anteriormente habían tenido en esa curva otras mulas que me pertenecían, el ferrocarril sospecharía algo y nadie sacaría nada en limpio. Mientras que con él, el vicepresidente, se llegaría a los siete mil quinientos o incluso a los diez mil, de los cuales no sólo le garantizaba la mitad, sino que incluso deduciría de la suya los cien dólares que me daría a mí. Todo legal y sin tapujos: si yo cerraba la boca, recibiría cien dólares, mientras que si protestaba, el vicepresidente en persona revelaría de manera accidental a quién pertenecían las mulas activamente, con lo cual nadie recibiría nada, cosa que no supondría ningún perjuicio para el vicepresidente puesto que se encontraría exactamente donde había empezado, dado que nunca había sido propietario ni de Lonzo Hait ni de las cinco mulas.

»Una elección bien fácil y sencilla, como puede usted ver: o bien una persona quiere cien dólares o por el contrario no los quiere. Sin mencionar, como señaló el mismo vicepresidente, que la señora Hait y yo éramos conciudadanos y podría decirse que existía entre nosotros una relación comercial y que por ser la señora Hait una mujer de tierno y amable corazón, característico de la condición femenina, ¿quién podía decir que a su debido tiempo no se ablandaría un poco más, hasta el punto de que quisiera compartir conmigo parte de su mitad de los ocho mil quinientos dólares? Posibilidad que nunca se concretó en gran cosa, excepto en probar que aunque el vicepresidente quizá sepa todo lo que hay que saber sobre compañías de ferrocarril y ocho mil quinientos dólares en efectivo nunca ha sabido gran cosa de lo que la señora Hait lleva en el sitio donde otras personas tienen el corazón. Lo que, por otra parte, no tiene mayor importancia; el agua que sigue aún bajo el puente no llena ningún océano, como dijo el otro, y sencillamente perdí la votación por dos votos contra uno, o quizá ocho mil quinientos dólares contra cien; o quizá ni siquiera hizo falta tanto: bastó con la mitad de los ocho mil quinientos, contra mis cien, puesto que la única forma en que yo podría haber ganado la votación contra la señora Hait sería con cuatro mil doscientos cincuenta y un dólares de mi propiedad, e incluso entonces tendría que haber dividido con ella el dólar impar.

»Pero no tiene importancia. Ya he olvidado todo eso; esta leche derramada tampoco llenará ningún océano —tío Gavin contó que, acto seguido se volvió rápidamente hacia la señora Hait sin interrumpir el parloteo gruñidor y ultrajado—: He vuelto para mantener una pequeña conversación con usted. Tengo algo que le pertenece, y me han dicho que usted tiene algo mío. Aunque naturalmente, esperaba arreglar este asunto en privado».

—Por el amor de Dios, corazón —dijo la vieja Het—. Si se refiere usted a mí, haga como si no estuviera. Me han pasado tantas cosas que escuchar los problemas de los demás me sirve de descanso. Hable usted de lo que quiera hablar, que yo seguiré aquí ocupándome del jamón.

—Hágame el favor —le dijo I. O. a la señora Hait—. Échelos a todos un par de minutos.

La señora Hait se había vuelto, todavía acuclillada, y le miró con fijeza:

—¿Para qué? —preguntó—. Me parece que Het no es la primera criatura que entra en este patio cuando le apetece y se marcha o se queda cuando le da la gana.

Tío Gavin dijo que I. O. hizo un gesto breve, preocupado, contenido.

—De acuerdo —dijo—. Está bien. En ese caso podemos empezar ya. Se ha quedado usted con el mulo.

—Ya se lo he pagado —dijo la señora Hait—. Het le llevó el dinero.

—Diez dólares —dijo I. O.—. Por un mulo de ciento cincuenta.

—No sé nada de mulas de ciento cincuenta dólares —dijo la señora Hait—. Todo lo que sé es lo que el ferrocarril pagaba por ellas. Sesenta dólares por animal la última vez, antes de que ese necio de Hait perdiera por completo la cabeza y se atara también a la vía...

—¡Calle! —exclamó I. O.—. ¡Calle!

—¿Por qué? —respondió la señora Hait—. ¿Es que estoy revelando algún secreto que usted no haya contado ya a cualquier persona capaz de oírlo?

—Está bien —dijo I. O.—. Pero sólo me ha mandado usted diez.

—Le he mandado la diferencia —dijo la señora Hait—. La diferencia entre ese mulo y lo que usted le debía a Hait.

—¿Lo que le debía a Hait? —dijo I. O.

—Hait me dijo que usted le pagaba cincuenta dólares por cada viaje, por cada vez que ponía las mulas a tiempo delante del tren y que el ferrocarril le pagaba a usted sesenta dólares por cada mula. La última vez no le pagó nada porque nunca pagaba usted a mi marido hasta después de terminado el trabajo y en esa ocasión no hubo después. Así que me he quedado a cambio con el mulo y le he mandado los diez dólares de diferencia con Het, aquí presente, como testigo.

Tío Gavin dijo que aquello realmente dejó sin habla a I. O. Lo dejó completamente callado; él y la señora Hait, uno de pie y la otra todavía acuclillada, se estuvieron mirando mientras una vez más la vieja Het daba la vuelta al jamón en la sartén. Tío Gavin dijo que se quedaron tan inmóviles que el señor Flem en persona habló dos veces antes de que se dieran cuenta.

—¿Has terminado ya? —le dijo a I. O.

—¿Cómo? —respondió I. O.

—¿Has terminado ya? —dijo el señor Flem. Y tío Gavin contó que fue entonces cuando todos vieron el saquito de lona (uno de los saquitos de lona con el nombre del banco impreso, y que el banco mismo utilizaba para guardar el dinero en la cámara

acorazada) que llevaba en la mano.

—Sí —respondió I. O.—. He terminado. Por lo menos he sacado del negocio de las mulas un billete de diez dólares con el que no te vas a quedar.

Pero el señor Flem ni siquiera hablaba ya con él. Se había vuelto hacia la señora Hait mientras extraía del saco un papel doblado.

—Esto es la hipoteca de su casa —dijo—. Todo lo que ahora le pague la compañía de seguros será dinero contante y sonante; puede usted volver a construirla. Tenga —dijo—. Cójala.

Pero la señora Hait no se movió.

—¿Por qué? —dijo.

—Se la he comprado al banco esta tarde —dijo el señor Flem—. Tírela al fuego si lo desea. Pero antes quiero que la tenga en la mano.

Así que la señora Hait cogió el papel, y tío Gavin contó que todos vieron cómo el señor Flem metía otra vez la mano en el saquito y esta vez sacaba un fajo de billetes; I. O. también miraba, sin parpadear siquiera.

—Cielo santo —dijo la vieja Het—. Podría usted asfixiar a un lechón con eso.

—¿Cuántas mulas tienes en el corral? —le preguntó el señor Flem a I. O., que seguía mirándole. I. O. parpadeó, de prisa y cerrando mucho los ojos.

—Siete —dijo.

—Tienes seis —respondió el señor Flem—. Acabas de venderle un mulo a la señora Hait. El ferrocarril dice que la clase de mulas que vendes valen sesenta dólares por cabeza. Tú aseguras que valen ciento cincuenta. De acuerdo. No vamos a discutir por eso. Seis veces ciento cincuenta son...

—¡Siete! —dijo I. O., en voz muy alta y con violencia—. No le he vendido esa mula ni a la señora Hait ni a nadie. Fíjate en esto —se volvió hacia la señora Hait—. No hemos hecho ningún trato. Nunca hemos hecho ningún trato. La desafío a que presente un hombre o una mujer que haya visto u oído algo distinto de que usted trató de darme este billete de diez dólares y que yo se lo he devuelto. Tenga —dijo, tendiéndole el billete arrugado y arrojándoselo luego, de manera que le dio primero en la falda y cayó después al suelo. La señora Hait lo recogió.

—¿Me lo devuelve —preguntó— delante de estos testigos?

—Ya lo creo que sí —respondió él—. Me gustaría únicamente que tuviéramos un número diez veces mayor —a continuación pasó a hablar con el señor Flem—. Así que no le he vendido a nadie ninguna mula. Y siete veces ciento cincuenta hacen mil cincuenta dólares.

—Novecientos —dijo el señor Flem.

—Mil cincuenta —dijo I. O.

—Cuando me traigas el mulo —dijo el señor Flem—. Y si se cumple la condición principal.

—¿Qué condición principal? —dijo I. O.

—Que regreses a Frenchman's Bend y nunca vuelvas a ser dueño de ningún

negocio en Jefferson mientras vivas.

—¿Y si no lo hago? —preguntó I. O.

—También he vendido el hotel esta tarde —dijo el señor Flem. Y esta vez incluso I. O. se limitó a contemplarle mientras se volvía hacia el resplandor del fuego y empezaba a contar los billetes del fajo: eran sobre todo de cinco y de un dólar, aunque hubiera algunos de diez. I. O. hizo un último esfuerzo.

—Mil cincuenta —dijo.

—Cuando me traigas el mulo —dijo el señor Flem. Así que fueron únicamente novecientos dólares lo que I. O. cogió, contó de nuevo, dobló y se guardó en el bolsillo trasero del pantalón (bolsillo que procedió a abotonar) antes de volverse hacia la señora Hait.

—De acuerdo —dijo—, ¿dónde está el otro mulo del señor vicepresidente Snopes?

—Atado a un árbol en el barranco detrás de la casa del señor Spilmer —dijo la señora Hait.

—¿Qué le hizo detenerse ahí? —dijo I. O.—. ¿Por qué no siguió hasta Mottstown? En ese caso podría haber disfrutado aún más del tiempo que tarde en traerlo y de los problemas que me cause —volvió a mirar a su alrededor, gruñón, sarcástico, indomablemente disidente—. Ya lo tiene todo completamente arreglado, ¿no es cierto? Usted y el vicepresidente podrían ahorrarse dinero si él guardara esa hipoteca que ahora ya no es hipoteca sobre nada y si usted no se construyera la casa. Está bien, buenas noches a todos. Tan pronto como ponga en el corral, con los otros seis animales del vicepresidente, ese mulo extra que falta, me haré a mí mismo el honor y disfrutaré con el privilegio de presentarme en su residencia por los otros ciento cincuenta dólares puesto que más vale pájaro en mano que saludo de reyes, como decía el otro, y además los mendigos no tienen dónde elegir, sobre todo si les falta un techo bajo el que reclinar la cabeza. Y si el abogado Stevens lleva algo encima que no esté bien sujeto y que pueda gustarle al vicepresidente, mejor será que lo agarre bien, porque como dijo el otro hasta un necio no pisa en el lugar donde ha visto que acaban de morder a su prójimo. Así que, una vez más, buenas noches a todos —acto seguido desapareció. Y tío Gavin dijo que esta vez el señor Flem le habló dos veces antes de que le oyera.

—¿Qué? —dijo tío Gavin.

—He dicho que cuánto le debo —respondió el señor Flem. Y tío Gavin contó que empezó a decir un dólar, de manera que el señor Flem preguntara ¿Un dólar? ¿Eso es todo? Y entonces tío Gavin podría contestar Sí, o su navaja o su lápiz o cualquier otra cosa de manera que cuando me despierte mañana sepa que no lo he soñado. Pero no lo hizo. Se limitó a contestar:

—Nada. La señora Hait es mi cliente —y contó que, una vez más, el señor Flem tuvo que hablar dos veces—. ¿Cómo? —dijo tío Gavin.

—Mándeme la factura.

—¿Por qué?

—Por hacer de testigo —dijo el señor Snopes.

—Ah —dijo tío Gavin. E inmediatamente el señor Snopes echó a andar y tío Gavin contó que se imaginaba que diría al menos ¿Vuelve usted ahora a la ciudad? o quizá incluso ¿Volvemos juntos andando? o quizá, en todo caso, Adiós. Pero no señor. No dijo nada en absoluto. Simplemente se volvió, echó a andar y también desapareció. Entonces la señora Hait dijo:

—Trae la caja.

—Eso es lo que yo quería hacer tan pronto como pudiera usted olvidarse de todo ese asunto y sostener la sartén —dijo la vieja Het. Así que la señora Hait se hizo cargo de la silla y del tenedor y la vieja Het entró en el establo, puso la lámpara en el suelo, sacó la caja y la colocó junto al fuego.

—Ahora, corazón —le dijo a tío Gavin—, siéntese y descanse.

—Utilícela usted —dijo tío Gavin—. Yo llevo sentado todo el día. Usted no —aunque la vieja Het ya se estaba sentando en la caja antes de que tío Gavin renunciara, olvidándose inmediatamente de él, concentrando su atención en la sartén que la señora Hait había retirado del fuego con el jamón todavía crepitante.

—¿Fue usted quien dijo algo acerca de un trozo de jamón —preguntó—, o fui yo? —de manera que la señora Hait partió el jamón y tío Gavin las vio comer, la viuda en la silla con el plato, el cuchillo y el tenedor nuevos y la vieja Het sentada en la caja comiendo de la misma sartén (puesto que, al parecer, la señora Hait sólo había comprado una unidad de cada utensilio nuevo), devorando el jamón y mojando el pan en la grasa de freírlo; la vieja Het, después de llenar la taza con el contenido de la cafetera, había sacado de algún sitio una lata vacía para su propio uso cuando I. O. reapareció: surgió en silencio de la oscuridad (ya era completamente de noche) y extendió las manos sobre el fuego como si tuviera frío.

—Creo que aceptaré esos diez dólares —dijo.

—¿Qué diez dólares? —dijo la señora Hait. Y esta vez tío Gavin esperaba que se pusiera a rugir, o por lo menos a gruñir. Pero no hizo ninguna de las dos cosas, sino que siguió con las manos extendidas sobre el fuego; y tío Gavin contó que parecía pequeño y desesperado e incluso que de verdad tenía frío por lo tranquilo y silencioso que estaba.

—¿No me los va a devolver? —preguntó.

—¿Devolverle qué? —dijo la señora Hait. Tío Gavin contó que I. O. no dio la impresión de esperar una respuesta ni tampoco de haber oído a la viuda: tan sólo estaba allí, musitando junto al fuego, envuelto en una especie de tranquilo e incrédulo asombro.

—Cargo con la preocupación y el riesgo y la angustia durante años y años y consigo que me den sesenta dólares por cabeza. Usted, en cambio, una vez, sin molestias de ningún tipo, vende a Lonzo Hait y a cinco de mis mulas que ni siquiera eran suyas por ocho mil quinientos dólares. Es cierto que la mayor parte de esos ocho

mil quinientos dólares fueron por Lonzo, cosa que nunca he discutido. No hay un ser vivo que pueda decir lo contrario, aunque parecía un tanto extraño que usted se lo llevara todo, incluso mi precio habitual de sesenta dólares por cabeza en el caso de las cinco mulas, si se tiene en cuenta que Lonzo no trabajaba para usted y que usted ni siquiera sabía dónde estaba ni mucho menos era propietaria de las mulas; que todo lo que usted ha hecho para conseguir la mitad de ese dinero ha sido estar casada con él. Y ahora, después de todos esos años de no discutirlo activamente, se lleva la última mula que tenía, y no sólo me despoja de otros ciento cuarenta dólares sino de la totalidad de ciento cincuenta.

—¿Se le ha devuelto el mulo y todavía no está satisfecho? —dijo la vieja Het—. ¿Qué es lo que quiere?

—Justicia —dijo I. O.—. Eso es lo que quiero. No quiero más que eso: justicia. Por última vez —dijo—, ¿va a devolverme mis diez dólares?

—¿Qué diez dólares? —dijo la señora Hait. Entonces I. O. se dio la vuelta, tropezó con algo (tío Gavin dijo que era la bolsa de la vieja Het), recuperó el equilibrio y siguió adelante. Tío Gavin contó que lo vio un momento (la viuda y la vieja Het habían dejado de mirarle) como enmarcado por las dos chimeneas ennegrecidas, alzando los puños contra el cielo. Luego desapareció; esta vez definitivamente. Es decir, que tío Gavin le vio marcharse. La señora Hait y la vieja Het ni siquiera alzaron la vista.

—Corazón —le dijo la vieja Het a la señora Hait—, ¿qué ha hecho usted con ese mulo?

Tío Gavin dijo que le quedaba una rebanada de pan. La señora Hait la cogió y la mojó en los restos de grasa que quedaban en el plato.

—Le pegué un tiro —dijo.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó la vieja Het. La señora Hait empezó a comerse la rebanada de pan—. Bueno —dijo la vieja Het—, el mulo quemó la casa y usted le pegó un tiro. Eso va más allá de la justicia: es lo que yo llamo devolver golpe por golpe —se había hecho completamente de noche, y aún le quedaban más de dos kilómetros de camino hasta el asilo con la pesada bolsa de la compra. Pero la oscuridad dura mucho tiempo en una noche de invierno, Y tío Gavin dijo que tampoco era probable que el asilo cambiara de sitio en un futuro próximo Así que, según contó, la vieja Het se arrellanó en la caja con la sartén vacía en la mano y suspiró feliz y tranquila.

—Silencio, caballeros —dijo—. ¡Vaya día que hemos tenido!

Y allí, como diría tío Gavin, estaba otra vez Ratliff, en el sillón de los clientes con su pulcra camisa azul, descolorida y muy limpia, aunque sin corbata como de costumbre, si bien llevaba puesta la chaqueta de imitación de cuero y el pesado impermeable negro de policía que utilizaba como abrigo de invierno; era lunes y tío

Gavin había ido por la mañana a New Market para tomar parte en una reunión de supervisores relacionada con el asunto del canal de desagüe y yo creía que tío Gavin se lo habría dicho a Ratliff cuando fue a verle a casa ayer por la tarde.

—Quizá lo mencionara —dijo Ratliff—. Pero no tiene importancia. No quiero nada. Sólo he venido a este sitio tranquilo para reírme un poco.

—Ah —dije—. Por el mulo de I. O. Snopes que quemó la casa de la señora Hait. Creía que tío Gavin y usted ya se rieron bastante ayer.

—Así es —dijo—. Porque tan pronto como te sientas para reírte, descubres que no es nada divertido —se me quedó mirando—. ¿Cuándo volverá tu tío?

—Creía que ya estaría de vuelta.

—Bueno —dijo—. No tiene importancia —me miró de nuevo—. Así que eso significa que ya han caído dos y sólo queda uno.

—¿Sólo queda uno? —dije—. Al señor Flem sólo le falta echar a un Snopes de Jefferson, y entonces no quedará más que él; o...

—Exacto —dijo—. Una zanja más de incivismo que saltar, como el estudio fotográfico de Montgomery Ward y las mulas con vocación por el ferrocarril de I. O., y en Jefferson no quedará más que Flem Snopes —volvió a mirarme—. Porque tu tío no se ha enterado.

—¿No se ha enterado de qué? —dije.

—Incluso cuando lo tuvo delante porque el mismo Flem vino a este despacho aquella mañana, después de que los federales asaltaran el estudio, y le dio a tu tío la llave que faltaba del despacho del *sheriff* desde que tu tío y Hub encontraron las fotografías; como tampoco se enteró cuando le miró de hito en hito junto a la chimenea de la señora Hait el sábado por la noche, en el momento en que Flem dio la hipoteca a la viuda y pagó por las mulas de I. O. Y yo no se lo puedo decir.

—¿Por qué no se lo puede decir? —pregunté.

—Porque no me creería. Ésta es una de esas cosas que uno..., que un hombre tiene que saber por sí mismo. Tiene que aprenderlo a partir de su miedo y de su propio pánico. Porque si no es algo que ya querías oír, lo que te dicen otras personas te lo crees a medias. Y si lo querías oír, ni siquiera escuchas, porque ya estás de acuerdo, de manera que todo lo que se consigue es hacerte pensar en qué razonable es la persona que te lo ha dicho. Pero si se trata de algo que no quieres oír, ya estás decidido a rechazarlo, tanto si lo sabías como si no; y después puedes incluso aislarte y resistir para no tener que creerlo o quizá incluso llegues a vengarte del sinvergüenza que se metió donde nadie lo llamaba y te lo contó.

—De manera que no le oiría a usted porque no le creería, ya que se trata de algo que no quiere que sea verdad. ¿No es eso?

—Efectivamente —dijo Ratliff—. Así que tengo que esperar. Tengo que esperar a que lo aprenda por sí mismo, de la manera más dura, de la forma más segura, la única segura. Entonces lo creerá, lo bastante al menos para no asustarse.

—Está asustado —dije yo—. Está asustado desde hace mucho.

—Eso es bueno —dijo Ratliff—. Porque más le vale. Más nos vale a todos. Porque en el caso de una persona que sólo quiere el dinero por el dinero, o incluso por el poder, en última instancia hay unas cuantas cosas que no hará, ante las que se detendrá. Pero un individuo que sube desde donde él ha subido, que tan pronto como fue lo bastante mayor para contar dinero pensó haber descubierto que con él se compraba todo lo que pudiera querer o desear nunca, y modeló el resto de su vida y de sus actos a partir de eso, pisoteando cuando y donde tuvo que hacerlo pero sin resentimiento porque sabía que no pediría ni esperaría cuartel si se tratase de él..., un individuo que hace todo eso y descubre finalmente cuando es un hombre hecho y derecho y tal vez demasiado tarde, que lo único que necesita si quiere que su vida tenga algún sentido o incluso haya paz en ella, no es sólo algo que no se compra con dinero, sino algo que el hecho de no tener dinero o incluso el hecho de conseguir un montón de todo lo que es capaz de contar o imaginar o hasta soñar y luego perderlo, tampoco lo perjudica o le hace daño o lo estropea ni lo cambia ni lo altera..., descubre cuando ya es casi demasiado tarde que lo que necesita es algo que todos los niños tuvieron gratis al nacer hasta que un día, ya crecidos, descubrieron, tal vez demasiado tarde, que lo habían tirado por la borda.

—¿El qué? —dije—. ¿Qué es lo que necesita?

—Respetabilidad —dijo Ratliff.

—¿Respetabilidad?

—Eso es —dijo Ratliff—. Cuando lo que un hombre quiere es tan sólo dinero y poder, se detiene de ordinario en algún sitio; siempre hay por lo menos alguna cosa que ningún hombre haría sólo por dinero. Pero cuando descubre que es respetabilidad lo que quiere y necesita, no hay nada que no esté dispuesto a hacer por conseguirla y conservarla. Y si además ya es casi demasiado tarde cuando descubre qué es lo que necesita, y que incluso después de conseguirlo no puede guardarlo bajo llave y sentarse encima y descansar, sino que tiene que seguir trabajando con toda su alma para conservarlo, no se detendrá ante nada; nadie ni nada que esté dentro de su zona de influencia y a su alcance estará libre de la angustia, la aflicción y el sufrimiento.

—Respetabilidad —dije.

—Así es —respondió Ratliff—. Vicepresidente del banco ya no es suficiente. Necesita ser presidente.

—¿Necesita ser? —pregunté.

—Quiero decir pronto, quiero decir que no se atreve a esperar, a retrasarlo. Esa chica de la señora Snopes..., Linda. Va a cumplir...

—Diecinueve el doce de abril —dije.

—... diecinueve, allí... ¿Cómo sabes que es el doce?

—Eso es lo que dice tío Gavin —respondí.

—Entonces, seguro que sí —dijo Ratliff. Y en seguida continuó hablando—... allí, en la universidad de Oxford donde hay mil jóvenes más, todos inéditos y desconocidos e interesantes y varones y nadie en absoluto vigilándola excepto un

ama de llaves de la residencia a la que se paga un sueldo y no tiene una esposa que espera heredar la mitad de una mitad del dinero de tío Billy Varner, lo que resulta mucho más arriesgado que tenerla aquí mismo en la Academia de Jefferson el año pasado, antes de que tu tío o su mamá o quien fuera o los dos juntos convencieran por fin a Flem para que le permitiera dejar la Academia e ir a la universidad después de navidades donde él no podía supervisar personalmente sus amistades masculinas hasta reducirlas a los mismos muchachos con los que Linda había crecido de manera que sus padres tuvieran tal vez algún pariente que le debiera dinero, lo que suponía una ayuda para manejarlos; y no digamos nada de tenerla en casa todas las noches donde basta con extender la mano y tocarla, por así decirlo, cada vez que el reloj da las horas. De manera que no puede, no está dispuesto a correr ese riesgo; en cualquier momento puede llegar un telegrama o recibirse una llamada telefónica diciendo que Linda se ha ido corriendo a cualquiera de las ciudades cercanas donde hay un juez de paz a quien nunca le ha importado un bledo quién sea Flem Snopes, y se ha casado. E incluso aunque los localizara diez minutos después y la arrastrara...

—No es así —dije.

—... hasta casa... ¿Qué has dicho?

—Que no es así como lo suele decir usted^[8].

Ratliff se me quedó mirando un rato.

—Desde hace ya diez años..., bueno, más bien siempre que tu tío dejaba de hablar el tiempo suficiente, y durante los cinco que también llevo escuchándote, he tratado de aprender a decir bien las palabras. Y cuando creo que estoy dominando el asunto y empiezo a tener un poco de confianza, vienes, precisamente tú, a corregirme para que vuelva a decir lo que llevo diez años tratando de olvidar.

—Lo siento —dije—. No era ésa mi intención. Es que me gusta la forma que tiene usted de decir esas palabras. Cuando usted las utiliza tienen más fuerza que cuando lo hacemos nosotros.

—Y no eres tú solo —dijo Ratliff—. Tu tío hace lo mismo: cuando yo digo las palabras como vosotros, él las dice como yo, y cuando me quejé respondió que estamos en un país libre, y que tiene tanto derecho a usar mi forma de decirlas como yo a usar la suya.

—De acuerdo —dije—. «Aunque la arrastrara hasta casa».

—... Aunque la arrastra... ¿Ves? —dijo—. Has conseguido liarme tanto que ya no sé cuál es la forma que no quiero utilizar.

—... «sería demasiado tarde y el daño...» —dije.

—Sí —respondió Ratliff—. Y al menos eso lo sabe hasta tu tío Gavin; incluso una persona con una mente tan superior y delicada como la suya debe saber que entonces el daño estaría hecho y que también la señora Snopes abandonaría a Flem, y Flem tendría que despedirse para siempre no sólo de su parte del dinero de tío Billy sino también de los votos por el paquete de acciones del banco. De manera que Flem necesita hacer ahora su jugada, y deprisa. No sólo tiene que ser presidente de ese

banco para conservar por lo menos el control mínimo sobre el dinero de Varner que le proporcione ser presidente del lugar donde tío Billy lo guarda, sino que tiene que dar su golpe antes de que llegue la noticia de que Linda se ha casado, porque de lo contrario perdería los votos que corresponden al paquete de acciones de tío Billy.

XVII. Gavin Stevens

Finalmente supimos por qué había cambiado el dinero de banco. Era para utilizarlo como cebo, aunque el cebo no fuese el hecho de ponerlo en el otro, en el antiguo banco de Jefferson, sino informar a la gente de Jefferson y del condado de Yoknapatawpha de que había retirado su dinero del banco del que era vicepresidente para llevarlo al otro.

Pero eso no fue lo primero. Al principio trataba simplemente de ponerlo a salvo. Porque por entonces su información no llegaba más lejos. Su trato con los bancos había sido demasiado breve y humilde para que se le hubiera ocurrido siquiera la idea de que existía una moralidad de la banca, una ética inevitable en su manera de actuar, ya que de lo contrario no sólo cada banco por separado sino la banca como institución, como forma de comportamiento social, no podría subsistir.

Su idea y concepto de un banco era el de la taberna isabelina o de la posada fronteriza en la época de la apertura de los territorios vírgenes americanos: las personas se detenían allí antes de oscurecer como refugio frente a los peligros exteriores; se les ofrecía comida y alojamiento para ellos y sus caballos, y una cama (o algo parecido) donde dormir; y si a la mañana siguiente se despertaban con la bolsa vacía, desaparecido el caballo o incluso con un tajo en la garganta, sólo podían echarse la culpa a sí mismos, puesto que nadie les había obligado a pasar por aquel sitio ni había insistido en que se detuvieran. De manera que cuando se dio cuenta de que las circunstancias que le habían llevado a la vicepresidencia de un banco estaban ligadas al hecho de que esa misma institución hubiera sido saqueada por un zoquete con tan poca valentía e imaginación como su primo Byron, la decisión de llevarse el dinero lo antes posible fue tan lógica como la del viajero que, al desensillar al caballo en el patio de la posada, ve cómo arrojan desde una ventana del piso alto un cuerpo desnudo con el gáznate rebanado, por lo que vuelve a apretar la cincha sin perder un segundo, monta de nuevo y prosigue su camino, para encontrar quizá otra posada o, de lo contrario, pasar la noche en el bosque, lugar que, después de todo, a pesar de indios, osos y salteadores de caminos, no le resultará mucho más peligroso.

Lo hizo simplemente para poner a salvo su dinero, el dinero que tanto le había costado acumular trabajando demasiado duramente, sacrificando toda su vida para reunirlo, a partir del momento en que se trasladó con su padre desde una agotada granja en aparcería hasta otra propiedad del viejo Will Varner en Frenchman's Bend, igualmente agotada, de la que nadie, excepto un hombre que careciera de todo, intentaría, y menos aún esperaría, sacar lo suficiente para ganarse la vida luchando con ella a brazo partido..., desde aquel primer día en que comprendió que no tenía nada y que nunca tendría más, a no ser que lo sacara por sí mismo con uñas y dientes de su época y de su entorno, y que la única arma que tendría para hacerlo sería el

dinero.

Ah, sí, sacrificó toda su vida, sacrificó todos los demás derechos y pasiones y esperanzas que constituyen la suma de un hombre y de su vida. Quizá nunca se hubiera enamorado, quizá nunca hubiera podido enamorarse, y lo sabía: se sabía constitucional y genéricamente incapaz hasta de emparejar su propia inocencia y capacidad para la virginidad con la inocencia y virginidad de quien fuera a ser su primer amor. Aunque, puesto que era hombre, era derecho suyo y esperanza inalienable tratar de hacerlo. Pero lo que le correspondió en cambio fue prohijar el hijo ilegítimo de otro hombre con la esposa que no le recompensó con la pasión de la gratitud (y no digamos nada de la pasión de la pasión, dado que él era evidentemente incapaz de esta pasión), sino simplemente con su dote.

Demasiado duramente y a lo largo de toda la vida, sabiendo al mismo tiempo que mientras siguiera vivo no podía descuidar un solo segundo la vigilancia: no para añadir, sino simplemente para conservar, para retener lo que ya tenía, lo que había acumulado hasta entonces. Amasándolo de manera terrible y muy poco a poco, moneda de cinco centavos a moneda de cinco centavos, después de aprender muy pronto, probablemente casi al mismo tiempo, que nunca tendría otro medio de ganarlo que la simple y despiadada laboriosidad al modo de las hormigas, puesto que (y aquélla fue la primera vez que tuvo un sentimiento de humildad) sabía ya que no sólo no tenía la educación para enfrentarse con quienes sí la tenían, y a quienes tenía que anticiparse y adelantarse y desposeer, sino que nunca la conseguiría ya, puesto que no había tiempo, puesto que era su destino padecer la necesidad del dinero antes de contar con la oportunidad de adquirir los medios para conseguirlo. E incluso después de conseguir parte del dinero, no disponer aún de un sitio seguro donde colocarlo mientras adquiría la educación que le permitiera defenderlo de los poseedores de esa educación que se lo arrebatarían acto seguido.

Humildad, y quizá incluso un poco de pesar —el escaso tiempo que le quedaba para lamentarlo—, pero sin desesperación; el pesar de quien no tiene nada excepto la voluntad y la necesidad y la implacabilidad y la laboriosidad y, para atenderlas, el talento con que había nacido; el pesar de quien nunca había recibido nada de ningún hombre y no esperaba que eso cambiase mientras siguiera con vida; el pesar de quien no tenía aún pruebas de que pudiera enfrentarse y rechazar el enemigo que representaba para él la palabra Educación, aunque sin vacilaciones ni dudas en su disposición para intentarlo.

De manera que al principio no tuvo otra idea que retirar del banco cuya vulnerabilidad había demostrado su primo el dinero que tanto le había costado, el dinero que de hecho le había costado todo, puesto que había sacrificado la vida entera para ganarlo. Ése era el meollo de la cuestión: un banco tan vulnerable que alguien como su primo Byron, a quien tan bien conocía, pudiera robarlo: un zoquete sin valor ni horizontes en el delito como para ver más allá de la simple tentación momentánea de unas cuantas monedas de cinco y diez centavos y unos cuantos billetes de dólar

temporalmente desprotegidos, un sujeto, como Ratliff hubiera dicho, apenas lo bastante despejado para llamarse Snopes, desprovisto de las luces suficientes para robar el dinero y no tener que echar inmediatamente a correr hasta llegar a Texas sin el tiempo suficiente para pararse y contarlo; apenas capaz de otra cosa que robar lo bastante para comprarse el billete de ferrocarril.

Porque, recuérdese, no sólo sabía que era posible saquear bancos (para muestra su primo Byron, autor de un robo del que él mismo era testigo), sino que uno de los pilares de su existencia era que los bancos eran objeto de un saqueo constante; su situación normal, un continuo y decoroso desfalco; y su solvencia, una ilusión tan indestructible como la reputación de una mujer que todo el mundo sabe que no posee pero que sigue intacta y resulta invulnerable por el hecho conocido (tal vez comprobado) de que todos y cada uno de sus parientes varones saltarán como un solo hombre, no sólo para rechazar, sino para vengar con arma de fuego la más mínima apariencia de mancha caída sobre ella. Porque precisamente eso —el saqueo continuo— era la razón de ser de los bancos, la única razón de que alguien se tomara el trabajo y corriera con los gastos de organizarlos y de mantenerlos en funcionamiento.

Eso era lo que el coronel Sartoris había hecho (aún no sabía cómo, ésa era su inocencia, pero bastaba con darle tiempo) mientras duró su presidencia y lo que Manfred De Spain haría, a su vez, durante todo el tiempo que pudiera o llegara a mantenerse en la cima. Pero decentemente, con decoro, como ya se había hecho y se seguiría haciendo: no mediante el pillaje, al estilo del chico que se lleva un puñado de cacahuetes cuando el vendedor está de espaldas, como había hecho su primo Byron. Decente y tranquilamente y todavía más: de manera inteligente: con tanta inteligencia y tranquilidad que las personas mismas cuyo dinero se robaba nunca se dieran cuenta hasta que el depredador estuviera muerto y a salvo. Ni siquiera entonces, en realidad, porque llegado el momento su sucesor habría cargado ya sobre sus espaldas con el peso del desastre, todavía intacto, que constituía una parte lógica de su propia herencia. Porque, por repetirlo una vez más, ¿qué otra razón existía para fundar un banco, hacer todo el trabajo y pasar por todas las molestias de ponerlo en marcha para ser presidente de él, como había hecho el coronel Sartoris, o de acumular el suficiente número de acciones, calcular y confabularse y trampear y cambiar y canjear (dejando a un lado el escarbar en el propio bolsillo —Ratliff siempre dijo que De Spain pidió prestado parte, si no todo el dinero, al viejo Will Varner, con la garantía de su prestigio personal— para reemplazar la suma que Byron Snopes había robado) con miras a conseguir que lo eligieran presidente después de la muerte del coronel, como había hecho Manfred De Spain? Porque De Spain tendría que ser incluso más inteligente que el coronel, puesto que necesitaba arreglárselas para ocultar los robos del coronel y disponer así de un banco en el que dedicarse al pillaje.

Flem no sabía —lo repito— cómo lo había hecho el coronel Sartoris y cómo, por supuesto, seguiría haciéndolo De Spain; ignoraba cómo el coronel Sartoris, después de robar durante doce años, había conseguido morir y ser enterrado con la aureola de

una rectitud sin fisuras; ni sabía tampoco cómo De Spain continuaría haciendo lo mismo y luego abandonaría su prebenda (fuera el que fuese el significado de esa palabra) no sólo con su reputación impoluta sino dejando incluso de algún modo intacta la frágil cáscara de la solvencia del banco.

O, por lo menos, no lo sabía aún. Momento en el que quizá probó realmente por vez primera lo que nunca había probado antes: la humildad de no saber, de no haber tenido nunca la oportunidad de aprender las reglas y los métodos del mortífero juego en el que había empeñado la vida; destinado a tener la terrible necesidad y la voluntad y la implacabilidad, y luego recibir la oportunidad, caída del cielo, antes de tener ocasión de aprender a usarla.

Así que todo lo que supo hacer fue trasladar el dinero del banco del que tan sólo era vicepresidente, en el que no ocupaba un lugar lo bastante alto en la jerarquía para saquearlo él mismo, dando un golpe que le proporcionara lo bastante para que mereciera la pena escapar para el resto de su vida fuera de los límites de la extradición, ni tampoco lo bastante alto para defenderse del inevitable y sucesivo Byron Snopes que aparecería en el asiento del contable, y no digamos nada del depredador hereditario de mayor envergadura ya situado por encima de él.

Y además no tenía dónde ponerlo. Si pudiera sacarlo del banco en secreto, sin que lo supiera nadie en absoluto, se arriesgaría a esconderlo en su casa o a enterrarlo en el patio trasero. Pero el secreto era imposible; aunque nadie más lo supiera, el contable mismo que anotara la transacción se convertiría automáticamente en su amenaza. Y si se corría la voz de que había sacado del banco dinero en efectivo, todos y cada uno de los habitantes del condado serían un peligro y una amenaza hasta que se convencieran incontrovertiblemente de que el dinero estaba realmente en otro sitio, y supieran exactamente dónde.

De manera que no tenía elección. No le quedaba más remedio que recurrir al otro banco, y hacerlo públicamente. Por supuesto pensó de inmediato en buscar el mejor banco, el más fuerte y el más seguro: un gran banco de Memphis, por ejemplo. Y aquí se le ocurrió una nueva idea: que en un gran banco su óbolo de viuda, comparativamente insignificante, estaría a salvo gracias a su misma insignificancia; aunque con la gran ventaja, creyendo como creía que el dinero mismo, que los dólares en efectivo, poseían una vida inherente como las células o la enfermedad, de que su minúscula suma aumentaría por simple ósmosis parasitaria, como una sanguijuela o un bocio o un cáncer.

Pero incluso cuando respondió instantáneamente a ese pensamiento con *No. Eso no serviría. Debe conocerse de manera indudable e incontrovertible la localización concreta del dinero. Todo Jefferson y el condado de Yoknapatawpha debe saber por pruebas incontrovertibles que el dinero sigue todavía en Jefferson y en el condado de Yoknapatawpha y no saldrá de aquí, o de lo contrario no me atreveré a salir de casa el tiempo necesario para ir hasta la oficina de correos, porque mis vecinos y conciudadanos estarán esperando la primera ocasión para trepar y meterse por la*

ventana de la cocina en busca del calcetín escondido en el colchón o del bote de café oculto detrás de la chimenea, tampoco se dio cuenta de cuál iba a ser su verdadera razón para cambiar el dinero de banco. E incluso cuando pensó que llevárselo al otro banco de Jefferson sería como sacarlo de la sartén para echarlo al fuego, al ponerlo al alcance del Byron Snopes de turno que trabajase en el banco de Jefferson, y no digamos nada del correspondiente coronel Sartoris o Manfred De Spain, inmediatamente rechazó esa objeción recordándose a sí mismo que el banco de Jefferson era más antiguo, había dispuesto aproximadamente de todo un siglo desde 1830 para adaptarse a los latrocinios naturales y normales de sus directores y empleados que eran la única razón de la existencia de un banco, de manera que para entonces su misma longevidad sin interrupciones era una protección, sus mismas paredes inalteradas una garantía, de la misma forma que el simple edificio de una iglesia que lleva mucho tiempo en pie contiene, difunde e incluso impone una santidad inaccesible a las fragilidades y vicios humanos del párroco o de los administradores o de los miembros del coro; incluso mientras se decía a sí mismo estas cosas, sus ojos no habían divisado aún la deslumbrante perspectiva que la simple retirada del primer dólar le había colocado delante, y en la que concurrían rectitud cívica y triunfo y venganza personal y privada.

Estaba demasiado atareado; su propia actividad le cegaba. No sólo llevar el dinero de un banco a otro, sino ocuparse de ello, asegurarse de que todos los habitantes de la ciudad y del condado sabían que lo estaba haciendo, aferrado a su idea preconcebida de que la única reacción universal de todos los habitantes del condado ante la noticia de que había retirado su dinero del banco de Sartoris sería la decidida intención de robárselo tan pronto como lo soltara y volviera la espalda; no para informar al condado de que lo había retirado de un banco, sino para que supiera que había ingresado hasta el último céntimo en otro.

Fue probablemente días después, con el dinero de nuevo a salvo o al menos de nuevo inmóvil o al menos momentáneamente inmóvil de nuevo; y a mí me gusta imaginármelo: alguien todavía con mono y sin corbata y todavía esclavo, sujeto irrevocablemente (por el delgado cordón umbilical de la mera subsistencia que si llega a quebrarse acabará con él, en términos de solvencia) la agotada granja en aparcería de la que —la granja y el mono y la ausencia de corbata— todavía no se había librado como lo había hecho el mismo Snopes, y de la que probablemente nunca llegaría a librarse y que por esa misma razón contempló la aparición de uno exactamente como él, que había superado el mono y el terrateniente opresor hasta llegar a la camisa blanca, la corbata y la vicepresidencia de un banco; viéndolo no con admiración sino simplemente con envidia y respeto (sí, también odio), parando a Snopes en la calle un día, llamándole señor, servil y rastrero en razón de la camisa blanca y de la corbata pero también odiándolas porque no eran suyas:

—Probablemente no será cierto, pero he oído decir que ha sacado usted el dinero de su banco.

—Es la verdad —dijo Snopes—. Lo he llevado al banco de Jefferson.

—Lo ha sacado del banco del que usted es vicepresidente.

—Así es —dijo Snopes—. Y lo he llevado al banco de Jefferson.

—¿Quiere usted decir que el otro no es seguro? —lo que para Snopes era motivo de risa, ya que en su opinión ningún banco era seguro; ya que para él cualquier banco eran los matorrales en el límite del bosque, detrás de la cabaña de una sola habitación, que el pionero tenía que utilizar como excusado porque carecía de otro: con todo el territorio, con todas las oscuras tierras todavía sin colonizar (incluidos los matorrales) plagadas de indios y de bandoleros, por no mencionar a osos, lobos y serpientes. Por supuesto que no era seguro. Pero tenía que ir allí. Porque sólo entonces se abrió ante él el panorama, la perspectiva que contenía la verdadera razón por la que había cambiado el dinero de banco—. Entonces, ¿me recomienda que haga lo mismo?

—No —dijo Snopes—. Yo no he hecho más que cambiar el mío.

—Retirándolo del banco del que usted es vicepresidente.

—Así es —dijo Snopes—. Del que soy vicepresidente.

—Entiendo —dijo el otro—. Bien, le quedo muy agradecido.

Porque entonces lo vio, él, Flem Snopes, cuyo celo y conciencia cívica expulsarían y eliminarían de Jefferson, cuatro años más tarde, a uno de sus parientes que había organizado un espectáculo sicalíptico con una colección de fotografías pornográficas importadas, por el procedimiento de colocar a escondidas en su local comercial cierta cantidad de whisky de fabricación casera y de notificar acto seguido a los delegados federales de hacienda; celo y conciencia cívica que seis años más tarde le llevarían a expulsar y eliminar de Jefferson a otro (el último) censurable miembro de su tribu que había elevado a la categoría de profesión la sencilla ocupación de atar mulas a la vía del tren en una curva estratégica donde los maquinistas no lograban verlas a tiempo, por el procedimiento de comprarle las mulas restantes al precio fijado por él (su pariente), con la condición de que nunca más se dejara ver por Jefferson.

Celo y conciencia cívica que podría decirse que sólo se descubrieron a sí mismos en el preciso instante en que Flem Snopes comprendió que, durante el proceso de salvar su dinero del pillaje y la destrucción, podía, del mismo plumazo, expulsar y eliminar igualmente de la comunidad de su propia elección al archimalvado entre los pecadores, al supremamente condenado entre los caídos serafines infernales: a quien era burla viviente de la virtud y de la moralidad por su calidad de paradoja: alcalde de la ciudad hasta poco antes, ahora presidente de uno de sus dos bancos y director de la iglesia episcopaliana y que, en lugar de ser un natural y normal cliente de burdeles o un mujeriego de sábado por la noche a quien la ciudad habría perdonado por la simple razón de que eso sería algo normal y humano y comprensible y censurable, practicaba una especie de escandalosa moralidad del adulterio, una especie de ostentosa matrimonialidad entre amantes basada en una fidelidad a toda prueba que ya se había prolongado, flagrante e incólume, desde el momento en que el inocente

esposo engañado trajo a su compañera a la ciudad doce años antes y que prometía, ofrecía o presagiaba, según de qué lado se colocara el espectador, durar otros doce a no ser que el marido encontrase algún medio de detenerlo, y probablemente dos veces doce si él —el marido— esperaba a que la ciudad misma tomara cartas en el asunto.

Virtud cívica que, como toda virtud, era su propia recompensa. Porque en esa misma intuición cegadora Flem Snopes vio también su propia venganza, como si no sólo la virtud llamase a la virtud, sino como si Dios mismo se dispusiera a compartir con la virtud la cualidad que de ordinario se reserva más celosamente: la venganza del marido contra el hombre que le había investido con la enseña de su ignominia; la venganza contra el hombre que además de violar su hogar lo había ultrajado: el hogar que, con la mejor buena fe, había tratado de crear en torno a una mujer ya irrevocablemente manchada y dañada a ojos del mundo (Frenchman's Bend en realidad, aunque por entonces fuese un sinónimo suficientemente válido) para dar así un apellido a su hija ilegítima. Se le había pagado por ello, a decir verdad. Flem había recibido su dote: una plantación de tierras agotadas casi inaccesibles que contenía las ruinas de un jardín versallesco ahogado por las malas hierbas y los restos (lo que los vecinos no se habían llevado tabla a tabla para utilizarlo como leña) de una casa colonial con columnas, una propiedad de tan poco valor que Will Varner se la regaló, dado que incluso un pirata tan despiadado y viejo como Will Varner no había logrado sacarle un céntimo de rendimiento durante todo un cuarto de siglo; de tan poco valor que incluso él, Snopes, había tenido que recurrir a una de las argucias más viejas y venerables jamás inventadas por el hombre: la mina de oro amañada, con el fin de vender la propiedad a Henry Armstid y a V. K. Ratliff, uno de los cuales, Ratliff concretamente, tendría que no haber mordido el anzuelo, por lo que Snopes no tuvo la menor compasión con él.

De manera que a cambio de aquella dote sin valor (sin valor puesto que Snopes no encontró allí el beneficio obtenido, sino que fue su aportación personal) aceptó la carga no sólo del descalabro moral y de la vergüenza de su mujer, sino también de la niña sin apellido, dándole el suyo. Un apellido que quizá no fuera gran cosa porque, como en el caso de la plantación del Viejo Francés, todo su valor actual lo había aportado el mismo Snopes. Pero era el único apellido que tenía, y Flem habría hecho lo mismo incluso aunque se llamara Varner (sí, o Sartoris o De Spain o Compson o Grenier o Habersham o McCaslin o cualquiera de los otros de larga y espléndida tradición en los anales del condado de Yoknapatawpha).

En cualquier caso, lo cierto es que le dio a la niña un apellido y luego sacó a la madre del antiguo entorno, paisaje y escenario de su pecado para llevarla a otro nuevo donde sólo se pudiera decir *Eso es lo que contaron las habladurías* en lugar de *Presenció su caída*. No es que Flem esperase que su mujer se lo agradeciera, como tampoco contaba con la gratitud del viejo Will Varner, quien, de acuerdo con su manera (la de Varner) de ver las cosas, ya le había pagado. Pero sí esperaba de ella el sentido común y la discreción que enseñan las experiencias difíciles: no gratitud

hacia él sino una actitud razonable en beneficio propio, como tampoco esperamos ni nos preocupa que la persona a la que salvamos de quemarse nos lo agradezca, pero sí al menos que en adelante se mantenga alejada del fuego.

Pero eso, el hecho de que quizá las mujeres eran tan incapaces de sensatez como de gratitud, no era lo importante. Tal vez las mujeres sólo son capaces de gratitud e incapaces de cualquier otra cosa distinta. Aunque si para ellas el pasado no existe, de la misma manera que no existe la moralidad, no disponen de nada que pueda enseñarles sensatez para enfrentarse con el futuro ni gratitud hacia quien las salvó o hacia lo que las salvó del pasado; en ellas la gratitud es una cualidad como la electricidad: para existir tiene que producirse, trasladarse y consumirse en un solo y mismo instante.

Que era reconocer simplemente lo que todos y cada uno de los hombres cuyo sino —suerte, destino, llámesele como se quiera— los condujo finalmente al matrimonio, aprendieron hace ya tiempo y muy de prisa en su propia carne: que su hogar fue violado no porque su esposa fuera desagradecida y necia, sino simplemente porque era mujer. Eula no se apartó de la castidad matrimonial por el incorregible brillo y elegancia de la soltería de Manfred De Spain ni renunció a la castidad de la doncelez porque aquel muchacho o joven u hombre, McCarron, tuviera esas mismas cualidades en la época de su virginidad, periodo que Flem estaba convencido de que ni siquiera recordaba. Eula se había seducido ella misma: en razón de una ninfomanía no procedente del útero: no por la quemazón y el prurito cálidos e insoportables, sin otra solución posible, de la yegua, la novilla, la cerda o la perra en celo, sino de la ninfomanía de una glándula cuyo único alivio consistía en crear una situación que contuviera un receptor de gratitud, proporcionando luego esa gratitud.

Lo que, en cualquier caso, no libraba de culpa a Manfred De Spain. Flem no esperaba que los principios morales de Manfred De Spain le impidieran seducir a la mujer de otro. Pero sí que tuviera la suficiente sensatez para no hacerlo, puesto que no era mujer; que en esta ocasión tuviera tanta sensatez como para mirar un poco hacia el futuro y abstenerse al menos de seducir a aquella esposa concreta. Pero no la tuvo. Peor aún: De Spain trató incluso de recompensarle por el privilegio de la violencia y la deshonra; trató, impulsado por un miedo rastrero, de darle una vil e insignificante recompensa por lo que él, De Spain, yuxtaponiendo De Spain y Snopes, consideraba su normal y natural *droit de seigneur*. Es cierto que el viejo Will Varner le había pagado por casarse con su hija deshonrada, pero no era lo mismo. El viejo Will no trataba siquiera de ocultar, y mucho menos de hacer desaparecer, la vergüenza de su hija. La realidad misma de lo que le ofreció, aquella plantación en ruinas y sin valor de la que él, con un cuarto de siglo a su disposición, había sido incapaz de sacar ningún provecho, ponía de manifiesto la importancia que concedía al honor de su hija; y en cuanto a liquidar la vergüenza, el viejo Will lo habría hecho a tiros, ya fuera empuñando el arma personalmente o poniéndola en manos del zoquete troglodita de su hijo Jody, en el caso de que hubiera cogido a McCarron. El viejo Will

se había limitado a utilizar la franqueza para ofrecer lo que consideraba un precio justo por sacar de su casa a la hija que ya había atentado contra la paz de su hogar y que, muy probablemente, volvería a hacerlo con el tiempo.

Pero no De Spain, quien sin la menor valentía había intentado hacer un trato y regatear, utilizando su situación como alcalde de la ciudad para ofrecer a Snopes la despreciable moneda de la superintendencia de la central eléctrica y sus privilegios implícitos de robos de menor cuantía, no sólo para pagar así la satisfacción de sus apetitos, sino para proteger su reputación, tratando de comprar simultáneamente al marido que poseía, ambas cosas, el derecho a la cama de la esposa y la seguridad de su buen nombre: todo ello por el privilegio de disponer ilegalmente de un puñado de latón, privilegio del que Snopes se había servido no por el insignificante beneficio que le produjo sino más bien para ver hasta qué profundidades llegaría de hecho el miedo rastrero y asustadizo de Manfred De Spain.

Lo vio. Ambos lo vieron. Para Snopes no fue motivo de vergüenza, como tampoco lo fue de orgullo para De Spain que, al producirse la crisis final del latón, la crisis que podría haberle destruido, De Spain encontrara a su acusador convertido en aliado. El acusador, el funcionario municipal bajo juramento y —según creía él anteriormente— con total dedicación a su tarea, hasta que también demostró ser vulnerable (no incompetente: simplemente vulnerable) a la misma pasión de la que derivaba lo que deberían haber sido la ruina y destrucción de Manfred De Spain; el funcionario municipal bajo juramento y hasta entonces modelo de dedicación que encontró también demasiado peligroso respirar el mismo aire, simplemente porque ella lo había respirado, porque se había trasladado por él convirtiéndolo en un fluido purificador y doloroso; el acusador, el cívico paladín de la comunidad alcanzado y derribado igualmente por el mismo rayo procedente de la antigua pasión y de la antigua angustia. Aunque en su caso (el del acusador) sólo el dolor sin la pérdida; en su caso ni siquiera la ruina para coronar la aflicción: únicamente la desolación, para él que no era incompetente sino tan sólo vulnerable, puesto que tampoco le correspondía llevarla de la mano.

Por lo que De Spain salió adelante con desfachatez, achacando al valor lo que sólo había sido producto de la suerte. Y por si eso no fuese suficiente temeridad, suficiente desvergüenza, con el coronel Sartoris recién fallecido de un ataque al corazón en el automóvil deportivo de su nieto (casi como si él —De Spain— hubiera sobornado al coche y planeado el accidente), y apenas vacante la presidencia del banco, allí estaba De Spain otra vez, no pidiendo o sugiriendo, sino esperando, dando por sentado, con increíble descaro y frescura, que él, Snopes, ansiaba encontrar una nueva oportunidad no sólo de recomponer sino de afirmar públicamente su condición de marido engañado, la mutua violación compartida del lecho conyugal, afirmando, sí, públicamente, la condición de esposa prostituida de su mujer; la última paletada de tierra resonando aún, por así decirlo, sobre el ataúd del coronel Sartoris cuando De Spain se acerca, frotándose figurativamente las manos y diciendo ya: «De acuerdo,

empecemos. Ese paquete de acciones que tiene usted guardado en el calcetín nos será útil, no hay duda. Pero necesitamos más. Lléguese mañana a Frenchman's Bend — mejor esta noche si es posible— y vea a tío Billy antes de que alguien se nos adelante. Empiece ahora mismo». O quizá incluso diciéndole la verdad con palabras explícitas: *Su pariente —primo— ha destruido este banco al romper un eslabón, aunque fuese pequeño, de la cadena de su integridad monetaria. Lo que supone no sólo el valor de las acciones que usted posee, sino los mismos dólares y centavos que tanto trabajó para adquirir y depositar en él, y que hasta anoche estaban disponibles para cuando usted los pidiera, que aún eran suyos. La única manera de restablecer la cadena es rehacer ese eslabón devolviendo hasta el último céntimo de lo que robó su primo. Eso es lo que yo voy a hacer, pero a cambio tengo que ser presidente del banco; cualquiera que devuelva ese dinero exigirá a cambio la presidencia, de la misma manera que cualquiera que se convierta en presidente tendrá antes que devolver el dinero. Ésa es su disyuntiva: conservar el valor de sus acciones y el valor total de su depósito gracias a un presidente del que sabe exactamente hasta dónde puede fiarse, o correr el albur con un desconocido para quien el valor de su paquete de acciones y de su depósito quizá signifique tan poco como para su primo Byron.*

Obedeció. No tenía elección. Porque existía la inocencia, la ignorancia, si ustedes lo prefieren. Había aprendido por su cuenta todo lo que pudo sobre la banca, puesto que necesitaba utilizar los bancos, o algo equivalente, para guardar su dinero. Pero hasta entonces no había tenido más oportunidad que la de mirar, mientras hacía cola ante una ventanilla, a través de la barricada con reja que separaba el dinero y los métodos para manipularlo de las personas a las que pertenecía, de las personas que lo traían y lo dejaban sin otra garantía que la simple confianza de un ser humano en otro, puesto que no existía otra alternativa a aquella confianza sin fundamento que la vulnerable lata de café enterrada bajo un arbusto en el patio de atrás.

Y no obedeció únicamente por salvar su propio dinero. Al trasladarse a Frenchman's Bend y solicitar el voto del paquete de acciones del viejo Will Varner para Manfred De Spain, no sólo afirmó que la simple confianza sin fundamento y no garantizada ni garantizable entre hombre y hombre era solvente, sino que defendió el hecho de que además de poder durar debe durar, puesto que la robustez de una nación estriba en la solvencia de su economía, y la solvencia de una economía depende de la rectitud de sus bancos y de la condición de sagrados de los dólares concretos que contienen, prescindiendo de a quién pertenezcan individualmente, y cómo esa rectitud y carácter sagrado dependen en último análisis de la decisión del hombre que se fía y de la capacidad del hombre para ser objeto de esa confianza; al sacrificar la santidad de su hogar al bienestar de Jefferson, inmoló la castidad de su esposa en el altar de la humanidad.

Y a qué precio suplementario: no sólo manteniendo su orgullo sino prescindiendo por completo de él para ir a Frenchman's Bend y tratar de persuadir y quizá incluso implorar y suplicar al viejo pirata en su sucio almacén rural: el viejo bandido, alto,

enjuto, colérico, escandaloso, con su inflexible esposa, no dominada por la iglesia, sino dirigiendo ella misma con el frío despotismo de un jefe de guardia la iglesia local a la que pertenecía, y sus concubinas mulatas (Ratliff decía que tenía tres: las primeras personas de raza negra en aquella zona del condado y que, durante algún tiempo, fueron las únicas a quienes Varner permitió vivir allí, concubinas que ya le habían dado nietos, una segunda generación de piel más oscura, pero que conservaba aún intacto lo peor de los rasgos blancos de Varner injertados en lo peor de los rasgos combinados de sus abuelas sin padre o con más de uno), que era todo menos amoral, puesto que mantenía con extraordinario rigor sus sencillas reglas morales: cualquier cosa que Will Varner decidía hacer estaba bien, y si alguien se interponía en su camino más le valía andarse con ojo.

Y sin embargo fue a negociar con el anciano que le despreciaba por haber aceptado a una esposa deshonrada por tan poco dinero como el que, a juicio suyo, el de Varner, valía la casa del Viejo Francés, y que también le temía porque había sido lo bastante listo para obtener de ella lo que él, Varner, no había logrado en veinticinco años; y que al temerle por lo que esa astucia tenía de amenaza y de premonición para el futuro, le hacía aborrecerle por el hecho de tenerle miedo.

Aunque lo cierto es que llegó a hacer un trato con él, persuadiéndole o engañándole o forzándole. Ni siquiera Ratliff, cuya reputación y buen nombre en el condado de Yoknapatawpha exigía que tuviera respuestas para todo, disponía de una para aquello, puesto que sabía lo mismo que los demás: que un día corrieron rumores de una coalición de Spain-Varner-Snopés; que al segundo día De Spain devolvió personalmente el dinero que Byron Snopés se había llevado a Texas y que al tercero los accionistas eligieron a De Spain presidente del banco y a Flem Snopés vicepresidente.

Eso fue todo. Porque estaba la inocencia, que no ignorancia; Flem Snopés no desconocía el funcionamiento interno de los bancos por ignorancia sino simplemente porque no había tenido ni la oportunidad ni el tiempo para aprenderlos. Ahora contaba únicamente con la necesidad, con la desesperada urgencia de salvar el banco y liberar su depósito el tiempo suficiente para ponerlo a salvo en otro sitio. Y al convertirse en uno de los privilegiados, en vicepresidente de la institución, para quien no podían seguir ocultos los mecanismos y ramificaciones más secretas de la banca, las pingües ganancias además del terror primigenio y las arcanas amenazas, aún disponía de menos tiempo que nunca. En realidad sólo había tenido tiempo de descubrir lo simple y fácil que era robar un banco, puesto que incluso un zoquete con tan poco valor e imaginación como su primo Byron, que probablemente era incapaz de visualizar una suma por encima de los mil o dos mil dólares, había podido hacerlo impunemente; y de empezar a sacar su dinero del banco antes de que el resto de los empleados, incluido el ordenanza negro que barría el suelo por la mañana, decidieran que ya se había posado el polvo y calmado la alarma lo bastante (o quizá, simplemente, que las disponibilidades de dinero suelto habían crecido lo bastante

para merecer la pena) como para arriesgarse a emularle.

Eso fue: la urgencia, la prisa, el hostigamiento; probablemente recordaba con algo muy parecido a la vergüenza cómo no había sido, ni mucho menos, su perspicacia sino el encuentro casual con un ignorante agricultor preocupado por su saldo bancario, probablemente de dos cifras, lo que le había descubierto el panorama, la deslumbrante oportunidad de combinar de un plumazo la seguridad personal y la venganza, esa venganza que al parecer llevaba en marcha días e incluso semanas desde que un aparcerero casi innominado, que probablemente no aparecía por la ciudad más de cuatro veces al año, fue la primera noticia viviente de su existencia; la venganza que hasta entonces desconocía y que él no había planeado ni instigado, como si los dioses o el destino, las circunstancias, algo, hubieran empuñado el garrote en su nombre sin pedirle siquiera permiso, aunque, naturalmente, algún día le pasasen la cuenta.

Pero ahora lo veía ya. No se trataba de acabar con el banco mismo, destruirlo, derrumbarlo alrededor de Manfred De Spain como el templo de Sansón, sino simplemente de retirárselo intacto de debajo de los pies. Porque un banco representaba dinero. Un banco era dinero y, como decía Ratliff, Flem nunca haría daño al dinero, nunca sería la causa de que se tambalearan un solo segundo la paridad e inmunidad del dinero; sentía demasiada veneración por él. Simplemente retiraría el banco, y el dinero que representaba y simbolizaba, de debajo de los pies de Manfred De Spain, intacto e ileso y sin saber siquiera que se había producido un cambio, para situarlo de nuevo en la economía y en las altas esferas de la ciudad, dejando a De Spain indefenso, sin otro recurso que la hipoteca de su casa que, según Ratliff, le había entregado al viejo Will Varner a cambio del dinero necesario para reponer lo que Byron Snopes robara.

El problema era cómo hacerlo. Cómo expulsar a De Spain del banco o retirárselo de debajo de los pies sin perjuicio de la institución; arrebatárselo intacto, persuadiendo o asustando, para que retirasen su dinero, a un número de depositantes lo bastante elevado; cómo iniciar la avalancha de dólares que lo vaciara; cómo persuadir a los suficientes depositantes y accionistas para retirar sus acciones y fondos en masa a un nuevo edificio al otro lado de la plaza o quizá incluso (quién sabe) al edificio contiguo al ya vacío perteneciente a Manfred De Spain sin quebrar el tranquilo sueño de la solvencia bancaria.

Porque tampoco bastaría con que retirase su saldo en el banco uno de cada dos de los aparceros del condado que se sujetaban los pantalones con un solo tirante y cuyo único ingreso en metálico procedía de la venta en octubre o en noviembre de la única bala de algodón que constituía su diezmo por el trabajo de un año. Ni Flem disponía del arma de la naturaleza, de la biología, del nepotismo. Aunque probablemente existían más personas llamadas Snopes o casadas con Snopes o que debían cantidades que variaban de veinticinco centavos a cinco dólares a un Snopes, de las ligadas a cualquier otro apellido en nuestra zona de Mississippi, ninguno de ellos, con una sola

excepción, representaba una cifra equivalente siquiera a una bala de algodón en aparcería, y esa excepción —Wallstreet Panic, el tendero— ya trabajaba con el otro banco y por consiguiente no habría podido serle de utilidad incluso aunque él —Flem— hubiera descubierto alguna forma de superar la feroz e implacable enemistad de su mujer.

Y mucho menos aún poseía el arma que le hubiera sido de más utilidad que ninguna otra: la amistad, una lista de personas a las que pudiera haber abordado sin temor ni alarma para sugerir o formar un grupo de conspiradores contra De Spain. Flem no tenía amigos. Quiero decir que se sabía sin amigos porque nunca había tratado de tenerlos (ni tenía intención de buscarlos) ni de padecer el desorden que acarrear, ni de saberse constantemente vulnerable o por lo menos susceptible a la creciente importunidad sentimental y parásita que la observación le había mostrado como resultado palpable de la amistad. Quiero decir que probablemente descubrió en esta ocasión, por primera vez, que los amigos son necesarios por la simple razón de que en cualquier momento podía surgir una situación —cosa que con el tiempo le sucedía a cualquiera— en la que era posible utilizarlos; no sólo posible sino necesario, puesto que nada serviría excepto la amistad, alguien a quien se le pudiera decir «No preguntes por qué; límitate a aceptar esta hipoteca o gravamen o garantía o embargo o pistola y apúntala a donde yo te diga y aprieta el gatillo». Con lo que de nuevo aparecía la inocencia: por haber tenido que arañar y escarbar y agarrar y luchar tan pronto y tan duramente y tan sin descanso durante tanto tiempo para conseguir el dinero que necesitaba tener, no le había quedado tiempo para aprender a retenerlo, defenderlo y conservarlo (y ello sin pesar alguno, puesto que tampoco disponía de tiempo para gastarlo en lamentaciones). Sí, ausencia de pesar por la falta de ese elemento cuya futura necesidad nunca había tenido oportunidad de aprender, no porque no tuviera tiempo para el pesar en este momento concreto, sino porque aún no se había presentado esa crisis tan desesperada en la que ni siquiera la amistad hubiera sido suficiente. Incluso el tiempo estaba ya de su parte; aún tendrían que transcurrir cinco años antes de que se viera forzado al definitivo gesto desesperado de jugarse el todo por el todo debido a la transformación en mujer de una niña.

Aunque sí contaba con un instrumento, arma, herramienta: el estrato más profundo de aparceros sin futuro, de una sola bala de algodón, apenas solventes, que se extendían, que abarcaban, dispersos, todo el condado, y sobre quienes, de hecho, se basaba y apoyaba la economía del algodón en el condado; contaba al menos con eso, mientras probablemente cruzaban por su cabeza todas las triviales máximas gastadas sobre el incremento de las cosas por simple acumulación: bastantes granos de arena y gotas de agua y centavos ahorrados. Y trabajando ya bajo tierra. Flem siempre había trabajado sumergido hasta que la mina estaba colocada y le explotaba en la cara a quien menos lo esperaba. Pero en esta ocasión se asoció de hecho con los topos y las termitas; no con los Sartoris ni los Bemow ni los Edmond ni los Habersham ni los restantes apellidos de larga tradición en los anales del condado,

apellidos de las personas que poseían las acciones del banco y los depósitos más cuantiosos, sino con los arrendatarios y aparceros sin nombre, semejantes a su primer interlocutor, quien, diciéndolo con sus propias palabras: «Cuando olía a chamusquina, buscaba el fuego».

No se dedicó a hacer prosélitos entre ellos. Se limitó a dejarse ver, contando con que el primero habría hecho correr la voz, la idea; de manera que se dejó ver entrando y saliendo del otro banco, el banco de Jefferson, ofreciéndose en persona hasta que ellos mismos buscaran el encuentro casual a modo de corroboración, en parejas o incluso en grupos, como si se tratara de un comité, el hombre serio junto al bromista por naturaleza, y acabaran increpándole de esta manera:

—Buenos días, señor Snopes. ¿No se ha salido usted un poco de su zona habitual al venir hasta este banco?

—Quizá el señor Snopes tiene ya tanto dinero que no le basta con un solo banco para guardarlo.

—No, muchachos; me limito a poner en práctica lo que solía decir mi padre: con dos trampas se coge el doble de mapaches que con una.

—¿Sabe usted, señor Snopes, si su padre le preguntó alguna vez a aquel viejo mapache tan listo en qué trampa prefería estar?

—No, muchachos. Todo lo que el viejo mapache dijo fue, Prefiero que no sea la trampa mala.

Eso era todo. Sus interlocutores reían a carcajadas; alguno incluso llegaba a darse palmadas en el mono de color azul desteñido a la altura de la rodilla. Pero por la tarde (o quizá esperaban incluso un día o dos o hasta una semana) aparecían por separado ante la ventanilla del banco de Jefferson, decano de la ciudad, las manos nudosas, deformadas, quemadas por el sol, para hacer entrega, casi con pesar, del exiguo fajo de billetes; nunca para traspasar la cuenta mediante un simple talón entregado en la ventanilla, sino yendo primero en persona al banco que iban a repudiar en razón de una palabra susurrada, sin otro apoyo que una torpe parábola, para retirar en dinero efectivo la insignificante suma laboriosamente reunida en dinero contante y sonante y cruzar la plaza para llevarla al otro banco que repudiarían a su vez, obedeciendo al mismo rumor críptico, anónimo y sin origen conocido, cuando llegara el momento.

Porque no eran realmente ni topos ni termitas. Los topos pueden socavar cimientos y las termitas reducir toda una casa a un pequeño montón de polvo pardusco. Pero aquellas personas carecían de la firmeza individual de los topos o de la colectiva de las termitas aunque se parecieran a las hormigas en el número. Porque al igual que él, Snopes, trataban simplemente de salvar los exiguos dólares individualmente acumulados y Flem lo sabía; estaba al tanto de que otro rumor, otra palabra, causaría la alarma necesaria para devolverlos al primer banco; que hasta el mismo De Spain, si lo deseara, recobraría, con la juiciosa utilización de esa única palabra, no sólo sus antiguos clientes de una bala de algodón, sino también todos los del banco de Jefferson. Cosa que ni él ni ningún otro banquero en su sano juicio

desearía, por cuanto supondría únicamente tener que decir muchos más No a los ofrecimientos de mulas con mataduras y de gastados enseres y aperos como garantía para un préstamo con que pagar la entrada para la compra a plazos de un automóvil de segunda mano y muy estropeado.

No era suficiente. No sería ni remotamente suficiente. Repasó de nuevo la inútil lista cada vez más breve de nombres que ya había agotado, como si nunca los hubiera sopesado antes, encontrándolos carentes de toda utilidad: su sobrino, o primo, Wallstreet Panic, el tendero, que, menos de diez años antes, sin otra ayuda que su diligencia, honradez y laboriosidad, además de los mil dólares de indemnización por la muerte violenta de su padre, se había convertido en copropietario de una tiendecita de ultramarinos en una calle a trasmano y que ahora, al cabo de esos diez años, poseía una pequeña cadena de establecimientos repartidos por el norte de Mississippi, además de su propio almacén al por mayor para abastecerlos; primo o sobrino que por sí solo habría bastado para retirarle a De Spain el banco de debajo de los pies si no fuera por dos obstáculos insuperables: el hecho de que Wallstreet utilizaba los servicios y poseía acciones del otro banco, y la implacable enemistad de su mujer contra el apellido Snopes que, según se decía en Jefferson, le llevaba a tratar incluso de persuadir a su marido para que se lo cambiara de manera oficial. Venía a continuación el resto de la tribu de los Snopes y los otros Snopes repartidos por el condado que no eran Snopes ni tampoco aparceros, pero que le pagaban intereses usurarios por préstamos de cinco, diez o veinte dólares desde hacía muchos años y que, aunque hubiera podido alistarlos al precio de una exoneración individual o colectiva, no habrían añadido peso alguno a su causa por la sencilla razón de que nadie que tuviera cualquier suma de dinero en una entidad pública, se atrevería jamás a poner su firma en un trozo de papel que fuese a quedar en posesión de Flem.

Con lo que acabó volviendo al punto de partida, repasando una vez más la inútil lista, cada vez más breve, para tratar de añadirle algún nombre, pero sabedor, desde el primer momento, del único apellido que le quedaría al final y de que había estado tratando de eludirlo. Convencido durante todo aquel tiempo de que al final tendría que humillarse ante el viejo Will Varner, su suegro; presentarse de nuevo ante el colérico e irascible anciano que ni le había perdonado ni le perdonaría jamás haberle engañado para que le vendiera la casa del Viejo Francés por quinientos dólares, propiedad que él, Flem, vendió en menos de dos semanas con un beneficio del trescientos o cuatrocientos por ciento; regresar ante quien, tan sólo cinco años antes, había convencido, tragándose su propio orgullo, de que utilizara el peso de su paquete de acciones y de su dinero como medio para convertir en presidente del banco al mismo hombre al que ahora deseaba quitar el cargo.

¿Se dan cuenta? Ese era su problema. Es muy posible que de no ser por el infortunio verdaderamente increíble de que el hijo ilegítimo a quien diera su apellido resultase ser del sexo femenino, Flem no habría tenido nunca que planteárselo. Quizá se hubiera contentado con el ensueño apático de su venganza, despierto sólo a medias

en el abrazo largamente familiar de su condición de marido engañado, de la misma manera en que alguien se recuesta en un sillón familiar con un libro que conoce muy bien, si el fruto ilegítimo del vientre de su mujer no hubiera sido una niña.

Pero lo era. Un hecho que (ah, sí, también a los hombres les interesan los hechos, incluso a los hombres que se llaman Flem Snopes) debe haberle producido a la larga, el día o el momento en que sucediera, una increíble e inesperada conmoción. Allí estaba aquella cosa, aquella criatura, a la que casi había visto nacer, por así decirlo, y había contemplado, vigilado, todos los días de su vida desde entonces. Pero con total inocencia, sin sospechar nada, sin aviso previo. Claro, sabía que era hembra y que, si seguía viva, maduraría inevitablemente; y, por ser humana, al madurar se convertiría en mujer. Pero estuvo tan ocupado haciendo dinero, empezando desde cero (¿cero?, cero era sin duda un eufemismo para indicar dónde había empezado) sin poseer nada ni tener siquiera la esperanza de contar con algo para enriquecerse, que no le había quedado tiempo ni para aprender ni para descubrir siquiera que quizá necesitara aprender algo sobre las mujeres. ¿Se dan cuenta? Nace una cosita, una criaturita; decimos: será un caballo o una vaca, y con el tiempo se convierte en ese caballo o esa vaca y encaja, se integra, se funde con el entorno sin costura, unión, sutura. Pero no esa cosa o criatura femenina que llega a ser (nadie es capaz de impedirlo, ni siquiera Flem Snopes) una mujer..., una mujer que no se amolda, que no encaja en ningún entorno, que desprecia su rigidez y los modelos de comportamiento que todo el mundo está de acuerdo en que son los mejores para la mayoría; y que, por el contrario, por el simple hecho de respirar, sólo con la presencia de esa carne frágil y delicada, desvirtúa y pervierte el medio mismo para acoplarlo a esos planos y redondeces y curvas todo suavidad y ausencia de ángulos.

Eso era lo que tenía entre manos. Eso era lo que le sucedía. Porque para entonces probablemente se había resignado con el inútil y desesperanzado sueño de venganza contra su enemigo. Me refiero a buscar y rebuscar y repasar una y otra vez para llegar siempre al residuo de aparceros con un tirante y una bala de algodón que, si se sumaran todos sus recursos, incluido el precio del mono de segunda mano, el resultado no pondría en peligro la economía de una iglesia rural y no digamos nada del banco de una capital de condado. De manera que probablemente renunció, no hasta el punto de aceptar los cuernos, pero sí al menos hasta el punto de vivir con ellos.

Luego la hija ilegítima a la que, con lo que cabría llamar inocencia total, había dado su apellido, no satisfecha con ser simplemente una mujer, tenía que convertirse o amenazaba convertirse en una mujer particular y específica. Por ser hembra tenía que convertirse en mujer, cosa que él suponía que iba a suceder y que, desde luego, nunca le hubiera echado en cara, con tal de que se contentara con llegar a ser una mujer ordinaria. Si le hubieran dado a elegir, se habría inclinado instintivamente por una chica feúcha, sin defectos físicos, por supuesto, pero carente de atractivo y amedrentada desde el momento de nacer, condenada por consiguiente a la soltería

hasta el punto de que sus coetáneos varones la mirasen una sola vez y luego se olvidaran incluso de haberla visto; de manera que quien finalmente pidiera su mano lo haría con un ojo, más probablemente los dos, en el (supuesto) dinero de su padre y sería, en consecuencia, fácilmente maleable.

Pero no esta criatura, condenada a todas luces al matrimonio desde el momento de la pubertad, y también condenada a todas luces a casarse con alguien ajeno a su control, ya fuese en razón de la geografía o de la edad o, todavía peor (la más escandalosa de las posibilidades), sencillamente en razón de que el marido tuviera ya dinero y no necesitara ni siquiera el suyo. Véase, por ejemplo, el valentón del tamaño de un gorila, llegado desde un lugar tan lejano como Ohio cuando la chica tenía aún quince años, y que con sus puños de Guantes de Oro o quizá simplemente con su prestigio de Guantes de Oro redujo el ambiente en que Linda se movía a un desierto masculino con la excepción de él mismo; hasta que también él quedó eliminado por un hecho al que ni siquiera sus Guantes de Oro podían hacer frente: el de que Linda era mujer y por lo tanto no sólo imprevisible sino también incorregible.

¿Se dan cuenta? El gorila predestinado a ser propietario de una agencia de automóviles Ford o incluso a dirigir todo un sindicato, no fue exactamente eliminado ni reemplazado, puesto que coincidió en parte con el siguiente: el príncipe reinante de la edad del motor inició el mutis simplemente porque ya había aparecido su sucesor: el abogado soltero que le doblaba la edad y que, si bien parecía firmemente anclado en la matriz de la pequeña ciudad e incapaz de hacer daño, había llevado a la vida y a la imaginación de Linda el mismo aroma mortal de lugares remotos, se había reunido con ella por la tarde para tomar refrescos no únicamente con la intención de tentar y corromper su cuerpo de mujer sino de algo mucho peor: corromper su mente, introducir en su imaginación no sólo las locuras vagarosas y poco prácticas de los libros de poesía sino el veneno fatal de las esperanzas y sueños que produce la insatisfacción.

¿Se dan cuenta? El abogado de mediana edad (incluso de cabellos canos) que cualquiera hubiese considerado inofensivo y por tanto seguro, que de hecho había actuado como paladín de Flem en la expulsión de la primera amenaza, la del gorila de Ohio, se había convertido ahora en un peligro todavía mayor, dado que se esforzaba por persuadir a la chica para que escapase más allá de los límites de su control, provocando su insatisfacción no sólo acerca de dónde estaba y dónde debería estar, sino incluso de dónde podría ir en busca de las imágenes y formas que no conocía hasta que él se las metió en la cabeza.

Ése era el problema. Ni siquiera podía resolverlo eligiendo, comprando para ella un marido que pudiese manejar y controlar. Porque no se atrevía a dejarla que se casara con nadie hasta que Dios o el demonio o la justicia o quizá la misma naturaleza, mortalmente cansada de él, retirase al menos de la superficie de la tierra al viejo Will Varner. Porque en el instante en que se casara, la mujer que sólo le había aceptado como marido para proporcionar un apellido a su hija todavía por nacer

(quizá un poco debido a la furia e indignación moral del viejo Will, quizá en buena parte para escapar del ruido que probablemente hacía en aquel momento, pero en gran parte, casi totalmente, por la niña) también le abandonaría, con o sin su actual amante; en cualquier caso con el testamento inalterado de su padre, redactado dieciocho años antes de que Eula se casara con Flem Snopes y diez o doce antes de que oyera hablar de él por vez primera.

Linda no debía casarse aún por ningún motivo, cosa que ya era bastante difícil de evitar incluso cuando estaba en su hogar de Jefferson, con la mitad de los equipos de fútbol y de béisbol acompañándola a casa por las tardes desde el instituto y escoltándola en grupos al cine durante sus dos últimos años de bachillerato. Pero por lo menos vivía en casa, donde su padre podía más o menos controlarla por el hecho de ser su padre (ah, sí, su padre; Linda no tenía mejor información y habría negado, rechazado la verdad si alguien hubiera tratado de contársela, dado que las mujeres no están interesadas en la verdad o en lo novelesco sino sólo en los hechos tanto si son ciertos como si no, con tal de que encajen con los demás hechos, y para Linda Flem era su padre por la simple razón de que todas las demás chicas, y también los chicos, por supuesto, tenían padre a no ser que estuviera muerto bajo una lápida localizable) o mediante la amenaza de exigir el pago de un préstamo o de ejecutar una hipoteca con la firma del padre y algún familiar del futuro novio o —si a Flem le sonreía la suerte— del mismo novio.

Y entonces se presenta ese intruso metomentodo que peina canas, que la acosa con helados y propaganda de universidades de fuera del estado y que logra convencerla de que debe abandonar Jefferson cuando termine el bachillerato no sólo por razones de placer y de interés sino porque se trata de un deber. Con lo que Linda trasladaría de Jefferson su fértil capacidad de provocar pasiones que ya, en una docena de ocasiones, habían costado sangre (sí, una vez al menos sangre de verdad), a un mundo rebosante a más no poder de solteros jóvenes, carne de matrimonio, tanto si lo sabían antes de verla como si no. Situación imposible a la que Flem se adelantó o que más bien evitó durante un año, en el que la obligó, persuadió (no sé qué método utilizó; quizá incluso lágrimas; sin duda lágrimas si las hubiera tenido a su disposición) para que malgastara su tiempo en la Academia (uno de esos curiosos anacronismos que tan testarudamente se resisten a desaparecer llamado Academia Femenina de Fulana de Tal o de la señorita Fulana de Tal, en cuyo plan de estudios figuran asignaturas como compostura y decoración de porcelana, y que siguen salpicando el Sur aunque ya no existan en el resto de los Estados Unidos); logró eso mientras se devanaba los sesos acerca de cómo eliminar aquella amenaza y peligro para la herencia de su mujer que representaba el abogado rural de mediana edad con los insistentes cantos de sirena de los folletos de lejanas universidades. El mismo abogado de mediana edad que había eliminado la amenaza anterior representada por el mecánico de Ohio. Pero no apareció nadie para acabar con el abogado excepto Flem en persona, el padre acosado, que no conocía otro instrumento que el dinero

para lograrlo. De manera que me imagino lo siguiente: a Flem Snopes durante todo aquel año, siempre en guardia permanente contra cualquier desconocido inesperado, como un representante de jabones o de artículos de ferretería, que se bajara del tren para quedarse una noche en Jefferson, y al mismo tiempo dándole vueltas a su acosada imaginación en busca de algún medio para obligarme a aceptar en préstamo una elevada cantidad de dinero con un interés lo bastante usurario como para mantenerme bajo control.

Que era lo que yo esperaba, por supuesto. Había llegado incluso al punto de planear, de imaginar lo que haría con ese dinero, lo que compraría con el dinero por el que seguiría traicionándole. Pero no fue eso lo que hizo. Me engañó. O quizá me hizo también ese honor: no sólo salvar el mío, retirando la tentación de mancharlo, sino dando por sentado que yo vendería incluso el honor antes de mancharlo y, por lo tanto, la tentación de hacer una cosa quedaría automáticamente suprimida en razón de lo anterior. En cualquier caso, lo cierto es que no trató de sobornarme. Y ya sé por qué. Flem había renunciado. Quiero decir que por fin se dio cuenta de que no podía impedir que Linda se casara aunque la retuviera en Jefferson, y que en el momento en que eso sucediera, tendría que despedirse para siempre del dinero del viejo Will Varner.

Porque en algún momento durante aquel último verano —este último verano, o más bien otoño, puesto que ya se habían reanudado las clases y Linda empezó incluso su segundo año en la Academia, malgastando otro curso entre los descoloridos muros donde la señorita Melissa Hogganbeck todavía enseñaba testarudamente a las alumnas, cada vez presentes en menor número, que no sólo la historia de los Estados Unidos sino la historia universal no había llegado aún al día de navidad de 1865 por cuanto si bien el general Lee (y también otros militares, incluido su abuelo) se había rendido, la guerra no estaba acabada y de hecho los siguientes diez años demostrarían que incluso aquellas rendiciones simbólicas eran equivocaciones— Flem dispuso del tiempo suficiente para revisar la situación. De hecho bastaba con mirar a Linda para que él (o cualquier otro varón) se diera cuenta de que las cosas no podían seguir así mucho tiempo, incluso aunque no la dejara salir del jardín de su casa: que aquella muchacha (mujer ya; cumplirá diecinueve este mes), simplemente por el hecho de moverse, de ser, prometía y exigía y llegaría a tener no sólo pasión, no sólo la incómoda rendición ardiente y nocturna de su madre, entre unos matorrales al borde del camino, en brazos de un amante todavía ensangrentado después de una pelea con una pandilla, sino amor, algo digno de equipararse no sólo con la inocente, tímida y aterradora pasión del hoy, sino con la fortaleza y la capacidad del mañana para la serenidad, la madurez, el éxito, la realización de las esperanzas y, finalmente, la satisfacción de la paz y de la vejez compartidas. En cualquier momento podía producirse lo peor, el desastre, la catástrofe, la ruina, la pérdida irrevocable de la última oportunidad de que llegara a sus manos alguna parte del dinero del viejo Will Varner; y ¿quién sabe qué alivio pudo hallar en la simple constatación de que, en

cualquier momento, dejaría de tener que preocuparse no sólo de la pérdida del dinero sino también de mantener la esperanza, como cuando la enfermera abre la puerta de la cámara de torturas del dentista, nos mira, anuncia «El siguiente» y ya es demasiado tarde, y el qué dirán nos impide dar un salto y salir corriendo?

¿Se dan cuenta? Paz. No tener ya que malgastar tiempo esperando o incluso lamentando, después de examinar y rechazar todos los medios, porque ¿quién sabe si también durante ese mismo verano, mientras se devanaba los sesos, sintiéndose acosado y ultrajado, buscando algún medio para obligarme a aceptar un préstamo con un cien por ciento de interés, no había acariciado la posibilidad de encontrar algún devoto entusiasta deseoso de sufrir martirio por el Hombre con mayúscula dispuesto a pegarle un tiro al viejo Will cualquier noche a través de la ventana de la cocina, y luego lo rechazó también, renunciando más a la preocupación que a la esperanza?

Y no paz únicamente, sino también alegría por cuanto ahora, al abandonar para siempre la quimera del dinero de su suegro, volvería a su sueño primitivo de venganza contra el responsable de la situación por la que tenía que renunciar a toda esperanza de la herencia de su mujer. De hecho sabía ya por qué había retrasado tanto la venganza, por qué había eludido como un cobarde enfrentarse de verdad con el nombre del viejo Will en la búsqueda de posibilidades. Era porque su instinto le decía desde el principio que sólo Will podía serle útil, y que al emplear a Will para su venganza, destruiría para siempre con el mismo golpe cualquier posibilidad de recibir parte de la herencia.

Pero todo eso ya estaba hecho, terminado, era agua pasada. Flem había recobrado la libertad. Quedaba únicamente encontrar el método —lo más sencillo o rápido o eficiente— para obligar, forzar, engatusar, persuadir o embaucar al viejo Will para que le cediera los votos de su paquete de acciones, más los de quienes temían demasiado al viejo Will para oponérsele, que se añadirían a los de su propio paquete de acciones (el de Flem) y a los de su cuerpo de depositantes de pantalón sostenido con un solo tirante, objeto de su campaña de susurros, para retirarle el banco de debajo de los pies a De Spain mediante una votación que lo apartara de la presidencia.

Todo lo que faltaba era el cómo: cómo manejar —dicho de otra manera, cómo ganarle la partida— a Will Varner. Y, ¿quién estaría dispuesto a negar que ya sabía cómo hacerlo, que ya disponía de un plan probado y requeteprobado en el momento mismo en que todavía evitaba enfrentarse con el nombre del viejo Will? Porque, al parecer, una vez que tomó la decisión y se obligó finalmente a cortar y cauterizar con su propia mano la vana esperanza de la herencia de su mujer, ya no dudó más. Allí estaba la chica, el peón que podía acabar con sus esperanzas de conseguir el dinero de Varner, peón que había conservado en casa con la esperanza de retrasar, hasta cierto punto al menos, el inevitable matrimonio que le arruinaría; que había retenido en casa no sólo en contra de sus propios deseos, sino también en contra de los de su madre (por no decir nada del vecino metomentodo); reteniéndola en casa incluso aunque

probablemente también él estuviera convencido de que Linda malgastaba su tiempo en aquel vacío cascarón anacrónico que era la Academia Femenina. Eso durante todo el primer año y hasta las vacaciones de Navidad del segundo; luego, de repente, sin previo aviso, de un día para otro, le da permiso para que se vaya, deje Jefferson y se matricule en la universidad del Estado; sólo a ochenta kilómetros, es cierto, pero ochenta kilómetros de todas formas, en un lugar donde a Linda le sería imposible volver a casa todas las noches y donde podría pasar sus horas de vigilia entre mil jóvenes, todos solteros y varones.

¿Por qué? Es evidente. ¿Por qué ha hecho siempre cualquiera de las cosas que ha hecho? Porque consiguió a cambio algo más valioso de lo que daba. De manera que a ustedes no les costará trabajo imaginárselo: Flem y su mujer hablando (hablaban a veces, por supuesto; estaban casados, y a veces tenemos que hablar incluso hasta con las personas con las que no estamos casados); habría en realidad cuatro personas, si contamos los dos testigos que esperaban en el vestíbulo sintético a que la señora Snopes empuñara la pluma: *Firma este documento que me garantiza la mitad de lo que heredes de acuerdo con el testamento de tu padre, prescindiendo de cuál sea nuestra situación legal en ese momento, y permitiré que Linda salga de Jefferson para ir a la universidad.* De acuerdo, reconocamos que puede incumplirse, abrogarse, darse de lado, que es insostenible. Eula no lo sabría. E incluso aunque no creyera en su validez, y en el caso de que tuviera en sus manos en aquel momento la herencia misma, ¿se hubiera negado a darle la mitad a cambio de aquella promesa? Además, no se trataba de alarmla a ella, no era a ella a quien se quería privar de la capacidad de juzgar serenamente.

Ése era el «cómo». Sólo faltaba el «cuándo»; quedaba el resto del invierno, con Linda en la universidad y él todavía en Jefferson, tranquilo, inescrutable, el mismo de siempre, con el sombrero negro de ala ancha de los plantadores y la diminuta corbata de lazo, dejándose ver por los alrededores de la plaza al menos una vez al día, con la misma regularidad del reloj del tribunal; y así hasta que acabara el invierno y empezase la primavera, es decir, hasta ayer por la mañana.

Efectivamente. Sencillamente se fue. Así que tendrán que imaginárselo también, puesto que esta vez ni siquiera hubo testigos esperando en un vestíbulo sintético: una vez más la larga carretera de gravilla, ya con el polvo del verano (no era más que tierra la primera vez que la recorrió dieciocho años antes), hasta llegar al almacén de Varner. Y en esta ocasión en automóvil, tan urgente resultaba la gestión al coincidir por fin el «cómo» y el «cuándo». Y en secreto; en un automóvil alquilado. Quiero decir alquilado fuera de la ciudad. Aunque la mayoría de las personas importantes de Jefferson y también del condado ya eran propietarios de automóviles, Flem no figuraba entre ellos. Y no sólo por el coste de lo que también otros hombres, además de él, consideraban la estúpida, la casi delictiva inmovilización de tantos dólares y centavos en algo que, incluso aunque se utilizara para alquilarlo, no llegaba a amortizarse hasta que estaba gastado, sino porque Flem Snopes ni era todavía un

personaje importante de Jefferson ni quería serlo; y hubiera defendido con el mismo encarnizamiento con que defendería su vida el secreto de cuál era la extensión real de sus propiedades.

Pero el asunto que nos ocupa era tan urgente como para utilizar un automóvil por razones de velocidad y tan secreto como para alquilarlo, como para pagar dinero por el derecho de usarlo incluso aunque Flem hubiera sido propietario de otro, de manera que nadie le viera dirigirse hacia allí en el suyo; demasiado secreto para viajar con el cartero, cosa que podría haber hecho por un dólar; demasiado secreto incluso para requisar a alguno de sus clientes un coche del que en realidad fuese propietario, por cuanto se había adquirido con su dinero, obtenido mediante uno de sus innumerables pagarés usurarios. De manera que, en lugar de todo eso, alquiló uno. Nunca sabríamos cuál ni dónde: tan sólo que no llevaría las placas del condado de Yoknapatawpha y que, de nuevo y por última vez, se trasladó en él hasta el almacén de Varner, arrastrando, remolcando una nube de polvo amarillo por la carretera que utilizara dieciocho años antes en una carreta cargada con todas sus posesiones: su mujer y su hija ilegítima, el escaso mobiliario que la señora Varner les había dado, la escritura por la mitad del pequeño restaurante a trasmano que había sido de Ratliff y los escasos dólares que quedaban de lo que Henry Armstid (ahora recluido de por vida en un manicomio de Jackson) y su mujer habían ahorrado poco a poco durante diez años, escritura y dinero con que Ratliff y Armstid habían pagado la propiedad del Viejo Francés donde Flem enterró los veinticinco dólares de plata que ellos encontraron al cavar en el jardín.

Completando la elipse que contenía enteros esos dieciocho años de su vida, puesto que Frenchman's Bend y el almacén de Varner serían un sitio, quizá el sitio, al que nunca volvería en lo que le quedara de vida, porque tanto si ganaba como si perdía no necesitaría volver, y ganara o perdiera, ciertamente tampoco se atrevería a hacerlo. Y, quién sabe, tal vez pensando, incluso entonces, en los inconvenientes de tener que ir al almacén y ver al viejo Will en lugar de presentarse en casa de los Varner, donde a aquella hora de la tarde sólo encontraría a la señora Varner y a la cocinera negra; pero no le quedaba otro remedio que ir al almacén y desafiar y vencer a aquel viejo bandido violento y colérico mediante la simple inmovilidad y un trozo de papel firmado ante testigos. Porque a las mujeres no les interesan los amores románticos ni la moral o el pecado y su castigo, sino únicamente los hechos, los hechos inmutables, necesarios para vivir la vida mientras se está en ella, hechos condenadamente capaces de no dejarse amañar y de no permitir que se los utilice para engañar o dar marcha atrás o para hincharlos o modificarlos. Qué sencillo haber ido directamente a ella, a una mujer (la esposa corpulenta, dura, fría y gris que ya nunca iba a la ciudad, que pasaba todo el tiempo entre su casa y la iglesia, dirigiéndolas exactamente de la misma manera: tesorera autodesignada de las colectas en las que conseguía el dinero intimidando a los aterrorizados feligreses, y encargada de seleccionar, escoger y contratar a los ministros, a los que también despedía cuando no

le convenían; la leyenda afirmaba que había escogido a uno en un algodonal cuando pasaba por allí en su coche; que lo sacó de junto a la esteva del arado y le ordenó ir a casa, bañarse y cambiarse de ropa para que la siguiera media hora después, momento en que procedió a ordenarlo).

Qué sencillo llegarse hasta el portón y decirle al conductor a sueldo: «Espere aquí. No tardaré mucho», y luego recorrer el camino y entrar en la casa de sus antepasados (de acuerdo, de los antepasados de su mujer; porque él se dirigía precisamente a dinamitar su participación en ella) y recorrerla hasta encontrar a la señora Varner donde quiera que estuviese y decirle: «Buenos días; anoche he descubierto que nuestra Eula lleva dieciocho años acostándose con un tipo de Jefferson llamado Manfred De Spain. He hecho el equipaje y me he marchado de casa, pero no he presentado la demanda de divorcio antes de salir de la ciudad porque el juez aún dormía cuando pasé por su casa. Me ocuparé de ello cuando vuelva esta noche»; acto seguido daría media vuelta, volvería al coche y le diría al conductor: «Ya está, hijo. Volvemos a la ciudad», dejando que la señora Varner concluyera el trabajo; que entrara ella misma en la madriguera donde el viejo Will se sentaba entre los simbólicos huesos roídos de su fortuna: las estanterías con horcates y timones de arado, cerdo salado rancio y harina y melaza barata y queso y zapatos y queroseno y guantes para trabajar y rapé y tabaco de mascar y caramelos con cagadas de moscas y los derechos de retención y las hipotecas sobre cosechas y aperos de labranza y mulas y caballos y tierra. Habría también unos cuantos haraganes, aunque no muchos, porque era época de sementera e incluso ellos deberían estar en los campos, cosa de la que se darían cuenta, levantándose en una alarmada oleada de culpabilidad cuando vieran a la señora Varner, aunque no lo bastante de prisa.

—Salid de aquí —les diría cuando ya estuvieran en movimiento—. Quiero hablar con Will. Esperad. Que uno de vosotros vaya a la serrería y le diga a Jody que necesito su automóvil; daos prisa —y ellos dirían «Sí, señora Varner, palabras que ella ni siquiera oiría, de pie ya ante el viejo Will, en su silla con asiento de cuero sin curtir—. Levántate de ahí. Flem ha pillado por fin a Eula, o dice que lo ha hecho. Todavía no ha presentado la demanda de divorcio de manera que tienes tiempo de hacer algo antes de que se entere todo el condado. No sé qué es lo que Flem anda buscando, pero vete allí y páralo. No estoy dispuesta a consentirlo. Ya tuvimos suficientes problemas con Eula hace veinte años. Y no pienso tenerla otra vez en casa causándome problemas.

Pero no podía hacer eso. No era tan sencillo. Porque los hombres, especialmente si son como el viejo Will Varner, también se interesan por los hechos, y especialmente un hombre como el viejo Will tratándose de un hecho como el que Flem traía firmado ante testigos y doblado dentro del bolsillo de la chaqueta. Así que tenía que ir él, entrar en persona en aquella madriguera, extender la mano, ofrecer el inesperado desafío y esperar mientras el estallido tronaba y retumbaba en torno a su cabeza hasta agotarse momentáneamente y permitir que se oyera su voz:

—Es su firma. Cuento con dos testigos en el caso de que usted no la reconozca. Todo lo que tiene que hacer es ayudarme a quitarle el banco a Manfred De Spain..., transferir sus acciones a mi nombre, aceptar un cheque mío con fecha posterior, si lo prefiere, de manera que las acciones vuelvan a ser suyas en cuanto echemos a Manfred De Spain, o votar usted mismo con su paquete de acciones si eso le parece mejor..., y el papel será suyo. Incluso yo mismo le sostendré la cerilla mientras lo quema.

Eso era todo. Y allí estaba Ratliff de nuevo (sí, claro, Jefferson podía prescindir de Ratliff, pero no yo..., ni nosotros; ni yo ni toda la condenada tribu de los Snopes podíamos prescindir de él), muy pulcro y limpio y sin corbata con su camisa azul, parpadeando un poco mientras me miraba.

—Tío Billy llegó a la ciudad en el automóvil de Jody a eso de las cuatro de la madrugada y fue directamente a casa de Flem. Y Flem no ha aparecido hoy por aquí. ¿Qué supone usted que está a punto de estallar? —parpadeó de nuevo—. ¿Qué supone usted que ha sido?

—¿Qué ha sido el qué? —dije.

—Lo que Flem llevó ayer a la señora Varner y que era tan importante como para que tío Billy se pusiera en camino de la ciudad a las cuatro de la madrugada.

—¿A la señora Varner? —dije—. Se lo dio a Will.

—No, no —dijo Ratliff—. No fue a ver a Will. Estoy bien enterado. Fui yo quien le llevó. Tenía que entregar una máquina de coser a la señora Ledbetter de Rockyford y me preguntó si me importaría pasar por Frenchman's Bend porque tenía que hablar un momento con la señora Varner y así lo hicimos; no se quedó más de un minuto en la casa y luego comimos con la señora Ledbetter, le instalé la máquina y volvimos a la ciudad —parpadeó de nuevo—. Un minuto más o menos. ¿Qué supone usted que le dijo o le entregó a la señora Varner en un minuto para que tío Billy se pusiera en camino muy poco después de la medianoche?

XVIII. W. K. Ratliff

No, no, no. Se equivocaba. Es abogado, y para los abogados, si algo no es complicado no importa que funcione o no, porque si ese algo no es lo bastante complicado, no está bien, e incluso aunque funcione no se quiere creer. De manera que no fue eso..., no se trataba de un documento amañado a tontas y a locas que, me da lo mismo cuántos testigos lo firmaran, un picapleitos mucho menos listo que el abogado Stevens habría pagado incluso al cliente por el placer de hacerlo trizas.

No era eso. No sé de qué se trataba, tan sólo que Flem se me acercó aquella noche en la plaza y me dijo:

—He oído que la máquina de coser de la señora Ledbetter ha llegado esta mañana. Cuando se la lleves, haré contigo el viaje si no tienes inconveniente en parar un minuto en Frenchman's Bend.

Claro. Nunca nos preguntábamos cómo se enteraba de las cosas porque cuando llegaba el momento de hacerlo ya era demasiado tarde, y había logrado sacar el provecho que fuera de la información. Así que dije:

—Es cierto que un tipo que se dirige a Rockyford puede pasar por Frenchman's Bend. Pero, por esa misma regla de tres, un tipo que fuera a Memphis también podría pasar por Birmingham. No tendría que hacerlo, pero podría —ya saben; sólo para ver qué decía. Pero me engañó.

—Es cierto —respondió—. Tendrás que hacer tus buenos diez quilómetros de más. ¿Te parece un buen precio treinta centavos el quilómetro?

—Me parece demasiado —dije—. Para gastarnos en gasolina esos tres dólares de más, tendríamos que seguir en la carretera hasta el miércoles por la mañana. De manera que te propongo lo siguiente: compra dos puros, y si tú te fumas uno, te llevaré a Frenchman's Bend para que pases allí un minuto por el placer de disfrutar de tu compañía y de tu conversación.

—Serán para ti los dos puros —dijo. De manera que eso fue lo que hicimos.

Sí, claro; es cierto que se quedó con mi parte del café que teníamos a medias Grover Winbush y yo, pero ¿quién podría asegurar que salí perdiendo? Si Flem no se lo hubiera quedado, tal vez Grover lo habría convertido en un local para espectáculos sicalípticos con postales francesas, y en ese caso es posible que yo estuviera donde está ahora Grover: de vigilante nocturno en la fábrica de ladrillos.

De manera que lo llevé a Frenchman's Bend. Y también disfruté de su conversación, con tal de que al monólogo que uno mantiene con Flem Snopes se le llame conversación. Pero hay que seguir intentándolo. Lo hacemos con la esperanza de aprender. Se sabe que el silencio es valioso porque, dado lo mucho que escasea, no le queda más remedio que serlo. Así que todas las veces se piensa *Esta es mi oportunidad de descubrir cómo lo usa un experto*. Naturalmente no se descubre esa

vez ni tampoco la siguiente, y por eso Flem es un experto. Pero nunca hay que perder la esperanza. Así que nos pusimos en camino, hablando de esto y de aquello, sobre todo de esto, por supuesto, mientras Flem dejaba de mascar cada cinco o seis quilómetros para escupir por la ventanilla y decir «Sí» o «Así es» o «Eso parece», hasta que por fin (en lo alto de la siguiente cuesta estaba el pueblo) dijo:

—Al almacén no, a la casa —y yo dije:

—¿Cómo? Tío Billy no estará en casa. Lo encontrarás en el almacén a esta hora de la mañana.

—Ya lo sé —dijo—. Tuerce por esa carretera —de manera que tomamos la carretera que indicaba; ni siquiera llegamos a ver el almacén y mucho menos a pasar por delante; fuimos directamente a la casa, al portón.

—Dijiste un minuto. Si tardas más me deberás otros dos puros.

—De acuerdo —respondió él.

Se apeó del coche, echó a andar, recorrió el sendero y entró en la casa; y yo apagué el motor y me quedé pensando *¿Qué demonios? ¿Qué es lo que está pasando? La señora Varner. No tío Billy: la SEÑORA Varner.* Tío Billy le aborrecía porque Flem lo había derrotado en toda la línea, aceptando la cantidad que fijó el mismo tío Billy en el asunto de la casa del Viejo Francés, pero la señora Varner lo detestaba tanto como si fuese miembro de alguna de las sectas más extremistas o incluso baptista, porque no sólo había aceptado el pecado casándose con su hija después de que otro la dejase embarazada, sino que lo había hecho rentable, ya que a partir de ahí había logrado llegar a vicepresidente de un banco. Y sin embargo era a la señora Varner a quien había venido a ver desde Jefferson, dispuesto incluso a pagarme tres dólares extra por el viaje. (Quiero decir que me los ofreció. Ahora sé que podría haberle pedido diez).

No; en realidad no pensaba *¿Qué demonios?*, sino *Quién*, quién debería enterarse de lo que estaba sucediendo, tratando de averiguarlo en el poco tiempo de que disponía, puesto que él mismo se había fijado un minuto, y no pasaría de ahí. No yo, porque ya no quedaban más cabos sueltos de Ratliff que Flem pudiera necesitar; ni tampoco el abogado Stevens ni Linda y Eula ni el asunto de marcharse a una universidad, la última escaramuza Snopes que había despertado el interés del público local, porque eso ya estaba terminado al marcharse Linda a la universidad de Oxford, aunque no se tratara de una de las de Virginia o de Nueva Inglaterra por las que suspiraba el abogado Stevens. En Manfred De Spain no pensé porque no estaba de su parte. Tampoco es que estuviera en contra suya, pero habría dicho lo mismo que el abogado Stevens: un tipo que había tenido tanto de su parte como Manfred De Spain o, por lo menos, como todo el mundo en Jefferson (aunque tampoco fuese asunto suyo) creía que había tenido, no necesitaba más. Y no digamos nada de merecérselo.

Sólo que no había tiempo. No fue exactamente un minuto, pero tampoco llegaban a dos cuando salió por la puerta con el sombrero negro y la corbata de lazo (siempre mascando, porque dudo que dejara de mascar en ningún momento, como es probable

que tampoco se quitara el sombrero mientras estuvo dentro), llegó hasta el coche, escupió y se montó; yo, por mi parte, puse el motor en marcha y dije:

—No han pasado dos minutos completos, así que te lo contaré como uno —y él respondió:

—De acuerdo —y yo metí la primera, pero seguí con el pie sobre el embrague y dije—: En el caso de que la señora Varner haya salido, ¿quieres que pasemos por el almacén para decirle a tío Billy que les has dejado una nota en el perchero? —y él mascó una o dos veces más, preparó el jugo de tabaco, se inclinó hacia la ventana, escupió y se arrellanó en el asiento; luego hicimos el resto del camino hasta Rockyford, le instalé la máquina a la señora Ledbetter, nos invitó a almorzar, comimos y volvimos a casa; y esta madrugada a las cuatro tío Billy se ha presentado en casa de Flem con el automóvil de Jody y su chófer negro, aunque sí sé por qué a las cuatro de la madrugada, porque eso ha sido cosa de la señora Varner.

Quiero decir que tío Billy se acuesta nada más cenar, cosa que hace antes de anochecer en esta época del año, de manera que se despierta entre la una y las dos de la madrugada. Por supuesto que ha conseguido que la cocinera se levante a esa hora para prepararle el desayuno, pero una negra haciendo ruido con las sartenes en la cocina no es ni mucho menos suficiente para tío Billy, y todo el mundo tiene no sólo que despertarse sino también levantarse, y tío Billy se dedica a pisar fuerte por toda la casa, a dar portazos y a pedir a gritos esto y lo de más allá hasta que la señora Varner está levantada y vestida. Sólo que tío Billy es capaz de desayunar y sentarse luego hasta que se fuma una pipa y luego volver a dormirse hasta que amanece. Pero la señora Varner nunca logra dormirse de nuevo una vez que se ha despertado de verdad.

De manera que ésta era su oportunidad. No sé lo que Flem le dijo o le entregó, algo que era lo bastante importante para hacer que tío Billy se pusiera de camino a las dos de la madrugada. Pero no era más importante para la señora Varner que la posibilidad de acostarse en paz y tranquilidad y dormir hasta una hora decente y cristiana. De manera que no le dijo lo que fuera o no le dio el mensaje hasta que tío Billy se despertó como de costumbre a las dos de la madrugada; si era algo que Flem le entregó y que ni siquiera necesitó repetir, es posible que no tuviera que levantarse de la cama sino simplemente dejarlo apoyado contra la palmatoria, en espera del momento en que tío Billy prendiera un fósforo para encenderla y ver lo suficiente para despertar al resto de la casa y a los vecinos.

De manera que no sé lo que era. Pero desde luego no se trataba de ningún absurdo trozo de papel con la esperanza de asustar a tío Billy para que hiciera algo que hasta entonces no había tenido intención de hacer. Porque tío Billy no se asusta y Flem Snopes lo sabe. Tenía algo que ver con personas, con gente, y las únicas personas relacionadas con Jefferson que lograrían que tío Billy hiciera algo que no se le hubiera ocurrido hasta ese momento son Eula y Linda; tío Billy sabe exactamente desde hace veinte años lo que le hará a Flem la primera vez que le falle la vista o se le

vaya la mano o se distraiga.

Y no digamos nada de ir con esa historia al mismo tío Billy. Porque cualquier cosa relacionada con ese banco que Flem supiera con antelación y que por el simple hecho de ponerla por escrito o decírsela a la señora Varner tuviera la fuerza suficiente para trasladar a tío Billy de Frenchman's Bend a Jefferson tan pronto como se enterase, antes o después tendría que arañar o por lo menos tocar a Eula. Y tal vez tío Billy Varner no se asusta y Flem Snopes lo sabe, pero Flem Snopes tampoco se asusta y la mayoría de la gente lo sabe también. Y no hace falta ser especialmente cobarde para no querer entrar en ese almacén, llegar hasta donde está el viejo y decirle que su hija sigue aún sin corregirse, que lleva dieciocho años acostándose con un individuo con el que no está casada, y que su marido no tiene suficientes agallas para ponerle remedio.

XIX. Charles Mallison

Fue como si hubiera llegado un circo o se inaugurase la feria del condado. Más aún: era como si celebrásemos la fiesta del distrito o incluso del estado, porque hasta se suspendieron las clases. Sólo que fue más que una feria o un día de fiesta, porque hubo también una muerte, aunque, por supuesto, no lo supiéramos aún.

Todo empezó, además, con unas vacaciones escolares que no sabíamos siquiera que íbamos a tener. Fue como si el tiempo, las circunstancias, la misma geografía contuvieran algo que debía producirse, que se iba a producir inexorablemente en aquel momento; que Jefferson, Mississippi, era el lugar, y que, en consecuencia, hubo que despejar el escenario para dejarlo preparado.

Las vacaciones empezaron el martes por la mañana. La semana anterior había llegado a Jefferson, para instalarse en la ciudad, un ingeniero de caminos, y el hijo pequeño de la familia se incorporó al segundo grado. Ya debía de estar enfermo cuando su madre lo trajo porque en seguida mandaron a buscarla; la madre vino, se lo llevó aquella misma tarde y por la noche lo trasladaron a Memphis. Eso fue un jueves, pero hasta el lunes no se supo lo que tenía, y en seguida corrió la voz de que se suspendían las clases en espera de averiguar qué era lo que había que hacer o dejar de hacer, o lo que fuese, mientras se conseguía más información sobre la poliomielitis y el chico del ingeniero y todo lo demás. En cualquier caso eran unas vacaciones en abril que no esperábamos y que ni siquiera se nos había ocurrido que pudiéramos tener; y las disfrutábamos en esas mañanas de abril en que te despertabas y pensabas que abril era el mejor momento, el mejor de todos los momentos posibles para no tener que ir a clase, hasta que en seguida se te ocurría *Excepto en otoño* cuando el tiempo es fresco pero no frío y los árboles están dorados y rojos y te puedes pasar todo el día cazando; y a continuación pensabas *Excepto en invierno* después de las vacaciones de Navidad y sin nada interesante en perspectiva hasta el verano; y terminabas por pensar que ningún momento es el mejor para no ir a clase, de manera que la escuela es una buena cosa después de todo porque sin ella no habría fiestas ni vacaciones.

Pero lo cierto era que no teníamos clases ni tampoco sabíamos por cuánto tiempo; y eso también era de agradecer porque así no había que pensar *Sólo quedan dos días* o *Sólo queda un día*; bastaba con estar de vacaciones, respirar las vacaciones hoy y también mañana y ¿quién sabe? también al día siguiente y ¿quién sabe? también al otro. De manera que el miércoles, cuando incluso los chicos que habrían ido a clase a no ser por el hijo pequeño del ingeniero empezaron a enterarse de que pasaba algo, de que algo estaba sucediendo dentro del despacho del presidente del banco —no del antiguo, el banco de Jefferson, sino del otro, al que aún llamábamos el banco nuevo o incluso el banco del coronel Sartoris, aunque hacía siete años que se había muerto y

el señor De Spain era el presidente—, pensamos que era eso lo que estábamos esperando, puesto que se trataba de la culminación de aquello para lo que el tiempo o las circunstancias o lo que fuese había despejado el escenario y suspendido las clases para que pudiera suceder.

Mejor dicho; no es cierto que el escenario se limitase a un solo banco; no es cierto que el tiempo, las circunstancias, la geografía, lo que fuera, hubieran suspendido las clases a mitad de abril en honor de algo que querían que sucediera dentro de unas paredes determinadas, porque se trataba en realidad de todo Jefferson. Eran las paredes de todo Jefferson, el suelo sobre el que se apoyaban, el aire en el que se alzaban; las paredes y el aire de Jefferson en los que la gente se movía y respiraba y hablaba; aquel día estábamos todos comiendo excepto tío Gavin, que nunca llegaba tarde a no ser que hubiera salido de la ciudad por razones profesionales, y cuando por fin se presentó había algo que no iba bien. Quiero decir que yo no siempre advertía cuándo las cosas le iban mal, y no porque tuviera aún doce años, sino porque no había que fijarse en tío Gavin: bastaba con fijarse en madre, que era su hermana gemela; era como si cuando le decías «¿Qué te pasa?» a madre, tú y ella y todos los demás supieran que estabas diciendo ¿Qué le pasa a tío Gavin?

Pero siempre podíamos contar con padre. Tío Gavin apareció por fin, se sentó, desdobló la servilleta, dijo algo raro, padre le lanzó una mirada y siguió comiendo, pero acabó mirando de nuevo a tío Gavin.

—Bueno —dijo—. Alguien me ha dicho que han sacado de la cama al viejo Will Varner a las dos de la madrugada y lo han traído a Jefferson para ascender a Manfred De Spain. ¿Para ascender a dónde?

—¿Cómo? —dijo tío Gavin.

—¿A qué se asciende a una persona que ya es presidente del banco? —dijo padre.

—Charley —dijo madre.

—Aunque quizá ascender no sea la palabra que busco —dijo padre—. Lo que me interesa es la rápida ascensión de un hombre cuando lo sacas de la cama...

—¡Charley! —dijo madre.

—..., sobre todo si se trata de una cama en la que nunca debería haber estado en primer lugar, y no digamos nada de tener que ir a buscar a tu suegro hasta Frenchman's Bend para que pronuncie esa palabra...

—¡Charles! —dijo madre. Eso era lo que pasaba. Era como si hubiéramos tenido algo en Jefferson durante dieciocho años y ya diese lo mismo que desde el primer momento hubiera estado bien o mal porque ahora era algo nuestro, habíamos vivido con ello y ni siquiera se veía la cicatriz, como el clavo hundido en el tronco que años atrás violó y ultrajó y llenó de angustia a un árbol determinado. Excepto que tampoco el árbol tiene muchas posibilidades de elección: o bien poner los principios por encima de la savia y rechazar al mismo tiempo la ofensa y la savia del año siguiente, o aceptar el ultraje y la savia por el privilegio de seguir siendo árbol mientras sea posible, hasta que con el tiempo el clavo desaparezca. No que se marche;

sencillamente que deje de ser tan escandalosamente visible al quedar cubierto por la corteza; existe una protuberancia, un bulto, desde luego, pero al cabo de algún tiempo los otros árboles lo perdonan y todas las demás cosas aceptan al árbol y su bulto hasta que un día la sierra o el hacha penetran en el árbol y tropiezan con el viejo clavo.

Porque yo tenía doce años. Había alcanzado por segunda vez ese punto (en los círculos en espiral que los niños —por lo menos los varones— describen al crecer) en el que por un breve espacio de tiempo entramos y vivimos en la misma civilización que utilizan las personas mayores, y se nos ocurre que quizá las cosas razonables e inofensivas que nos prohíben les parecen tan absurdas como a nosotros las que, al parecer, quieren o tienen que hacer las personas mayores. Mejor dicho: ese momento en que las personas mayores se ríen de ti y tú dices de repente, *Vaya, quizá es que soy divertido*, y por consiguiente las cosas que hacen los adultos no son escandalosas ni absurdas ni vergonzosas en absoluto: son únicamente divertidas; y, más aún, son divertidas de la misma manera que lo son las que tú haces. Así que en aquel momento yo podía preguntar. Porque unos pocos años después sabría más que entonces, pero la espiral, el círculo, seguiría girando en el espacio, cada vez más lejos, donde no puedes hacer preguntas a las personas mayores porque no puedes hablar con nadie, ni siquiera con los de tu edad, ya que también ellos se alejan a toda velocidad por el espacio, y no es posible tocar a nadie ni te atreves a intentarlo porque estás demasiado ocupado aguantando; y sabes que todos los demás tienen tanto miedo a preguntar como tú, no tienen a nadie a quien preguntar, nada que hacer excepto ruido; cuanto más mejor, de manera que por lo menos los otros que también tienen miedo no sepan hasta qué punto están asustados.

Pero ahora aún podía preguntar durante cierto tiempo y se lo pregunté a madre.

—¿Por qué no se lo preguntas a tío Gavin? —me respondió ella.

Quería decírmelo. Quizá lo intentó incluso. Pero no pudo. No fue porque yo no tuviera más que doce años, sino porque era su hijo, creado por ella y por padre porque querían acostarse juntos y no les hubiera servido ninguna otra cosa ni ninguna otra persona. ¿Se dan cuenta? Si la señora Snopes y el señor De Spain hubieran sido cualquier cosa excepto personas, podría habérmelo contado. Pero también eran personas, exactamente como ella y padre; y no es que el hijo no deba saber que la misma magia que le ha hecho a él ha servido para traer a un anciano como el señor Will Varner a la ciudad a las cuatro de la madrugada sin otro fin que arrebatarse algo tan triste y mezquino como un banco lleno de dinero a otro hombre llamado Manfred De Spain: es que el niño no podría creerlo. Porque, desde su punto de vista, a él no le creó la pasión de su padre y de su madre ni su capacidad para experimentarla. No podría haberlo hecho porque él estaba allí primero, él vino primero, antes que la pasión; él creó la pasión, y no sólo ella sino al hombre y a la mujer que fueron sus servidores; su padre no es su padre sino su yerno, su madre no es su madre sino su nuera, en el caso de que se trate de una chica.

De manera que no me lo dijo porque no pudo. Y tío Gavin no me lo pudo contar

porque tampoco él era capaz, porque no se hubiera callado a tiempo. Es decir, eso fue lo que pensé entonces. Quiero decir que fue eso lo que creí entonces que era la razón de que ellos —madre— no me lo contaran: que la razón era sólo mi inocencia y no también la de tío Gavin, y que ella tenía que defender las dos, puesto que quizá fuese mi madre pero también era la hermana gemela de tío Gavin y si un chico o una chica son realmente el suegro o la suegra de su padre y de su madre, eso hace a la chica madre de su hermano aunque sea mucho más joven, y en el caso de una chica con sólo un hermano y además gemelo, quizá fuese su mujer y también su madre.

De manera que quizá fuera ésa la razón: no mi falta de edad para aceptar la biología, sino que se debe defender a todo el mundo, que todo el mundo merece que se le defienda y se le proteja contra los espectadores de su propia pasión, excepto en los términos más generales e inespecíficos e impersonales de los modelos literarios y dramáticos de los protagonistas de la pasión en sus ademanes incruentos e indoloros de triunfo o de angustia; que ningún hombre merece el amor, puesto que la naturaleza no nos equipó para aceptarlo sino simplemente para soportarlo y sobrevivir, y por lo tanto no había que hacer de tío Gavin objeto de examen si ella podía evitarlo y defenderle mientras el amor llenaba de angustia sus huesos desprotegidos.

Aunque incluso si hubieran tratado de decírmelo, habrían tenido que pasar aún varios años —no por inocencia sino por ignorancia— antes de que yo supiera, de que entendiera, lo que de hecho estuve mirando durante el resto de aquel miércoles por la tarde mientras todo Jefferson aguardaba a que la sierra tropezase con el clavo enterrado. Mejor dicho: enterrado no, ni curado ni asimilado por el árbol sino tan sólo convertido en quiste, ajeno y venenoso; no curado sino cubierto con una costra que simplemente se renovaba, incapaz de curación; un quiste que era como un poste indicador.

Porque la nuestra era una ciudad fundada por baptistas y metodistas de raza blanca. Teníamos un lavandero chino y dos sastres judíos, hermanos entre sí, con sus respectivas familias. Pero uno de ellos había recibido en Rusia la formación de rabino, hablaba siete idiomas, incluidos el griego clásico y el latín, y resolvía problemas de geometría para distraerse; y por todo ello se le absolvía, incluido en la misma absolución que abarcaba también al viejo doctor Wyott, presidente emérito de la Academia (fundada por su abuelo), que no sólo leía griego y hebreo sino también sánscrito, poseía dos condecoraciones extranjeras por haber sido no ya un ateo profeso (eso era al menos lo que nosotros, lo que Jefferson creía) sino militante e incluso jactancioso durante por lo menos sesenta de sus ochenta años, y que incluso había ganado al ajedrez al señor Wildermark, el viejo; y el otro judío y su familia y el chino acudían y eran todos miembros de la Iglesia metodista, de manera que tampoco contaban, porque a nuestros ojos se trataba únicamente de personas no blancas, pero sin ser realmente de color. Y si bien el chino era claramente una persona de otra raza aunque no fuese negro, no era más que él, soltero, peculiar y estéril; no sólo desprovisto de parientes sino único en su especie, separado de sus semejantes por

medio mundo o por lo menos medio continente (todos conocíamos la existencia del barrio chino de San Francisco) y en consecuencia tan poco peligroso como un mulo.

Hay una pequeña iglesia episcopaliana en Jefferson, el edificio más antiguo de la ciudad (construida por esclavos y reconocida como la mejor iglesia, y también la más hermosa, me refiero a los turistas del norte que pasaban por Jefferson con cámaras fotográficas, esperando encontrar —no sabemos por qué, dado que ellos mismos quemaron y volaron la ciudad con dinamita en 1863— una Jefferson mucho más antigua o por lo menos con aspecto de serlo de lo que en realidad encontraban y culpándonos un poco a nosotros por ello), y también existe una congregación presbiteriana, los dos grupos religiosos más antiguos del condado, que se remontan a los viejos tiempos de Issetibbeha, el jefe chickasaw, y del hijo de su hermana, Ikkemotubbe, al que llamaban Destino, antes de que el condado fuese condado y Jefferson Jefferson. Pero en la actualidad no había mucha diferencia entre las iglesias episcopaliana y presbiteriana y los viejos túmulos de Issetibbeha en los lechos de los arroyos de todo el condado, porque los baptistas y los metodistas habían sido sus herederos, usurpando sus funciones y desposeyéndolos; porque la nuestra era una ciudad establecida y decretada por gentes que no eran ni católicos ni protestantes ni ateos siquiera, sino no-conformistas incorregibles, disconformes no sólo con el resto del mundo sino entre ellos mismos de mutuo acuerdo; no-conformismo defendido y mantenido por descendientes cuyos antepasados no abandonaron hogar y seguridad a cambio de unas tierras vírgenes donde buscar, como afirmaban y, sí, claro, creían, la libertad de pensamiento, sino para encontrar una libertad que les permitiera ser incorregible y testarudamente baptistas y metodistas; no para escapar, como afirmaban y estaban convencidos, de la tiranía, sino para crear otra nueva.

Y finalmente, al cabo de dieciocho años, la sierra o el hacha del justo castigo, a las que nosotros llamábamos, por supuesto, las de la rectitud y de la estricta justicia, estaban a punto de tropezar con el clavo secreto, oculto, sin cicatrizar, enterrado en el árbol moral de nuestra comunidad; clavo y herida no sólo corrompidos y sin cicatrizar sino de imposible curación, porque no se trataba únicamente de pecado sino de pecado mortal; algo que no debería existir en absoluto, cuya idea misma debería ser autoaniquiladora, aunque se tratara sin embargo de un pecado que la gente parecía cometer con completa impunidad de manera constante y casi universal; como lo demostraban aquellos dos a lo largo de dieciocho años, no sólo burlándose de la decencia y de la moralidad sino incluso obligando a la decencia y a la moralidad a aceptarlos por el simple hecho de ser discretos, porque nadie los había sorprendido aún; ultrajando a la misma moralidad gracias a tener por aliada a la economía, puesto que quedarían en entredicho la rectitud y solvencia misma de un banco si se descubría su pecado.

La ciudad misma, en realidad, se hallaba dividida en dos bandos, cada uno de ellos separado en lo que podría denominarse cien campamentos distintos e inconformistas: las mujeres que odiaban a la señora Snopes por haber atrapado al

señor De Spain antes que ellas, o que odiaban al señor De Spain por haberla preferido, y los hombres que tenían celos del señor De Spain porque no eran él o que le odiaban por ser más joven o más valiente (ellos, por supuesto, hablaban de suerte); y los de ambos sexos —mejor dicho: el mismo sexo agrio e indiferenciado— que los aborrecían por haber encontrado o haber hecho juntos algo que ellos no habían conseguido, fuera cual fuese el motivo; y por lo que semejante esplendor no sólo no debía existir, sino que nunca debería haber existido; las hembras de ese sexo indiferenciado tenían que detestar el esplendor porque era, tenía que ser, estéril; en cuanto a los varones, estaban obligados a aborrecerlo porque habían colocado la fría estabilidad del dinero contante y sonante por encima de la gloria delirante de la sangre, y no sólo se habían hecho cómplices del pecado sino que mantuvieron viva la angustia de su secreto pesar al apoyar la seguridad de los pecadores en beneficio del banco del señor De Spain. Dos facciones: la que ahora quería descubrir el pecado porque se había prolongado dieciocho años más de la cuenta y la que no se atrevía a denunciarlo porque se revelaría con ello nuestra bajeza al ayudar a mantenerlo escondido durante tanto tiempo.

Y es que la sierra no sólo buscaba el clavo: por lo que a Jefferson se refería lo había tocado ya; nos limitábamos a esperar para ver en qué dirección se dispersarían y desintegrarían los fragmentos de ese árbol concreto de nuestro bosque (no la sierra misma, nunca la sierra: si la hoja moral recta e invencible se hacía pedazos al entrar en contacto con el clavo, más nos valdría renunciar definitivamente, dado que la estructura misma de la vida baptista y metodista es ilusión, nada).

Aquella fue la tarde que el viejo señor Varner pasó escondido o al menos invisible en casa del señor Snopes. Ni siquiera sabíamos con certeza que estaba en la ciudad, puesto que nadie lo había visto; disponíamos tan sólo del testimonio de Ratliff, según el cual el señor Varner había llegado en el automóvil de su hijo a las cuatro de la madrugada, y eso no lo sabíamos con certeza a no ser que Ratliff hubiera pasado en pie toda la noche vigilando la puerta principal de la casa del señor Snopes. Pero si eso era cierto el señor Varner estaba allí; tenía que estar, o, de lo contrario, todo lo demás carecería de sentido. Y el banco del señor De Spain prosiguió su curso ordinario, comedido, atareado, próspero, áureo, hasta las tres de la tarde, la hora de cerrar, coincidiendo casi con el momento en que el chico para los recados del *drugstore* de Christian llamó a la puerta trasera y se le dejó entrar con su habitual bandeja de cuatro coca-colas para las dos contables y la señorita Killebrew, que atendía a los clientes en la ventanilla, y para el señor Hovis, el cajero. Y en seguida, a la hora de siempre, salió también el señor De Spain, montó en su coche como de costumbre y se dirigió hacia una de las fincas de las que ya era dueño o sobre la que el banco tenía una hipoteca, igual que hacía siempre: ni precipitación ni pánico alguno que perturbase la metódica jornada financiera. Y en algún momento durante el día, antes o después de comer, alguien aseguró haber visto al señor Snopes en persona, también inalterado, sin prisa ni sensación de alarma, con el negro sombrero de ala ancha

dando la misma sensación de ser completamente nuevo (como también sucedía ya siempre con la diminuta corbata de lazo que llevaba dieciocho años utilizando) y dedicado a sus inescrutables asuntos, de los que nadie tenía conocimiento.

Luego dieron las cinco y no había sucedido nada; muy pronto la gente empezaría a marcharse a su casa para cenar y después sería demasiado tarde y al principio pensé en subir al despacho y esperar a tío Gavin para volver a casa andando, sólo que en ese caso tendría que subir las escaleras, dar media vuelta y volver a bajar, y pensé qué buena expresión era «fiebre de primavera» como excusa para no hacer algo que a uno no le apetece hacer; pero luego se me ocurrió que quizá la fiebre de primavera no era una excusa sino que existía de verdad.

De manera que me quedé esperando a tío Gavin en la esquina donde por fuerza tendría que pasar. Y entonces vi a la señora Snopes. Acababa de salir del salón de belleza y nada más mirarla te dabas cuenta de que había estado allí, y recordé cómo madre dijo en una ocasión que la señora Snopes era la única mujer de Jefferson que nunca iba a los salones de belleza porque no le hacía falta, dado que no encontraría en ellos nada que no tuviera ya. Pero en aquella ocasión había ido, y luego se quedó quieta un minuto, y es cierto que miró a lo largo de la calle en ambas direcciones antes de volverse y echar a andar hacia mí; entonces me vio, se acercó y dijo «Hola, Chick» y yo me toqué la gorra, ladeándola; pero ella se acercó más y se paró y entonces yo me quité la gorra; la señora Snopes llevaba un bolso al brazo como hacen las señoras, y ya lo había abierto para sacar algo.

—Te estaba buscando —dijo—. ¿Querrás darle esto a tu tío cuando llegues a casa?

—Sí, señora —respondí. Era un sobre.

—Gracias —dijo ella—. ¿Se ha sabido algo más del niño de los Riddell?

—No lo sé, señora —respondí. No estaba cerrado, ni tenía ningún nombre escrito.

—Confiemos en que lo llevaran a Memphis a tiempo —dijo. Luego añadió Gracias de nuevo y siguió adelante, andando a su manera, no como un pointer un momento antes de señalar la caza, que es lo que hace Linda, sino moviéndose como se mueve el agua. Se me ocurrió que la señora Snopes podría haber telefoneado a casa y estuve a punto de decir *No quiere usted que madre lo vea* pero me contuve. Porque el sobre no estaba cerrado. Y además no lo hubiera hecho de todas formas. Y tampoco habría sido necesario. Madre ni siquiera habría vuelto a casa, y entonces me acordé: miércoles, estaría en casa de los Sartoris, en la reunión de la sociedad Byron, aunque madre decía que hacía ya tiempo que no escuchaban a nadie que les leyera algo porque ahora jugaban al *bridge*, pero que, por lo menos, cuando se reunían con la señorita Jenny Du Pre tomaban cócteles en lugar de café o coca-cola simplemente.

De manera que no había pasado nada y ya era demasiado tarde; el sol se estaba poniendo aunque el peral del patio hubiera florecido y perdido las flores hacía ya un mes y el sinsonte se hubiera trasladado al cornejo rosa, donde llevaba cantando todas las noches de la semana, hasta que uno se preguntaba por qué demonios no se iba a

otro sitio y dejaba dormir a la gente. Y en casa no había nadie excepto Aleck Sander sentado en los escalones de delante con la pelota y el bate.

—Ven —dijo—. Verás qué buenas pelotas bateo.

Luego añadió:

—Está bien; tú bateas y yo recojo.

Casi no se veía dentro de casa pero se olía lo que estaban preparando para la cena; era demasiado tarde, ya no había nada que hacer. El señor De Spain se había ido en su Buick nuevo a ver cuánto dinero estaba ganando con su algodón y la señora Snopes había salido del salón de belleza hasta con el pelo ondulado o algo parecido o lo que fuera, quizá para una fiesta en su casa por la noche, que probablemente no habría empezado aún; quizá el viejo señor Varner ni siquiera estaba en la ciudad, y no sólo no iba a venir sino que nunca había tenido intención de hacerlo, así que todo lo que el chico de los Riddell había conseguido enfermando de poliomielitis era proporcionarnos unas vacaciones que no esperábamos y con las que no sabíamos qué hacer; hasta que oí entrar a tío Gavin y subir las escaleras y me reuní con él en el pasillo de arriba con el sobre en la mano: sólo su silueta subiendo las escaleras y a lo largo del pasillo hasta que a pesar de la poca luz le vi la cara de repente y también de repente le dije:

—No cenará usted aquí.

—No —respondió—. ¿Querrás decírselo a tu madre?

—Tenga —dije; le tendí el sobre y él lo cogió.

XX. Gavin Stevens

Aunque hay que comer. Así que después de volver al despacho y dejar la puerta sólo cerrada con el picaporte, me fui en el coche a Seminary Hill para comer queso con galletas saladas y escuchar las maldiciones contra Calvin Coolidge del viejo señor Garraway mientras echaba de la tienda a los últimos negros que holgazaneaban por allí y procedía a cerrarla hasta el día siguiente.

O al menos ésa era mi intención. Porque lo cierto es que no se puede ir contra la comunidad. Es posible mantener una postura individual frente a la unanimidad momentánea de una ciudad llena de pasiones humanas e incluso frente a una multitud exaltada. Pero no se puede ir contra la fría abstracción inflexible del punto de vista moral de una comunidad que lleva sufriendo largo tiempo. El señor Garraway había sido uno de los primeros —mejor dicho, el primero— que retiraron su cuenta corriente del banco del coronel Sartoris para trasladarla al banco de Jefferson, incluso antes de que Flem Snopes pensara, o tuviera motivos para pensar, en su estrategia con los arrendatarios. De hecho retiró su dinero tan pronto como supimos —la ciudad y el condado— que con toda seguridad Manfred De Spain sería el nuevo presidente. Porque el señor Garraway había sido uno de los componentes del grupito primitivo de testarudos e inflexibles puritanos, tanto baptistas como metodistas, que, si en el condado hubiera existido otra ciudad donde fuese posible gestionar esos asuntos, habría dejado de pagar en Jefferson la contribución y los impuestos todo el tiempo que De Spain fuera su alcalde, para evitar así la contaminación moral y manifestar su opinión sobre la relación adúltera que mantenía. Aunque más adelante, uno o dos años después, devolvió la cuenta al banco del coronel Sartoris, quizá sencillamente porque ya era viejo o quizá porque podía quedarse en su desastrada tiendecita de Seminary Hill sin tener que ir a la ciudad para ver con sus propios ojos y recordar así la vergüenza y la deshonra y la situación pecaminosa de la que todo el mundo era cómplice. O quizá una vez que se acepta algo, deja de tener importancia que nos guste o deje de gustarnos. O al menos eso pensaba yo.

La nota decía a las diez en punto. Eso era todo. *Por favor, reúnanse conmigo en su despacho esta noche a las diez en punto. Nada de si no tiene inconveniente, y menos aún ¿Cuándo podemos vernos en su despacho?; simplemente esta noche a las diez en punto, por favor. ¿Se dan cuenta? Y es que, en primer lugar, ¿Por qué yo? ¿Yo? Tendría que decírselo a todos ellos, a los tres..., no, a los cuatro, De Spain incluido: ¿Por qué no me dejan en paz? ¿Qué más pueden querer de mí en lo que no haya fracasado ya con anterioridad?* Pero ya tendría tiempo de sobra para eso; y aunque también contaba con disponer de tiempo suficiente para comer sardinas y galletas saladas y decir ¡Qué vergüenza! mientras escuchaba el relato de cualquiera que fuera del ultraje más reciente que el presidente de los Estados Unidos y su partido habían

infligido al señor Garraway (un anciano de ojos turbios y apagados pero convertidos en enormes por los gruesos cristales de sus lentes con montura de hierro), las cosas se precipitaron cuando me dijo de repente:

—¿Es cierto que Will Varner se ha presentado en la ciudad de madrugada?

—Sí —dije.

—De manera que los ha sorprendido —había empezado a temblar, a estremecerse mientras seguía de pie detrás del gastado mostrador heredado de su padre y abarrotado de latas de carne y carretes de hilo y peines y agujas y botellas y concentrados para cocinar y tónicos contra el paludismo y preparados para los trastornos femeninos, algunos de los cuales también había heredado probablemente, y me decía con voz igualmente temblorosa:

—¡Pero no ha sido el marido! ¡Ha tenido que venir su padre y pillarlos después de dieciocho años!

—Pero usted volvió a depositar su dinero en el banco —dije—. Lo sacó al principio, cuando alguien le habló del pecado, de la vergüenza y del deshonor, pero luego lo volvió a llevar. ¿Fue porque al final también la vio a ella? ¿Un día vino aquí, a su tienda, y usted la vio, llegó a conocerla, a creer que ella al menos era inocente? ¿Fue eso lo que pasó?

—Conocí al marido —dijo, gritó casi, pero bajando la voz para que los negros no se enterasen de lo que estábamos..., de lo que él estaba diciendo—. ¡Conocí al marido! ¡Se lo merecía!

Entonces me acordé.

—Sí —dije—. Me ha parecido verle esta tarde en la ciudad —y enseguida comprendí—. Ha vuelto a llevarse el dinero, ¿no es cierto? Lo ha sacado otra vez y lo ha metido en el banco de Jefferson, ¿no es eso lo que ha hecho? —y él allí de pie, temblando a pesar de sus esfuerzos por evitarlo—. ¿Por qué? —dije—. ¿Por qué hoy otra vez?

—Esa mujer tiene que marcharse —respondió—. Los dos tienen que irse..., ella y también De Spain.

—Pero, ¿por qué? —dije, susurré para que no me oyeran: dos blancos conversando en una tienda llena de negros sobre el adulterio de una blanca. Más aún: adulterio en el nivel más elevado de una ciudad y de un banco de hombres blancos—. ¿Por qué sólo ahora? Era una cosa mientras el marido lo aceptaba; pero se ha convertido en otra cuando alguien, ¿cómo lo ha expresado usted?, ¿los sorprende, descubre el pastel? ¿Entonces se convierten en simples pecadores, delincuentes, leprosos? ¿No tiene ningún valor la constancia, la fidelidad, la devoción, devoción no vigilada, dieciocho años de devoción?

—¿No quiere usted nada más? —dijo—. Estoy cansado. Quiero irme a casa.

Un instante después nos hallábamos en el porche donde aún permanecían algunos negros rezagados, los brazos y rostros fundiéndose ya con la oscuridad tras las sombras más claras de camisas y sombreros y pantalones, como si los estuvieran

abandonando lentamente, mientras las manos temblorosas del señor Garraway manipulaban torpemente el pesado candado para introducirlo en las argollas y conseguir cerrarlo; y de repente yo dije, en voz muy alta:

—Aunque de todas formas el próximo presidente aún será peor, porque probablemente será el gobernador Smith, y usted ya sabe que es católico —y me hubiera detenido a tiempo de pura vergüenza pero no pude, o quizá tendría que haberme detenido a tiempo por pura vergüenza pero no lo hice. Porque, ¿quién era yo, qué misionero de la angustia para complicarlo todo ciegamente, a diestro y siniestro, como una pequeña fuerza de la naturaleza, ciega e irracional? Y lo cierto era que ya había conseguido estropear la cena y quitar el sueño a aquel anciano, que seguía manipulando torpemente su candado, con la misma eficacia que si le hubiera golpeado: aquel anciano que a su manera, y en opinión de mucha gente, era de verdad un anciano encantador que nunca había perjudicado gravemente en toda su vida, a sabiendas o inadvertidamente, ni a blancos ni a negros; que nunca había ido más allá de añadir unos cuantos centavos, si vendía algún artículo a crédito, a la cantidad que habría cobrado al contado; o de vender a un negro a mitad de precio y muchas veces por menos (sí, claro que sí, incluso de balde) la carne estropeada o el tocino rancio o la harina con gorgojos que no hubiera permitido que un blanco —un blanco protestante, no un judío, por supuesto— se llevara de su tienda; allí de pie, vuelto de espaldas, manipulando torpemente el gigantesco candado como si de hecho yo le hubiera golpeado, diciendo:

—Tienen que irse. Tienen que marcharse los dos.

Hay una cresta; basta con seguir en coche más allá de Seminary Hill y al cabo de un rato se llega: un camino vecinal lento y suave que asciende hasta cruzar la cresta y siga por el otro lado para reunirse con la carretera principal que lleva de Jefferson al mundo. Y en ese momento, si se vuelve la mirada hacia atrás y hacia abajo, se ve todo Yoknapatawpha a la luz moribunda del atardecer. Ahora se ven ya estrellas, estrellas que aparecen como por ensalmo entre las otras que brillan fría y suavemente; el fin del día es un enorme murmullo verde y silencioso que se extiende por el noroeste hacia el cenit. Y, sin embargo, no es como si se estuviera substrayendo luz a la tierra, sacándola de la tierra hacia lo alto hasta ese verde que se enfría, sino más bien como si la luz se hubiera reunido, estancada todavía durante un momento de inmovilidad, en los lugares más bajos del suelo, de manera que el suelo, la tierra misma, se hiciera luminosa y tan sólo los densos grupos de árboles fueran oscuros, destacándose oscura e inmóvilmente sobre ella.

Luego, como respondiendo a una señal, las luciérnagas —gusanos de luz del habla infantil de Mississippi—, innumerables y frenéticas, moviéndose sin orden ni concierto como presas de la desesperación y en un constante latido; sin buscar ni preguntar nada, tan sólo formando un coro, como si fueran diminutas e incesantes voces, gritos, palabras, imposibles de apaciguar. Y el espectador se descubre soberano y solitario por encima de la suma total de su vida, situada bajo un incesante

y efímero brillar de lentejuelas. Primero se encuentra Jefferson, el centro, que lanza débilmente al espacio su insignificante resplandor; más allá, rodeándolo, se extiende el condado, sujeto a ese centro por las carreteras divergentes como lo está la llanta al cubo por los radios, uno mismo tan ajeno por el momento como el mismo Dios a la propia cuna y a los hombres y mujeres que le han hecho, al registro y crónica de su tierra nativa ofrecida para su utilización en sucesivos círculos, concéntricos como ondas en el agua, sobre el sueño sin ensueños de su pasado; para que presida sin dolor y con total inmunidad esa miniatura de las pasiones y esperanzas y desastres del hombre —ambición y miedo y lujuria y valor y abnegación y piedad y honor y pecado y orgullo—, todo ello ligado precaria y desvencijadamente, sujeto mediante la telaraña, la trama y la urdimbre, finas como el acero, de su rapacidad pero, sin embargo, dedicada interiormente a sus ensueños.

Allí está todo, tumbado a sus pies, estratificado y superpuesto, osificado y duradero, junto con el delicado polvo y los fantasmas: las ricas tierras de aluvi6n en el lecho del río del viejo Issetibbeha, el salvaje rey chickasaw, con sus esclavos negros y el hijo de su hermana, llamado Destino, que se abrió camino hasta el trono mediante el asesinato y, según contaba la leyenda (o más bien la crónica, puesto que en mi infancia había ancianos en el condado que lo vieron con sus propios ojos), robó un barco a vapor completo e hizo que lo arrastraran intacto dieciocho kilómetros tierra adentro para convertirlo en un palacio que engrandecería sus posesiones; la misma tierra densa, oscura y fértil donde crece el algodón, todavía encarnación de los orgullosos apellidos de los dueños de las plantaciones blancas en trance de desaparecer, tanto si fuimos alguna vez propietarios de alguna de ellas como si no (me refiero a los demás, naturalmente): los Sutpen y Sartoris y Compson y Edmonds y McCaslin y Beauchamps y Grenier y Habersham y Holston y Stevens y De Spain, generales y gobernadores y jueces, soldados (aunque se tratara sólo de tenientes de la guerra de Cuba) y estadistas, fracasados o no, y simples políticos y personas que se extralimitaron y también simples fracasados, que arrebataron y se apropiaron por la fuerza y pasaron y desaparecieron, nombre y rostro y todo lo demás. Luego la zona perpendicular de las colinas, sin carreteras y casi sin senderos, de los McCallum y Gowrie y Frazier y Muir, trasladados intactos con sus rudimentarios alambiques, sin hablar otra cosa que el antiguo gaélico y tampoco mucho, de Culloden a Carolina y luego de Carolina a Yoknapatawpha, siempre intactos y sin hablar mucho de nada excepto que ahora llamaban a sus marmitas «ollas» aunque la bebida (incluso yo lo recuerdo) siguiera designándose con la primitiva palabra gaélica «usquebaugh»; y después y finalmente hasta donde, más allá del horizonte sudoriental, se extendía Frenchman's Bend, cuna de los Varner y hormiguero para el lento progreso de los Snopes hacia el noroeste. Y el espectador se encuentra allí —el viejo de pelo blanco (puesto que no importa que llamen prematuros a tus cabellos grises ya que la vida misma es siempre prematura y ésa es la razón de que duela y cause angustia), camino de los cuarenta, a muy pocos años de los cuarenta— mientras se alza hacia él,

mientras se le ofrece la oscuridad primaveral, la oscuridad privada de sueño que, aun siendo parte de la misma oscuridad, la rechaza por pertenecer a la pequeña muerte llamada sueño. Porque véase cómo, aunque la última extensión del oeste ya no es verde y todo el firmamento se ha transformado en un ilimitado arco tachonado de estrellas que gira lentamente, y el resto de la visibilidad acumulada por la tierra se ha agotado, todavía queda un débil resplandor, porque dondequiera que se vuelve la vista por el oscuro panorama, todavía es posible verlos, tan imprecisos como susurros: la débil e informe palidez de los cornejos en flor devolviendo luz prestada a la luz, tal como lo harían los fantasmas de las velas.

Y el espectador, el anciano, allí inmóvil mientras asciende hacia él y le rodea, ahogándole, la oscuridad primaveral poblada e innumerable, la oscuridad de dos y dos que nunca buscan la soledad sino la simple intimidad, la intimidad creada para ellos por la oscuridad primaveral, el tiempo primaveral, la primavera a la que una poetisa americana, excelente poetisa, mujer y por ello conocedora, ha llamado tiempo de las muchachas y suerte de los chicos. Lo que no hace referencia en absoluto al primer día, a la mañana del Edén, porque el tiempo de las muchachas y la suerte de los muchachos es la suma de todos los días: la taza, el cuenco colocado una vez ante los labios en la juventud y nunca más; ofrecido para aplacar o para beber a sorbos o para apurar en esa única ocasión, e incluso entonces, a veces prematuro, demasiado pronto. Porque la tragedia de la vida es que tiene que ser prematura, sin conclusión ni posibilidad de tenerla, para que sea vida; es que tiene que ser antes de sí misma, por delante de sí misma, para haber sido vida.

Y ahora, puesto que la verdad era la última oportunidad de escoger, de decidir: ¿diría o no diría *Por qué yo? ¿Por qué molestarme a mí? ¿Por qué no puede usted dejarme en paz? ¿Por qué ha de ser problema mío el que yo tenga razón y su marido quiera tan sólo la cabellera de su amante, o sea Ratliff quien la tenga y a su marido no le importen un rábano ni usted ni su honor y lo único que quiera sea el banco de Manfred De Spain?...*, la plaza vacía bajo las cuatro esferas idénticas del reloj del tribunal que indican las diez menos diez hacia el norte, el este, el sur y el oeste; la plaza, vacía ya bajo las entrecruzadas sombras de las hojas, producidas por los arcos voltaicos, semejantes a pequeños bocados arrancados del pavimento de hormigón, con los *drugstores* cerrados y sin otro movimiento que los últimos peatones retrasados camino de sus casas, de vuelta de la última sesión del cinematógrafo. O, todavía mejor, lo que ella misma debería haber pensado sin necesidad de que yo lo dijera: *Utilice a Manfred De Spain para resolver esta nueva crisis, cualquiera que sea, puesto que no dudó en apagar con él aquel otro incendio suyo de hace dieciocho años. ¿O es que ya sabe de antemano que no servirá de nada en esta ocasión, dado que un banco no es una criatura femenina sino un ser neutro?*

Y, por supuesto, Otis Harker.

—Buenas noches, señor Stevens —dijo—. Cuando le he visto aparecer con su coche casi esperaba que fuese una banda que viniera a robar la oficina de correos o el

banco o algo que nos proporcionara un poco de animación para variar.

—Pero no soy más que otro abogado —dije—, ¿y los abogados no proporcionan animación, únicamente sufrimientos?

—Creo que no ha sido exactamente eso lo que he dicho, ¿no le parece? —respondió—. Pero por lo menos los abogados se quedan en vela, de manera que si va a estar usted por aquí un rato, quizá me vaya pian pianito a la gasolinera y tal vez dé una cabezada mientras usted vigila por mí las manecillas del reloj —sólo me estaba mirando. Mejor dicho: no me estaba mirando; pero me vigilaba, mostrando deferencia hacia mis cabellos blancos, tal como deben hacerlo todos los habitantes de Mississippi «bien educados», pero no hacia mi posición como superior suyo; no se mostraba del todo servil ni del todo impertinente, quizá esperando o tal vez calculando.

—Dígalo —le animé—. Excepto que...

—Excepto que en cualquier momento el señor Flem Snopes y el señor Manfred De Spain podrían cruzar la plaza con el viejo Will Varner en los talones, echándolos a los dos de la ciudad con ayuda de una pistola.

—Buenas noches —dije—. Si es que no vuelvo a verle.

—Buenas noches —respondió—. Lo más probable es que esté por algún sitio de los alrededores. Quiero decir que estaré despierto. No me gustaría que el señor Buck en persona tuviera que levantarse de la cama y hacer todo el camino hasta la ciudad para pillarme dormido.

¿Se dan cuenta? El colmo. También Otis Harker, quien, suponiendo que se pasa toda la noche despierto porque para eso se le paga, debería estar en su casa durante el día, durmiendo. Pero, por supuesto, allí estaba él; vio personalmente al viejo Varner cruzar la plaza a las cuatro de la mañana camino de la casa de Flem Snopes. Como les decía, es el colmo: la ciudad misma lo declara públicamente de manera oficial con la voz de su alguacil nocturno; el condado mismo acababa de hablar por conducto de uno de sus payasos menores; hace dieciocho años, cuando Manfred De Spain creía que se estaba llevando a la cama a otra bucólica Lilith de costumbres ligeras, en realidad estaba creando una historia más para el folclore de los bufones.

Aunque todavía faltaban diez minutos, y Otis Harker necesitaría por lo menos veinticinco para hacer la ronda por la desmotadera y sus alrededores y volver a la plaza. Y ahora ya sé que olí el humo de tabaco antes de poner la mano en el picaporte de una puerta que creía con el pestillo descorrido por la sencilla razón de que yo mismo había ido antes a descorrerlo, y sé también que seguí oliendo a tabaco mientras insistía en girar el pomo, hasta que se oyó el clic desde dentro y se abrió la puerta, con Eula destacando en la oscuridad interior gracias a que había un poco de luz, lo suficiente para ver sus cabellos, para que me diese cuenta de que había pasado por un salón de belleza, ella que, según Maggie, nunca había ido a ninguno, con el pelo sin rizar, por supuesto, ni tampoco ondulado, pero sí con algo especial; no sé lo que era, pero tuve la seguridad de que había estado en el salón de belleza aquella

tarde.

—Ha tenido una buena idea cerrando la puerta —dije—. Tampoco es necesario encender la luz. Aunque me parece que Otis Harker ya...

—No tiene importancia —dijo. De manera que eché otra vez el pestillo y encendí la lámpara de mesa—. Enciéndalas todas si quiere —dijo—. No trataba de ocultarme. Pero tampoco me apetecía hablar con nadie.

—Sí —dije, y me instalé detrás de la mesa. Ella había estado sentada en el sillón de los clientes, a oscuras, fumando; un cigarrillo seguía aún encendido en el cenicero, al lado de dos colillas. Y en seguida volvió a sentarse allí, donde la luz la iluminaba desde los hombros hacia abajo pero le caía sobre todo en las manos, completamente inmóviles sobre el bolso colocado encima del regazo. Pero yo seguía viendo sus cabellos y la ausencia de maquillaje o de pintura en las uñas o en los labios: tan sólo sus cabellos habían estado en el salón de belleza—. Ha ido usted a la peluquería — dije.

—Sí —respondió—. Fue allí donde me encontré con Chick.

—Pero no dentro —dije, tratando ya de dejar de hablar—. No donde el agua y el jabón son coetáneos, están unidos —todavía tratando de parar—. Aún faltan unos cuantos años —consiguiéndolo ya—. De acuerdo —continué—. Cuéntemelo. ¿Qué fue lo que Flem llevó ayer a su madre de usted que puso al viejo Will en camino a las dos de la madrugada?

—Ahí están sus pipas de mazorca —dijo. Estaban en el cuenco de latón junto al tarro del tabaco—. Tiene usted nada menos que tres. Nunca le he visto fumar en una. ¿Cuándo lo hace?

—Está bien —dije—. De acuerdo. ¿Qué es lo que Flem llevó a Frenchman's Bend?

—El testamento —dijo.

—No, no —respondí—. Estoy al tanto del testamento; Ratliff me lo contó. Me refiero a lo que Flem le llevó a su madre ayer por la mañana...

—Ya se lo he dicho. El testamento.

—¿Qué testamento? —pregunté.

—El de Linda. Legando a su pa..., legándole su parte de todo lo que pueda heredar de mí —y allí nos quedamos, sentados uno frente a otro a los dos lados de la mesa, la lámpara, muy baja, entre nosotros, de manera que todo lo que podíamos ver el uno del otro eran las manos: las mías sobre la mesa y las suyas completamente inmóviles, casi como dos cosas dormidas, sobre el bolso en el regazo, su voz también como si estuviera casi dormida, de manera que no había el menor signo de angustia, de alarma, de indignación en aquel pequeño, tranquilo y desastrado mausoleo de las pasiones humanas, elevado y a cubierto, a cubierto incluso de cualquier exigencia fortuita de lo que Otis Harker había aprendido que era su deber y por lo que se le pagaba un sueldo, puesto que ya sabía perfectamente que era yo quien se encontraba en él—. El testamento. Fue idea suya. Lo hizo Linda en persona. Quiero decir que

creo que se le ocurrió a ella, que quiso hacerlo y que lo hizo. Nadie podría convencerla de lo contrario. Nadie lo conseguiría. Nadie. Por eso he escrito esa nota.

—Tendrá usted que convencerme a mí —respondí—. No le queda más remedio.

—Fue el asunto de la universidad. Cuando usted le dijo a Linda que lo que en realidad quería era irse, marcharse de aquí; cuando le habló de todas las universidades entre las que podía escoger y que antes ni siquiera sabía que existían, y le explicó usted que era perfectamente normal que una chica joven..., que los jóvenes quisieran ir y fuesen a una de ellas, descubriéndole algo en lo que hasta entonces no había pensado y no digamos nada de querer ir personalmente. Y le dio la impresión de que todo lo que necesitaba hacer era elegir la que más le gustase e ir allí, sobre todo después de que yo dijera Sí. Entonces su..., él dijo No.

«Y fue como si Linda no hubiera pensado nunca en el No, como si no hubiera oído nunca esa palabra. Tuvieron una... escena. A mí no me gustan las escenas. No hace falta hacer una escena para conseguir lo que se quiere. Sencillamente se consigue. Pero Linda no lo sabía, ¿comprende? Quizá no había tenido tiempo para aprenderlo, porque acababa de cumplir los diecisiete. Pero eso también lo sabe usted. Aunque quizá fuese algo más que simple desconocimiento. Tal vez Linda sabía demasiado. Quizá sabía ya, se había dado cuenta de que Flem la había vencido. El caso es que dijo: “¡Voy a ir! ¡Te juro que iré! ¡No me lo impedirás! No necesito tu dinero; si mamá no me lo da, lo hará el abuelo..., o el señor Stevens”. (Ah, sí, también dijo eso). Mientras él se limitaba a seguir allí sentado..., estábamos sentados, todavía de sobremesa; sólo Linda estaba de pie... Flem se limitó a seguir sentado y a decir: “Tienes razón. No te lo puedo impedir”. Entonces ella dijo: “Por favor”. Sí, sí, Linda sabía tan bien como él que le había ganado la batalla. “No”, dijo él. “Quiero que te quedes en Jefferson y vayas a la Academia”.

»Y eso fue todo. Quiero decir..., nada. No pasó nada más. Porque nadie..., una chica al menos..., no odia de verdad a su padre aunque esté convencida de que lo aborrece o de que debería hacerlo o de que quiere aborrecerlo porque la gente espera que lo haga o de que resultaría apropiado porque sería muy romántico...».

—Sí —dije—, porque a las muchachas, a las mujeres, no les interesan las novelorías sino los hechos. Ah, sí, no fue usted la única: Ratliff también me lo dijo, y precisamente el mismo día.

—¿También Vladimir? —dijo ella.

—No; Ratliff —dije. Y en seguida añadí—: Un momento. ¿Vladimir? ¿Ha dicho usted Vladimir? V. K. ¿Es que se llama Vladimir? —y ahora sí que se quedó inmóvil, incluso las manos sobre el bolso, que parecían cosas dormidas pero respirando con una vida propia, parecieron inmovilizarse por completo.

—No era mi intención hacerlo —dijo ella.

—Sí —dije—. Me doy cuenta: ninguna otra persona sobre la tierra sabe que se llama Vladimir porque, ¿cómo sería posible que alguien llamado Vladimir se ganara la vida vendiendo máquinas de coser o cualquier otra cosa en las zonas rurales de

Mississippi? Pero a usted se lo contó: el secreto que ha protegido con tanto ahínco como si se tratara de locura o de ilegitimidad en su familia. ¿Por qué?... No, no tiene que contestarme. ¿Por qué tendría que saberlo yo? ¿No aspiré yo también una cegadora bocanada de ese mismo licor? Dígame. Yo tampoco se lo contaré a nadie. Vladimir K. ¿De qué es inicial la K?

—Vladimir Kyrilych.

—¿Vladimir Kyrilych qué? No Ratliff. Kyrilych es sólo el segundo nombre; todos los segundos nombres rusos terminan en ich u ovna. Sólo quiere decir hijo o hija de. ¿Cuál era su apellido antes de que se convirtiera en Ratliff?

—No lo sabe. Su... tatarabuelo de hace seis u ocho o diez generaciones era..., no teniente...

—Alférez.

—... del ejército británico que se rindió en la Revolución...

—Sí —dije—. Burgoyne. Saratoga.

—... y lo enviaron a Virginia, se olvidaron de él y Vla..., su tatarabuelo se escapó. Fue una mujer, por supuesto, una chica, quien lo escondió y le dio de comer. Sólo que ella deletreaba su apellido con c y una e al final, R-a-t-c-l-i-f-f-e; lo cierto es que se casaron y tuvieron un hijo o tuvieron un hijo y se casaron. En cualquier caso él aprendió a hablar inglés y se convirtió en un granjero de Virginia. Y su nieto, que también deletreaba el apellido con una c y una e al final, pero que todavía se llamaba Vladimir Kyrilych aunque no lo supiera nadie, vino a Mississippi con el viejo doctor Habersham y Alexander Holston y Louis Grenier y fundó Jefferson. Sólo que se olvidaron de deletrear el apellido correctamente y lo hacían tal como suena, pero siempre le ponen Vladimir Kyrilych a uno de los hijos. Sólo que, como usted dice, nadie que se llame Vladimir Kyrilych podría ganarse la vida en las zonas rurales de Mississippi...

—No —dije, grité—. Un momento. Eso no es cierto. Los dos estamos equivocados. Estamos yendo completamente al revés. Si todo el mundo hubiera sabido que se llamaba de verdad Vladimir Kyrilych, sería millonario a estas alturas, porque todas las mujeres le habrían comprado cualquier cosa que quisiera vender o con la que quisiera hacer un trueque. ¿O quizás es eso lo que hacen ya? —dije, grité—. ¿Quizá lo hacen ya?... De acuerdo —dije—. Siga.

—Pero uno de cada generación todavía tiene que llevar ese nombre porque Vla..., V. K. dice que el nombre les trae suerte.

—Excepto que no le sirvió contra Flem Snopes —dije—. No cuando se pasó de listo con Flem Snopes aquella noche en el jardín del Viejo Francés después de que volvieran ustedes de Texas... De acuerdo —dije—. De manera que todo eso pasa porque nadie odia de verdad a su propio padre...

—Hizo cosas por ella. Cosas que Linda no esperaba, que ni siquiera se le hubiera ocurrido pedir. Cosas que gustan a las chicas jóvenes; fue como si Flem se hubiera metido dentro de la cabeza de una chica incluso antes de que Linda pensara en todo

eso. Me dio dinero y nos mandó a las dos a Memphis para hacer compras con motivo de su graduación en el instituto..., no sólo un vestido para la ceremonia, sino también otro para bailar, y otras cosas para el verano; un *trousseau* prácticamente. Incluso intentó..., le ofreció, le dijo por lo menos que iba a organizar... una merienda en el campo para toda la promoción, pero Linda dijo que no. ¿Comprende? Era su padre aunque tuviera que ser su enemigo. Ya sabe: la Linda que dijo «Por favor» aceptó la ropa, mientras que la que le desafió a impedirle que fuera a la universidad rechazó la merienda en el campo.

»Y ese verano me dio dinero e incluso reservó personalmente habitaciones para que fuésemos a la costa..., quizá lo recuerde usted...».

—Me acuerdo —dije.

—... para estar allí un mes y que Linda pudiera nadar en el océano y conocer gente, chicos jóvenes; lo dijo él mismo: conocer chicos jóvenes. Luego volvimos, y ese otoño Linda se matriculó en la Academia y Flem empezó a darle un sueldo semanal. ¿Le parece creíble?

—Me lo creo ahora —dije—. Cuéntemelo.

—Era mucho, más de lo que Linda podía necesitar, algo sin sentido, demasiado para una chica de diecisiete años y en Jefferson. Sin embargo ella aceptó también lo que no necesitaba de la misma manera que había aceptado ir a la Academia aunque no quisiera ir. Porque Flem era su padre, ¿comprende? Tiene que recordar eso. ¿Es usted capaz?

—Siga contándome —dije.

—Eso fue el otoño y el invierno. Siguió regalándole cosas..., ropa que no necesitaba, que no le servía para nada a una chica de diecisiete años en Jefferson; quizá también se diera usted cuenta de eso; incluso un abrigo de pieles, hasta que Linda se negó a que siguiera, dijo No a tiempo, porque dése cuenta, era decirle de nuevo No me lo puedes impedir; tenía que recordarle de vez en cuando que le había plantado cara; que podía aceptar lo que le correspondía como hija pero no el soborno del enemigo.

»Luego llegó el verano, el verano pasado. Fue entonces cuando sucedió. Y yo lo presencié; estábamos sentados a la mesa y Flem dijo, “¿A dónde quieres ir este verano? ¿Otra vez a la costa? ¿O tal vez mejor a las montañas? ¿Qué te parecería ir con tu madre a Nueva York?”. Y ahí le ganó la partida; ya estaba vencida; Linda dijo, “¿No costaría muchísimo dinero?”, y él dijo, “Eso no importa. ¿Cuándo querías salir?”, y ella dijo, “No. Costaría demasiado dinero. ¿Por qué no nos quedamos aquí?”. Y es que ya la tenía en sus manos, la había vencido. Y lo... lo más terrible era que ella no lo supo, que ni siquiera se dio cuenta de que había habido una batalla y se había rendido. Anteriormente le había desafiado, incluso aunque no supiera muy bien qué hacer con aquel desafío, cómo utilizarlo, qué hacer a continuación. Pero ahora se había pasado al campo enemigo y ni siquiera se daba cuenta.

»Y eso es todo. Luego llegó el otoño, octubre pasado; Linda había vuelto a la

Academia; una noche habíamos terminado de cenar y estábamos en la sala de estar, delante de la chimenea y Linda leía, recuerdo que sentada sobre una pierna y también me acuerdo del libro, el John Donne que usted le regaló..., me refiero al nuevo, al segundo, para sustituir el que ese chico..., ¿cómo se llamaba?, el mecánico, Matt Norrecuerdoqué, Levitt..., destrozó un día en su despacho..., cuando Flem dijo “Linda”, y ella levantó los ojos, todavía con el libro en la mano (recuerdo que fue entonces cuando vi el título) y él dijo, “Estaba equivocado. Creí que la Academia sería lo bastante buena porque yo no he estudiado nunca y me faltaba información. Pero ahora estoy mejor informado y ya sé que la Academia no es lo bastante buena. ¿Estás dispuesta a renunciar a las universidades yanquis y a quedarte con la de Oxford?”.

»Y Linda siguió sentada donde estaba, dejando que el libro se le escurriera lentamente hasta el regazo, sin hacer otra cosa que mirarle. Luego dijo, “¿Cómo?”.

»—¿Te olvidarás de las universidades de Virginia y del Norte por este año y te matricularás en la de Oxford después de navidades? —Linda tiró el libro; no se limitó a dejarlo en el suelo; simplemente lo tiró mientras se ponía en pie; y a continuación dijo:

»—Papaíto —nunca había visto que le tocara. Era su padre y no se negaba nunca a hablar con él y siempre lo hacía respetuosamente. Pero era su enemigo; tenía que seguir recordándole siempre que aunque la había vencido en la cuestión de la universidad, ella no se había rendido aún. Pero nunca había visto que le tocara hasta entonces, y sin embargo dio un salto, se le echó encima, le abrazó, apretó la cara contra el cuello de su camisa y le dijo llorando, “Papaíto, papaíto, papaíto”».

—Siga —dije.

—Eso es todo. Y fue suficiente; ¿qué más necesitaba hacer? ¿Redactar él mismo esa cosa..., ese trozo de papel..., y luego retorcerle el brazo hasta que lo firmara? No tuvo que mencionar siquiera ningún documento. Probablemente ni siquiera tuvo que volver a verla y si lo hizo, todo lo que hubiera necesitado (Linda ya estaba enterada del testamento, me refiero al testamento de papá dejando mi parte exclusivamente a Eula Varner sin mencionar para nada el apellido Snopes), todo lo que necesitaba era decir algo así como «Sí, claro, tu abuelo es un excelente caballero a la vieja usanza pero nunca me ha visto con buenos ojos. Pero no tiene importancia; tu madre estará bien atendida prescindiendo de lo que pueda sucederme a mí; tu abuelo ha preparado las cosas de manera que ni yo ni nadie podamos llevarnos el dinero de tu madre antes de que lo heredes»..., algo por el estilo. O quizá ni siquiera tuvo necesidad de hacer tanto, supo que no tenía que hacerlo. No en el caso de Linda. Era su padre, y si no la había dejado ir a la universidad fue porque la quería, puesto que ésa era la razón que todos los padres parecen tener para las cosas que no dejan hacer a sus hijos; de manera que dar de repente un giro completo y casi ordenarle que hiciera lo que ella quería hacer y que casi durante dos años le había prohibido, ¿qué otra razón para ello, excepto que la quería aún más: que la quería lo bastante como para dejarle hacer la

única cosa que le había prohibido?

«Aunque tampoco estoy segura. Puede que se lo haya sugerido, incluso que le haya dicho cómo redactarlo; ¿qué más da a estas alturas? Ya está hecho: papá ha tomado la casa por asalto esta mañana a las cuatro y me lo ha tirado sobre la cama antes de que estuviera despierta... Espere —dijo—; estoy informada de todo eso; me he ocupado de hacerlo personalmente. Era legal, todo en orden... ¿Cuál es la palabra?».

—Redactado —dije.

—... redactado por un abogado de Oxford, el señor Stone..., no el viejo, sino el joven. He hablado con él por teléfono esta mañana. Ha sido muy amable. Me ha dicho...

—Le conozco —dije—. Aunque estudió en New Haven.

—... que le hubiera gustado hablar conmigo, pero que estaba el problema del...

—Secreto profesional —dije.

—Secreto profesional que sella los labios del abogado. Me ha dicho que Linda fue a verle, debió de ser nada más llegar a Oxford... Espere un momento —dijo—. También se lo he preguntado: por qué fue a verle a él, y ha dicho... Ha dicho que Linda era una jovencita encantadora que llegaría muy lejos en la vida incluso después de que se le acabaran las... las...

—Contingencias —dije.

—... contingencias que le permitían hacer legados... Linda dijo que le preguntó a alguien por el abogado que la trataría mejor y que le dieron su nombre. De manera que le dijo lo que quería y él redactó el documento de acuerdo con eso; sí, claro que lo he visto: «mi parte de lo que pueda heredar de mi madre, Eula Varner Snopes, como diferente y separado de la que a su esposo le corresponda de su propiedad, a mi padre Flem Snopes». Ah, sí, todo correcto y legal, aunque el abogado me ha dicho que trató de explicarle a Linda que no estaba legando una cantidad sino simplemente previendo una..., ¿cómo ha dicho que era?, contingencia, y que nadie se lo tomaría muy en serio probablemente por cuanto ella podía morir antes de heredar nada o podía casarse o cambiar de opinión sin un marido que la ayudara, o tal vez su madre no dispusiera de ninguna herencia aparte de la ya especificada o se la gastara o quizá se muriera su padre y entonces ella heredaría la mitad de lo que le dejaba en herencia más la otra mitad que heredaría su madre en calidad de viuda, mitad que Linda legaría de nuevo a la testamentaria de su padre y que pasaría a su madre como viuda para terminar heredándolo ella una vez más; pero tenía dieciocho años y era capaz de emprender acciones legales y él, el señor Stone, es un abogado competente, o por lo menos tiene una licencia que así lo dice, y por consiguiente el testamento estaba al menos redactado en lenguaje jurídico y en el tipo adecuado de papel. El señor Stone llegó incluso a preguntarle a Linda por qué pensaba que tenía que hacer aquel testamento y ella se lo dijo: Porque mi padre ha sido bueno conmigo y yo le quiero y le admiro y le respeto... ¿lo está usted oyendo? Le quiere, le admira y le respeta. Ah

sí, legal. Como si eso importase, legal o ilegal, contingencia o no contingencia...

Y no necesitó contarme lo otro: la historia del anciano que llevaba dieciocho años en su almacén rural hirviendo de indignación por la manera en que su yerno le había hecho desprenderse de la vieja plantación en ruinas y consiguió venderla con notable beneficio, frenético ahora de rabia y frustración provocadas por el mismo hombre que no sólo le había superado en el bandidaje sino que desde entonces también se le había adelantado en lo que a la usura sedentaria se refiere, y que finalmente se había servido de la inocencia de una joven, su propia nieta, convencida de que al menos podía pagar lo que creía que era amor con gratitud y generosidad, para arrebatarse la única arma que aún le quedaba para luchar contra su enemigo. Sí, claro, por supuesto que no valía nada excepto el papel en que estaba escrito, pero eso no importaba en lo más mínimo, ni la legalidad ni la validez. Ya no importaba siquiera que Varner lo destruyese (no otro era, por supuesto, el motivo de que Flem hubiera empezado por entregárselo); bastaba con que el anciano lo viera, lo leyera, lo entendiera: que lo contemplara con rabia e indignación y se presentara, vociferante, en la ciudad...

—Tampoco he conseguido que se callara —dijo ella—. No he logrado que se tranquilizara, que se estuviera quieto. Ni siquiera quería esperar a que fuese de día para enfrentarse con Manfred.

—¿De Spain? —dije—. ¿A esa hora? ¿A las cuatro de la mañana?

—¿No le acabo de decir que no conseguí pararlo, lograr que se estuviera quieto o que se callara? Ah, sí, hizo venir a Manfred inmediatamente. Y Manfred se ocupó de todo. Le resultó bastante sencillo. Es decir, cuando por fin logré convencerlos a los dos de que si seguían gritando un minuto más despertarían y llenarían de alarma a todo el vecindario, y de que antes de llegar a eso yo cogería el coche de papá, más bien el de Jody, iría a Oxford, me llevaría a Linda y ni uno ni otro volverían a vernos nunca. De manera que Manfred y papá se callaron entonces...

—Pero Flem... —dije.

—Estaba allí..., durante un rato, lo suficiente.

—Pero, ¿qué hacía? —dije.

—Nada —respondió ella—. ¿Qué supone usted que tenía que hacer? ¿Es que necesitaba hacer algo?

—Ah —dije—. Lo suficiente para...

—... para que Manfred lo dejase todo arreglado; sencillamente nos iríamos, nos marcharíamos juntos, él y yo, que era lo que deberíamos haber hecho hace dieciocho años...

—¿Qué? —dije, grité—. ¿Marcharse..., fugarse?

—Sí, por supuesto, quedó todo arreglado; se sentó allí mismo, con papá todavía de pie junto a él, maldiciéndolo..., a él o a Flem; no había manera de saber a quién estaba hablando o sobre qué o..., y preparó la escritura de venta. Papá era..., ¿cuál es la palabra?..., neutral. Quería echarlos a los dos del banco, quería que se fueran los dos, vino desde Frenchman's Bend a las cuatro de la mañana para expulsarlos a los

dos de Jefferson, del condado de Yoknapatawpha y de Mississippi, de los tres sitios al mismo tiempo: a Manfred por haber sido mi amante dieciocho años, y a Flem por esperar dieciocho años para tomar cartas en el asunto. Papá no sabía lo de Manfred hasta esta mañana. Por lo menos actuaba como si no lo hubiera sabido hasta ese momento. Creo que mamá sí lo sabía. Creo que lo ha sabido siempre. Aunque quizá no fuese así. Porque la gente es realmente bondadosa, ¿sabe usted? Toda la gente del condado de Yoknapatawpha que podría haberse asegurado de que mamá sabía lo nuestro, por su propio bien, de manera que pudiera contárselo a papá, también por su propio bien. Por bien de todos. Pero creo que papá no lo sabía. Es como usted. Quiero decir que usted también es capaz de hacerlo.

—¿Hacer qué? —dije.

—Capaz de no tener que creer algo únicamente porque podría ser así o porque alguien dice que es así o incluso quizá porque es así.

—Espere un momento —dije—. Espere. ¿Qué escritura de venta?

—La de su paquete de acciones. Las acciones del banco propiedad de Manfred. A nombre de Flem. Para cederle a Flem el banco, puesto que ésa era la causa de todo el alboroto y de todo el problema... Y luego el talón que Flem tenía que firmar para comprarlas, con fecha de una semana a partir de hoy, para que tuviera tiempo de reunir el dinero antes de que cobrásemos el talón en Texas..., cuando la gente no está casada, o cuando debería estar casada pero no lo está, ¿por qué piensan todavía que Texas se halla lo bastante lejos? ¿O que es suficientemente grande?... o California o México o dondequiera que vayamos.

—Pero Linda —dije—. Linda.

—De acuerdo —dijo ella—. Linda.

—¿No se da cuenta? ¿Que está perdida en cualquier caso? Si se va con usted, en el caso de que eso fuera posible, por hacerlo cuando abandona a su padre para marcharse con otro; y si se queda aquí, en medio del gran escándalo y sin usted para protegerla, porque se enterará por fin de que él no es su padre y de que, por lo tanto, no tiene a nadie, absolutamente a nadie.

—Por eso le he mandado la nota. Cásese con ella.

—No. Ya se lo dije en otra ocasión. Además, eso no la salvaría. Sólo Manfred puede salvarla. Que le venda a Flem las acciones, que le dé el maldito banco; ¿acaso es un precio demasiado elevado por lo que... lo que él... él...

—Lo he intentado —dijo ella—. No.

—Yo hablaré con él —dije—. Se lo diré. Tendrá que hacerlo. Lo hará; no hay otra...

—No —dijo ella—. Manfred no —entonces vi cómo sus manos, despacio, abrían el bolso, sacaban el paquete de cigarrillos y una sola cerilla de cocina; cómo extraían un pitillo, volvían a meter el paquete en el bolso y lo cerraban (no, yo no me moví), prendían la cerilla en la suela del zapato ladeado, encendían el cigarrillo, dejaban la cerilla en el cenicero y luego volvían a situarse encima del bolso—. Manfred no. No

le conoce usted. Y quizá yo tampoco. Quizá tampoco yo sé nada de los hombres. Tal vez estaba completamente equivocada aquella mañana cuando dije que a las mujeres sólo les interesan los hechos porque quizá a los hombres les pasa lo mismo, y la única diferencia es que a las mujeres les da lo mismo que sean hechos o no con tal de que encajen, y a los hombres no les interesa que encajen o no con tal de que sean hechos. Si eres hombre, puedes estar sin sentido en la cuneta, sangrando y perdida la mayor parte de los dientes, y si alguien te quita la cartera y después te despiertas y te limpian la sangre, todo está perfectamente; siempre puedes conseguir algunos dientes más y también otra cartera antes o después. Pero no puedes quedarte mansamente con la cabeza baja y sin sangre y con todos los dientes en su sitio mientras alguien se lleva tu cartera, porque quizá después puedas mirar a la cara a los amigos que te quieren, pero no enfrentarte con los desconocidos que nunca han oído hablar de ti. Manfred no. Si no me voy con él, tendrá que luchar. Puede que caiga luchando y lo eche todo a perder y destroce a todo el mundo, pero tendrá que luchar. Porque es hombre. Quiero decir que es hombre en primer lugar. Es decir, que tiene que ser hombre antes que nada. Puede cambiarle a Flem Snopes el banco por su mujer, pero no puede quedarse quieto y dejar que Flem Snopes le quite el banco.

—De manera que Linda está perdida —dije—. Acabada. Terminada. Hundida. ¡Pero usted por lo menos salvará algo! —dije, grité—. Al menos usted se marchará, saldrá de aquí, nunca más tendrá que..., nunca más Flem Snopes, nunca jamás, nunca...

—Ah, eso —dijo ella—. Se refiere a eso. No tiene importancia. No ha sido nunca un problema. No puede... Es..., ¿cómo se dice?..., impotente. Siempre lo ha sido. Tal vez sea ése el porqué, una de las razones. ¿Comprende? Hay que tener mucho cuidado o acabará compadeciéndole. No le queda más remedio. Él no lo soportaría, y no sirve de nada herir a la gente si no consigues nada a cambio. Porque no soportaría que se le compadeciera. Es como el Vladimir de V. K. Ratliff puede vivir con el Vladimir de Ratliff y usted también. Pero usted no debe tener nunca la oportunidad, el derecho, la posibilidad. De la misma manera Flem puede vivir con su impotencia, pero usted no debe tener la oportunidad de ayudarlo con su compasión. Me ha hecho una promesa acerca de Vladimir, pero quiero que también me la haga acerca de esto.

—Lo prometo —dije. Y luego añadí—: Sí, claro. Se va usted esta noche. Por eso ha ido al salón de belleza: no por mí sino por Manfred. Mejor dicho; ni siquiera por Manfred después de dieciocho años: tan sólo para fugarse, para tomar el tren. Para que Jefferson la vea irse con banderas desplegadas. ¿Verdad que estoy en lo cierto? Se marcha esta noche.

—Cásate con ella, Gavin —dijo. La conocía de vista desde hacía dieciocho años, con espacios vacíos, claro, motivados por la guerra; había soñado con ella durante dieciocho años incluida la guerra. Habíamos hablado dos veces: una noche aquí en el despacho hacía catorce años y una mañana, dos años atrás, en su sala de estar. Pero nunca me había llamado siquiera señor Stevens. Y ahora decía Gavin: «Cásate con

ella, Gavin».

—Quiere que le dé mi apellido para que no eche de menos el que perderá cuando usted la abandone.

—Cásate con ella, Gavin —dijo.

—Pongamos que no se trata de que sea demasiado viejo sino simplemente de que discrepo; que una vez que haya sido su marido, no estaría nunca dispuesto a ceder a otro ni siquiera su viudedad. Vamos a expresarlo así.

—Cásate con ella, Gavin —dijo. Y entonces guardé silencio, ella sentada al otro lado de la mesa, el pitillo quemándose en el cenicero, manteniendo su delgada columna de humo, inmóvil, silenciosa, en el lugar donde seguía sin que lo tocara desde que lo encendió y lo colocó allí, las manos todavía en reposo sobre el bolso y la cara vuelta para mirarme desde la semisombra por encima de la luz que arrojaba la lámpara: la hermosa boca, grande, ancha, sencilla, sin lápiz de labios; los ojos, no con el duro y polvoriento azul del otoño sino el azul de las floraciones primaverales, una mezcla inextricable de glicinia aciano espuela de caballero campanillas malas hierbas y todo lo demás, perdidos para siempre todo el tiempo de las muchachas y la suerte de los muchachos y demasiado tarde para el dolor, demasiado tarde.

—Entonces, pongámoslo así. Lo haré después de que usted se haya ido, si me convengo, o cuando me convenza, de que la situación ha llegado a tal punto que es necesario hacer algo, y si entonces sólo es posible ayudarla con el matrimonio y si ella me acepta, pero me acepta de verdad. No basta con que renuncie, con que se rinda.

—Júralo entonces —dijo ella.

—Lo prometo. Lo he prometido. Lo vuelvo a prometer.

—No —dijo—. Júralo.

—Lo juro —dije.

—E incluso aunque ella no quiera. Incluso después de eso. Incluso aunque diga que no te puedes casar con ella.

—¿Qué necesidad tendrá de mí entonces? —dije—. Flem..., a no ser que su padre acabe de verdad con todos ustedes y también eche a Flem de Jefferson..., tendrá su banco, y ya no necesitará venderla ni cambiarla por nada; quizá incluso prefiera mandarla a una universidad de Nueva Inglaterra o incluso más lejos si puede conseguirlo.

—Júralo —dijo ella.

—De acuerdo —dije—. En cualquier momento. En cualquier sitio. Prescindiendo de lo que pueda suceder.

—Júralo —dijo ella.

—Lo juro —dije.

—Me voy a ir —dijo; se puso en pie, cogió el cigarrillo que seguía encendido y lo aplastó cuidadosamente contra el cenicero; yo me levanté también.

—Claro —dije—. Tiene usted que preparar un poco el equipaje aunque se trate de

una fuga, ¿no es cierto? La llevaré a casa en coche.

—No es necesario —dijo ella.

—Una señora, volviendo a casa a pie a las..., es más de medianoche. ¿Qué diría Otis Harker? Compréndalo, yo también tengo que ser hombre; de lo contrario no podría mirar a la cara a Otis Harker dado que para él usted no dejará de ser una dama hasta después del tren de mañana en dirección sur; creo que ha dicho usted Texas, ¿no es cierto?

Si bien Otis no estaba visible en aquel momento, aunque con lápiz, papel y reloj podría haber calculado dónde se encontraba aproximadamente. Pero el cálculo podría haber sido erróneo y lo único cierto era que Otis no estaba visible, ni nosotros tampoco, cruzando la plaza, mordida por la sombra, detrás de los rápidos sablazos planos de los faros del coche sobre las lunas de los escaparates, hasta llegar a la verdadera oscuridad primaveral donde los escasos faroles iluminaban menos que las estrellas. Y podríamos haber hablado si hubiera habido más de qué hablar o quizá hubiera habido más de qué hablar si hubiésemos hablado. Luego llegamos al pequeño portón delante del breve camino hasta la oscura casita que ya no era alquilada, por supuesto, ni tampoco estaba aún vacía, claro está, con un pequeño intervalo aún por cuestiones de decoro, y me pregunté, pensé: *¿Le venderá Manfred la casa junto con el banco o sencillamente le entregará las dos cosas, con tal de que el viejo Will Varner le dé tiempo para apropiarse cualquiera de las dos?*, y detuve el coche.

—No salgas —dijo ella; luego se apeó, cerró la portezuela y añadió, agachándose un poco para mirarme a través de la ventanilla—: Jura otra vez.

—Lo juro —dije.

—Gracias —respondió—. Buenas noches. —Dio la vuelta y la estuve mirando atravesar el portón y recorrer el camino, perdiendo dimensión al penetrar y adentrarse en la sombra del porchecito y en seguida perdiendo incluso sustancia. Y luego oí cerrarse la puerta y fue como si nunca hubiera existido. No, eso no; no *hubiera existido* sino más bien *es*, puesto que *fue* permanece siempre y eternamente, inexplicable e inmune, que es lo que tiene de doloroso. Eso es lo que quiero decir: una dimensión menos, luego una sustancia menos, luego el ruido de una puerta y después, no *nunca fue* sino simplemente *ya no es* puesto que siempre y eternamente ese *fue* permanece, como si lo que a uno le va a suceder mañana brillara ya, pálidamente visible ahora si el espectador fuese lo bastante sabio para discernirlo, aunque quizá bastara con tener el valor suficiente.

La noche primaveral, más fresca ya, como si durante un rato, hasta el amanecer del día siguiente y el nuevo comienzo, el sorprendido y silencioso ardor que engendran las parejas se hubiera transformado finalmente en sueño. Incluso haría bastante frío al amanecer, al romper el día. Pero incluso entonces no haría el frío suficiente para helar, para hacer callar al condenado sinsonte que mantenía ya por tres noches consecutivas su constante alboroto en el cornejo rosa de Maggie, exactamente debajo de la ventana de mi dormitorio. De manera que la solución, por supuesto, sería

dividir, no a él sino a su alboroto, el tener que escucharle: un Gavin Stevens que cruzara también el porche a oscuras, entrara en la casa, subiera las escaleras y se tapara la cabeza con la ropa de la cama, perdiendo a su vez una dimensión de Gavin Stevens, un ectoplasma de Gavin Stevens, insensible al frío y también a los ruidos, que cargase con la mitad de ambos, que cargase con su mitad de todas las otras cargas que cualquiera desee quitarse o desembarazarse, ya que sólo en aquel momento se había responsabilizado de una joven abandonada.

Porque, ¿quién va a echar de menos una dimensión? ¿Quién, en realidad, no estará en mejores condiciones al perderla, alguien que en primer lugar no puede ofrecer otra cosa que devoción, dieciocho años de devoción, el ectoplasma de la devoción, demasiado liviano para coronarlo con desprecio, amonestarle con odio, aniquilarlo de dolor? Eso es: descoser, desembarazarse, deshacerse de la última torpe y angustiada dimensión y ser así libre. Descoser: ésa es la solución, recordando el «No la ha descosido todavía», de Vladimir Kyrilych: la moneda de oro de veinte dólares cosida a la camiseta del campesino joven en su primer viaje a Memphis; porque, aunque nunca haya estado antes en la ciudad, tiene tanto derecho como el que más a esperar que sea posible, a confiar en que tal vez lo lleven con engaños o se encuentre atrapado en un burdel antes de tener que volver a su casa. *Ahora ya la ha descosido*, pensé.

XXI. Charles Mallison

Qué les voy a contar, sucede que te despiertas un día por la mañana y notas al instante que ya ha sucedido y que has llegado demasiado tarde. No sabías lo que iba a ser, y por eso tenías que estar tan pendiente, tratando de vigilarlo todo al mismo tiempo. Pero luego te dejabas ir un momento, cerrabas los ojos nada más que un segundo y ¡zas! había sucedido ya y era demasiado tarde, sin tiempo ni para despertarte y esperar un minuto más, lo suficiente para estirarte y pensar *¿Qué es lo que hace que hoy sea un día tan bueno?*, y después permitir que llegara la respuesta, que entrase a raudales: *Ah, sí, hoy no tenemos clases.* Más aún: *Un jueves del mes de abril y además hoy no tenemos clases.*

Pero no aquella mañana. Y a mitad de camino escaleras abajo oí el chasquido de la puerta del *office* al cerrarse y casi oí a madre diciéndole a Guster: «Aquí viene. De prisa. Sal»; y entré en el comedor y padre ya había desayunado, quiero decir que incluso cuando Guster se ha llevado el plato y la taza con el platillo siempre es posible decir si padre ha tomado algo; y por el aspecto de su sitio habitual tío Gavin no se había sentado a la mesa; madre en cambio estaba en el suyo, tomando únicamente café, con el sombrero puesto, el abrigo sobre la silla de tío Gavin, el bolso y los guantes junto a su plato y también las gafas oscuras que se ponía para conducir siempre que salía de los límites de la ciudad, como si la luz sólo empezase a deslumbrar a quilómetro y medio de Jefferson. E imagino que por un momento deseé que yo no hubiera tenido más que tres o cuatro años, porque entonces podría rodearme con el brazo y apretarme contra sus rodillas mientras me acariciaba la cabeza con la otra mano. Pero se limitó a cogerme de la mano y no tuvo más remedio que mirarme.

—La señora Snopes se suicidó anoche —dijo—. Yo me voy a Oxford con tío Gavin para traer a Linda a casa.

—¿Se suicidó? —pregunté—. ¿Cómo?

—¿Qué? —dijo madre. Porque yo no tenía más que doce años, no había cumplido los trece.

—¿Con qué lo ha hecho? —dije. Pero para entonces madre también se había dado cuenta. Estaba levantándose ya.

—Con una pistola —dijo—. Lo siento; no se me ha ocurrido preguntar de quién —casi se había puesto el abrigo. Luego recogió los guantes, el bolso y las gafas—. Quizá estemos de vuelta para la hora de cenar, pero no te lo aseguro. ¿Te importaría quedarte en casa o por lo menos no acercarte a la plaza, y encontrar algo que hacer con Aleck Sander en el patio de atrás? Guster tampoco le va a dejar que salga, de manera que podríais distraeros juntos.

—De acuerdo —dije. Porque no tenía más que doce años; para mí el gran lazo de

crepón que colgaba de la puerta principal del banco del señor De Spain sólo representaba un derroche: otra fiesta cuando ya las clases estaban suspendidas por tiempo indefinido; otra fiesta superpuesta a la que ya teníamos, cuando hasta el mejor, el más experimentado usuario de fiestas no estaba en condiciones de disfrutar de dos al mismo tiempo, y esta otra podríamos haberla guardado para añadirla al final, cuando el pequeño de los Riddell se muriera o se pusiese bien o, en cualquier caso, cuando se reanudaran las clases. O todavía mejor: reservarla para uno de esos días desesperantes en que las navidades quedan ya tan lejos que uno se olvida de que las ha celebrado alguna vez, y hasta parece que el mismo verano se ha muerto en algún sitio y no volverá nunca.

Porque yo no tenía más que doce años; alguien habría tenido que explicarme que las más largas vacaciones imaginables podían no significar nada para las personas a quienes aquella corona en la puerta del banco liberaba de un día de trabajo. Y tendría que cumplir muchos más de doce años para comprender que aquella corona no era el mirto del dolor sino el laurel de la victoria; que el trozo de tul negro y las flores artificiales y las cintas moradas representaban el eterno e inmortal triunfo público de la virtud misma, que se mostraba una vez más suprema e invencible.

Porque entonces ni siquiera sabía qué era lo que estaba mirando. Sí, claro, fui a la ciudad: no inmediatamente después de que madre y tío Gavin se perdieran de vista, pero casi. Aleck Sander hizo lo mismo. Seguimos oyendo cómo Guster nos llamaba hasta bastante después de que dobláramos la esquina, camino del banco para ver la corona que colgaba de la puerta cerrada; también vimos a mucha más gente, personas mayores, que iban igualmente a verla por lo que ahora sé que eran razones de tan poco peso como las que Aleck y yo teníamos. Y cuando el señor De Spain llegó a la ciudad, como hacía siempre, antes de las nueve, y recogió como siempre su correspondencia en la oficina de correos y entró con su llave por la puerta trasera del banco igual que todos los días, porque la puerta de atrás siempre seguía cerrada con llave, nosotros —yo— no podíamos saber que la razón de que diera exactamente la impresión de que nada había sucedido era que ésa era precisamente la impresión que tenía que causar al llegar a la ciudad aquella mañana. Que sin duda se había levantado y afeitado y vestido y quizá incluso ensayado un poco delante del espejo con el fin de llegar a la plaza a la misma hora de todos los días, de manera que todo el mundo en Jefferson le viera hacer exactamente lo mismo que hacía siempre, de manera que si aquella mañana había alguien que sufría y tenía problemas, esa persona no era él, huérfano y soltero; de manera que todo el mundo le viera incluso entrar en el banco por la puerta de atrás, cerrada con llave, como si aún tuviera derecho a hacerlo.

Porque ahora sé que todos nosotros —Jefferson— estábamos al tanto de que había perdido el banco. Quiero decir que, aunque el viejo señor Varner echara también de Jefferson al señor Flem Snopes después de aquello, el señor De Spain no se podría quedar. En cierta manera, no sólo se lo debía a la memoria de su amor

muerto, de su amante muerta, sino que se lo debía también a Jefferson. Porque nos había ultrajado. Además de burlarse de la moralidad del matrimonio que exige que un hombre y un mujer no duerman juntos sin un certificado de la policía, había atacado la economía del matrimonio, que es la producción de hijos, proclamando públicamente la posibilidad de ser impunemente estéril por elección; el señor De Spain había ultrajado dos veces la institución del matrimonio: en la persona de Flem Snopes además de en la suya. De manera que se le odiaba doblemente: primero por hacer lo que había hecho, y en segundo lugar porque no le hubieran pillado durante dieciocho años. Pero eso no sería nada comparado con el aborrecimiento que inspiraría si, después de que su cómplice en el pecado hubiera pagado con la vida su participación en el delito, él ni siquiera pagara por ello quedándose sin la llave de la puerta trasera del banco.

Todos lo sabíamos. Y él también. Y además sabía que lo sabíamos. Y nosotros, por nuestra parte, sabíamos que él sabía que estábamos enterados. Así que todo funcionaba correctamente. Estaba acabado; quiero decir que todo estaba decidido. Que sabía exactamente lo que tenía que hacer. No: lo he dicho mejor la primera vez; y ahora me doy cuenta igualmente de eso. Estaba vencido, hundido. El disparo también había acabado con él y ahora lo que hiciera o dejase de hacer no tenía ya ninguna importancia. Ahora sólo quedaba Linda; y cuando tuve edad suficiente supe por qué ninguno de nosotros pensó aquel día que el viejo señor Varner fuese a salir de casa de su yerno con la misma pistola buscando más sangre, aunque no fuera por otra razón que la de que no serviría para nada. Como tampoco nos sorprendió saber que (después de un discreto paréntesis por supuesto, paréntesis motivado por el decoro, el decoro que exige la pérdida de un ser querido y el duelo) «por razones de negocios y de salud» el señor De Spain había dimitido de su cargo en el banco y se iría al Oeste (en realidad se marchó la misma tarde del funeral, después de presentarse en el cementerio —solo y sin nadie que hablara con él si se exceptúan las inclinaciones de cabeza— con un brazalete negro que, por supuesto, estaba justificado, ya que la difunta era la esposa de su vicepresidente, para luego alejarse de la tumba cuando lo hicimos todos, excepto que él se marchó el primero y que una hora más tarde su Buick cruzó la plaza a toda velocidad camino de la carretera de Memphis con la parte trasera llena de equipaje) y su paquete de acciones —no su casa: Ratliff dijo que ni siquiera Flem Snopes tenía valor para tanto: comprar la casa el mismo día que compraba el paquete de acciones— estaba en venta, y aún menos sorprendidos ante la noticia de que (todavía más discretamente) el señor Flem Snopes lo había comprado.

Era Linda quien despertaba todo el interés. Y ahora sé que las otras personas, los adultos, que habían ido a ver la corona en la puerta del banco por la misma razón que Aleck Sander y yo, sólo habían acudido accidentalmente a ver la corona puesto que, en realidad, iban exactamente por la misma razón que Aleck y yo: para ver a Linda Snopes cuando madre y tío Gavin la trajeran a casa, incluso aunque la razón mía y de Aleck Sander fuese ver hasta qué punto el suicidio de la señora Snopes cambiaba el

aspecto de Linda, para saber así el aspecto que tendríamos si alguna vez madre y Guster se pegaban un tiro. Se trataba de Linda, porque ahora sé lo que tío Gavin creía entonces (no lo que sabía sino lo que creía: porque no podía saberlo, ya que la única persona en condiciones de decírselo habría sido la misma señora Snopes y si se lo hubiera dicho en la nota que me dio aquella tarde antes de suicidarse, él se lo habría impedido o habría tratado de hacerlo, porque madre, en cualquier caso, se habría enterado de que había tratado de impedirlo sin conseguirlo), y no sólo tío Gavin sino también otras personas de Jefferson. De manera que incluso le perdonaron a la señora Snopes los dieciocho años de pecado carnal, y pudieron incluso perdonarse a sí mismos el condonar el adulterio mediante el perdón, gracias a recordar (también unos a otros, imagino) que si la señora Snopes no hubiera sido una abominación a los ojos de Dios durante dieciocho años, no habría llegado al punto en el que tuvo que elegir la muerte para dejar a su hija una madre suicida en lugar de una puta.

Ah, sí, se trataba de Linda. Ahora tenía a toda la ciudad de su parte, a la ciudad y al condado y a todos los que habían oído hablar alguna vez de ella y del señor De Spain o que sabían o incluso que sospechaban o simplemente se figuraban algo acerca de los dieciocho años, dispuestos a evitar que hasta la menor parte de sus suposiciones o sospechas o conocimiento real (si es que alguien tenía alguno, si es que alguien había sabido algo alguna vez) llegara nunca a sus oídos. Porque ahora sé que las personas son de verdad bondadosas, que es cierto que lo son; que hay muchas ocasiones en las que dejan de hacerse daño unos a otros, no sólo cuando querrían seguir haciendo daño sino incluso cuando tendrían que hacerlo; y que sucede incluso con los más metodistas y baptistas de los baptistas, metodistas y presbiterianos —de acuerdo, también con los episcopalianos—; así que el coche llegó por fin con Linda en el asiento delantero entre madre y tío Gavin; atravesó la plaza y siguió camino de casa de Linda, de manera que Aleck Sander y yo tuvimos tiempo de sobra para esperar a tío Gavin en la esquina y pararle cuando volvió a casa.

—Creía que Guster y tu madre os habían dicho a los dos que no salierais —dijo.

—Sí, señor —le respondimos, y volvimos a casa. Tío Gavin tampoco comió nada: tan sólo se empeñó en hacerme comer a mí, no sé por qué. Quiero decir que no sé por qué todas las personas mayores creen que tienen que convencerte de que comas tanto si quieres como si no o incluso tanto si ellos quieren de verdad convencerte como si no, hasta que, por fin, incluso padre se dio cuenta de lo que pasaba.

—Vamos —me dijo—. Come o levántate de la mesa. No quiero mentirle a tu madre cuando llegue a casa y me pregunte por qué no has comido; si te vas, siempre puedo decirle que has salido de repente camino de Texas —luego añadió—: ¿Qué pasa, también tú? —porque tío Gavin se había levantado, muy deprisa, y dijo:

—Disculpadme —y se fue; sí, también tío Gavin; el señor De Spain estaba ya acabado por lo que a Jefferson se refiere y ahora nosotros (Jefferson) podíamos consagrarnos por completo a los que habían quedado al descubierto, a las demás personas iluminadas por el fogonazo de aquel disparo, como cuando se enciende una

luz de magnesio en una cueva; y es que una de esas personas era tío Gavin. Porque ahora sé que había entonces en Jefferson quien creía que también tío Gavin había sido amante de la señora Snopes, o que si no lo había sido debería haberlo sido o de lo contrario no sólo el sexo masculino de Jefferson sino todos sus componentes que se consideraban hombres deberían avergonzarse.

Porque estaban al tanto de aquel baile de navidad de hacía muchos años, aquel baile de navidad más viejo que yo, y además toda la ciudad había visto o había oído hablar de lo que sucedió años después, de manera que pudieron ir, pasar casualmente por allí y ver con sus propios ojos a tío Gavin y a Linda tomando helados con gaseosa en el *drugstore* de Christian con un libro de poesía sobre la mesa. Pero sabían que en realidad tío Gavin no había sido amante de la señora Snopes, que aunque la hubiese deseado realmente, aunque lo hubiera intentado, habría fracasado también en eso por simple coherencia, y que si por alguna increíble casualidad o accidente se hubiera convertido en competidor del señor De Spain, se le habría notado, por la simple razón de que tío Gavin era incapaz de tener una vida secreta que siguiera siendo secreta; tío Gavin era, en frase de Ratliff, «un tipo al que incluso las uñas encarnadas le crecían por fuera de los zapatos».

Por lo tanto, como tío Gavin había fracasado, era el puro, el único que estaba limpio de mancha; no el señor Snopes, el marido, que si hubiera sido un hombre habría conseguido una pistola, aunque hubiese tenido que comprarla, y los habría echado a los dos de Jefferson: a su mujer y al amante, el distinguido banquero. El que contaba era tío Gavin. Él era el desconsolado, el esposo traicionado que perdonaba por el bien de una hija semihuérfana. Fue aquella misma tarde; tío Gavin se marchó de casa nada más salir del comedor, luego madre volvió sola en el coche y después, a eso de las tres, regresó tío Gavin en un taxi y dijo (sí, claro, Aleck Sander y yo nos quedamos en casa después de que Guster nos echara el guante, además de madre):

—Hay cuatro caballeros que vienen a verme. Son clérigos, de manera que será mejor que los hagas pasar al salón.

Y así lo hice: el ministro metodista, el baptista, el presbiteriano y el nuestro, el episcopaliano, todos con el mismo aspecto que tendrían si fueran banqueros o médicos o tenderos, excepto el señor Thorndyke, aunque lo único en contra suya era la especie de collar de perro puesto al revés que llevaba; todos muy serios y con caras muy largas, igual que caballos; quiero decir que no parecían tristes: tan sólo con las caras largas de los caballos, todos dándome la mano y medio tropezando unos con otros mientras cruzaban la puerta para entrar en el salón donde tío Gavin, que los esperaba de pie, fue hablando con todos y llamándolos por su nombre y dándoles el tratamiento de doctor al mismo tiempo que les estrechaba la mano, los cuatro tropezándose de nuevo, hasta que el de más edad, el presbiteriano, se puso a hablar: habían venido para ofrecerse por separado o conjuntamente para dirigir las honras fúnebres; explicó que el señor Snopes era baptista y la señora Snopes había nacido dentro de la Iglesia metodista pero ninguno de los dos asistían a los servicios ni eran

feligreses de ninguna de las iglesias de Jefferson; que el señor Stevens había asumido..., ofrecido su..., es decir, que se les había sugerido que visitaran al señor Stevens en relación con aquel asunto, hasta que tío Gavin dijo:

—Es decir, que han sido enviados. Que les ha mandado venir una colección de ancianos de los dos sexos, ambos excluidos. Y no para enterrarla, sino para perdonarla. Muchas gracias, caballeros. Me propongo dirigir estas honras fúnebres yo mismo.

Pero eso fue sólo hasta que padre llegó a casa para la cena y madre lo azuzó contra tío Gavin. Porque todos habíamos pensado, dábamos por sentado, que los Varner (quizá también el señor Flem) querrían lógicamente enterrarla en Frenchman's Bend; que el señor Varner se la llevaría cuando volviera a casa junto con cualquier otra cosa que hubiera traído a la ciudad (Ratliff dijo que no sería mucho, porque la única criatura que viajaba más ligero que tío Billy era un cuervo). Pero tío Gavin dijo No, hablando en nombre de Linda..., aunque hubo bastantes personas que aseguraron que Gavin Stevens dijo No hablando a la hija. En cualquier caso era No; el funeral se celebraría al día siguiente, después de que el automóvil de Jody regresara de Frenchman's Bend con la señora Varner y Jody; y entonces también padre se echó encima de tío Gavin.

—Maldita sea, Gavin —dijo—. No puedes hacerlo. Todos reconocemos que eres muy polifacético, pero, que yo sepa, nadie te ha ordenado ministro.

—¿Y eso qué importa? —dijo tío Gavin—. ¿Es que supones que esta ciudad cree que ha existido alguna vez algún clérigo capaz de llevarla al paraíso sin tener que cruzar por Jefferson, o que Jesucristo mismo conseguiría que pasara siguiendo ese camino?

—Esperad —dijo madre—. Callaos los dos —estaba mirando a tío Gavin—. Gavin, al principio pensé que nunca entendería por qué Eula ha hecho lo que ha hecho. Pero ahora estoy empezando a creer que quizá sí. ¿Quieres que Linda tenga que decir después que a su madre la enterró otro soltero?

Y eso fue todo. Al día siguiente llegaron la señora Varner y Jody y trajeron con ellos al anciano ministro metodista que bautizara a la señora Snopes treinta y ocho años antes: un anciano que había sido predicador toda su vida pero que conservaría durante lo que le quedase de ella la espalda encorvada y las manos toscas y nervudas de un destripaterrones..., y nosotros, la ciudad, se reunió en su casita, las mujeres dentro y los hombres de pie en el jardincito delantero y a lo largo de la calle, todos muy atildados y limpios y con abrigo y sin mirarse del todo unos a otros mientras hablaban en voz baja de cosechas y del tiempo; luego se trasladaron al cementerio, junto al trozo de tierra donde iban a enterrarla, vacío si se exceptúa el hoyo abierto que tampoco duró mucho, oculto muy pronto, muy de prisa, bajo la masa de flores, también condenadas ya en su representación simbólica —coronas y arpas y urnas— de una mortalidad que trataban de hacer menos hiriente, de suavizar; y con la presencia del señor De Spain, que no estuvo aparte, pero sí solo, con su brazalete

negro y una expresión en el rostro como la que debió de tener, cuando era teniente en Cuba, después de conducir a los hombres que confiaban en él, o que por lo menos le seguían porque se suponía que tenían que hacerlo, al lugar del que todos sabían que algunos de ellos no regresarían porque no se suponía que regresaran todos, cosa que también les parecía razonable si el teniente decía que lo era.

Luego volvimos a casa y padre dijo:

—Maldita sea, Gavin, ¿por qué no te emborrachas? —y tío Gavin dijo:

—Es verdad, ¿por qué no? —sin levantar siquiera la vista del periódico. Luego llegó la hora de cenar, y yo me preguntaba por qué madre no le reñía por no comer. Pero, al menos, mientras madre no pensara en la comida, no se le ocurriría mirar alrededor y tomarla conmigo. Después nos fuimos al despacho: tío Gavin, madre y yo. La verdad es que durante una temporada después de la muerte del abuelo madre todavía trató de que lo llamáramos la biblioteca, pero ahora hasta ella lo llamaba el despacho, igual que hacía el abuelo, y tío Gavin se sentó junto a la lámpara con un libro, e incluso pasaba las páginas de vez en cuando, hasta que sonó el timbre de la puerta.

—Ya voy yo —dijo madre. Pero la verdad es que nadie más hizo intención de salir ni mostró siquiera curiosidad. Luego madre volvió por el pasillo hasta la puerta del despacho y dijo—: Es Linda. Pasa, corazón —y se quedó a un lado y me hizo señas mientras Linda entraba y tío Gavin se ponía de pie y madre me hizo otro gesto con la cabeza y dijo—: Chick —y Linda se detuvo nada más atravesar el quicio de la puerta y esta vez madre dijo—: ¡Charles! —de manera que me levanté y salí y ella cerró la puerta. Pero no tuvo importancia. Para entonces ya me había acostumbrado. Incluso lo estaba esperando tan pronto como vi quién era.

XXII. Gavin Stevens

Entonces Maggie logró que Chick se marchara por fin, y después cerró la puerta.

—Siéntate, Linda —dijo. Pero ella siguió allí sin moverse—. Lloro —dije—. No te contengas y llora.

—No puedo —dijo—. Lo he intentado —se me quedó mirando—. No es mi padre —dijo.

—Claro que es tu padre —dije—. Claro que sí. ¿De qué demonios estás hablando?

—No —dijo.

—Sí —dije—. ¿Quieres que te lo jure? De acuerdo. Juro que es tu padre.

—Usted no estaba allí. No lo sabe. Nunca había visto a mi madre hasta..., hasta que llegó a Jefferson.

—Pero Ratliff sí. Ratliff estaba allí. Él lo sabe. Él sabe quién es tu padre. Y yo lo sé por Ratliff. Estoy seguro. ¿Te he mentado alguna vez?

—No —dijo—. Usted es la única persona en el mundo que sé que no me mentará nunca.

—De acuerdo —dijo—. Entonces te lo juro. Flem Snopes es tu padre.

Y esta vez tampoco se movió: fueron únicamente las lágrimas, el agua, que no manaba, sino que corría rápida y silenciosamente por sus mejillas. Me acerqué a ella.

—No —dijo—, no me toque todavía —agarrando, sujetándome las muñecas y apretándome las manos entre las suyas y contra su pecho—. Cuando pensé que no era mi padre, los odié a ella y a Manfred, a los dos. Ah, sí, sabía lo de Manfred: les he... visto mirarse, cómo sonaban sus voces cuando se hablaban, cuando decían el nombre del otro, y no podía soportarlo, los odiaba a los dos. Pero ahora que ya sé que él es mi padre, es distinto. Me alegro. Me alegro de que la hayan querido, de que haya sido feliz. Ahora ya puedo llorar —dijo.

XXIII. V. K. Ratliff

Fue como una competición, como si el abogado se hubiera metido un cartucho de dinamita en el bolsillo de atrás y hubiera encendido una mecha muy larga y estuviera interesado en ver si aparecía alguien a tiempo para pisarla y apagarla. O como una carrera, ¿lograría finalmente sacar a Linda de Jefferson y por lo menos librarse para siempre de toda la tribu de los Snopes, o simplemente volaría él por los aires primero y se llevaría de paso a todos y a todo lo que tuviera alrededor?

No, no fue una competición. No una competición con Flem Snopes en cualquier caso, porque se necesitan dos para que exista una competición y Flem Snopes no era el otro. Flem era un árbitro, si es que pintaba algo allí. Mejor dicho: ni siquiera era un árbitro. Era como si estuviera jugando un jueguito muy sencillo contra sí mismo, para su propia diversión, algo parecido a un solitario. Ya tenía todo lo que había venido a buscar a Jefferson. Incluso tenía más. Tenía cosas que, hasta que llegó a Jefferson, ni siquiera sabía que iba a desear, porque antes ni siquiera sabía que existían. Tenía su banco y su dinero en él y a sí mismo como presidente, de manera que no sólo podía vigilar el dinero para que nunca se lo robara ningún otro granuja de poco calibre como su primo Byron, sino evitar que nadie le despojara de la respetabilidad que llevaba consigo el ser presidente de uno de los dos bancos del condado de Yoknapatawpha. Y además iba a tener una de las mejores residencias del condado, o incluso de Mississippi, cuando sus carpinteros terminaran de arreglar la vieja casa de Manfred De Spain. Y también se había librado de los dos únicos Snopes decididamente escandalosos cuando echó finalmente de la ciudad a Montgomery Ward y a I. O., de manera que ahora, al menos por el momento, los únicos Snopes que quedaban activamente dentro de los límites de la ciudad eran un tendero al por mayor no sólo tan respetable sino probablemente aún más solvente que un simple banquero. De manera que cualquiera pensaría que ya tenía que estar satisfecho. Pero no lo estaba. Aún le faltaba que una muchacha (mujer ya) que ni siquiera era su hija dijera «Te doy las gracias humildemente, papá, por ser tan bueno conmigo».

Eso es, una competición. Ni siquiera contra Linda, y mucho menos aún contra el abogado Stevens, puesto que ya le había sacado todo lo que necesitaba de él, que era conseguir enterrar a su mujer de manera adecuada y decorosa y respetable, sin ningún elemento ruidoso que convirtiera aquel asunto en un espectáculo impropio. Su partida de solitario era contra Jefferson. Era como si estuviera tratando de ver cuánto aguantaría Jefferson exactamente, hasta dónde soportaría. Era como si supiera que su respetabilidad dependía por completo no sólo de que Jefferson aceptara sino de que se acostumbrase a la idea de que además de expulsar a Manfred De Spain de su banco estaba haciendo arreglos para mudarse también a la casa natal del ex alcalde y expresidente del banco, y que la única amenaza todavía pendiente era lo que pudiera

sucedier si la jovencita que hasta el momento seguía convencida de que él era su padre tropezaba con algo que le hiciera cambiar de opinión. Si descubría por casualidad que el hombre que estaba mezclado, por lo menos hasta cierto punto, en el suicidio de su madre, tanto si lo había causado activamente como si no, no era siquiera su padre, dado que si alguien va a ser responsable de que tu mamá se pegue un tiro, que sea por lo menos alguien de tu familia y no un completo desconocido.

De manera que cualquiera habría pensado que lo primero que haría, tan pronto como se hubieran tranquilizado las cosas después del funeral, sería mandarla cuanto antes fuera de Jefferson y todo lo lejos que hubiera logrado convencer a Linda de que tenía ganas de marcharse. Pero no él. Y la razón que dio fue el monumento. Naturalmente ahí entraba también el abogado Stevens. Quiero decir que no sé quién delegó en el abogado el asunto del monumento, quién lo puso en sus manos o si sencillamente él se lo apropió o si quizá para entonces la relación entre él y cualquiera que se llamara Snopes, o quizá sólo la familia de Flem Snopes (mejor dicho: se trataba de que para él Eula Varner nunca había muerto ni nunca moriría porque..., ah, sí, yo también sé de eso), era como la que existe entre un tipo en mitad de un campo y un aguacero: no hay nada que dar ni que aceptar, porque el individuo de marras lo recibe todo.

En cualquier caso fue él —el abogado— quien ayudó a Linda a buscar por toda la casa y entre los objetos personales de su madre hasta que encontraron la fotografía adecuada e hicieron —siempre el abogado— que ampliaran la parte de la cara para enviarla a Italia, con el fin de que tallaran un..., sí, un medallón para colocarlo en la parte delantera del monumento, y también sería a él a quien enviarían desde allí los dibujos de prueba para decidir y cambiar esto y aquello y lo de más allá y devolverlos. Cosa a la que hubiera tenido derecho por propia elección incluso aunque Flem hubiera tratado de entrometerse y pararle, porque quería más que nadie levantar aquel monumento y que Flem diera su aprobación, ya que entonces permitiría que Linda se marchara. Pero era el monumento de Flem; que nadie se llame a engaño. Fue Flem quien lo pagó, quien tuvo la idea, quien lo planeó y lo diseñó, quien decidió el tamaño que tendría y qué era lo que había que poner —la cara de Eula y las palabras— y ni una sola vez preguntó por el precio. Que nadie se llame a engaño. Fue Flem. Porque también aquello era parte de lo que había venido a buscar a Jefferson y por lo que después pasó por todo lo que pasó para conseguirlo.

Ah, sí, el abogado lo tenía todo dispuesto para que Linda se fuera, para que se marchara por fin; lo único que les detenía era el monumento, porque Flem había dado palabra de que después la dejaría irse. Se trataba de un sitio en Nueva York llamado Greenwich Village; el abogado lo había arreglado todo, con amigos que conocía de Harvard que irían a buscarla a la estación y cuidarían de ella, la ayudarían a instalarse y todo lo demás.

—¿Es una universidad? —pregunté—. ¿Como la de Seminary Hill?

—No, no —me respondió—. Quiero decir, sí. Pero no del tipo del que estás

hablando.

—Creía que estaba usted decidido a que fuera a una universidad por aquella zona.

—Eso era antes —dijo—. Le han pasado demasiadas cosas desde entonces. Demasiadas, demasiado juntas y demasiado de prisa. Hace dos semanas, y en el espacio de veinticuatro horas, se hizo demasiado vieja para cualquier universidad. Tendrá que rejuvenecer para volver a pensar en ellas; tal vez necesite un año o dos. Pero, por el momento, Greenwich Village es el lugar que le conviene.

—¿Qué es Greenwich Village? —pregunté—. Todavía no me lo ha dicho.

—Es un lugar con algunos límites poco importantes, pero sin otras limitaciones, donde jóvenes de cualquier edad van en busca de sueños.

—No estaba al tanto de que ese sitio tuviera una localización geográfica —dije—. Creía que esas alimañas se cazaban en cualquier sitio.

—No siempre. No en el caso de Linda, por lo menos. A veces se necesita un ámbito favorable para cazar, un lugar donde otras personas hayan cazado ya con éxito y hayan conseguido el mismo tipo de piezas que tú buscas. A veces hay personas que incluso necesitan ayuda para encontrarlo. En el caso de esta presa especial que quieren capturar, es preciso fabricarla primero. Y para eso se necesitan dos.

—¿Dos qué? —pregunté.

—Sí —respondió—. Dos.

—Se refiere usted a un marido —dije.

—De acuerdo —dijo—. Llámalo así. Da lo mismo cómo lo llames.

—Caramba, abogado —dije—, eso que dice suena como lo que un montón, un elevado número en realidad, más o menos todos de hecho, la totalidad sin duda de nuestros buenos habitantes de Jefferson y también del condado de Yoknapatawpha, temerosos de Dios, honestos, sufridos, que pueden afirmar con orgullo que nunca han tenido en su vida un minuto de diversión que el niño más inocente no estuviera en condiciones de presenciar, llamarían deliberada incitación y alcahueteo con el demonio en persona.

Sólo que el abogado no se estaba riendo. Y al cabo de un momento tampoco me reía yo.

—Sí —dijo—. Será algo así para ella. Le resultará difícil. Tendrá que mirar con cuidado a muchos, durante mucho tiempo. Porque quienquiera que sea tendrá que enfrentarse con algo casi imposible de superar. Necesitará valor, porque las cosas irán mal y es posible que se llegue al desastre. Es el destino de Linda. Está condenada al sufrimiento y a tener que soportarlo, destinada a una pasión y a un sufrimiento y a soportarlo el resto de su vida, como otras personas están condenadas desde que nacen a ser robadas o traicionadas o asesinadas.

Entonces lo dije:

—Cásese con Linda. Como es lógico nunca ha pensado en ello.

—¿Yo? —respondió. Lo dijo con mucha calma: sin sorpresa, sin ninguna emoción—. Creía que había estado hablando de eso durante los diez últimos minutos.

Necesita al mejor. Resultará imposible incluso para él.

—Cásese con ella —dije.

—No —respondió—. Ese es mi destino: quedarme siempre en puertas del matrimonio.

—¿Quiere decir escapar de él?

—No, no —respondió—. Nunca lo he evitado. El matrimonio está siempre presente en mi vida. Mi destino es dejarlo pasar constantemente o que él me deje pasar a mí, poniéndome a salvo de nuevo, una vez más.

De manera que todo estaba decidido, y sólo faltaba que le mandaran de Italia el rostro tallado en mármol, insistiendo mediante conferencias telefónicas y telegramas diarios o poco menos, de la manera más cortés, afable y legalmente apropiada que pueda desearse, al cónsul italiano de Nueva Orleans, de manera que pudiera incorporarlo al monumento y luego (si fuese necesario) agarrar a Flem Snopes por el cuello del abrigo, meterlo en el coche, llevarlo al cementerio y descubrir el monumento, ya con el billete de Linda para Nueva York (también lo habría pagado él, aunque no fue necesario, porque lo último que hizo tío Billy antes de volverse a casa después del funeral fue ceder al banco —no a Flem: al banco, con el abogado Stevens como uno de los fideicomisarios— un buen pedazo de lo que sería la herencia de Eula según el testamento que nunca había cambiado para incluir el apellido Snopes) en la otra mano.

De manera que teníamos que esperar. Cosa que resultó bastante interesante. Me refiero a que el abogado estaba lo bastante ocupado importunando al gobierno italiano, y todo lo que yo necesito es algo que poder mirar, contemplar, con tal de que, por supuesto, tenga gente dentro. Flem y Linda vivían aún en la misma casita que la gente aún siguió creyendo que era alquilada cuando ya hacía años que Snopes la había comprado. Aunque muy pronto Flem fue propietario de un automóvil. Quiero decir en seguida, después del adecuado periodo de tiempo una vez que se convirtió en presidente del banco; para evitar que Santa Claus trajese todos los regalos al mismo tiempo, por así decirlo. No era un coche caro: tan sólo de buena calidad, del tamaño justo para que no resultara llamativo, de un conveniente y discreto color negro e incluso aprendió a conducirlo, quizá porque no le quedó otro remedio debido a que todas las tardes, después de que el banco cerrase, tenía que ir a ver cómo los carpinteros avanzaban con el trabajo de su nueva casa (ahora tendría columnas en la fachada, me refiero a esas especialmente grandes, de manera que incluso un tipo que nunca hubiera visto columnas en su vida supiera sin lugar a dudas lo que eran, como en las fotografías donde la novia confederada con miriñaque y una magnolia en la mano está diciendo adiós a su galán antes de que se marche al galope para terminar de ajustarle las cuentas al general Grant) y Flem tenía que conducir personalmente, porque si bien Linda sabía conducir desde el principio y lo hacía de vez en cuando (olvídense de si todas las mujeres sienten un interés natural por las tareas de construcción o de reforma de una casa, sea de quien sea, de la misma

manera que los pájaros se interesan por la tarea de hacer nidos), a pesar de que le llevó la primera tarde para ver la casa, no quiso entrar, y después de aquella primera vez nunca volvió a llevarle.

Pero, como he dicho, todos estábamos muy ocupados o en cualquier caso haciendo algo o por lo menos interesados, así que podíamos esperar. Y, como sucede inevitablemente, hasta el esperar se acaba si uno es capaz de esperar lo suficiente. De manera que finalmente llegó el medallón. Estábamos en octubre, una buena época del año, de las mejores. Como es lógico el abogado fue a la estación a buscarlo, pero estoy seguro de que Flem pagó los portes, si no por otra razón por la de que el abogado no habría esperado lo bastante para que el factor hiciera la suma, ya que se llevó inmediatamente a los dos negros que cargaron con el medallón, embalado con paja y metido en un cajón de madera, y atravesó el andén camino de su coche como si estuviera guiando a un par de gansos. Y durante los tres días siguientes su despacho sólo lo vio en vuelo, por así decirlo, desde lejos, cuando pasaba por allí cerca. De manera que fue una buena cosa que por entonces no hubiera ninguna banda de malhechores o de salteadores de caminos o de contratistas o simplemente de abogados que lanzara un ataque financiero conjunto contra el condado de Yoknapatawpha, porque en ese caso el condado tendría que haberse sacado las castañas del fuego lo mejor que hubiera podido sin ayuda del fiscal. Y es que ya tenía los albañiles contratados y esperando, probablemente hasta con la argamasa preparada, antes de que llegara el medallón; una mañana le pillé incluso, llegué hasta a poner la mano en el coche y a decir:

—Iré al cementerio con usted —y él se estiró desde el asiento del conductor, con la velocidad ya metida y el motor en marcha, me levantó la mano del coche, la apartó y dijo:

—Quítate de en medio —y siguió adelante; de manera que subí a su despacho, la puerta nunca estaba cerrada con llave incluso cuando se comportaba normalmente y pasaba fuera la mayor parte del tiempo, y abrí el último cajón donde guardaba la botella, pero ni siquiera olía como si de ordinario guardase allí whisky. De manera que esperé en la calle hasta que terminaron las clases en el instituto y finalmente eché el guante a ese muchacho, Chick, y le pregunté:

—¿Tu tío no tiene whisky en casa en algún sitio? —y él respondió:

—No lo sé. Miraré. ¿Quiere que le sirva una copa en algún recipiente y se lo traiga? —y yo dije:

—No. No es un trago lo que necesita. Necesita la botella entera, con tal de que sea lo bastante grande y de que esté llena. Tráelo todo; yo me quedaré con él y vigilaré.

Y por fin el monumento se terminó, quedó listo para que Flem diera su aprobación, y el abogado también me lo hizo saber, de manera concisa y vibrante, como un general que se dispone a tomar una ciudad: «Estarás en el despacho a las tres y media para que podamos recoger a Chick. El tren sale de Memphis a las ocho

en punto, de manera que no podemos perder tiempo».

Así que me presenté a la hora fijada. Pero no subí al despacho porque el abogado ya estaba en el coche con el motor en marcha cuando llegué.

—¿Qué tren sale a las ocho, en qué dirección y quién tiene que cogerlo? —pregunté.

—El de Linda —me respondió—. Llegará a Nueva York el sábado por la mañana. Ya tiene hecho el equipaje y está lista para marcharse. Flem la mandará a Memphis en su coche en cuanto hayamos terminado.

—¿Flem va a mandarla a Memphis? —pregunté.

—¿Por qué no? —respondió él—. Es su hija. Después de todo debes algo a tus hijos incluso aunque no sea culpa tuya. Sube —añadió—. Ahí llega Chick.

De manera que fuimos al cementerio y allí estaba: otra columna que no decía lo que le había costado a Flem Snopes, porque lo que decía era exactamente el gran valor que tenía para Flem Snopes, en medio de aquella nueva parcela para una sola sepultura, delante de aquella única tumba que aún no estaba del todo cicatrizada y que parecía —la piedra, el mármol— más blanca que la misma blancura bajo el tibio sol de octubre sobre el fondo de hojas de color amarillo brillante, rojo y rojo oscuro de los nogales y los zumaques y los gomeros y los robles, como salpicaduras de fuego entre el verde oscuro de los cedros. Luego llegó el otro coche con Flem y Linda en el asiento de atrás, y el chófer negro que la llevaría a Memphis al volante y las maletas (todas nuevas también) amontonadas a su lado en el asiento; llegó y se detuvo, y allí estaba Flem, sentado con el sombrero negro que aún parecía recién acabado de estrenar y como si lo hubiera pedido prestado, y la diminuta corbata de lazo que siempre había parecido nueva y siempre seguiría pareciéndolo, mascando tabaco, lenta pero ininterrumpidamente; y la chica sentada a su lado, tensa e inmóvil y sin tocar siquiera el respaldo, con una especie de traje oscuro para viajar y un sombrero y un velito y las manos con guantes blancos, muy quietas y aferradas a las rodillas, sin mirar ni una vez, ni siquiera una vez, a aquel monumento de piedra con el rostro en el medallón de mármol que el abogado había elegido y seleccionado y que al principio uno pensaba que no se parecía a Eula, que no se parecía a nadie que hubiera vivido en ningún sitio, hasta que descubrías que no era cierto y que si no se parecía a ninguna mujer era porque se parecía a una mujer que todo hombre que hubiera tenido la suerte de serlo diría «Sí, es ella. La conocí hace cinco o diez o cincuenta años y cualquiera pensaría que a estas alturas me habría ganado el derecho a no tener que acordarme más de ella», y debajo la inscripción que él mismo, y esta vez no estoy hablando del abogado, había elegido:

EULA VARNER SNOPEs

1889 1927

*Una Esposa Virtuosa es un Galardón
para Su Marido*

Sus Hijos se Alzan para Bendecirla

y él allí sentado mascando, de manera casi imperceptible pero constante, y ella todavía quieta y recta como un poste a su lado, sin mirar a nada y con los puños apretados sobre el regazo como dos bolas blancas. Luego Flem se movió. Se inclinó un poco, escupió por la ventanilla y volvió a recostarse en el asiento.

—Ahora ya puedes irte —dijo.

XXIV. Charles Mallison

Así que el automóvil se marchó. Entonces me di la vuelta y eché a andar hacia el nuestro, pero Ratliff dijo detrás de mí:

—Espera. ¿Tienes un pañuelo limpio? —al volverme vi que tío Gavin se alejaba de nosotros, pero sin ir a ningún sitio, andando por andar, hasta que Ratliff cogió el pañuelo que le ofrecí y los dos le alcanzamos. Pero ya se había repuesto para entonces y se limitó a decir:

—¿Qué demonios pasa? —luego añadió—: Bueno, volvamos. Vosotros podéis dedicaros a holgazanear todo el día si os apetece, pero después de todo yo trabajo para el condado, así que tengo que estar lo bastante cerca del despacho para que cualquier persona dispuesta a cometer un delito pueda encontrarme.

De manera que nos subimos al coche, lo puso en marcha y volvimos a la ciudad. Sólo que tío Gavin empezó a hablar de fútbol y me dijo:

—¿Por qué no despiertas de una vez y sales de ese jardín de infancia y entras en el instituto y procuras meterte en el equipo? Voy a necesitar que haya alguien conocido, porque me parece que sé qué es lo que no funciona en el fútbol de la forma en que se juega ahora —y siguió a partir de ahí, incluso soltando las dos manos del volante para mostrarnos lo que quería decir; cómo el problema del fútbol era que sólo un experto podía controlarlo porque nadie más era capaz de estar al tanto de lo que sucedía; en el béisbol, por ejemplo, todo el mundo se quedaba quieto mientras se movía la pelota y por lo tanto uno podía darse cuenta de lo que pasaba. Pero en el fútbol se movían al mismo tiempo la pelota y todo lo demás y no sólo eso, sino que los jugadores iban siempre en grupo, amontonados, con la pelota escondida en el medio, de manera que ni siquiera podías decir quién la llevaba, y menos aún quién se suponía que tenía que llevarla; y no digamos nada de la pelota, que acababa por tener el mismo color de la tierra, con todos los jugadores peleándose y revolcándose por el barro y por el polvo hasta que también conseguían el mismo color; y así siguió, moviendo las dos manos mientras Ratliff y yo gritábamos, «¡Cuidado con el volante! ¡Cuidado con el volante!», y tío Gavin le decía a Ratliff, «Seguro que no piensas así» o «Seguro que no estás de acuerdo» o «Digas lo que digas» y Ratliff contestaba, «¡Qué va! Nunca se me ha ocurrido...» o «No, no es cierto» o «Ni siquiera he mencionado el fútbol» hasta que finalmente V. K. me preguntó:

—¿Encontraste la botella?

—No, señor —respondí—. Supongo que padre se la ha bebido. El señor Gowrie no traerá el próximo barril hasta el domingo por la noche.

—Déjeme aquí —le pidió Ratliff a tío Gavin, que paró de hablar el tiempo suficiente para preguntar:

—¿Cómo?

—Voy a bajarme aquí —respondió Ratliff—. Les veré dentro de un minuto.

Así que tío Gavin paró lo justo para que Ratliff se apeara (acabábamos de llegar a la plaza) y luego seguimos, con tío Gavin hablando otra vez o hablando todavía, puesto que sólo se había callado el tiempo suficiente para decirle ¿Cómo? a Ratliff, y dejamos el coche y subimos al despacho y él siguió diciendo otras tonterías parecidas que nunca estabas seguro de si tenían algún sentido y cogió una de las pipas que guardaba en el cuenco y empezó a mirar por encima de la mesa hasta que fui y le puse delante el bote de tabaco y él dijo, «Ah, sí, gracias», y dejó la pipa, sin parar de hablar. Entonces entró Ratliff, fue a la fresquera, cogió un vaso y luego una cuchara y el azucarero del armario, sacó de debajo de la camisa la botella de whisky blanco que llevaba, con tío Gavin hablando aún, preparó un ponche, se acercó y se lo ofreció.

—Tenga —dijo.

—Vaya, muy agradecido —dijo tío Gavin—. Tiene muy buen aspecto. Desde luego tiene muy buen aspecto —pero no lo tocó. Tampoco lo cogió del sitio de la mesa donde Ratliff se lo dejó y donde supongo que seguía cuando Clefus llegó a la mañana siguiente para limpiar el despacho; y probablemente se disponía ya a tirarlo cuando se detuvo a tiempo para olerlo o reconocerlo o en cualquier caso beberse. Acto seguido tío Gavin cogió otra vez la pipa, la llenó y empezó a buscarse en el bolsillo hasta que Ratliff le ofreció una cerilla y tío Gavin dejó de hablar, la miró y dijo, «¿Qué?». Luego añadió, «Gracias», cogió la cerilla, la frotó cuidadosamente por dentro de la mesa hasta encenderla, la apagó con el mismo cuidado, la dejó en el cenicero, dejó también la pipa en el cenicero, cruzó las manos sobre la mesa y le dijo a Ratliff:

—De manera que quizá tú me lo puedas explicar; yo, por mucho que me esfuerce, no consigo entenderlo. ¿Por qué lo hizo? ¿Cuál fue el motivo? Porque en términos generales a las mujeres no les importan en realidad los hechos con tal de que encajen; es a los hombres a quienes no les importa que encajen o no, ni a quién se le hace daño, ni cuántos son los perjudicados, con tal de que les duela de verdad. Así que quiero que me des tu opinión. Conoces a las mujeres, puesto que viajas por esta parte del país todo el día y siempre en medio de ellas, todo el santo día de una sala de estar a otra, muy engreído, tan apuesto y calmoso y bien recibido como si fueras un maldito rus... —pero se detuvo y Ratliff dijo:

—¿Cómo? ¿De qué prisa habla? ¿Correr hacia dónde?

—¿He dicho rus^[9]? —preguntó tío Gavin—. No, no; sólo he dicho, ¿por qué? El dolor y la angustia de una joven cuando a las jóvenes les gusta sufrir y angustiarse y cuando además lo pueden superar. Acaban superándolo. Y justo a una semana de su cumpleaños, claro está, aunque después de todo Flem es el que se lleva un cero por eso: por equivocarse una semana entera en algo tan importante como los diecinueve años de una muchacha. Además, olvídate de todo eso; ¿no acaba de decir alguien que a las chicas jóvenes les gusta sufrir y angustiarse? No, no, lo que dije fue, ¿Por qué? —siguió allí quieto, mirando a Ratliff—. ¿Por qué? ¿Qué necesidad tenía? ¿Por qué

lo hizo? Acabar con todo de esa manera tan terrible. Acabar con algo que no tenía derecho a suprimir, que no tenía derecho a destruir porque era demasiado valioso, porque pertenecía a demasiadas personas, y de lo que hay tan poco que no se puede desperdiciar, que es un crimen destruirlo y arrojarlo lejos y que deje de ser —se quedó mirando a Ratliff—. Dímelo, V. K. ¿Por qué?

—Tal vez se aburría —dijo Ratliff.

—Se aburría —dijo tío Gavin. Luego lo dijo otra vez, en voz baja—: Se aburría —y fue en ese momento cuando empezó a llorar, sentado muy derecho en el sillón, con las manos cruzadas sobre la mesa, sin ocultar siquiera el rostro—. Sí —dijo—. Se aburría. Amó, tenía capacidad de amar, capacidad para el amor, para dar y recibir amor. Pero lo intentó dos veces y no sólo no encontró a nadie que fuera lo bastante fuerte para merecerlo, para ganarlo, para igualarlo, sino ni siquiera lo bastante valiente para aceptarlo. Sí —dijo, mientras seguía llorando sin tratar siquiera de evitar que le viésemos la cara—, por supuesto que se aburría.

Y una cosa más. Una mañana —era otra vez verano, estábamos en julio—, cuando el tren en dirección norte procedente de Nueva Orleans se detuvo en la estación, aunque de ordinario la primera persona que aparecía era el mozo negro (no los mozos de los coches pullman que siempre se quedaban al final de la vía y a los que casi nunca veíamos, sino el mozo de los vagones corrientes colocados delante), que se bajaba a estirar un poco las piernas y charlaba con los empleados del ferrocarril y con los otros negros que estaban siempre a mano para ver pasar los trenes de pasajeros, quien se apeó en aquella ocasión fue el revisor en persona, saltando casi antes de que el tren se detuviera, con el guardavías de raza blanca inmediatamente detrás, casi pisándole los talones; el mozo no llegó a bajarse: tan sólo apareció su cabeza por una ventanilla hacia la mitad del vagón.

Luego se aparearon cuatro cosas del tren. Quiero decir, cuatro niños. La más alta era una chica, aunque nunca supimos si era la mayor o únicamente la más alta; luego dos niños más, los tres con mono, y finalmente otra cosa más pequeña con una sola prenda hasta los pies, parecida a una camisa, hecha con la tela de un saco de maíz o de harina o quizá con un pedazo de lona de una vieja tienda de campaña. Sujeto con alambre en el delantero de cada una de las cuatro prendas había una etiqueta de embarque escrita a lápiz:

De Byron Snopes. El Paso, Texas
Al señor Flem Snopes, Jefferson,
Mississippi

Pero el señor Snopes, que disfrutaba ya, en solitaria viudedad, de la antigua casa de la familia De Spain que él había transformado en mansión sureña de antes de la

guerra de secesión, no se encontraba allí. Ser banquero y diácono de la iglesia baptista le tenía muy ocupado, y no apareció por la estación para recibirlos. El que sí estaba era Dink Quistenberry, que se había casado en Frenchman's Bend con una de las hermanas, o sobrinas, o algo parecido, del señor Snopes, y cuando este último devolvió a I. O. al escenario rural, aparecieron los Quistenberry para comprar o alquilar, o por lo menos para llevar, el hotel Snopes, que ya no era el hotel Snopes sino el hotel Jefferson, aunque quienes se alojaban en él siguieran siendo los mismos tratantes de ganado y los sucesivos jurados que el tribunal de distrito mandaba encerrar allí. Aunque Dink tenía edad suficiente para ser el cuñado o lo que fuera del señor Snopes, no era el tipo de persona al que a uno se le ocurre llamar señor.

Fue él quien se presentó en la estación; supongo que lo envió el señor Snopes. Y supongo que cuando vio a aquellos cuatro seres sintió exactamente lo mismo que nosotros, e igual que parecían haber sentido el revisor y el guardavías y el mozo desde que el tren salió de Nueva Orleans, que fue evidentemente donde subieron. Porque no parecían personas. Parecían serpientes. Aunque quizá eso sea demasiado fuerte.

Por lo menos no parecían niños; si había algo en el mundo que no parecían era niños, con aquella tez oscura y poco saludable, cabellos negros que daban la impresión de que alguien les había puesto un cuenco sobre la cabeza y luego se los había cortado hasta el borde del recipiente con un cuchillo mellado; y con ojos totalmente negros e inmóviles que nadie después en todo Jefferson (ni en el condado de Yoknapatawpha) presumió de haber visto parpadear.

No sé cómo Dink habló con ellos, porque el revisor ya había dicho a todos los que quisieron escucharle (se había reunido un buen grupo para entonces) que no hablaban ningún idioma ni nada parecido que él hubiese oído antes, y que no los perdieran de vista porque uno llevaba una navaja con una hoja de quince centímetros, aunque no sabía cuál y no estaba dispuesto a averiguarlo. Pero en cualquier caso Dink los subió en su coche y el tren siguió su camino.

Quizá fuera ese instrumento el que utilizaban en los *drugstores* o al menos con Skeets McGowan en el de Christian, porque antes de una semana ya entraban allí los cuatro (siempre iban juntos, como si el hechicero, o quienquiera que fuese, al separar sucesivamente a cada uno de su madre, hubiese atado el cordón umbilical seccionado al niño que le precedía en edad. Porque para entonces ya sabíamos que eran los hijos de Byron Snopes con una apache jicarilla en Old Mexico) y salían al cabo de unos minutos comiendo helados de cucurucho.

Siempre iban juntos y estaban en cualquier sitio de la ciudad o de sus proximidades a cualquier hora del día, hasta que descubrimos que también pasaba lo mismo por la noche; Otis Harker los sorprendió en una ocasión a las dos de la madrugada, cuando salían en fila india por detrás de la planta embotelladora de coca-cola; Otis dijo que no tenía ni la más remota idea de cómo habían entrado porque no había ninguna puerta abierta ni ventana rota, pero olió desde dos metros de distancia

el tibio jarabe de coca-cola derramado sobre el camisón o bata de saco y lo que fuera que llevaba el pequeñín. Porque no se acercó más; dijo que les gritó que se volvieran a casa de los Snopes, quiero decir al hotel Jefferson, pero se quedaron allí mirándole y Otis dijo que no quería hacerles nada, tan sólo que se fueran, puesto que quizá no entendían aún lo que les estaba diciendo. De manera que extendió los brazos y se disponía más o menos a dar un salto en su dirección, gritando otra vez, cuando se detuvo justo a tiempo, porque ya había aparecido la navaja abierta en una de sus manos con una hoja de quince centímetros por lo menos; tan de prisa que nunca supo de dónde había salido; y que desapareció a tanta velocidad que siguió sin saber cuál de los tres vestidos con mono —la chica o los dos chicos— la tenía en su poder; a la mañana siguiente el señor Connors fue a ver a Dink Quistenberry y le dijo que tendría que impedir que salieran a la calle de noche.

—Claro que sí —respondió Dink—. Inténtelo usted. Encárguese usted de que no estén en la calle o en cualquier otro sitio. ¡Tiene usted mi permiso y hasta mi bendición!

De manera que cuando sucedió lo del perro, ni siquiera el señor Hub Hampton se acercó más. Lo del perro fue como sigue. Ya empezábamos a tener calles empedradas en Jefferson, de manera que vinieron a la ciudad nuevas familias de ingenieros y contratistas y cosas parecidas, como la del pequeño Riddell, el que nos proporcionó unas vacaciones hace dos años. Una de esas familias no tenía hijos, pero el marido era propietario de un Cadillac y la mujer de un perro que, según decían, valía quinientos dólares, el único perro de más de cincuenta dólares, excepto un pointer o un *setter* de competición (y de un perro muy grande, mezcla de airdale, llamado León, que tuvo el comandante De Spain, padre del ex alcalde, y del que aún seguían hablando los cazadores del norte del Mississippi), del que Jefferson hubiera oído hablar, y mucho menos hubiese visto: un pequinés que probablemente ni siquiera sabía que era perro, con una placa de oro con su nombre sujeta al collar, que viajaba en el Cadillac y gruñía por la ventanilla no sólo a otros perros sino también a las personas, e incluso comía una carne especial que el carnicero del señor Wall Snopes encargaba especialmente a Kansas City porque costaba demasiado para que la gente corriente la comprara y se la comiera.

Y un día desapareció. Nadie supo cómo, porque en los únicos momentos en que no estaba gruñendo desde la ventanilla del Cadillac gruñía desde una ventana de la casa donde él, y sus amos, vivían. Pero desapareció y no creo que en ningún otro sitio se viera nunca a una mujer tomárselo tan a pecho como se lo tomó la señora Widrington, con anuncios de recompensas en todos los periódicos de Memphis y del norte de Mississippi y del oeste de Tennessee y del este de Arkansas, y el señor Hampton y el señor Connors sin poder dormir por la noche debido a que la señora Widrington no dejaba de telefonarles, y con la posibilidad de que el agente de la compañía de seguros (el pequinés también tenía un seguro de vida, de manera que quizá había más personas que perros aseguradas en Jefferson pero por otra parte

también había más personas sin seguro que perros) y la misma señora Widrington apareciera en el patio de atrás de cualquiera diciendo algo que a Aleck Sander y a mí nos parecía ¡Yau! ¡Yau! ¡Yau!, hasta que tío Gavin nos explicó que el perro se llamaba Lao-Tsé en honor de un poeta chino. Pero un día los cuatro indios Snopes salieron del *drugstore* de Christian y alguien que pasaba por la calle los señaló con el dedo y gritó.

Era el collar con la placa de oro. El pequeño lo llevaba al cuello sobre el camisón. El señor Connors apareció en seguida y mandó llamar inmediatamente al señor Hampton. Y fue entonces cuando el señor Hampton tampoco se acercó a menos de dos metros y supongo que todos pensábamos lo mismo que él: lo mucho que el contenido de su panza ensuciaría la acera si se acercaba más de la cuenta a la navaja aquella. Y los cuatro indios Snopes o Snopes indios, lo que sea más correcto, en fila, mirándole, sin aspecto peligroso ni aspecto de nada; no especialmente inocente, y desde luego nadie lo hubiera llamado afectuoso, pero tampoco peligroso, de la misma manera que cuatro navajas cerradas no parecen peligrosas. Parecen cuatro navajas cerradas pero no mortíferas. Hasta que el señor Hampton dijo:

—¿Qué hacen cuando no están aquí comiendo helados o colándose a las dos de la mañana en la planta de embotellar?

—Tienen una especie de campamento o reserva o como quiera usted llamarlo, en una cueva que han hecho en ese foso tan grande que hay detrás de la escuela —dijo el señor Connors.

—¿Has mirado allí? —preguntó el señor Hampton.

—Claro —respondió el señor Connors—. No había más que unas cuantas porquerías y huesos y cosas así con las que juegan.

—¿Huesos? —preguntó el señor Hampton—. ¿Qué clase de huesos?

—Huesos corrientes —respondió el señor Connors—. Supongo que huesos de pollo, huesos de chuletas y otras cosas parecidas que han estado comiendo.

De manera que el señor Hampton se montó en su coche, el señor Connors en el suyo, con la luz roja y la sirena, y a ellos se unieron otras personas mientras hubo sitio; luego los dos automóviles fueron a la escuela y los demás los seguimos a pie porque queríamos ver si el señor Hampton, con su panza, intentaba bajar al foso y, si lo hacía, cómo se las apañaba luego para volver a salir. Pero lo hizo, con el señor Connors enseñándole dónde estaba la cueva pero dejándole pasar delante porque era el *sheriff*, hasta encontrar el montoncito de huesos detrás del sitio donde hacían fuego; el señor Hampton lo extendió con el pie y luego apartó unos cuantos, porque era cazador y buen conocedor de los bosques hasta que la panza le creció demasiado para meterse entre los matorrales.

—Ahí tiene a su perro —dijo.

Y recuerdo aquella vez, ahora hace cinco años, cuando estábamos todos a la mesa y pasó Matt Levitt con el escape abierto y padre le dijo a tío Gavin: «¿Qué ruido es ese que estoy oliendo?». Sólo que el asunto del latón y del señor Snopes en la central

eléctrica fue antes incluso de que yo naciera: el despacho de tío Gavin aquella mañana y la señora Widrington y el agente de seguros, porque la vida del perro sólo estaba asegurada en caso de enfermedad o accidente o fuerza mayor, y el argumento del agente de seguros (imagino que llevaba el tiempo suficiente en Jefferson para haber hablado con Ratliff; cualquier forastero que pasara tan sólo medio día en la ciudad, y no digamos nada de una semana, se descubriría haciéndolo) era que los cuatro indios medio Snopes, medio apaches jicarilla, no entraban en esas categorías y por consiguiente se podía llevar a los tribunales a la misma ciudad de Jefferson y ganar el pleito. Así que yo sólo había oído la historia del señor Snopes y del latón desaparecido de labios de tío Gavin, pero pensé en lo que padre dijo en aquella otra ocasión porque yo estaba delante: «¿Qué ruido es ese que estoy oliendo?» cuando entró el señor Snopes quitándose el sombrero y diciendo «Buenos días» a todo el mundo sin decírselo a nadie en particular; y luego al agente de seguros: «¿Cuánto por ese perro?».

—Todo el valor del pedigrí, señor Snopes. Quinientos dólares —dijo el agente de seguros, que se levantó para ofrecerle su silla; el señor Snopes se sentó, sacó un cheque en blanco del bolsillo, lo rellenoó con la cantidad indicada, lo empujó a través de la mesa hasta colocarlo delante de tío Gavin, se levantó, dijo «Buenos días» sin decírselo a nadie en particular, se puso el sombrero y salió del despacho.

Sólo que no se detuvo ahí. Porque al día siguiente los indios de Byron Snopes habían desaparecido. Ratliff vino a contárnoslo.

—Está muy claro —dijo—. Flem los ha mandado a Frenchman's Bend. Ninguna de sus abuelas, me refiero a las mujeres de I. O., estaba dispuesta a quedarse con ellos, pero por fin Dewitt Binford (marido de otra de las Snopes y su casa cercana al almacén de Varner) ha dicho que sí. Han llegado a un acuerdo, y todos los Snopes pagan a prorrato un dólar por cabeza a la semana, con tal de que Dewitt, por supuesto, resista una semana. Aunque naturalmente los primeros cuatro dólares han sido por adelantado, podríamos decir que a modo de anticipo.

Así fue. Me refiero a lo de la semana aproximadamente. Ratliff apareció de nuevo; era por la mañana.

—Ayer al mediodía terminamos de utilizar Frenchman's Bend, y después de eso ya no queda ningún otro sitio en todo el condado. Ahora estamos en la estación, con las etiquetas puestas y la hoja de ruta y el billete pagado, esperando el número veintitrés en dirección sur o cualquier otro tren que enlace más o menos con El Paso, Texas, o sus alrededores —y se puso a explicarnos lo que había sucedido—: Una combinación de lo que podríamos llamar interés científico y coincidencia, ¿cuál es la palabra? —hasta que tío Gavin se la proporcionó— antropológica; los cuatro americanos en trance de extinción a punto de llevarse por delante a un hombre blanco si la mamá de Doris Snopes y unos cuantos vecinos no hubieran llegado a tiempo.

Acto seguido procedió a contárnoslo: cómo cuando Dewitt Binford se los llevó a casa descubrió que no estaban en absoluto dispuestos a utilizar la cama, sino que

extendían una colcha en el suelo y se tumbaban, también en fila, por supuesto; y la primera mañana él y su mujer se encontraron el armazón de la cama desmantelado y apoyado contra un rincón para que no estorbase; y se dieron cuenta de que no habían oído nada durante todo el proceso. Dewitt dijo que eso fue lo que más le llamó la atención, incluso antes de que empezara a preocuparle el más pequeño: que no se les oía; que no se sabía si estaban en la casa o no, ni si entraban o se marchaban; por lo que a él se le alcanzaba, podían perfectamente estar en tu dormitorio, a oscuras, mirándote.

—De manera que lo intentó —dijo Ratliff—. Fue a casa de Tull y le pidió prestada la linterna; luego esperó hasta media noche y dijo que nunca había hecho menos ruido en su vida, moviéndose por el pasillo hacia la puerta del otro cuarto, tratando de no respirar siquiera si podía evitarlo; antes había hecho ya unos cortes en el marco de la puerta para ver, de manera que cuando apoyara la linterna, guiándose por el tacto, quedase orientada directamente a donde estarían las dos cabezas del centro encima del jergón; luego contuvo otra vez el aliento, escuchando hasta estar seguro de que no se oía el menor ruido y encendió la luz. Y allí estaban las cuatro caras y los ocho ojos negros bien abiertos y mirándole fijamente.

»Y Dewitt dijo que le hubiera gustado renunciar en aquel mismo momento. Pero para entonces la curiosidad acerca del más pequeño no le dejaba un momento de descanso. Aunque no sabía qué hacer, porque le habían contado lo de la navaja, si bien es cierto que él nunca la había visto. Entonces se acordó de las píldoras, del frasco de píldoras de opio para poner fuera de combate a alguien que el doctor Peabody le había recetado a su mujer la vez que estalló la lámpara de aceite para la incubadora y le quemó buena parte del pelo, de manera que cogió ocho, compró cuatro botellas de refresco en la tienda, metió dos cápsulas en cada botella, les puso otra vez la chapa y las escondió exactamente donde supuso que los indios tendrían que trabajar bastante para encontrarlas. Cuando se hizo de noche las cuatro botellas habían desaparecido, y Dewitt siguió esperando para estar seguro de que el opio hacía su efecto; luego cogió la linterna de Vernon, cruzó el pasillo, se puso a cuatro patas y fue hasta donde estaba el jergón (sabía ya por experiencia dónde dormía el más pequeño o al menos dónde se tumbaba), extendió el brazo lentamente, y encontró el borde de la camisa de noche con una mano mientras sostenía con la otra la linterna, dispuesto a encenderla.

»Y cuando nos lo contó lloraba a lágrima viva, no tanto de miedo como pura y simplemente de incredulidad. “No estaba haciendo nada”, nos dijo. “No iba a hacerle daño. Lo único que quería era saber si era...”».

—¿Y qué es? —preguntó tío Gavin.

—Eso es lo que le estoy contando —dijo Ratliff—. Ni siquiera llegó a encender la linterna. Sólo sintió dos finas y rápidas líneas de fuego, una en cada mejilla; contó que durante todo aquel tiempo ya iba corriendo hacia atrás a gatas en dirección a la puerta, porque sabía que no tendría tiempo de darse la vuelta y mucho menos de

ponerse de pie para correr, y no digamos nada de cerrar la puerta; y también sabía que cuando volviera corriendo a la habitación suya y de su mujer tampoco tendría tiempo de cerrar la otra puerta, pero que no le quedaba más remedio, dando un portazo y llamando a gritos a su señora, corriendo la cómoda contra la puerta mientras ella encendía la lámpara y luego se acercaba para ayudarle hasta que Dewitt le dijo a gritos que cerrase primero las ventanas; casi llorando, con una cuchillada a cada lado desde la oreja (una de ellas muy cerca del ojo) hasta la comisura de la boca, como una enorme sonrisa que le haría saltar la costra y todo lo demás si alguna vez se descuidaba, explicándonos cómo decidieron que lo mejor sería apagar la lámpara y quedarse a oscuras, hasta que Dewitt se acordó de cómo habían conseguido entrar en la planta de coca-cola sin tocar siquiera la alarma antirrobo.

»Así que cerraron y atrancaron las ventanas y dejaron la lámpara encendida y se quedaron allí dentro en una habitación herméticamente cerrada en una calurosa noche de verano hasta que hubo luz suficiente para que, por lo menos, la señora Binford pudiera saltar y hacer regates de camino hacia la cocina para encender el fuego y preparar el desayuno. Aunque por entonces la casa estaba vacía. Seguía sin ser segura, por supuesto: tan sólo estaba vacía, exceptuados ellos mismos, mientras decidían si intentaban comunicar con Flem Snopes o con Hub Hampton para que vinieran a llevárselos, o sencillamente hacer ellos mismos el equipaje, sin esperar a fregar los cacharros del desayuno, y mudarse a casa de Tull. En cualquier caso Dewitt dijo que él y su señora habían renunciado definitivamente a seguir, con o sin cuatro dólares a la semana; de manera que hacia eso de las nueve, cuando Dewitt iba de camino del almacén para llamar por teléfono a Jefferson, la señora de I. O. Snopes, me refiero a la número dos que quedó desbancada antes incluso de que tuviera una oportunidad de mudarse a la ciudad, le evitó la molestia».

Todos conocíamos a Doris Snopes. E incluso aunque no fuese así, lo habríamos reconocido a primera vista porque era el vivo retrato de su hermano mayor Clarence, el senador C. Eggleston Snopes, nuestro (o de tío Billy Varner, como decían Ratliff y tío Gavin) miembro de la cámara alta de la legislatura del estado; casi exactamente iguales, con mentalidad (también palabras de tío Gavin) de niño y con los principios morales de los glotones árticos, omnívoros famosos por su voracidad; más joven que Clarence en años pero no de aspecto más juvenil ni más inocente sino tan sólo más nuevo, de la misma manera que un hacha o una ametralladora menos usada parece más nueva; un animalote de unos diecisiete años que, como su hermano Clarence, era todo de un solo color gris: un tono grisáceo ya en el pelo de color de estopa, un aspecto grisáceo y enfermizo de la piel, con un cuerpo del que daba la impresión de que no podría manar sangre de una herida sino un fluido casi incoloro, como una papilla de harina de avena con mucha agua; Doris fue el único Snopes o residente de Frenchman's Bend o incluso del condado de Yoknapatawpha, si vamos a eso, que recibió con los brazos abiertos a sus primos de Texas. «Puede decirse que los adoptó», dijo Ratliff. «Desde el primer día. Incluso aseguraba que hablaba con ellos y

que iba a adiestrarlos para cazar en manada y que lo harían mejor que cualquier jauría de perros porque más pronto o más tarde los perros terminan por abandonar y volverse a casa, mientras que a ellos les daba igual cualquier sitio».

»De manera que los adiestró. El primer método que utilizó fue colocar en un tocón de árbol delante del almacén una botella de refresco atada con una cuerda que iba hasta donde él se sentaba en el porche; después los chicos maniobraban hasta que finalmente se subían a donde uno de ellos podía coger la botella, momento en que Doris tiraba de la cuerda y la arrastraba hasta ponerla fuera de su alcance. Pero ese sistema no funcionó más que una vez, de manera que luego tenía que beberse el refresco para vaciar cada botella nueva, y llenarla de agua turbia o algo parecido; y otro buen método para adiestrarlos era reunir unos cuantos envoltorios vacíos de barras de chocolate o de caramelos y llenarlos con barro o quizá sin nada dentro porque de todas formas tardaban un buen rato en cansarse, sobre todo si de vez en cuando encontraban una barra de chocolate de verdad o una botella con refresco de fresa o de naranja mezclada con las otras.

»Lo cierto es que estaba siempre con ellos, gritándoles y moviendo los brazos para que fuesen en una dirección o en otra cuando la gente miraba, igual que si fuesen perros; incluso tenían una especie de casa o cueva para jugar o algo parecido en un foso a poco menos de un quilómetro carretera arriba. Efectivamente. Ustedes creen que se están riendo porque se imaginan a un chico tan crecido, casi un hombre, como Doris, jugando, hasta que de repente se dan cuenta de que en realidad se ríen de que alguien llame juego a cualquier cosa por la que esas cuatro criaturas sientan interés.

»De manera que Dewitt acababa de llegar al almacén cuando he aquí que aparece la madre de Doris por la carretera gritando “¡Los indios! ¡Los indios!”, así por las buenas: un caso puro y simple de amor y de instinto maternal. Porque lo más probable era que no supiera nada e incluso aunque hubiera sabido algo, en el estado en que se hallaba no se lo habría podido decir a nadie mientras se retorció las manos delante del almacén, gritando “¡Los indios!”, hasta que los hombres acuclillados en el porche empezaron a incorporarse y luego a correr, porque aproximadamente en aquel momento apareció Dewitt. Y él sí sabía lo que la señora Snopes trataba de decir. Quizá nunca había tenido ni amor ni instinto maternal, pero también es cierto que a la señora Snopes no le habían hecho dos cortes en las mejillas la noche anterior.

»—¿Los indios? —dijo—. Hay que correr, muchachos. Puede que ya sea demasiado tarde.

«Pero no era demasiado tarde. Llegaron a tiempo. Muy pronto empezaron a oír los gritos y los aullidos de Doris y luego lo divisaron a lo lejos y los que más corrían se adelantaron y bajaron al foso donde Doris estaba atado al tronco de un roble joven con algo menos de una cuerda de leña que ya empezaba a arder de verdad amontonada a sus pies.

»Así que llegaron a tiempo. Jody telefoneó a Flem inmediatamente, y de hecho todo esto podría haber tenido lugar oficialmente ayer por la noche si no hubiera sido

porque a la jauría de Doris nadie volvió a echarle la vista encima hasta esta mañana, cuando Dewitt alzó la persiana lo bastante para verlos en el porche delantero, esperando el desayuno. Pero esta vez consiguió atrancar la casa a tiempo porque nunca la había desatrancado la noche anterior. El coche de Jody estaba preparado para cualquier situación de emergencia, como ahora se dice, y no costó mucho trabajo meterlos dentro porque, como Doris había explicado, para ellos cualquier sitio es exactamente igual de bueno que otro.

»Así que ahora están en la estación. ¿A alguno de ustedes, caballeros, les gustaría ir allí conmigo y contemplar lo que se denomina el final de una era, si es así como se denomina a lo que estoy tratando de decir? La última y definitiva conclusión, por lo que a Jefferson se refiere, del comportamiento Snopes cien por cien genuino, si es que es eso lo que estoy tratando de decir».

De manera que Ratliff y yo fuimos a la estación, y por el camino me contó el resto de la historia, protagonizada ahora por la señorita Eunice Habersham; era ella quien había puesto las conferencias: a la Ayuda de Viajeros en Nueva Orleans para que fuesen a esperar el tren de Jefferson y los llevaran al tren para El Paso, y a la Ayuda del Paso para que cruzaran con ellos la frontera y se los entregaran a la policía mexicana para que los devolvieran a su casa, a Byron Snopes, a la reserva o a donde quiera que fuese. Entonces me fijé en el paquete y pregunté, «¿Qué es eso?», pero Ratliff no me contestó. Se limitó a estacionar la furgoneta, coger la caja de cartón y dar la vuelta para llegar al sitio donde estaban en el andén: los tres con mono y el más pequeño con la camisa de dormir, cada uno con una nueva etiqueta de embarque sujeta con alambre a la ropa, pero esta vez escrita con mayúsculas muy grandes, esta vez como a gritos:

De: Flem Snopes, Jefferson, Mississippi

A: BYRON SNOPEs

EL PASO, TEXAS

Cuando nos acercamos había un buen grupo de gente a su alrededor, aunque a una distancia prudencial; Ratliff procedió en seguida a abrir la caja, que contenía cuatro de todo: naranjas, manzanas, barras de chocolate, bolsas de cacahuets y paquetes de chicle.

—Ten cuidado ahora —dijo Ratliff—. Quizá sea mejor que lo dejemos en el suelo y lo empujemos con un palo o algo parecido —pero no hablaba en serio. Por lo menos no fue eso lo que hizo, sino que se limitó a decirme—: Vamos, aún no eres una persona mayor, así que quizá no te salten encima —y luego se acercó y les ofreció una de las naranjas, sin que los ocho ojos la mirasen una sola vez, ni tampoco a nosotros ni a ninguna otra cosa que pudiéramos ver; hasta que la chica, la más alta, dijo algo, algo rápido y quebradizo que sonó muy extraño en la voz aguda de una niña; después de lo cual apareció la primera mano y cogió la naranja, luego la

siguiente y a continuación otra, pero no furtivamente, sino de forma ordenada: tan sólo con rapidez, de manera que mientras Ratliff y yo entregábamos la fruta y las tabletas y las bolsas, la mano vacía estaba otra vez extendida y los objetos desaparecían en algún sitio a más velocidad de la que éramos capaces de captar, a excepción del más pequeño con la camisa de dormir que, al parecer, no tenía bolsillos: pero la niña misma se inclinó y le liberó de aquella abundancia superflua.

Luego llegó el tren y se detuvo; el fuelle del vagón hizo un ruido metálico, la puerta se abrió de golpe, con los estrechos escalones colgando por el agujero como una enjuta mandíbula caída. Indudable y evidentemente la señorita Habersham había telefoneado a algún funcionario importante de los ferrocarriles (a un superintendente o incluso a algún vicepresidente) en algún lugar, porque se apearon el revisor y el mozo, y el revisor se limitó a lanzar una rápida ojeada a las cuatro etiquetas y a hacer un gesto con la mano; y nosotros —todos nosotros, que representábamos a Jefferson— los vimos subir y desaparecer uno a uno entre aquellas impacientes mandíbulas de hierro: la chica y los dos niños con sus monos, y el más pequeño con su única prenda que le llegaba hasta los tobillos, como una camisa de hombre ya desechada, y confeccionada con tela de saco o quizá con los restos de una vieja tienda de campaña. Nunca supimos si era varón o hembra.

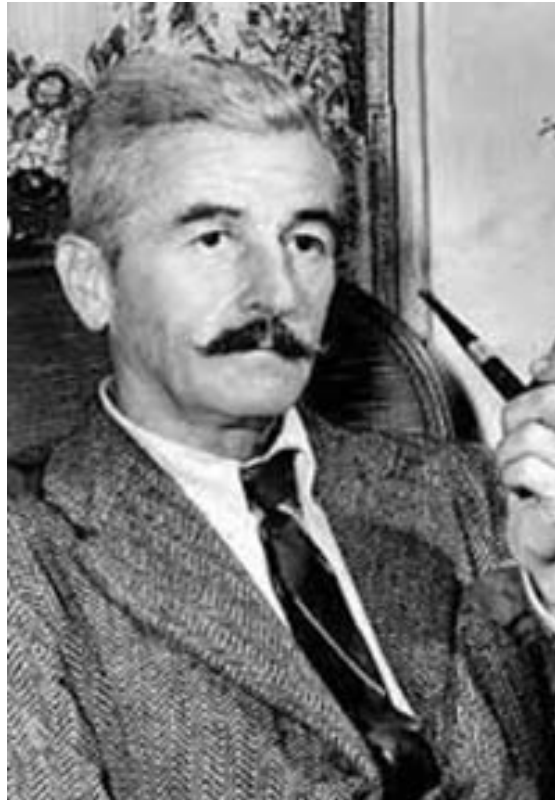
Oxford-Charlottesville

Washington-Nueva York.

Noviembre de 1955-septiembre de 1956.

Capítulo 1

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben)^[1], aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento; basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.



WILLIAM FAULKNER (Oxford, EE. UU, 1897 - Oxford, EE. UU. 1962). Escritor estadounidense, es considerado como uno de los más grandes autores del siglo XX, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

Santuario (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!* escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque

generalizado. Además del ya nombrado *Nobel de Literatura* también recibió el *Pulitzer* en 1955 y el *National Book Award*, éste entregado ya de manera póstuma por la edición de sus *Cuentos Completos*.

Notas

[1] Así llamados de acuerdo con la idea de que una elite social ha de contar necesariamente con un número reducido de personas. <<

[2] Médico y teólogo escocés (1735-1788), autor de un sistema teórico para explicar las enfermedades, que luego trataba con una terapéutica muy violenta. <<

[3] Juego de palabras intraducible a partir de la expresión «to come home to roost», que significa «volver a casa para pasar la noche», pero también, de manera figurada, alude a que las maldades acaban por volverse contra quienes las perpetran. El humor estriba en que los animales que de ordinario «come home to roost» son las gallinas, no los caballos. <<

[4] Juego de palabras intraducible, ya que la palabra *heartburn* también significa, sobre todo en la forma *heartburning*, celos intensos o resentimiento. <<

[5] Cita de Walt Whitman: «*I loaf and invite my soul*» («Paso el tiempo ociosamente Y tengo a mi alma»). <<

[6] Young Men's Christian Association (Asociación de Jóvenes Cristianos). La Y.M.C.A. desarrolló una actividad humanitaria en la primera guerra mundial, proporcionando, entre otros servicios, distracciones para los combatientes americanos. <<

[7] Gavin Stevens se refiere a un vulgarismo sin correspondencia en español, que consiste en utilizar la forma verbal de primera persona con el pronombre de la tercera persona del singular. En este caso Chick dice *She do not (She dont)* en lugar de *She does not (She doesnt)*. Lo mismo sucede con las incorrecciones de Ratliff en cuanto a la formación de los pretéritos de algunos verbos, que no tienen correspondencia en español, aunque sería algo vagamente semejante a utilizar «morío» por «muerto» o «andó» por «anduvo». <<

[8] Véase la nota 7. <<

[9] En inglés, la primera sílaba de la palabra «ruso» (rus-sian) coincide, según una pronunciación, con el vocablo «rush», verbo o sustantivo, que se traduce por «prisa» o por «correr». <<